JORNADAS Y AZARES

CRÓNICAS DE ANTIGUOS VIAJEROS POR LOS CAMINOS DE ESPAÑA



FRANCESC COSTA OLLER

Jornadas y Azares

Francesc Costa Oller

Jornadas y Azares

Crónicas de antiguos viajeros
por los caminos
de España

Mataró, 2025

Por caminos históricos

El Camí Real de Parpers (2011-2015)
Al Vallès i al Maresme per camins antics (2012-2015)
Congost, un viatge cultural i històric (2015)
El Camí Real de Barcelona a França (2016-2023)
El Camí Real de Barcelona a València (2016-2023)
Villuga comentado. Reportorio de todos los caminos de España (2018-2024)
Viajeros y caminos en la España del Quijote (2018-2024)
Los viajeros ilustrados por los caminos reales de España (2019)
Llibreta de Camp. Arqueologia Caminera (2020)
1802, Carlos IV recorre España (2021-2025)
El Camí Real de França. El projecte de l'any 1786 (2021)
Ambrosio Borsano. Discurso General (2022)
Conde de Darnius. Guía de los caminos de Cataluña (2022)
Bibliotheca Caminera, de algunas cosas del caminar por España (2022)
El Paso del Noroeste. Una aventura ártica, siglos XVI-XVII (2023)
El pont del Lledoner. Una història de camins reals a l'Ordal (2023)
El viaje por mar de Venecia a Constantinopla (siglo XVI) (2024)
Jornadas y azares. Escenas de viajes antiguos por España (2024-2025)
Montserrat, cròniques de viatgers. Segles XIII al XIX (2024)
François de Tours. El viaje de España y Portugal 1699-1700 (2025)
William Beckford. Esbozos de España (2025)
Robert Semple. Dos viajes por España en 1805 y 1809 (2025)
El Camí Real de Barcelona a Vic (2025)

Primera edición, 2024
Segunda edición, 2025

https://ub.academia.edu/FrancescCosta
https://archive.org/details/@francesc_costa
https://zenodo.org/communities/fco/?page=1&size=20

Sumario

La Senda y su Rumor

El barón en la ciudad

Retablo animado de gentes laboriosas que viven cerca del mar, en este siglo amable, confiado, de guerras remotas ya olvidadas y guerras desconocidas en el horizonte; fresco coral del espíritu compartido; sinfonía donde cada nombre —eco de labor, pena, anhelo— resuena en el tapiz temporal de la ciudad; memoria, conciencia alejada de la anécdota. El barón, por calles y recuerdos, el tenue hilo que conecta la trama de una humanidad esforzada y sensible; concurso de vidas que se entrelazan compartiendo la sombra de una vid, el murmullo de una procesión, el crujido de un muro; una identidad común, tejida de humildad y firmeza, de costumbres elevadas a ritos. Late una forma de eternidad en lo invisible de vidas pequeñas, en la mirada que se proyecta en el tiempo. Este retablo es una meditación sobre lo que deja huella, la fragilidad de los vínculos: la mujer que borda con la hija, el carpintero que construye un piano, el correo que cruza los caminos mientras alguien lo espera en la otra punta del día. Y un hombre, testigo del tiempo que se guarda en las voces, en las casas, en los rostros, en los silencios, lo anota todo, para resistir al olvido.

La calesa del barón de Maldá se acerca, cansado de las sacudidas de la calzada áspera, cruza a vado una riera intensa, a veces seca, a veces mortal; azul del cielo, olas mediterráneas, vergeles como jardines, tantas naranjas, este huerto de los Llauder, delicioso oasis de palmeras; vida agra-

ria que surge, viñedos, viñedos, viñedos en las montañas desnudas de árboles, masías dispersas, un castillo en lo alto, ruina medieval vigilante; y Antón Cot guarda uvas y melones cerca del convento de las monjas capuchinas, en la senda de los cipreses; amenaza del pedrisco que aflige a los campesinos en este año ingrato, lástima de los pobrecitos y de los hacendados, por la abundancia de vino que se esperaba y tener que desecharse. Esta primavera fértil, este invierno que todo lo despoja de su hermosura. La ciudad, que se abre.

Encontrar a los Malé, artesanos de la seda, los más respetados por la dificultad del arte, minucioso, complejo, delicado, que tejen en una casa en la Riera. El barón los visita a menudo y observa las agujas atravesar la trama, traquetear el telar, la hechura de la media de seda que trabajan. El padre ya no está y gobierna el taller la viuda Teresa Grau, juiciosa en el hablar, de trato agradable, que dispone su viaje a una aldea cercana para sanar en unas famosas aguas milagrosas; y Jaime, el heredero, que se ayuda de sus hermanos, que pronto irán dejando la casa, como corresponde; Ramón se perderá en los libros de filosofía y será notario; Luís, moldeará la plata en un taller; Simón, entre frascos de droguero, asegura que será fraile. La hija Teresa, se casa con Miguel Torner, de una antigua familia de comerciantes prósperos, dueños de una casona solariega, junto a la muralla que encierra la ciudad. Aquí, las veladas suenan a música de contradanza, bailes de jóvenes, alboroto que presencia el barón en la sala bien iluminada, fiestas de señores. Anota en sus papeles que la mansión es espaciosa, cómoda, y dicen que desde el tejado se ve el mar. Pero la fortuna es un hilo tenue. Miguel mue-

re en un asalto de las tropas francesas, alcanzado por un cañonazo mientras disparaba. Esas vidas, tejer, destejer.

El barón sale a pasear, compuesto con la debida decencia: peluca empolvada, rizos sujetos con cera; en una ciudad de gente trabajadora y poca nobleza, su figura no pasa desapercibida. En una calle, le saluda un boticario en la puerta de su tienda; pasará horas en ese lugar conversando con Esteban Mas, y en una ocasión lo encuentra aderezando un caldo medicinal con un pollo y una víbora muerta, descabezada y destripada, que aún se retuerce en la palangana. Hombre hábil, no siempre acierta, al intentar hacer labores de albañil para ahorrar, un tabique le cae sobre la pierna y se la fractura; el cirujano José Capdevila logra salvarla, aunque por poco no acaba con una de madera. En la familia Mas concurre Esteban, su esposa Josefa Aimerich y sus hijos, Antón y Ramón, dos que les quedan de varios que tuvieron; tantas muertes desazón de los padres. El heredero estudia en el colegio del Obispo en la capital, quiere continuar el negocio pero a los dieciséis años también muere. La última vez que el barón cruza el umbral de la botica, encuentra a la viuda, a Ramón, la memoria, su eco.

Le invitan a presenciar la gran procesión de las Santas en casa Parroquiá, mansión señorial de la Riera, bello edificio de paredes decoradas y con tal hilera de balcones que bien puede decirse que es la de mejor planta, acaso la más amplia. Aquí reside Félix Campllonch Guarro, el principal fabricante de indianas, con establecimiento cerca del convento de capuchinos, un lugar solitario que un día será el rabal de Puerto Rico, resonancias marineras, comercio colonial, vida de tantos. Casado con María Teresa Canta-

llops, heredera de una familia de mercaderes, Félix consolidó con ese enlace el patrimonio de ambos linajes, según la positiva costumbre de su clase. Hombre de fe, demostró su devoción a Santa Ana cuando, al terminar Salvador Gurri el retablo de madera para los escolapios, lo hizo trasladar de la capital en su propia carroza, costeando el viaje.

Fondo de música; tanta en este retablo que adorna las jornadas del barón, hábil con los teclados y la guitarra; serena en las iglesias, en la de Santa María, cuando la capilla canta la misa solemne, los oratorios, las novenas; placentera en la calle, la gaita, el flautín, el tamboril, y en un tablado tres o cuatro tocan el fagot y otros instrumentos de viento; saraos, bailes, oyéndose un contrabajo y algún violín sonar contradanzas, música de ciegos, semiciegos y con vista. El barón escucha el sonido de un violín en la casa vecina, donde comenzaba un baile de marineros y marineras, y era un desorden bullicioso, pues las ruedas casi no paraban, y tocaba un niño sentado en una silla sobre una mesa. En las casas de señores, minuetos y contradanzas; en la de Torner, visita los aposentos y la sala de baile engalanada, que resplandece por lo lleno y lucido en iluminación, y la música sin final de dos individuos de la lejana catedral.

Ahora se acerca el carro de Gaspar Roca, él es el ordinario, trayecto diario a la capital, correo y recadero que traslada encargos y personas de una población a otra, vive en la calle de San Juan y tiene cinco hijas; llega esta tarde y Jaime, todo ojos, se lanza sobre él para saber noticias de su mujer, que fueron tan favorables que a las veinticuatro horas aseguró la tendría aquí; y al día siguiente encontrará a Antonia, a quien esperaba con bastante ansia, y

desde las cuatro de la tarde ya rondaba para ir a recibirla. José Roig es conductor de un volante, un pequeño carruaje de dos ruedas, ágil, rápido, con capacidad para dos personas, y trae la gustosa noticia de la llegada a la capital de Pedro Martí, prometido de Francisca Albiá, causando gran algarabía la noticia; y llegará al día siguiente, retorno feliz de lugares lejanos, con camisa azul y demás atuendo de marinero, con su cabellera al estilo nazareno.

Los Sanromá, familia de hacendados de un lugar cercano, con muchas propiedades agrícolas y una casona solariega; se trasladan a vivir aquí por cuestiones de herencia. Habitan en el grandioso edificio de cinco cuerpos de los Partella, en la calle de Bonaire, con bodega, capilla, el jardín con una glorieta umbría al fondo y un lugar para tomar cómodamente baños, de azulejo de Valencia. Ciudadanos honrados y miembros del gobierno municipal, se dedican al comercio atlántico. Cuando el barón los visita, la familia la forman Carlos Sanromá, casado con la heredera Teresa Guardia, señora de Almacelles, de Marmellar y de la Saida; con ellos viven las hermanas de Teresa, María Ventura y Rita, y dos hermanas Sanromá; en estas casas amplias, tantas habitaciones, llega la comida, todos a mesa, se refugian solteras, viudas, parientes a veces distantes, tal vez incógnitos. Los visita el noble Antonio Matas, casado con otra Teresa, tía de la señora, otra boca que alimentar. En la procesión, un miembro de la estirpe, José Sanromá, orgulloso, empuña el estandarte real acompañado de dos reyes de armas y dos maceros.

El carpintero Jaime Parés, más conocido por Manuel Sastre, porque los nombres van y vienen, se casa con Josefa Saurí; el barón, interesado, entabla amistad con esta fa-

milia que vive en la Rambla, donde tienen establecido un taller de instrumentos musicales; aquí, manos artesanas elaboran guitarras, violines, violas, contrabajos y fortepianos; y cada vez que se acerca a la ciudad, es el primer lugar que va a visitar, saludos y subir al piso a hacer música con José y Juan Bautista, los hijos; y un día conoce a la hija, Manuela, casada con Félix Font, músico ciego. Artesanos lutiers, constructores de instrumentos e intérpretes, artistas que viven de manera precaria porque los tiempos no están para músicas. Un día le anuncian que murió José, el hijo mayor, que tocaba el bombo en la procesión de las Santas y en pasacalles; muy débil de complexión y salud, ya no tocó el año pasado; un buen muchacho que sufría de reumatismo, y su carita, tan flaquita y descolorida, señal clara de poca salud, la huella del final.

Mientras pasea, encuentra a don Magín de Vilallonga, el noble hacendado que se acerca a la ciudad en días de fiesta, porque vive en la capital, en casa propia, y aquí tiene una gran mansión en la calle que lleva su nombre, en la plaza del mercado, notable por las curiosidades que esconde en su huerto o jardín; la montaña de Montserrat en miniatura, convento, hospedería, ermitas, cueva, juegos de agua; qué bien trabajada, figurillas de hombres, mujeres y animales, en barro y en pintura, necesitando media docena de ojos para verlo todo; en otro lugar del jardín, la cueva de San Magín y la de Santa Magdalena; estatuas grandes de barro de las cuatro estaciones del año; dos señoras y dos señores en la galería; en los aposentos, cuadros en la pared de ascendientes vestidos al uso antiguo, mucho más decente que ahora, con corsés las señoras, peinadas con largos bucles y cuerpos finos.

Francisco Ramón, a quien todos llaman el Valent, casado con Esperanza, y sus ocho hijos, se dedican al trabajo de las puntas en un edificio de la calle Molas, una industria con mucho comercio atlántico, también en España, que recorre Pedro, el hijo menor, para hacer mercado; y una vez le dicen al barón que se encuentra en la ciudad de Ronda, en el reino de Granada, por asuntos del negocio. El Valent muere de forma inesperada, enfermo de sofocación, un percance que su esposa no podrá soportar. Tres años después, aún estaba la pobre dominada por una fuerte melancolía que la tenía postrada de salud, habiéndole resultado tal indisposición por el dolor de la muerte de su marido, notándosele bastante en el rostro, por lo flaco y descolorido; a su lado sus hijos José y Eulalia procurando distraerla de sus melancolías sin que lograran sacárselas de la cabeza. Trascurren los años y cuando la visita en su habitación continua afectada de tanta tristeza, y su gran dolor no encuentra consuelo ni alivio en nada. Pero la vida enfrente; las hijas se casan, los hijos prosperan bajo la mirada atenta de Francisco, el heredero, un joven gallardo que complace al barón.

El mozuelo Agustín Casals ha cruzado la puerta de la muralla para ir a pastorear una oveja en una barraca del rabal del Massavá, donde vive la pobre gente de las clases de pescadores, braceros, trabajadores de la tierra. Son los Casals, semoleros, panaderos, fideeros, tantas cosas, y su tienda es un cajón de sastre, supuesto que venden fideos, sémola, harina fina, pastas de casi todo género, como sacalls, rosquillas, mostachones, así como azúcar, chocolate, almidón, polvos para peinados de pelucas y cabellera natural, papel, todo lo trabajan, única tienda de semoleros y

muy acreditada que dirige Ildefonso, el padre, casado con Rosa Lluy, con sus hijos Agustín y José. El barón no se priva de visitarlos para conversar; de hecho, pasa por allí cada día, mientras trabajan, comen o cenan, paciencia tiene esta gente con el noble que los importuna. Ahora vemos al cabeza de familia horneando con una pala de hierro rosquillas y mostachones y otra mercancía de muy buen despacho; a Agustín sudando haciendo girar la piedra para moler el chocolate y en su cara se lee el esfuerzo por lo encendida, y si no era esa faena, la de hornear rosquillas. José, vestía la ropa ordinaria, chaleco rojo con mangas y pedazos amarillos, redecilla negra en la cabeza y gorra roja, calzas largas, pierna desnuda y zapatos en los pies con hebillas redondas de latón. Los hijos, montan mesas en la calle para vender pastas; el barón los encuentra en la plazuela al lado de la parroquia, con dos tableros de bizcochos, rosquillas azucaradas y otras golosinas, género de buen despacho, vendiendo a cuantos tenían ganas de comprar, y muchos cuartos y ochavos, mezclada alguna media peseta. José, ahora compuesto con camisa con botones de plata ochavados y hebillas de plata en los zapatos, le enseña dibujos de algunos barcos, con sus árboles, jarcias, junto a los tres santos reyes pintados.

Caminos que llevan a Mariano Moner, el correo oficial, hombre de bella razón y acogedor, vive la familia en la Rambla, frente a la cruz de Ramis, con Teresa y los hijos Feliciana y Miguel. Lo encuentra en la entrada de la casa, con su mujer, que trabaja puntas, como si hiciese cuadrillos o bordase medias de seda blanca; después de un rato de charla, se despide hasta otra ocasión. La pequeña, que también cose, había terminado de tomar baños de nueve

días por causa de algún dolor, y ya se encontraba bien, quedando aún el cubo en un rincón de la entrada. Miguel trabaja de dorador, plateando, o mejor dicho, bruñendo unos montantes de cama para un señor militar. Cuando regresa de visita hay novedad, el hijo ha marchado a Veracruz como tantos, o a Montevideo, a la aventura, admiración del barón, estos jóvenes que piensan muy poco en hacer tales viajes en alta mar.

Con los Moner vive Rosa Balançó y sus hijas Semproniana y Teresa, que hacen puntas sentadas al lado de su madre, con jubón rojo y manga de camisa; tiene un hijo zapatero en América y la mayor se casa con un marinero llamado Félix Fontanils. Muchos navegantes encontramos en las notas del barón, en esta población donde tantos viven y trabajan de cara al mar, no pudiendo, aunque quieran, gastar alegría hoy en día muchas de estas mujeres casadas, por lo que no ganan, y con el susto de que los ingleses los aborden y les quiten todo, con riesgo de hacerlos prisioneros, en una guerra que no termina.

Las caminatas también le acercan a la vida del espíritu; ya de buena mañana a la iglesia de Santa Anna a misa, pero también en los conventos y en Santa María, a rezar; y no ahorra el rosario antes de comer en casa de las buenas viudas, donde a veces pasa la noche. Nos detenemos aquí, donde vive la abuela Josefa Castellar, alma de un grupo de faldas de todas las edades; se casó con el marinero Pedro Costa y tuvieron dos hijos, Olegario y Lorenzo, y a esta familia la hemos visto viviendo de alquiler en distintos sitios: en la Rambla, justo enfrente de la cruz de Ramis, en la calle de San Juan, también en la de la Merced.

El hilo invisible de las mujeres que sostiene el día. Los hombres no están en casa: horas en el campo, pescadores lejanos, marineros americanos; ellas, atentas, están aquí, entre paredes y calles, van al mercado, preparan la comida, hacen brillar la ropa, cuidan de los hijos y los defienden del llanto. Las encontramos reunidas, hablando divertidas, cómplices de la vida, de los desvelos; refugio de la amistad, de las enfermedades, un sueldo ganado con el arte de las puntas. Las jóvenes con jubón y manga corta paseándose; cuántas mujeres y muchachas bonitas, agraciadas y feas; cuántas casadas y viudas; cuántas se afanan en los umbrales, en los rincones de las casas, en las calles, bordando, hilvanando el tiempo, cuántas caminan por diligencias, con el peso del mundo, este hilo.

Hablo de esta gente, de Josefa, de sus dos hijos, Olegario y Lorenzo, el primero casa con Sibina, y el segundo con Teresa Balançó, marineros que dejarán viudas a sus esposas. De las hijas de Teresa, María Esperanza, que casó con Feliciano Riera, otro hombre de mar que llegó a ser piloto; de Madrona Albiá, que enviudó y sacó adelante a sus tres hijos; de Semproniana, que casó con un calafate; de Francisca, viuda del marinero Pedro Martí; de María Teresa Pou, que perdió a su marido Salvador Andreu, también marinero, y de niña trabajó de cocinera en la casa del barón; y de José, que regresa de un largo viaje a Honduras en las Indias, vestido como los marineros, con su pañuelo blanco en la cabeza, que le hacía parecer aún más moreno, aunque ya de por sí lo era, como muchos que pasan la vida en el mar. Atentos a las historias que se funden en esta representación de vida local; y adiós con Mariana Prat, conocida como la Xargas, nodriza que había sido de la here-

dera Cantallops. Seguir las calles, abrir puertas de casas ordenadas, con el limonero en el jardín, donde mi abuela me sonreía; mirada lenta, dilatada, junto al amigo don Rafael, barón curioso, recogiendo fragmentos de vida antigua que guardan para siempre las letras de su retablo.

En el camino, con Darnius

Con el conde, la jornada de Àger a Tremp pasando por el desfiladero de Terradets, si los puentes aguantaran. Hacia las casas de Sant Just, sobre una colina, ahora sólo paredes en medio de la espesura, sendero impreciso. Detengámonos, que aquí hay ruinas, sombras, que todo ha desaparecido, vamos a encontrar tantas en esta tierra postergada, vacía de los que la habitaban, el grande naufragio que se extiende en lo agreste, bajo la maleza que esconde muros desmenuzados, y a veces indagando encuentro los restos del horno, tenacidad del trigo para resistir en lo adverso. Serán puentes, aldeas, hogares, iglesias, bancales abandonados, desoladas laderas de piedras acopiadas con esfuerzo.

Hacia Santa Linya deberá ir el viajero, bajando por un arroyo que conduce al lugar, y hacia el puente de Monclús. Nos detenemos, porque el conde se equivoca, le han dado indicaciones erróneas, de hecho no conoce el entorno porque no ha pisado todas las rutas que escribe, y el trayecto no tiene sentido. El arroyo ha de ser el Barrancot, y después toca subir y bajar algunas lomas intensas, que Santa Linya está lejos, pero es que cuando llega tiene que volver atrás hasta encontrar el puente señalado. Ahora, Monclús es un vecindario perdido al este de Sant Joan de Fontdepou, en un valle espeso, bajo la sierra del mismo nombre, frente al embalse de Camarasa, paisaje salvaje, hondonada, aquí la naturaleza decide, y recortes de un castillo de

frontera, donde se luchó por la tierra contra las huestes sarracenas, pero las casas las derribó un terremoto el siglo catorce, abandono de gentes a la fortuna. El puente de Monclús para cruzar el Noguera, río de miedo en invierno, de paso obligado, medieval tránsito, que reedificaron en 1724 abonando el coste las aldeas vecinas, con derecho a pontaje, para resarcirse, y ahora piedras bajo el agua. Batallas cuando la guerra de Sucesión y en tiempos carlistas, lugar valioso, clave, cruzarlo hacia el molino del Coix, harina de pan y hacienda pingüe del feudal, quizás quedan restos entre matorrales, solitaria geografía que el viento conoce.

El mapa que el conde publica en 1726 señala la parte estrecha del desfiladero de Terradets, camino mínimo entre acantilados, muros y arcos afirmados en las paredes, los soldados de uno en uno, paso a paso, vigilar las caballerías, descalabros, peligros. Darnius, señala los cuatro puentes del desfiladero, uno antes de alcanzar el lugar, el ya nombrado de Monclús, después de Sant Oïsme «pasa el segundo puente, y siguiendo la orilla del río pasa el tercer puente, y se va siguiendo hasta un mesón dicho de Aloy, donde vuelve a pasar el río con otra puente; los puentes de los Terradets son destruidos y eran de madera». Antiguos, de piedra arruinada, se utilizaban los estribos para apoyar tablones arriesgados. Al presente observarás, caminante, restos de los puentes medievales de piedra, de los de madera, ni las astillas.

A finales del siglo diecinueve el conde de Saint Saud conoce este lugar anclado en el tiempo, «En aval du pont de Montclus, le rio entre dans une gorge si étroite que l'œil humain ne peut en sonder la profondeur. Il est 3

heures quand nous abordons le défilé des Terradets, par où la Noguera s'est frayé un passage entre les rochers du Monsech central ou d'Ager et du Monsech de Rubies. Il nous faut près de deux heures et demie pour le suivre et, réellement, je suis émerveillé de cette fissure qui ne laisse place qu'à la rivière, car le chemin muletier est souvent gagné sur la roche. Au milieu le pont des Terradets fait passer de la rive gauche aval à celle de droite amont, et certainement c'est là la plus belle partie de ce cañon étroit dont les assises calcaires, colorées par un soleil au déclin, revêtent une couleur que la pureté du ciel d'Espagne contribue à faire valoir». A la salida del desfiladero, las casas de Cellers a la izquierda, y el hostal de Eloi, al que llegaban gentes cansadas y asustadas después del trance mineral, ahora las cucharas y los fogones bajo las aguas del pantano de Terradets.

Volvemos a detenernos, para presentar a dos personajes que han escrito de caminos, crónica de Ambrosio Borsano, ingeniero militar que visita Cataluña en los años ochenta del siglo diecisiete, también la visita Francisco de Zamora, funcionario real, en los años ochenta, pero del siglo dieciocho, y la crónica del conde de Darnius se sitúa en medio. Los dos personajes también los encontramos en el entorno del río Noguera, y tampoco pueden pasar por el desfiladero de Terradets; seguirán la ruta medieval que cruza el Montsec por el collado de Ares, «empezamos a subir el monte por un camino bien malo y pelado», dice Zamora, hacia San Esteban de la Sarga y Tremp. Otro viajero, Voyer de Paulmy, escribe, «Col d'Arrés trés praticable pour les chevaux se passage est sur le Montsec qui est une montagne fort connuë elle forme une chesne de plus

de dix lieues de longueur, le nom de Montsec lui est bien aproprié, elle est fort aride, et l'on ni trouve que tres peu de fontaines». Una de estas fuentes ahora se llama del Hospital, cerca del collado, memoria del asilo medieval de Sant Joan de Jerusalem, desaparecido, piedras, refugio de tantos que padecían el invierno en estas soledades.

Seguir a Darnius, a quien hemos abandonado a la Salida del desfiladero, y hacia Tremp, por camino pacífico. La Guardia, pueblo cerrado, tres puertas que nadie atranca de noche, abuelos que cuentan cosas de sus abuelos, calles estrechas, dovelas, casas de señores, aquí todavía se puede apreciar la vida que ha pasado. Puigcercós, en lo alto de una colina, que la naturaleza trágica hundió; un viajero, antes del derrumbe definitivo, explica que «se verifica un extraño fenómeno geológico repítanse con frecuencia palpitaciones del terreno acompañadas de ruidos subterráneos, que han producido grandes hundimientos y amenazan con la ruina del pueblo, porque (según opinan los ingenieros que le han reconocido) "está construido sobre un depósito de gases comprimidos, que pueden estallar de un momento a otro". La mayor parte de los habitantes continúan en la población por carecer de recursos para sustentarse, y muchas mujeres, durante la noche se dirigen a la inmediata población de Palau, llevándose las ropas más preciadas, y regresan a sus hogares por el día, creyendo sencillamente que sólo de noche existe el peligro». Palau acogía a la gente, altura sobre el barranco del río, cuatro casas cerradas y rezar en San Antolín. Tremp, escribe Zamora, «está rodeada en parte de murallas con torres fuertes que se van ya arruinando».

A Balaguer desde Àger, que Borsano conoce «cercada de muralla mui fuerte, con sus torres a la antigua, y tenía un castillo o roca mui bueno». Hacia mediodía el camino es ordenado, salva los Aspres, despoblado medieval y ancha tierra de secano, detenerse en el monasterio de Santa Maria de Bellpuig de les Avellanes, noticia de las primeras paredes del siglo doce, y aquí quisieron ser enterrados los condes de Urgell, «per la humilitat i pobresa de aquest lloc». Escribe Zamora, que «en parte es el antiguo palacio de los condes de Urgell que lo empezaron con magnificencia y no se concluyó».

Por el camino a Gerb, casas bajo un peñasco que amenaza con desgajarse, gentes atemorizadas por el peligro. Pero he de subir a la Penya del Espígol, historia de un caballero principal, «lo suelen llamar Ermengaudo de Gerp por un castillo que deste nombre tuvo en frontera junto a Balaguer. Fue muy señalado príncipe y ganó muchos lugares de moros en la ribera de Segre, y entre ellos la ciudad de Balaguer». Adalid que Víctor Balaguer en tiempos románticos imaginó, «Armengol el de Gerp, llenas de tus hazañas corrieron un día las leyendas. De las orillas del Sió y del Segre arrojaste las muslímicas lunas, y en Linyola, en Guisona, en Sanahuja, en las almenas de Gerp y en las murallas de Balaguer, la mora, clavaste tu pendón y dejaste inserito tu nombre para memoria eterna. Armengol el de Gerp, glorioso linaje de águilas montañesas dejaste tu. Siempre siguieron tu ejemplo los tuyos. Siempre a punto, en cualquiera ocasión, a todas horas, el grito de guerra hallaba a los Armengoles con el pié en el estribo, la mano en la espada, y los ojos fijos en la frontera de los sarracenos. Por ti poseyeron los tuyos a Balaguer que ufana

tremolo en sus torres, señora del valle y de las sierras, la bandera condal, bandera santa que fue mecida por brisas de victoria hasta el día —¡día de muerte y de carnicería!— en que los celos de un rey la destrozaron porque daba sombra a su hurtado trono. Armengol el de Gerp, si las plañideras brisas de la noche llevan un eco que llega incierto a tu ignorada tumba, descansa en paz».

El año 1137 se establece la Corona de Aragón con la unión del reino de Ramiro II y el condado de Barcelona regido por Ramón Berenguer. Francisco Diago acerca un episodio acaecido en Gerb: «Encomendole [don Ramiro al conde] entonces sus tierras y súbditos, obligándolos juntamente a ellos baxo de homenage y juramento a guardar fielmente la vida y cuerpo del conde sin ningún engaño y a obedecerle lealmente, guardando la fidelidad que devían a su hija como a señora suya natural. Sin embargo desta donación, el rey hizo algunas concessiones y gracias sin entenderlo el conde a algunos ricos hombres, las quales revocó en veynte y siete del mismo mes de agosto estando con el conde en el castillo de Gerp», y aquí residió cuando la batalla era su oficio.

En esta montaña, horizonte de tierras de labranza, feraces, que riega el río Segre, altura donde en tiempos inquietos se refugió el pueblo, la iglesia de Sant Salvador, a la sombra del castillo, y en la ladera, al sol del ocaso, encontrás trazos de hogares esparcidos, abandonados cuando pacificado el país un nuevo pueblo amaneció en el llano. Y hacia Balaguer, tierra conquistada. Itinerario entre colinas abandonadas, Monzón, piedras, matorrales, revueltas, y llegar a los Masos de Milà, hacia Alberola, y bajar a Tragó. No es posible reconstruir los caminos que Darnius

señala, siempre con pocos detalles, pero lo intentaré con la cartografía, y el catastro histórico. En este caso, a la salida de Àger seguía el camino viejo de Balaguer, y el que ahora es camino de la Creu, ruina de la masía de la Teulera, y por la de Lledonós, también desaparecida. Cruzar la sierra de Montlleó, ruina de la cabaña del Ros, por el camino de los Masos, el pla de Oliva, y descender de la roca del Volter en los Masos de Milà. En las imágenes aéreas se pueden seguir, más bien sospechar, restos de la ruta, recuerdo de viñedos y bancales, de las masías del Parrot y del Sastre, la torre de los Moros, y bajar a Alberola, aldea a la sombra del Cap de la Solana.

El camino a Tragó se conserva en gran parte, hasta tocar el pantano de Santa Anna, que el año 1960 lo anegó. Casas en la vertiente de una montaña que una imagen en blanco y negro descubre, y un puente colgante que hace olvidar el de piedra medieval, que de vez en cuando el agua arruinaba. En 1645 el campesino Pere Gelonch quiere poner una barca en el lugar porque el puente era averiado, y lo repararon tantas veces hasta que el agua se lo llevó para siempre, en tiempo de los carlistas.

Como el pueblo ya no está y quiero saber cosas de esta gente, me las expone un legajo del año 1645 cuando el padre Francisco de Viu, síndico del monasterio de Poblet, que eran los dueños de las tierras, las casas, y las almas de los campesinos, se acerca a recordarles sus obligaciones. Que han de pagar «a dit monestir delme de tots blats, ço és de forment, ordi, avena, spelta, sagol y de tota altra manera de blats a la onzena part». Y también el diezmo de la vendimia, el azafrán, el cáñamo, el lino, los ajos, las cebollas, las nueces, las legumbres, los corderos, los cabritos,

los cochinillos, de la recogida de las hierbas del término, de la lana, de las aceitunas, llevarlas al molino de aceite del monasterio y pagar, hacer la harina en el molino del monasterio y pagar, hornear el pan en el horno del monasterio y pagar, y el tributo medieval de la questia. Veinticuatro campesinos confiesan las tierras que trabajan y los derechos de otros que les abruman, contentos no debían estar en Tragó, cerca de un río y bajo montañas. Y hacia Aragón, donde tú caminas.

Corçà, bajo la roca del Montsec, al acecho, castillo que el año mil vigila al enemigo, y el de Espadella, y la torre de las Conclues, disputa por palmos de tierra de este país envidiado, fértil, de frontera, junto al río, entre el desfiladero de Fet y el de Montrebei. Viajero curioso, si pasas por estos entornos acercarte a la Pertusa, «logar cobdiciaduero pora omne cansado», ermita colgada en un acantilado, solitaria, donde imagino a un fraile rezando el breviario, con las letras que se deshacen y la mirada se aleja al río, a las nubes, a los barrancos, música del viento, pájaros, rumores de animalia, fioretti di San Francesco, no es el paraíso, pero si das un salto llegas.

Un día de nubes oscuras, incierto y viento, caminando por esos entornos que el mal tiempo asusta, apresurado, ligero, pendiente razonable y pedregal, un pastor se acerca, me habla de hormigas, de cuando alteradas regresan al enjambre, que la tempestad llama a la puerta.

El camino, bajo la sierra del Castell de Corçà, y la frontera con Aragón es el río Noguera. Fet, en la otra vertiente, y para llegar primero el peligro del agua, y después hay que subir y mucho, no bajar como dice Darnius. Fet, en una elevación, peñón de roca, aragonesa ruina entre ba-

rrancos, panorama abierto sobre el agua de Canellas, donde el viento, la lluvia, la nieve y el tiempo, desperdician cincuenta casas y una iglesia, carcasa, huesos al sol. Una voz –campesina, triste– me habla de «la vega, que hermosa era la vega», que el pantano ganó, cerrar la puerta, olvidar la llave y hacia suelo extraño. Ya en Aragón, por la riera de Caladrones, que Benabarre espera.

Agramunt, llanura dilatada, «a tots latz una molt gran campanya», de caminos desnudos que el viajero recorre tranquilo, entre cereales y caserías cerradas erigidas sobre alturas mínimas, casa fuerte, iglesia, panorama distante porque han vencido a los bosques, vira al norte si quieres encontrar pinos, encinas, robles. Al azar, Claravalls, trama de calles, tiempo detenido. Algunos castillos, no útiles para contener sarracenos, que pasado el tiempo de guerra los que levantan los dueños son ostentosos, para resplandecer en sus estados de horizontes monótonos, gavillas, segar y batir. El viajero Gálvez, enamorado del país, escribe de las «espaciosas vegas, su campiña es deliciosa y abundante en trigo, azeite, vino y otros preciossísimos frutos», pero «la tierra es escasíssima de aguas manantiales».

Ahora el conde indica que hay que pasar el Sió a vado, que no hay puente, río espina y hacia Puigvert, en una colina, cerrado, castillo, recortes de piedra, calles curvas herencia cierta del tiempo en esta tierra donde los hogares de los jornaleros eran de barro, porque del trabajo de la tierra ha sido siempre el país, y se han deshecho. Camino por pueblos de trigo, nadie, poca vida fuera de casa, eco de los pasos en este día de nubes, por la calle del Forn no encontrarás el alimento, enfrente, el cielo y la tierra, la iglesia de San Pedro y el casal del marqués, sombra del edifi-

cio de cuando los dueños pasaban aquí la vida, si llamo a la puerta me responde el silencio, con quien tendré que hablar de Sicarda, de Vidià.

La resistencia, en Montcortès, en Montroig, en Conill, en Vicfred, algunas casas vecinas, castillo de formas cultas, edificio sólido que de lejos destaca en medio del océano de espigas, del poeta Ausiàs Marc, señor del lugar. El que escribió que su «delit és vida contemplativa», sentado en una de las torres, con la mirada al sur, que no se acaba, poeta moderado, que «jutja lo seu treball pus afanyós que nol del cavador». Los caminos son llanos y pueden pasar carros, que cuesta poco dinero mantenerlos. Y Cervera.

Ruta larga hacia Solsona, remonta y desciende colinas, por bosques densos y solitarios, algunas poblaciones y masías esparcidas, muchas las encontrarás vencidas. Llanura que señorea la casa fuerte de Castellblanc, pasar como puedas o en barca el río Llobregós, y llegar a Sanahuja, lugar asentado, entre la costa Grossa y la de las Garrigues, riera, puente de piedra, molinos, lugar cerrado, con portales. Aquí se nota que el siglo de los Borbones les fue bien, y todavía queda el aroma señorial en las estancias, soportales de la calle Mayor, sombra del castillo, donde el horizonte no termina, y enemistad con el obispo de Urgell, dueño y señor, que no les deja hacer sus tratos en la Universidad. Papeles del siglo diecisiete hablan de soldados en tránsito, de campesinos, de Joan Tallaferro de la Seu d'Urgell, que llega a Sanahuja con «un galeot condemnat, en cavall de Andorra, a galera per deu anys», y con un otro sujeto que merece «ésser penjat perquè és dragó fugitiu y roba en camí real», pero «se ha usat amb ell de clemència».

También conocerán a Arthur Young, que se queda a comer un día que hace demasiado calor, «y las moscas, innumerables, son una plaga perfecta, pero tienen un ingenio inteligente para mantenerlas fuera de la mesa donde se come. Un bastidor móvil de lona, muy ligero, está suspendido del techo por dos pivotes, y una chica lo agita, hacia atrás y hacia delante mientras estais en la mesa, y el movimiento del aire expulsa a las moscas».

Subir, cuatrocientos metros, despacio, a Sallent, ruina de masías abandonadas y tierras que vuelven al bosque, collado de Frares, Llorenç, cerca de Torrent. Sant Climenç, casas vacías y villa cerrada, una calle sin salida, la casa del martillo, y me fijo en las troneras, cuando alguien entraba con mala voluntad de aquí no salía entero. El pla dels Setpins es ahora, tal vez, el del Pi Gros de Viladric, recuerdo del arbolado gigantesco que adornaba el entorno. Lo llaman Camino Real de Torà al hostal de las Forques, y a la altura de Torregassa, en dirección a Solsona, bajando, en el lado derecho de la carretera un montón de piedras son memoria de un edificio que en los años cuarenta del siglo veinte todavía se mantenía en pie, notable hostal del Colomé, donde todos se detienen antes de descender a Solsona, o a descansar, si has subido.

Hacia Tremp, aventura, un trayecto de gran interés de este país leridano, de montañas, bosques y casas que no pueden ser un pueblo. Lo es Artesa, sombra del Roc del Cudós y un río que hay que pasar, el Sió, y otro peligroso, el Segre. Equilibrios con la barca si baja inclemente, porque el puente de Alentorn –casas escondidas detrás de colinas, ahora sólo dos pilares de recuerdo–, no era construido.

El bosque de Comiols, enorme, espeso, cerrado, primigenio, admiración y susto de los que pasaban, leyendas había, aquí también, de un feudal que lo reclama a la bruja de Anya, para encerrar a su hermosa hija, blanca como la nieve, para que el sol no la estropee. No es Birnam, pero también se movió, y para desaparecer. Me inquieta tanta tenacidad arbórea desvanecida, conozco el lugar y busco su memoria en los papeles. En las cárceles del monasterio de Poblet, año 1571, han encerrado al bandolero gascón Joan Bidet, que con su cuadrilla «mataren, nafraren, desafiaren» y «ha comès molts delictes, cadascun d'ells suficient per a pena de mort», y «al bosc de Comiols, ha robat moltes vegades». Es de 1604 el suceso que protagonizó Juan N., «furto viginti palliorum de pastor, et octo solidorum ... in loco dicto lo Bosc de Comiols», lo condenaron «quod fustigaretur, bullatetur et relegaretur in insulam», o sea, a ser desterrado en una isla, pero antes deshonrado y *bullatetur*, concepto que nos edifica el *Glossarium mediae et infimae latinitatis* de Domino du Cange, «ferro candenti reos inurere».

Honofre Manescal en 1597 habla de los grandes bosques de Catalunya, y entre ellos el de Comiols. Y Estevan de Corbera en 1678 escribe, «Está Cataluña tan llena de varios árboles que toda ella se puede dezir una floresta, pues entre los riscos secos y pelados de los montes los ay en grandíssima abundancia, y con todo tiene algunos bosques que por grandes y ásperos se les da nombre en particular entre los demás. Estos son los bosques de Comiols, de Poblet, de Ancosa, de Conisch, de GravaIosa, de Malatosquera, de Valldaura, de Montalegre, de San Gerónimo, de Valfornés, del Molar, de Tortosa, y otros muchos por

extremo provechosos por la madera que dellos se saca para las fábricas de casas y navíos, y por la leña con que cotidianamente se repara la neçessidad común».

Desgracia del padre fray Francisco Oliver, «al llegar al bosque de Comiols, le assaltó con tal vigor el mal y dolor de gota a los pies que le derribó al suelo dexándole imposibilitado de tenerse en pie y dar un passo». Y las guerras, batallas en tiempos de la de Sucesión cuando «el general Estaing penetraba el bosque de Comiols», y victoria carlista a mediados del siglo diecinueve, «s’entra en l’abans feréstec bosc de Comiols, lloc cèlebre per la vergonyosa desfeta de la columna d'en López Clarós per lo cabecilla Borges, en temps de la guerra dels matiners, i que avui és un camí relativament segur». En esta página Valentí Almirall ya señala el ocaso del bosque, notas posteriores indican a los carboneros como responsables de su destrucción.

Volvamos al recorrido, por la Casa Gran de Folquer, hostal, dueños de la tierra, y Artur Young lo conoce, «bajamos, durante dos horas y media, por una montaña baldía cubierta de arbustos y de robles perennes, y debajo los restos ciertos de bancales que antiguamente se habían cultivado, ahora invadidos por malas hierbas. Hacia Folquer, donde nos detenemos a pasar la noche en un mesón mantenido por un gran campesino, y nos encontramos, en España, con un alojamiento tolerable». Comiols, abandonado en lo alto de una cresta de piedra, balcón, viejas paredes, viejo castillo mínimo, vieja iglesia resucitada. Guarda el aliento de los tiempos de peligro, aquí la villa es cerrada por los acantilados. Voyer de Paulmy escribe, «formant un quarre long, qui est inacecssible presque dans

tout son pourtour, et lón ne peut y arriver que par un petit chemin quón a pratiqué». He recorrido estas ruinas, península al viento.

La ruta desciende, hacia la Mare de Déu del Bonrepòs, trozos de ermita románica, donde, perdido en el bosque, se durmió un príncipe cazador y la virgen le hizo de almohada. Hospital de viajeros de este camino de tránsito, en esta vida, y en la otra, también.

Quan ens tregui, sens demora,
la mort d'eixa vall de plors:
O Verge de Bon-Repòs,
sigueu nostra Protectora.

Por caminos de ganado bajo riscos, barrancos y sierras, cruzar arroyos, la llanada del histórico hostal Roig, auxilio de viandantes, extensión del valle de Barcedana amparado por la sierra de los Obacs y el Montsec de Rúbies, por los lugares de Mata-Solana y de la Ferrería, reparo de cabalgaduras.

Ya en tierra llana encontraré Conques, y me acerco a Figuerola d’Orcau, gentes de apellido Albert la habitaron, familiares de mi abuela Maria nacieron en este pueblo, Pedro, que a mediados de siglo diecisiete casó con Juana y después de la boda se trasladaron a Vilassar de Dalt. Si paseas por sus calles visita el cementerio donde las piedras fúnebres conservan la memoria de esta estirpe. Cercano Orcau, escribe Arthur Young en 1787, que «es una aldea pobre, y como en todas partes, en el primer piso hay siempre un establo, que se limpia no más de una o dos veces al año, cuando los campos están preparados para recibir el

estiércol. Ya se puede pensar, pues, los deliciosos efluvios que llegan al resto de la casa, así, subiendo a la cocina y a las habitaciones, se encuentra una variedad de esencias ofensivas que forman combinaciones suficientes para desconcertar el análisis del más hábil de los filósofos aéreos».

Darnius vio pueblos sin esperanza salidos de una guerra devastadora; no sabía que en pocas décadas adelantarían, en trigos, aceite, ganados, siglo dieciocho afortunado que los dinteles de tantas casas recuerdan. Pero ahora en mi viaje por los recorridos que dibuja el conde habita el abandono, en pueblos sin almas, lugares arruinados, renuncia al arado, viaje sin retorno. El final en Montesquiu, un buen lugar, en una colina bajo la sierra de Sant Corneli y el pantano de Sant Antoni en el horizonte. Hoy 25 de mayo no acudirán los vecinos en procesión a la cercana ermita de Sant Serni, decoración barroca de artista aldeano, y bailar tonadas. En la cumbre, donde Jan Antoni, casa de gentes prósperas con molino de aceite, la techumbre resiste frente a la iglesia, espadaña sin campanas y los huesos esparcidos, sepulcros abatidos sin piedad. Calles imposibles, zarzas, maleza de primavera en este año generoso en lluvias, y el horno, donde los vecinos atienden.

Pueblos que se han desvanecido y otros en frágil equilibrio. En mis andanzas reconozco estos lugares de casas cerradas, calles decaídas, nadie en lo antiguo, callejones estrechos donde solo sobrevive la historia, los vecinos han huido hacia los arrabales luminosos. En Calaf el diccionario de Pascual Madoz, de mediados de siglo diecinueve, reconoce cien casas recluidas dentro de una muralla con cinco puertas. Ahora sin muralla, soportales en la plaza, dovelas, imagen de San Pedro, entornos de la iglesia, donde

lo antiguo se confunde con lo viejo. Quisiera entrar en uno de estos hogares que deshabitan, y por el cristal alcanzo desamparos, la jornada final, lejos de donde suceden las cosas, pero «el mercat de Calaf havia sigut altre temps un dels mercats més importants de Catalunya». Baroja acerca el descalabro de las ciudades medias, «los que han conocido los pueblos españoles después de la emigración de las aldeas y los campos a las grandes urbes no pueden figurarse claramente lo que era una ciudad pequeña a principios del siglo XIX. En nuestro país y en esta época los pueblos chicos se sentían más fuertes que hoy, tenían una vida relativamente más rica que las grandes ciudades».

Desde Dusfort observo Calaf, bruma en la distancia.

Seguir a Jouvin

Va a salir de la gran ciudad, Segovia es destino, cruza la sierra, visita los lugares de placer de los reyes, el Pardo, bosque de gamos que el monarca acecha; la Zarzuela, jardines y agua que fluye; país que riega el Manzanares; «camino del Guadarrama, nieve fina de febrero, y a la orilla de la tarde, el pino verde en el viento»; zona de paso desde tiempos romanos, ruta de comercio, cañada de ganados; con la construcción de palacios en ambos lados de la sierra, nobles personajes conocerán el tránsito abrupto, se ensanchan los caminos y las aldeas mínimas se acomodan a gentes ostentosas.

La ruta encuentra los lugares de las Rozas, Torrelodones, Collado Villalba, el pueblo de Guadarrama y al otro lado de la sierra las ciudades de Segovia y Valladolid. Para acortarla y acercarse al Escorial se construye un puente sobre el río Guadarrama, que llamarán Nuevo o de Herrera, por el arquitecto que lo diseñó. Torrelodones se convierte en importante encuentro de caminos donde se asientan grandes mesones, entre ellos el de Baños donde Felipe II descansa antes de llegar a su palacio; y en Galapagar se hizo construir la Veleta, una casa de reposo. En algún momento se volvió a acortar la ruta hacia el Escorial por la Cañada Real de Merinas, las Rozas y Colmenarejo, y cruzar el río Guadarrama por un puente; el de Retamar se construyó el siglo dieciocho sobre las ruinas del anterior.

El viajero Albert Jouvin de Rochefor está a las puertas de Madrid, es el año 1670. Por Aravaca, cruza el Manzanares por el puente Verde de piedra, hacia la aldea de las Rozas, entorno labrado, de campesinos esforzados, cerca los restos monumentales –que el francés no vio– de un sueño imposible de Carlos III, el canal para unir los ríos Guadarrama y Manzanares con el Tajo, puerta de Madrid al Atlántico por Lisboa. Pero aquí, de mares son los viñedos, estas extensiones sin fin, esta riqueza primera. Jouvin se dirige a las montañas inmediatas, en el horizonte, y va a encontrar el lugar de Colmenarejo, solo cuatro cobijos, moradas donde de antiguo se refugiaban los pastores que descendían del norte por las cañadas reales y la alta sierra, hacia este país de grandes dehesas, pastos y beneficio de rebaños.

El Escorial es pueblo, la senda que vigilan los árboles y conduce al monasterio de San Lorenzo, asombrosa obra que emprendió Felipe II, bosques llenos de animales de cacería de todas clases, para colmar la mesa real. Por el cordel de Valladolid se dirige al pueblo de Guadarrama divisando grandes rebaños de ciervos, muchos caballos, vacas, tantos bueyes, conejos, en un país donde se suceden los manantiales, agua que surge de las montañas. Por el camino encuentra un arriero que le desea larga vida, «viva uste mile annos y más». Acercarse, antes de seguir el paso de Jouvin, a los trayectos que cruzan las cumbres; el árabe de la Tablada, el romano de la Fuenfría.

Guadarrama, alto de invierno sólido, sombras y silencio, hilos inciertos entre pinares espectrales, reino de lobos y niebla, el secreto de las edades, y escribe el buen ar-

cipreste que consideró su final en el puerto de la Tablada, en día aciago, áspero, cuando las nieves.

Ençima del puerto
coydé ser muerto
de nieve e de frío
e d'ese rosío
e de grand' elada.

Tiempo del rey Alfonso XI. «El monte del puerto de la Tablada et el puerto de la Fuent Fría es todo un monte, et es bueno de oso, et de puerco en ivierno, et aun en verano. Et son las vocerías, la una desde el comienzo del puerto de la Tablada arriba, fasta encima de la cumbre: et la otra desde encima de la cumbre fasta el puerto de la Fuent Fria: et la otra desde encima de la Fuent Fria por el collado Lamienta fasta encina de Peña Caballera, et la otra desde Peña Caballera fasta collado Albo. Et son las armadas, la una en el Guijo, et la otra a los Poyales; et la otra en Nava la Yegua».

Es la Tablada camino para carruajes, su trazado permitía el paso de mercancías en las estaciones apacibles; noticia de un viajero que contrata ocho bueyes para tirar de sus carrozas por la senda escabrosa, destino a Segovia. Pero era más popular, si atendemos a las crónicas, el puerto de la Fuenfría. Ascender la montaña entre tantos manantiales de agua, pinos y abetos, frondoso paraje. Una columna con una cruz, rezos para obtener indulgencias, donde se descubría la llanura infinita de Castilla la Vieja. Tras el puerto se encuentra una fuente muy fría, la llama-

rán Fonfría, y de su agua bebió siempre el rey Felipe II, por consejo de sus médicos. El arcipreste conoce el lugar.

Tornéme para mi tierra donde a tercer día,
más non vin por Lozoya, que joyas non traía,
cuidé ir por el Puerto que diçen la Fuenfría,
herré todo el camino como quien non sabía.

Jouvin cruza la sierra de Guadarrama por la Tablada, «en la parte más alta de las montañas hay unas columnas de piedra que marcan el camino y guían a los que pasan por el lugar cuando está cubierto de nieve. La bajada, entre rocas y guijarros, es tan mala que no se puede recorrer mucho camino sin atender al caballo». Nieve, peligro e industria, que se almacena en pozos para llevarla a pueblos y ciudades, a la Corte, para refrescar el vino y otros menesteres. Tránsito de personas y los nobles en verano se dirigen a Segovia por aquí, y los reyes a sus palacios. En la frondosidad y a resguardo del viento, una venta era auxilio de caminantes, donde Cervantes sitúa el nacimiento del pícaro Rinconete, «soy natural de la Fuenfrida, lugar conocido y famoso por los ilustres pasajeros que por él de contino pasan».

Para allanar el viaje se abrió un nuevo camino al sur del puerto de la Tablada, presidido por la estatua de un león, con este rótulo, «Fernando VI, padre de la patria hizo el camino para ambas Castillas por encima de los montes en el año de nuestra salvación 1749 y IV de su reinado», el puerto del León. Más al norte otro camino, incierto, precario, cruzaba el puerto de Navacerrada, camino de mulas y hospedaje pobre hasta que en el siglo dieciocho,

se adecuó una calzada para facilitar a los reyes y la nobleza el acceso de Madrid al palacio de la Granja de San Ildefonso.

Ha pasado lo agreste, y debajo de la montaña el viajero va a seguir un cordel y el curso del río Moros que ampara dos ventas, auxilio de los que atraviesan la sierra. De la Campanilla, que aún persiste el nombre del lugar, cuentan que en las noches y días de niebla el sonido de una campana movida por el viento era guía para viajeros desorientados. La venta de Cornejo, cerca de donde la Cañada Real Leonesa encuentra el río Moros, y en medio de un inmenso pinar, es tan antigua que el arcipreste ya conoció el lugar, «lunes antes del alba començé mi camino, fallé çerca el Cornejo, do tajava un pino».

Siguiendo cordeles recala en la venta de Herreros, en un entorno de minas y fundiciones que conocieron los romanos; es Ferreros, despoblado y ruinas que Jouvin puede ver cercano a Otero en el viaje a la Losa, recuerdo de una población medieval desaparecida, iglesia románica de San Pedro, y pocas casas situadas al lado del camino de Segovia, de gente que vive del ganado lanar que recorre la Cañada Real Soriana. En sus aledaños, el rey Felipe V mandó construir la famosa Casa de Esquileo, llamada de Santillana, lugar de paso de las ovejas que en este lugar dejaban la lana, la mejor de España, que se reparte por toda Europa. Rebaños que cubren los caminos siguiendo los pastos; en verano, dehesas de las montañas de León, de Cuenca, de Aragón; en invierno, cinco millones de ovejas inician el viaje a lo templado, la Mancha, Extremadura y Andalucía; y se quedaba la sierra triste y oscura, triste y callada.

Hablar de ovejas, y la primera que vio mi hijo en las montañas verdes, temió que le atacara. Recorrer estas avenidas que cruzan España, vida de la lana. Revenga, Riofrío, Valsaín, San Ildefonso, Cañada Real Soriana, Cordel de Santillana, donde Ponz señala numerosas casas de esquileo, y relata por extenso las técnicas de obtener la lana de las ovejas. A pocos libros regreso, al prado de Berceo, a las ovejas de Garcilaso, que «el dulce lamentar de dos pastores, Salicio juntamente y Nemoroso, he de cantar, sus quejas imitando; cuyas ovejas al cantar sabroso estaban muy atentas, los amores, de pacer olvidadas, escuchando». Pastores de Alonso Núñez de Reinoso en su historia de los amores de Clareo y Florisea, que «entrando por aquella tierra, cansada de la mar, aporté a unos valles sombríos, a los cuales unas altas sierras cercaban, y dellas claras aguas corrían, y los valles eran todos llenos de altos árboles, debajo de los cuales pasaban unos mansos arroyos y había muchas fuentes que de verdes y floridas ramas estaban cubiertas y de blancas pedrezuelas ornadas. Había por aquellos valles muchos pastores, que tañendo sus flautas rodeaban sus ganados, sin de otra cosa ninguna tener cuidado, más que de levantarse cuando el sol salía, y guardar sus ovejas, y pasar el día en honestos ejercicios; y, venida la noche, haciendo grandes fuegos estarse a ellos, comiendo de aquellos sus pastoriles manjares, y después recogerse en sus cabañas, sino de cosa ninguna tener cuidado, ni pena, ni desasosiego, durmiendo a placer sin tener cuenta con las cortes de los altos príncipes y poderosos señores, ni de sus mudables favores, abrazados solamente con aquella deleitosa y suave soledad, estando cantando debajo de altos pinos o de algún gran roble, no les

dando pena la hambre grande, que los que sirven a los señores de privar tienen, ni menos trabajo, las galas de la agraciada y superba dama, ni las mudanzas que en sus favores suele haber».

La vida pastoril, que escribió hace tres siglos el honrado Manuel del Rio no es amable; que «cuando los ganados emprenden su marcha para las sierras, los pastores no sienten el camino, por el gusto que llevan de poner el fruto de sus tareas en mano de los amos, y el deseo de llegar a su país para descansar y ver sus familias. Estos placeres no dejan de estar mezclados de disgustos, por los continuos acontecimientos que les suçeden en el camino, pues por todas partes, se ven perseguidos y amenazados si no aprontan lo que se les pide, salga o no del cordel el ganado; y solo la desgracia de haber nacido en un país miserable les hace arrostrar los peligros de la trashumación como único medio de subsistir ellos y su familia, aunque esta se tiene que auxiliar con su trabajo hilando, pues de otro modo no podrían mantenerse».

Jouvin no vio la famosa residencia de Riofrío, donde la reina María Cristina se escondió del cólera que asolaba Madrid, porque la construyeron cien años después de su paso, en este entorno que tanto apreciaba. Palacios vecinos de San Ildefonso y de Valsaín, señalado país de regalo de los monarcas, que aquí se complacen en verano, por la mucha caza; asentado en hondo valle feraz de árboles, aguas delgadísimas y al alcance, ciervos, liebres, perdices; visitado por tantos y que ahora es una ruina, paredes al cielo.

La ruta que sigue es camino pedregoso, y a Segovia, ciudad primera, célebre, iglesias y mansiones, acueducto

romano que asombra a los viajeros, fábrica de moneda con sus molinos en el río, muchos comerciantes y obreros que trabajan la lana y paños delicados, riqueza del lugar. El viajero se despide y cruza el río Eresma por el puente de San Lázaro, pronto lo volverá a cruzar por el de los Lavaderos, donde se trata la lana. Seguirá la Cañada Real de Merinas, planicie hasta el río Moros, que supera a vado y ahora paso amable sobre el puente Uñez, por el capitán Núñez que acaudilló al pueblo de Anaya; sombra de la ermita barroca de Nuestra Señora de Oñez.

El camino atravesará una gran extensión de bosque hasta al pueblo de Tabladillo, alabastro en los cerros, donde come una ensalada de tomates, y sabe que los utilizan como salsa aderezados con vinagre, sal y aceite, y que les gustan los ajos cocidos en las cenizas, que una cabeza de ajo es comida de caballero, y así sacar fuerza para andar la jornada, cantando «para mozas resaladas el valle de Tabladillo». Encuentra muleteros que acarrean lanas finas a Segovia, cortada de la parte más noble de las ovejas. Pasa por Pascuales y Santa María la Real de Nieva, donde no se pagan impuestos por privilegio de la reina Catalina de Lancaster al aparecerse la virgen al pastor Pedro Amador Vázquez, que presencio el insólito evento, origen del santuario y monasterio mariano. Agapito Marazuela, vecino del cercano Valverde del Majano, canta: «Virgen de la Soterraña, te venimos a pedir garbanzos para la olla». Aquí come carnero, potaje, vino tinto y fruta. Hacia Nieva y sigue por grandes viñedos y bosques en el entorno del río Voltoya, lo tiene a mano izquierda y lo sigue hasta la bella ciudad de Coca, en un altozano que dos ríos rodean. Valioso emplazamiento que en tiempos de historia escondida

albergó una poderosa ciudad, que conquistaron los romanos con engaños, arte de la guerra.

El amo del lugar fue el marqués de Santillana, el poeta, que fue «omme de mediana estatura, bien proporcionado en la compostura de sus mienbros, e fermoso en las faciones de su rostro, de linaje noble castellano e muy antiguo. Era omme agudo e discreto, y de tan grand coraçón que ni las grandes cosas le alteravan ni en las pequeñas le plazía entender. Tenía grand copia de libros, dávase al estudio, especialmente de la filosofía moral, e de cosas peregrinas e antiguas. Tenía siempre en su casa doctores e maestros con quien platicava en las ciencias e lecturas que estudiava. Fizo asimismo otros tratados en metros e en prosa muy dotrinables para provocar a virtudes, e refrenar vicios: e en estas cosas pasó lo más del tiempo de su retraimiento». Y los Fonseca, familia ilustre que entierra a sus muertos en la iglesia de Santa María la Mayor. Serena belleza de los sepulcros de mármol, la espada del guerrero que no olvida, el rosario de la fe de quien espera, arte frío que manos renacentistas cincelan. Y un castillo, el más bello de España, con muchas torres, «ahora morada de cuervos». Bajo este burgo el río Voltoya se une al Eresma, el viajero lo cruza por un antiguo puente, pero cuando pasa Andrea Navajero ha de rodear la ciudad porqué una avenida lo había arruinado. Ahora, el que se admira se levantó el siglo dieciocho.

Después de Coca, por la Cañada Leonesa Oriental siguiendo el cauce del Eresma entre inmensos bosques de pinos, lugar peligroso y riesgo de salteadores. Le hablan del trabajo de recoger los piñones, niños encaramados a los árboles, animosos, que venden para aliñar las comidas o

comerlos crudos. Sorpresa de François Bertaut cuando conoce el lugar, «todo este territorio es muy agradable, hay muchos robles y hayas. A dos leguas se encuentra un gran páramo lleno de pinos muy gruesos». Al final de los bosques, la venta de Coca, al este de Alcazarén, ahora solo un nombre en un mapa recuerda el lugar, ya medio abandonado cuando pasa Jouvin, sin alimentos ni nada. En el pueblo de Mojados cruza el río Cega por un puente de seis arcos, que ahora llaman Viejo. Pierre Bergeron almuerza aquí y se dirige al norte, «este país es muy arenoso y estéril y solo crecen pinos y abetos», y hacia Cardiel, que arrasarán los franceses, un despoblado cerca de la Pedraja de Portillo, lugar de bodones, estas lagunas que el sol de verano evapora.

Boecillo es un pueblo casi nuevo, cerca del río Duero, inaccesible a vado, historia eterna, barca y puente. En el año del Señor de 1500 el obispo de Segovia va a construir un puente de madera y también una venta, al pasar Andrea Navajero anota que «se cruza el Duero por un puente de madera», pero un agua desmedida lo levanta. Al cabo de dos décadas se alza uno de piedra, que también será ruina, Pierre Bergeron conoce en 1612 que «se cruza el río Duero en barca. Al paso del Duero hay un puente roto, y más allá de la corriente un monasterio de religiosos descalzos llamado Abrojo», y François Bertaut, en 1659 cruza el río «en barca en un lugar donde había un puente que está arruinado». Un día la corriente hundió la barca y se ahogaron el barquero y los pasajeros, Duero mortal. Buenas noticias, en 1841 carretera nueva a Valladolid y puentes sólidos en Boecillo y Mojados, que construyeron sin descanso cuatrocientos presidiarios, pero pocos años des-

pués nuevas avenidas y vuelta a la barca, puente provisional y pronto de hierro. Por aquí pasará un día el taimado duque de la Victoria, recorriendo España con honores, en carreta descubierta, las gentes vacían sus pueblos y le vitorean en el camino real, alucinados, ignorantes del desastre de este espadón.

Jouvin ha cruzado el río Duero en barca y a su izquierda observa la muralla de un denso bosque de pinos. Otro viajero que conoce este entorno ve el «monasterio de descalzos religiosos, llamado Abrojo. Hay un gran parque a lo largo del río. Fue en este monasterio donde se confesó el condestable Álvaro de Luna, y de allí fue llevado a Valladolid donde fue ejecutado en el cadalso. De aquí a Valladolid es una llanura infinita». El monasterio lo fundaron los franciscanos a principios del siglo quince; en el bosque vecino Isabel la Católica hizo construir una casa real, para descanso y recreo de los reyes, que disfrutaron lo que se conoció como Bosque Real del Abrojo hasta que un incendio lo arrasó todo, maderas, monasterio, palacio. Se reconstruyó el recinto religioso del que ya casi no queda nada, muros, fuente, la cerca que rodeaba el lugar.

A la derecha del camino muchos bosques, denso paraje llamado del Castillejo, donde «ay cierttas huerttas e sottos e pinar, y ay muchos arvoles assi de leña como de llevar frutto como para madera, y assi mismo ay muchos conejos e lievres e perdizes e en el dicho rio mucho pescado». Jouvin avista una enorme laguna de agua salada, oficio de curtidores que trabajan las pieles, Laguna de Duero se llama el lugar, terrenos repletos de vides y la cercanía del acueducto que lleva las aguas a Valladolid.

Grande ciudad, bellas casas, mercados, palacios, jardines, y en el del rey una máquina en forma de bomba sube las aguas del río Pisuerga para alimentar el vergel. Cuando el viajero Richard Twiss llega al lugar, «cerca de la puerta por la que entré vi la cabeza de un hombre adherida a un palo, y debajo, clavados, un brazo, el hombro y parte de las costillas. Era pedazos del cuerpo de un asesino, y estaban muy cerca del camino. Era bastante reciente, porque su barba continuaba creciendo, y el conjunto presentaba un espectáculo horrible».

A la salida de Valladolid por la Cañada Real Leonesa Oriental una llanura inmensa y arenosa acerca al viajero al pueblo de Cabezón, donde hay un castillo al que los grandes señores solían enviar a sus servidores cuando los querían relegar, y allí eran decapitados. Cruza por un puente de piedra el río Pisuerga y va a seguir el río algunos kilómetros por un ancho valle sin árboles pero bastante bien cultivado, con el inconveniente de tener que cruzar el río varias veces. Sale al encuentro el monasterio cisterciense de Santa María de Palazuelos y pronto la venta Triguera o quizás llamada de Trigueros, al lado de la cañada y a la altura de Cubillas de Santa Marta. Duerme en buena cama pero la cena fue decepcionante porque al ser día de abstinencia tuvo que comer lo que llaman cosa del sábado aunque no son muy escrupulosos y contenía carne. Y por un muy deleitoso bosque de muchas arboledas y lindísimas frescuras por el estío llega a Dueñas, con un castillo desamparado y un bello puente de piedra de seis arcos sobre el Pisuerga, pero hace siglos que desapareció por los cambios de cauce del río, y cubrió su función una barca.

Pero Jouvin se dirige al norte y va a cruzar el río Carrión por un puente cercano a la venta y monasterio de San Isidro, pronto un importante cruce de caminos, donde se sitúa desde tiempos la venta de Baños. Sigue hacia Magaz en un entorno de lugares de pasto y viñedos, y por una llanura deshabitada hasta Torquemada, con su gran puente de piedra sobre el Pisuerga, más viñedos y acompañado del río Arlanzón hasta Quintana del Puente, donde lo cruza por el puente que da nombre al lugar. Cerca, la venta del Moral, famosa y lugar poco recomendable porqué aquí se reúnen los ladrones de los alrededores. Situada en la confluencia de los ríos Arlanza y Arlanzón, bajo el cerro del mismo nombre, ahora un despoblado con el monasterio de San Salvador.

Más ventas, la de Revilla y la del Pozo o Malfas; encuentra Villanueva de las Carretas y Celada del Camino, cruza un río pequeño, el Hormazuela, cerca de Estépar, por el río Arlanzón sobre un gran puente y lo contorna hacia Buniel. Sigue a Quintanilla de las Carretas y Burgos, antes por el hospital del Rey, refugio de peregrinos de la ruta jacobea, frente al monasterio de las Huelgas; y volverá a cruzar el Arlanzón por el puente de los Malatos, cercano a un hospital de leprosos, con un bello jardín.

Burgos, donde se ordena la vieja Castilla, encerrada en una doble muralla, calles estrechas y desordenadas, notable la que conducen al mercado de trigo en la plaza de la Llana y a la huerta del Rey, con una gran alberca y bella fuente. En una plaza porticada residen los grandes mercaderes, y también la adorna una gran alberca, porqué esta es una ciudad de agua en tantos lugares, y hostales en los aledaños de la muralla, con servicio de mulas para Madrid

y otros lugares de España. Pero en tiempos azarosos, la señora Holland conoce este mundo que vive de la labor del campo, derrotado, gentes al albur de los dones del cielo. «Los campesinos, antes de los últimos años de escasez, tenían una vida regalada. Su dieta consistía en sopa por la mañana, hecha de pan, aceite, ajo, sal y agua. Pan, cebollas y vino a la mitad del día, y su olla por la noche, en la que ponían cerdo, res y cordero, y según la estación del año, garbanzos, calabazas y repollo». Dejamos a Jouvin en su recorrido por lugares sorprendentes.

Indagando Alcocer

Escuchar las voces de Miguel Lloret, Nicolás Buades, Jerónima Losano y Blas Pico es imposible, ni sus huesos resisten los seis siglos que han pasado desde mediados del diecisiete cuando vivían en Alcocer, donde el río Albaida besa el Júcar, en el trencall. A estas gentes las encaminaron a un pequeño pueblo de casas vacías para llenarlo de la vida arrebatada por la fuerza a sus antiguos moradores, vecinos seculares, moriscos enviados a morir al otro lado del mar Mediterráneo. La geografía y la insensatez jugó con las gentes que se establecieron en esta llanada aluvial, fértil por el agua y criminal por el agua, donde el río ordena la vida.

Casas sin nombre y un día una alquería nacida del trabajo que se llamará el Alcázar en árabe, porqué de esta lengua eran los que la levantaron en la balansiyana tierra. Siglos de recolección y esfuerzo, comer y reír el viernes, en un entorno habitado por la feracidad del suelo y gentes laboriosas. Cercana, en la otra orilla del Júcar, la alquería de Paixarella, otro santuario del trabajo áspero. Hasta que un día se aproximan las huestes de Jaime I, el rey de Aragón. Es a mediados del siglo trece el primer contacto de los aldeanos musulmanes con los inmediatos amos de la tierra, que una cabalgada de ciento treinta caballeros, ciento cincuenta almogávares y mil doscientos peones se acerca por la ribera del río Júcar para acarrear provisiones y prisioneros. Con la sorpresa de la noche y el coraje se

hacen con gran cantidad de trigo y gallinas. «Al atravesar por Alcocer, unos doscientos de nuestros acemileros dirigiéronse a esta villa, y a pesar de los sarracenos, nos trajeron botín», cuenta la crónica del rey.

Correrías de nobles aragoneses, llegan los feudales, siglo trece de violencias y en 1244 Jaime I creó el señorío y baronía de Alberique, formada por este lugar y los pueblos de Alazquer, Alcocer, Gabarda, territorios ahora propiedad de señores cristianos, el término, la jurisdicción, los vasallos. Acomodo en la paz, y su historia se desvanece en tiempos de trabajo campesino anónimo, y la madera de las montañas que se trasporta por el Júcar hacia Játiva, y por mar a Valencia; en el entorno de Alcocer, término fiscal, se rinde el recuento y se separa la que corresponde al rey.

La guerra de las Germanías, año 1522, trastorna este pequeño núcleo rural habitado solo por moriscos, que defendieron a sus feudales contra la sedición y fueron derrotados. Los rebeldes incendian algunas casas, y los agermanados que dirigía el Encubierto, obligan a los musulmanes a bautizarse para incrementar sus tropas, que se rebelan en defensa de su religión. «Estando en Fontinent, paresció al virey mejorar el negocio. En passar el exército a Montesa, llegado a Montesa, supo que los de Algezira movían contra Alberic y Alcocer. El virey passó el río y fue a socorrer y defender aquellas tierras. Estando el virey en esto, muchos soldados, a la fama que papa Adriano estava en Tortosa y quería embarcarse para Roma, se fueron del real y marcharon para Tortosa, a los quales el papa mandó ásperamente despedir, mandándoles bolver a servir al rey y al virey. Y ansí huvieron de tornar, pero no al virey, por miedo que tuvieron, sino que se entraron en Algezira.

Entonces los de Xátiva y Algezira acordaron sallir a quemar Alberic y Alcocer, y de hecho quemaron muchas casas y mataron al capitán Ribes, vizcaíno, que el marqués tenía con 600 soldados de guarnición en Alberic. El virey havía sallido de Montosa con 600 infantes y 150 de cavallo para socorrer Alberic. Quando llegó en Alcocer ordenó su gente y los enemigos no lo esperaron. Aposentóse el virey en Alberic donde estuvo algunos días. En este medio, vino a Carlet el arzobispo de Sanctiago, de la familia de Fonseca, el qual hizo saber al virey cómo papa Adriano le embiava para tractar con los de la Germania que se reduizessen a la obediencia del rey y que se assentasse un buen medio de paz en el reino».

La guerra ha terminado derrotados los rebeldes, y un tiempo después los inquisidores ordenan a un fraile visitador recorrer el territorio para instruir en la fe cristiana y advertir de lo que no se ajusta a lo prescrito. Señalará la persistencia de las costumbres vedadas: «En el lugar de Alberique e Alcocer e todas esas varonias de al derredor. An sido públicas las carnicerias en dias de viernes y todos los dias vedados por la Santa Madre Yglesia; y en todos estos lugares an trabajado todos los domyngos y fiestas, publycamente. En Alcoçer y Alberique han çircunçidado muchos niños y hecho sus çerimonias morischas. Los que an çircunçidado en Alcocer y Alberich son: Axer Cotrell y el barbero de la valle de Andina».

Y llegará el final de una historia de siglos, el 22 de octubre de 1609 los moriscos de Alcocer, de Alberique y de tantos lugares colindantes, son forzados a embarcar en dirección a Orán. Damián Fonseca que lo presenció, explica la desgracia de los expatriados, ya en territorio africano,

donde sufrirán persecución y muerte en manos de los alarbes, gentes también musulmanas. Lo leemos en su «Justa expulsión de los moriscos de España. Con la instrucción, apostasía, y traición dellos».

«Y aunque el salir de España era forçoso, el ir a Berberia era voluntario, y en mi presencia preguntava el maestre de campo general don Agustín Mexia a los síndicos de los lugares a donde querían que los llevassen, que eligiesen la tierra que más les contentasse, como no fuesse los estados del rey, que a ella los passarían, porque esse era el orden que tenían de su magestad. Y a los de Alberique y Alcocer persuadimos apretadamente que se fuessen a otros estados de príncipes christianos, y no huvo remedio, sino que quisieron passar a Argel. Atestiguaron muchos de los que les vieron desembarcar, que llegados a tierra assi la besavan, como nosotros los umbrales de los templos de San Pedro y San Pablo. Los de Alberique, y Alcocer, entre los quales yva un morisco muy rico llamado Alami Delascar, llegaron à Oran, donde compraron cavallos, y escopetas, y se partieron para Tremecen con alguna gente de guarda, salieron tras ellos los alarves, y por ser estos muchos, y ellos pocos, aunque llevavan algunas armas, se hizieron fuertes en un monte, y juntos en consejo, resolvieron que pues los enemigos solo buscavan el dinero, y que sería posible, que por quitarsele, los matassen; que mejor era dexarlo en aquel monte, como el elefante, que se quiebra los colmillos, y el castor que se quita los genitales con los dientes, y los dexa a los caçadores, que andan tras matarlos por razón dellos. Hizieron pues un hoyo en el monte, en el qual escondieron el dinero que llevavan. No consintió el Alami en este acuerdo, diziendo que quería morir

con su dinero, aunque dio la vasija de plata que llevava, por ser de mayor estorvo, la qual echaron en el hoyo con lo demás, y cubriendolo bien de tierra, hizieron fuego encima, para dexar con esto señal del dinero que allí quedava; apenas acabavan de partirse, quando acudieron los alarves, tentando con las lanças en todas partes, y viendo en aquella la tierra movida, cavaron y descubrieron el tesoro que buscavan, pero como tenían noticia que aquellos moriscos eran ricos, no quedaron del todo satisfechos, y corriendo tras ellos los fueron persiguiendo, hasta que se persuadieron que era aquel el depósito común de todos, y así los dexaron pasar, salvando Alami su dinero».

Donde Gaspar Escolano vio que «la mucha seda y arroz que lleva todo su campo haze riquísimos igualmente al señor y vasallos», ahora son lugares despoblados, aldeas vacías, campos sin arar, pero pronto llegará un grupo de cristianos a reanudar la vida bajo el duque del Infantado, el feudal a quien el rey Felipe III reparó de sus pérdidas con grandes licencias de derechos y de tierras sobre «todas las tierras cultivadas e incultas, plantadas de árboles, de cualquier género, las que antes de dicha expulsión tenían y poseían y tuvieron y poseyeron los moros, sus súbditos y vasallos, vecinos de dichas baronías de Alberich, Alcocer, Alasquer y Gabarda, hasta el día de la expulsión de ellos en el realengo o términos de su ciudad de Xátiva y de las villas de Alcira y Villanueva de Castellón, con todos sus derechos y pertenencias, cargas y derechos de responder, que al rey y a la Real Curia, después de dicha expulsión en fuerza de la aplicación hecha por el mismo rey, sobrevinieron a la Corona».

En 1612 el duque concede carta de población a los lugares de sus baronías. En Alberique a 165 pobladores, 45 en Alasquer, 47 en Alcocer y 26 en Gabarda. «Cada casa pagará al año 50 sueldos en la fiesta de San Juan, 3 dineros por hanegada de regadío y medio dinero por las de secano, y 5 sueldos por las que estuviesen plantadas de forrajes. De los olivos, algarrobos, encinas, nogales, almendros tributaran un cuarto; de la morera, igualmente, un cuarto; de la higuera, un quinto, de la vid, un séptimo, en vino o pasa. De los cereales y legumbres, un quinto si están en tierra de huerta y un octavo en secano; del arroz, un sexto. Previamente, antes de efectuar la partición, deberán separar el diezmo y primicia perteneciente a la Iglesia y el terciodiezmo del señor feudal». Deudas de campesinos, *rosegas*, que el feudal no perdona, tiempos felices y tiempos de hambrunas, de plagas de langostas, epidemias, bandoleros y jóvenes que abandonan el lugar reclamados por el rey para las guerras.

Caerá sobre los lugareños otra guerra, de Sucesión, y los vecinos de Alcocer pasan a Alberique refugio en tiempos aciagos. Vida ignorada, lugar mínimo que poco trasciende, pero un informe del Ayuntamiento de Alberique del año 1771 enumera la religiosidad del lugar, de las cofradías del Santísimo Sacramento, del Rosario, fiestas de San Lorenzo, de la Asunción, de San Roque, del Rosario, populares en las calles en honor a sus patronos, procesiones, ermitas, fuegos de artificio. En el cercano Alcocer todo es exiguo: «En esta iglesia se hace fiesta a San Juan Bautista y el Corpus Christi, a San Andom y San Senent y San Roque, por nombramiento de unos a otros festexos, las quales son voluntarias en hacerse y de pura devoción,

que el gasto de cada una de ellas en lo que toca a Iglesia es de una libra quatro sueldos, y en lo que respetta a exterioridades y fuegos artificiales, que solo se hacen en la de San Juan y el Corpus, será su coste de unas quatro a cinco libras, y esto en algunos años».

Pero es preciso acercarse a Alcocer desde el agua que la destruyó, angustia que sobrellevaron generaciones, miedo con de la lluvia, Albaida y Júcar, ríos de muerte acechan en este lugar donde nadie sensato alzaría hogares. Desolación y vida precaria, destrucciones de 1328, 1406, 1473, 1517, 1559, 1571, 1632, 1647, 1775, 1785, tantas. Es el año 1517, triste 27 de septiembre, lo cuenta Gaspar Escolano, «el mesmo día vino el río Xucar tan crecido que derribó treynta y una casas del lugar de Sumacarcer, la metad de Gavarde; todo Alcocer (que no dexó en pie sino la casa del Señor, y cosa de siete de los vassallos) y se hundieron muchas en el arraval de Alzira. Ni hizo menos daño el barranco de Algemesí, pues se llevó de solo la villa de Carlete cien casas».

Las gentes que resistieron se trasladaron a Alberique y la alquería de Paixarella desapareció para siempre. Recordaba Cavanilles que el río Albaida «en una de sus avenidas arrasó el lugar de Paixarella [1517], cubrió de tierra los cimientos de los edificios que había destruido, y dexó una llanura cultivada de tiempo inmemorial con el nombre de Pla de Paixarella, situada en el ángulo que forma el Xucar con el de Albayda. Así quedaron las cosas hasta 1785, quando saliendo con furia este río, como arrepentido de haber reducido a campos fértiles el antiguo lugar, destruyó

su obra, robó la tierra sobrepuesta, y descubrió de nuevo los cimientos».

Para cruzar el río Júcar, faltos de puente, «está el barco que llaman de Alcocer, en tiempo de los moros tenían en este pueblo algunas compañías de soldados de guarnición para guardar el passo», un derecho feudal, «propiedad del duque del Infantado», que cobraba el portazgo. Cuando el rey Carlos III ordena la fábrica de nuevos caminos reales, se desea que los trabajos lleguen a este lugar y un puente substituya las barcas. Pero no hay dinero, y el mes de marzo de 1766 el conde de Aranda escribe a la duquesa del Infantado y le propone que financie la construcción de un puente sobre el Júcar frente Alberique, para facilitar el tránsito del Camino Real de Madrid a Valencia evitando el paso de barca, como condición para el desvío de la ruta hacia estos lugares, pero el crecido importe de las obras asustó a la duquesa.

«Señora: Haviendo confiado S.M. a mi cuidado la dirección y construcción del nuevo camino de la Corte a esta capital, he examinado que si en Alberique, villa propia de V.E. huviese puente sobre el río Xucar para el tránsito de Camino Real, pudiera establecersse por dicha villa el nuevo, con ventaxa del público, respecto a lo que se abreviaría desde esta ciudad a la villa de Almansa, y con utilidad del dueño del puente, que perciviesse los derechos de pasage correspondientes.

Concivo que perteneciendo a V.E. el actual passo por barcas, y deviendo resultar mucho mayor producto por el crecido aumento del tránsito a causa de lo dicho, estaría V.E. en el caso de construir a sus expensas el puente que se necesita, preciviendo en el pontaxe substituidos los de-

rechos de barcaxe, que se arreglarían con aprobación de S.M.

Expongo a V.E. esta idea paraqué se sirva manifestarme su resolución sobre ella, a finque si V.E. no se formasse, pueda yo decidirme otra dirección, o a la construcción de puente, en cuyo casso correspondería la exacción del derecho a [...] construyéndolo a su coste. Yo celebraré haver propuesto a V.E. asunto que puede redundar en notable beneficio suyo, pues la villa de Alberique con la carretera pública por ella ha de desfrutar con excesso el consumo de sus frutos y la facilidad en la extracción de los sobrantes».

Contesta la duquesa que no acepta la propuesta por «la actual cituación de mi casa con los crecidos gastos», por el «crecedisimo coste que tendría la construcción del puente sobre el río Júcar», y «los dispendios en los reparos precisos para mantenerle a mas de estar expuesto a las contingencias [...] en otros se han experimentado».

Los últimos días Alcocer acontecen el siglo dieciocho. «En el año 1775, habiendo crecido mucho el río de Albayda, que entra en el Xucar a la vista de Alcocer, hizo salir a éste de madre e inundó a Alcocer; la mayor parte de sus vecinos se trasladaron a Alberique, donde, temerosos de los males que entonces experimentaron, es regular fixen su habitación y quede despoblado Alcocer». Pocos vecinos resisten, hasta que cuatro años después otra inundación obliga al abandono, con el acarreo de los ornamentos de la iglesia y el fin del culto.

Antonio José Cavanilles escribe en 1797, «Catorce años hace aún existía Alcocer con su iglesia y buena parte de la

población. Situado a la orilla del Xucar, y no lejos de la confluencia de éste río con el de Albayda, estaba siempre expuesto a inundaciones: padecían los vecinos repetidas pérdidas sin escarmentar, caían edificios, quedaban sin cosechas sin desamparar sus hogares. Llegó en fin el término fatal, acabando con el pueblo las aguas de Sellent, Albayda y Xucar, y hoy día son campos cultivados lo que poco ha fueron edificios».

Cuenta Madoz, «acreció el lugar de Alberique con la despoblación de Alcocer. Motivaron esta, las fuertes avenidas de los ríos Júcar y Albayda, que saliendo de madre, inundaron a Alcocer, llegando el agua hasta dentro de las calles de Alberique, quedando aquel pueblo aislado por espacio de dos o tres días. En estos apuros los vecinos de Alberique les prestaron un servicio inapreciable, montaron en caballos, y nadando les socorrieron con pan y viandas, y aun les fueron sacando y trasladando a sus casas, no ocurriendo más desgracia que la de una familia que vivía en el estremo del pueblo, cuya casa recibía de lleno el ímpetu de las aguas. Amedrentados los hijos de Alcocer con la noticia que se propaló, de que iba a acaecer otra inundación, abandonaron el pueblo y se fueron a vivir la mayor parte a Alberique».

Olvidado Alcocer, las inundaciones siguen; en 1804 llegó «el agua después de cubrir todo el término hasta dentro de las casas»; en 1864 anega la parte baja de Alberique a tres metros de altura. «La destrucción del arbolado de la partida de Alcocer fue debida principalmente a las maderas que bajaron de las inmediaciones de Cofrentes». El despoblado era recuerdo, ahora en el camino que de Alberique se dirige al río Júcar, el edificio en pie de la casa de

la barca es memoria, pero el dolor no se olvida en esta tierra donde llueve mal. Octubre de 1776, ciudad de Valencia, «tanta agua y tan fuerte que jamás se ha visto otra igual, pensaban quedar aogados todos, en las barracas, alquerías y campos por donde passó, parecía averse de acabar el mundo con los fuertes y continuados truenos, relámpagos y agua y muy recio ayre, como de un huracán, el más veloz, una de las avenidas más grandes de que havía memoria entre las gentes». Eco reciente del dolor, que el agua escribe.

Salses, su entorno

Hacia mediodía, por el estrecho de Leucata, marismas, lagunas, entorno insalubre, una roca en la que hay esculpida una cruz, «raya de Francia y término de los reynos poderosos de las Españas», escribe un viajero. En el lugar, una fuente copiosa, salada, que surge de la roca con gran violencia, el cauce se cruza por un puente de seis arcos, a pocos metros del nacimiento, como vio François Bertaut. A media legua, escribe Andrea Navajero, veneciano, embajador, que se acerca a España por la prisión del rey y ofrece el endecasílabo a Boscán, «hay un fuente salada llamada de Pomponio Mela, Mela, Salsula, que entra en un lago». Los griegos conocieron el lugar, Estrabón «refiere que pueden encontrarse torrentes salados desde su mismo nacimiento, como las fuentes de Salsula, es tal el ímpetu, en efecto, con que esas aguas se precipitan desde los montes, que desde su propio nacimiento se convierte en un río de sal, ora en sabor, ora en abundancia, después de un breve intervalo de tiempo, con curso precipitado desemboca en el mar».

El romano Mela escribe de «la fuente Salsula que no mana aguas dulces sino tan saladas como las que son marinas; cerca, una llanura muy verde por sus juncos pequeños y esbeltos, colocada sobre un pantano subyacente. Esto lo demuestra su parte central que, separada de las cercanas, flota como una isla y puede moverse y ser arrastrada. Y, sobre todo, desde los lugares que son cavados pro-

fundamente se ve el mar extendido por debajo. Por esto les pareció bien a los escritores griegos y también a los nuestros a causa de ignorar la verdad o por deseo de mentir, siendo conocedores de ella, contar a la posteridad que en esta región los peces se extraen de lo más profundo de la tierra porque, cuando vienen desde el mar hasta aquí, por estos agujeros, por un golpe de los pescadores, son sacados muertos». Ahora, llamada fuente Estramar, es la surgencia principal de las que desaguan la sierra freática de Corbières, habitada de cavidades, un mundo asombroso bajo el agua que aventureros tenaces exploran.

Cercana, una obra imponente, el admirable castillo de Salses y una aldea inmediata de una sola calle, con posadas para los viajeros del camino real, que fueron frontera con Francia hasta el Tratado de los Pirineos de 1659, que otorgó el territorio a este país. Planicie española, codiciada por el enemigo francés, y que aparta de la península una sólida muralla de montañas. Ofensiva enraizada en los siglos, que ya conocieron las huestes galas que el papa envió en cruzadas contra Pedro el Grande, rey de Aragón, destruidas y masacradas en el collado de Panissars. Salses, castillo pretérito arrasado en 1496 y pronto colosal fortaleza que se construyó a impulsos del rey Fernando el Católico. Asalto y derrota francesa por la avanzada del imponente ejército español encabezado por el mismo rey. Antoine de Lalaing lo visita acabado de construir, «ubicado sobre pilares debido a los cursos de agua que descienden de las montañas», gruesas murallas, un gran torreón, habitaciones para albergar cien hombres de armas, doscientos jinetes y mil quinientos peones. «Il est sans trayson imprenable, et est indiciblement furny d'artilleries».

Capitulación de los franceses, que se rendirán el 6 de enero de 1639, «como estava pactado, salió de la fuerça Mosur de Espenan, su governador con quinientos soldados franceses buenos y trescientos de enfermos, que dijo havían muerto otros tantos y entregó el castillo a los dos generales de España el conde de Santa Coloma, virrey, y al marqués de Espinola de Balbases, y así se recuperó la fortaleza de Salsas por hambre, haviendo durado el sitio de 16 de setiembre hasta 6 de enero. Recuperó el rey las plaças de Cataluña quedando sus armas acreditadas y los catalanes en gran opinión de valerosos y fidelísimos por aver acudido a la defensa de su rey, con tan gran costa de los comunes y particulares, que no se lee que una provincia de sesenta leguas de pays haja levantada tanta gente a su costa». Tres años después, el final. En la pluma de Beaulie se conserva la memoria de la impresionante torre del homenaje, abatida.

El viajero Jean Second pasa por el lugar: «Almorzamos cerca del castillo de Salses que los españoles mantienen bien defendido, tanto, que al encontrarse los extranjeros frente a esta fortaleza les produce gran desasosiego. Y si se demoran para contemplar los muros y los fosos, incluso sin mala intención, corren el peligroso riesgo de ser expulsados a golpes de bombarda, o mejor dicho, no solo ser perseguidos sino muertos, y terminar el viaje aquí». Barthelemy Joly escribe que la aldea tiene unas cien casas «y un monasterio de San Benito en el suburbio. Estuvimos alojados muy mal porque sólo hay un hostal, y eso es intencionado, porque no quieren que nadie se detenga».

Camino hacia Rivesaltes, donde se franquea el río Agly por un puente medieval que vigilaba una guardia de fron-

teras dedicada a inspeccionar a los viajeros, una obra destruida, arrastrada tantas veces por espantosas avenidas. Bronseval conoció el «pons lapideus elegantissimus», pero François Bertaut y otros cruzan el río a vado o en barca. Una pequeña ciudad encerrada tras unas murallas que el rey Alfonso II de Aragón autorizó, donde unas cincuenta familias sufrieron las reiteradas ocupaciones francesas. Callejuelas estrechas recuerdan los tiempos antiguos, restos de cuatro torres, puertas de acceso al núcleo que alberga la iglesia de san Andrés, que en tiempos de Villuga era románica.

Y Perpiñán, gran ciudad fortaleza, atravesada por el río Tet, habitada por unas tres mil familias, un puente de piedra que deshacían las avenidas, pórtico noble del Castellet para ingresar, sólidas murallas de cantería, escasos nobles la habitan, señalan los viajeros, lugar de comercio y negocio, antigua ambición francesa. El siglo dieciséis el monje Bronseval escribe, «por un valle llano, devastado por el diluvio, llegamos a la ciudad de Perpiñán, donde tuvimos que mostrar nuestra autorización para pasar a Francia. Fue examinada por los diputados de la villa, comprobando que era buena y la confirmaron con los cuños de sus cargos». Y los Pirineos, que hay que cruzar.

A poc a poc, per Gualba

Aquí mana l'aigua, quan n'hi ha, que regalima del Montseny, de Santa Fe, daltabaix, gorgs i un salt en aquest país verd. Riera d'arbres llargs i tanta humitat que hi camino, però de viure-hi res de res, que els ossos pateixen en el sot enemic de la llum. L'amic Artur Osona passa un dia d'hivern de l'any 1882, pel «pintoresch poble cobert de verdura y brollant l'aygua per tot arreu», i s'atura a l'hostal d'en Pere de la Taberna, on «nos serviren un suculent dinar, no faltant'hi lo seu cafè». Pel camí de la riera, de tants colors que quan hi passo la primavera o la tardor sembla un altre mon, remor d'aigua i a veure el pont de Can Dragó, una obra de mèrit, sòlida; enrere, camí veí de la carretera dels cotxes, travessar la riera per un altre pont i un camp segat, ample panorama, mirada al Morou, d'esqueis, senda que he caminat cap a una altura decorada d'aquells arbres que no deixen passar la llum del sol. M'atura els passos la imatge lluent, que potser és la que va veure el pintor Mir d'un bonic entorn rural ple de carbasses, treball de pinzells i l'endemà quan hi torna el pagès les havia arrencades, a crits el criminal les va haver de tornar al seu lloc.

De seguida el rec de l'Altra Banda, antiga xarxa de regadiu que travessa la contrada des del peu de les muntanyes. L'anirem trobant, i deixo el camí de les Carnisseries i enfilo una pujada suau, una alzina mana la terra i un pi l'acompanya. Al costat d'una caseta d'estiu giro la mirada a llevant, a les muntanyes que amaguen el mar, i a

trobar la ruïna de Can Puig, una ampla plana on es treballava quan els pagesos torçaven l'esquena i de tractor no en tenien. Les parets que les herbes decoren, la bassa amagada i baixar cap el torrent de Can Sivina, marges d'arrels a la vista, fresca matinera que ha plogut, i ample camí a la Casa Blanca i ara es diu en plural, arbres magnífics, teulada d'ombra l'estiu, i a tocar el safareig de roba bruta i l'aigua que alimenta el rec esmentat.

Seguiré la ruta històrica d'anar a trobar el Camí Real de França, allà on hi la Tordera, entre cases modernes i un gos que em mira. Menjo alguna cosa als bancs de l'ermita de Sant Cristòfol, record medieval, ara anònima, reconstruïda tantes vegades. A dins hi ha enterrat el rector Josep Taborés, contra els gavatxos va lluitar i els liberals el varen matar, «morí fora de casa assassinat per los milicianos constitucionals lo dia 18 de setembre, any 1822», una crònica del temps diu que «fue fusilado el cura párroco de esta por una partida dependiente de la división del general Milans del Bosch». Parets d'un cementiri, als morts els vetllen arquitectures desemparades, enllà l'arbreda que acompanya la riera, m'hi acosto, pont i molí de farina de Can Figueres, ruïna i després fonts malmeses al parc.

Toco el poble, acostant-me a la dita casa, medieval, parets sòlides, defensa de bandolers. Resar a l'església de Sant Vicenç pels germans Font, veïns d'aquí, males peces en temps de la carlinada, amagats en aquestes muntanyes sagrades –roures, alzines, pins– no varen estalviar maldats, assaltaven pagesos, els cremaven fins fer-los dir on tenien les unces, «le maltrataron, le tuvieron cosa de un cuarto de hora hasta que lo dejaron por muerto», i varen deixar l'ànima penjats a Barcelona, un dia de sol. Entro en

aquesta església de butxaca, a la paret un retaule de fa segles, colors vius, imatges que expliquen que un home parla a un rei que no li agrada el que escolta i el fa matar de mala manera, i tot acaba be perquè uns àngels el porten al cel.

Tornaré, he tornat moltes vegades, i ara cap a l'Estanc de la Batllòria, on donen de menjar i m'agrada l'arròs del dimecres, i els fideus a la cassola. I la memòria de les passes d'un jove Francesc Pi i Margall que camina pel Vallès. «La noche se acerca a paso de carga. He llegado a descubrir la llanura de Monseny y en ella he visto sentada la villa de Gualba. Sus casas jalbegadas hasta el techo, su iglesia hasta el remate del campanario, han producido en mi una impresión estraña y fantástica».

Donde caerse muertos

Un clérigo apartado del siglo, aldea en las estribaciones frías del Montseny, se encamina a su ciudad natal, mediterránea y vivaz, afanes marineros, rumor de telares, días de las santas patronas, famosa ocasión, cera ardiendo en los altares, y Manuel Camín Campllonch, vástago de una familia opulenta, altivo, desde el púlpito, altura magnífica sobre los congregados, proclama: «Mi cortedad todavía no versada en esta clase de piezas oratorias no podrá presentaros un discurso digno de vuestro gusto acostumbrado a tartamudear según las leyes de mi profesión con los idiotas del campo, no sabré hablar el idioma de los perfectos». Trabajar con las manos, esta aversión.

Seguiré a los gallegos, navegantes de páramos, jornadas de afán, y «a pesar de que los habitantes de Castilla dependen de estas personas para su trabajo anual, los tratan como vagabundos, y los mantienen con el mayor desprecio». Con Alarcón, «el terreno decide del carácter de las razas: aguas y montes demarcan lo que considera su patria cada uno: quien dice montaña, dice frontera: el río se convierte en foso henchido de sangre cuando intenta pasarlo el extranjero: toda batalla tuvo por clave y objetivo la posesión o la conquista de un vado, de un desfiladero, de una eminencia. La historia es esclava de la geografía». Cruzo las parameras frías de Molina, la aridez inmisericorde de los Monegros, la tierra extrema y dura, alquerías, yermos. Escribe Landes que la geografía «enuncia una

verdad desagradable, esto es, que la naturaleza, como la vida, es injusta, desigual en sus dones; aún más, que la injusticia de la naturaleza no tiene fácil remedio».

Ilustrado Martín Sarmiento, fraile alerta, siglo dieciocho mediado, sabe de otra geografía, que son «mui raros en Galicia los labradores propietarios que cultiven por sí y sus criados las tierras, y mezclándose el laberinto de foros y subforos, etc. los hemos de llamar parceros, o arrendatarios, sugetos antes a que los dueños de las pensiones los despojasen, o les subiesen a voluntad los arrendamientos, trabajan todo el año de Dios arando tierras y extirpando terrones, comiendo mal y viviendo peor, sin tener apenas un palmo de tierra en que caerse muertos».

Por la España verde, relente maldito que cae del cielo, ondas do mar, tiempos de cautela, foráneos apresurados por aldeas imperceptibles, hórreos, cruceros, pallozas, y peregrinos con la luz del campo de estrellas vislumbrarán donde la tierra fine, camino de piedad. Tierra del apóstol, alivio de maíz y centeno, desheredados, consuelo de verzas y rezar, débitos, fatigas, y el destino a mediodía, tierras extrañas donde el sol acosa, gavilla rastreando labores y soldada, a estos celtas los vamos a encontrar de camino al trigo.

Feijoo escribe que «es justo que cada uno trabaje en su patria hasta donde lleguen sus fuerzas. O los gallegos, que se esparcen por las Castillas, Navarra y Andalucía, tienen que trabajar en su tierra, o no. Si lo primero, trabájenla y no malbaraten el tiempo que consumen en vaguear de una parte a otra. Si lo segundo, hágase una extracción reglada de la gente pobre de Galicia que sobra para el cultivo de sus campos, y fórmense de ella algunas colonias en varias

partes de España donde hay grandes pedazos de tierra inculta por falta de labradores. Esto trahería juntamente la conveniencia de impedir en muchos montes y páramos la infestación de los ladrones. Buen exemplo de una y otra utilidad tenemos a la vista en el lugar de la Mudarra, sito entre Rioseco y Valladolid, que no sé porque accidente se formó a la entrada del monte de Torozos, de un puño de gallegos. Opondráseme lo primero que en algunos países no hay bastantes colonos para cultivar la tierra que posseen, y esto hace preciso traher jornaleros de afuera. Lo segundo, que aunque en otros hay jornaleros naturales de la Provincia, estos son más costosos que los gallegos, y cada particular tiene derecho para servirse del que lleva menos estipendio».

Feijoo sabe del sufrimiento, azadón, raíces y piedras, tierra áspera que has de vencer, esfuerzo, labor exigua y «no hay gente más hambrienta, ni más desabrigada que los labradores. Cuatro trapos cubren sus carnes; o mejor diré que por las muchas roturas que tienen, las descubren. La habitación está igualmente rota, que el vestido, de modo que el viento y la lluvia se entran en ella como por su casa. Su alimento es un poco de pan negro, acompañado, o de algún lacticinio, o alguna legumbre vil; pero todo en tan escasa cantidad, que hay quienes apenas una vez en la vida se levantan saciados de la mesa».

Samuel Johnson, de mirada atenta, recorre Escocia, verdes, lo abrupto, clanes que la espada ha civilizado, y otro paisaje de dolor, de pobreza infinita, «familias consumidas, campesinos laboriosos que viven en cabañas miserables, que les brindan poco más que cobijo de las tormentas, un pueblo analfabeto, cuyo vida es una serie de an-

gustias; donde cada mañana se trabaja para obtener recursos para la tarde; y donde todos los sufrimientos mentales y los placeres los causan el miedo al invierno y la esperanza de la primavera, donde la vida sin progreso y sin adornos se desvanece en poco más que la existencia desnuda, y cada uno está ocupado en sí mismo». Débil hilo, el azar, el cielo de piedra, y se alejan al paso.

Gallegos por las alturas de Cebreiro, Ponferrada, Cruz de Ferro, descender a Foncebadón a Rabanal del Camino y por la calzada Gallega hacia Val de San Lorenzo y la Bañeza, tierras de Castilla y a Benavente, cercanía del río Esla. Gentes que se esparcen por el enorme páramo leonés, tierras de Campos, de Pan, Medina de Rioseco, casas de adobe en la ancha llanura, Real Cañada Leonesa y la población de la Mudarra bajo los montes Torozos, alturas leves, alcores, motas, tesos, donde habitan peligros bandoleros, premura, encinas y cereales.

Colecciono las imágenes de los viajeros del setecientos, sorprendidos por el aluvión, una comunidad que ha dejado su rastro en el nombre de tantas aldeas, un caso singular, único en la geografía española, en Gallegos de Hornija, Gallegos del Río, de Argañán, del Río, de Sobrinos, de Curueño, de Crespes, del Campo, de Solmirón, del Pan. Un hidalgo catalán, Ramón Antón Milans del Bosch, militar, guardia en el Palacio Real, viaja de Madrid a sus lares, es invierno y «vamos por Valencia respecto a estar intransitables los caminos de Aragón, el día 8 salgo para esa y en coche respecto que no ha sido posible encontrar xaca respecto a que por los tiempos no las baxan los gallegos».

El inglés William Dalrymple visita España el año 1774, llega a Benavente y escribe que «fue un día triste, ya que vimos muy pocas personas hasta llegar al río [Esla], y después de cruzarlo encontramos un gran número de gallegos, hombres de Galicia que regresaban a su país después de la cosecha». Miríada, y esta ciudad, «se encuentra en el Camino Real hacia Galicia, y cientos de gallegos descansan aquí por la noche en su viaje de regreso a casa, durmiendo en el patio de la iglesia, expuestos al aire libre, lo que es muy común entre la gente de las partes más calientes del reino». Cuando regresan de Santiago, en la Bañeza también encuentran gallegos de retorno a su país.

Pasado Foncebadón ha de cruzar por las montañas frías y desoladas de los montes de León, por el puerto de Rabanal donde se vio obligado «a bajarme del caballo y caminar por la cima, tomando nota de un prodigioso montón de piedras sueltas, con una cruz de madera en la parte superior. Me dijo mi compañero de viaje, que cada gallego que regresaba a su país tiene como costumbre tirar una piedra sobre esta pila, por lo que, por acumulación, se ha formado una montaña considerable. A la luz de la luna, observamos un gallego pobre dormido al lado del camino y casi rígido a causa del frío, mi compañero, con gran humanidad, lo obligó a levantarse, aunque muy en contra de su inclinación, y lo puso en una de sus mulas, diciéndome, que cada año algunas de estas personas perecen en este paso». Ahora el lugar de la Cruz de Ferro, frente a la ermita de Santiago Apóstol, es memoria secular y este montón de piedras sin fin.

En Astorga encuentra «un gran número de gallegos de regreso, y entré en conversación con uno de ellos, quien

me dijo que no había menos de 60.000, un número difícil de creer si no lo hubiera confirmado por una autoridad. Salen de Galicia en tiempo de cosecha, extendiéndose incluso a Andalucía. Parten a principios de mayo y regresan entre finales de agosto y septiembre. Hace el viaje a Castilla cerca de veinticuatro años y en este se llevó a casa veinte dollars fuertes, pero en general rara vez más de diez o doce. Me contaron que la gente de todas las aldeas por las que pasaban ponían a la venta productos llamativos para sacarles algo de su dinero, pero lo que se consigue con trabajo se gasta con renuencia, aunque sin embargo a veces no pueden resistir la tentación».

Henry Swinburne ve a estas gentes cruzar por el entorno de Lebrija, comenta que «viajan desde Galicia para ayudar a estas provincias, en las que los habitantes son demasiado perezosos, o hay pocos, para recolectar las riquezas que la naturaleza, sin ser solicitadas, les ofrece con profusión».

James Murphy visita Oporto, es el año 1789. «La mayoría de los trabajadores empleados en la ciudad son nativos de Galicia, una provincia de España de la que reciben el nombre de gallegos. Se dice que sólo Oporto ocupa ocho mil de estos trabajadores, y en todo el reino más allá de los cincuenta mil de estos industriosos aventureros. Si este cálculo, que no doy a la ligera, es correcto, y cada trabajador ahorra dieciocho peniques a la semana, entonces todos los negocios más provechosos de Portugal los producen los gallegos, porque el importe de estos ahorros han de ocasionar una suma de ciento noventa y cinco mil libras anuales, que los trabajadores llevan a su provincia. Los viajeros que han observado su forma de vida encu-

entran esta suma más bien pequeña que grande, de hecho nada más sobrio que estos gallegos. Se alimentan gratis a las puertas de los conventos, se alojan en celdas, claustros o cuadras, y se visten con harapos que nunca renuevan. Sin embargo, muchos de ellos poseen terrenos y casas en su país, donde regresan en periodos fijos para compartir con sus familias el producto de sus sudores y donde terminan retirándose en cuanto han amasado lo suficiente para vivir libres de trabajo, y pasan el resto de sus días en el simple disfrute de la felicidad doméstica. No olvidemos observar, en honor a esta parte tan útil de la humanidad, que muy pocas veces ha sucedido que la codicia haya llevado a uno de sus miembros a cometer un acto deshonesto».

Unas páginas anónimas, sorprendentes, escritas en 1796, señalan que los gallegos,«una raza grande, nerviosa, fuerte, vigorosa, pronta, ágil, con la cabeza en alto, los ojos chispeantes, con un tono orgulloso y decidido, se destaca en Lisboa. Se encuentra en todas partes, en las plazas, en las esquinas de las calles, en el puente, a lo largo del río, a las puertas de las tiendas, en los talleres, en las obras públicas, siempre está dispuesta a servir a quienes quieran utilizarla, pero no ofrece sus servicios sino que espera con silencioso orgullo que se lo pidan. Esta raza llama la atención del observador, ya que no se encuentra ninguno de los caracteres, ninguno de los matices, ninguno de los modales del pueblo portugués. Cree que se trata de una raza privilegiada, una raza que no ha experimentado la influencia de las causas físicas y morales que, multiplicadas, han contribuido a degradar la especie humana en Portugal. Su mirada es atenta, su ganancia funda-

mentada, pero su sorpresa concluye cuando se entera de que esta raza es una colonia extranjera, que sólo pasa de largo, que siempre se renueva, que renace de sus pérdidas, sin la cual el comercio carecería de brazos, sin la cual languidecerían las obras públicas, que trabaja sin cesar, que recolecta el oro de los portugueses y que lo aporta a su tierra natal, lo que contribuye a empobrecer el país que los enriquece.

Estos hombres son los gallegos, todos españoles, todos de la provincia de Galicia, de este país el más poblado de España, pero que no puede alimentar a sus habitantes. Hay una continua emigración de esta provincia a Portugal; algunos van, otros regresan; los que allí amasaron una pequeña fortuna se retiran a su tierra y son reemplazados por otros que comenzarán la suya. Los gallegos proporcionan a Portugal varias clases de trabajadores, los vigorosos portuarios, los vigorosos aduaneros, recolectores, porteadores, portadores de agua, vigilantes de las esquinas, muchos sirvientes y cocineros de burgueses. Hay unos ochenta mil de ellos, esparcidos por los distintos puertos y ciudades de Portugal, más de cuarenta mil en Lisboa. Entre ellos forman sociedades y consejos, cada uno de los cuales tiene su líder, que también es gallego, y allí se ejerce una especie de policía correccional.

Son muy pocos los que se instalan en Portugal, se retiran a su país en cuanto han amasado una suma suficiente para comprar unos pocos terrenos; incluso realizan viajes allí de vez en cuando para depositar los frutos de su trabajo y sus ahorros. Trabajan mucho; viven económicamente; por tanto, obtienen grandes beneficios. El ahorro de cada gallego, uno por otro, se estima en 160 libras de

Tours al año; lo que hace una suma de unas doce millones de libras de Tours, que salen de Portugal cada año, para no volver nunca, ni en metálico, ni en comida, ni en mercancía.

Sus servicios son generalmente preferidos a los de los portugueses; son menos mudables, menos halagadores, menos aduladores; son más orgullosos, más bruscos; pero son más limpios, mejor cuidados, mejor vestidos, menos exigentes, más prontos, más ágiles, más vigorosos, más inteligentes, más exactos y más fieles: y además tienen el mérito de la sobriedad. Los portugueses son sobrios por necesidad, los gallegos por carácter.

Es difícil concebir la indolente indiferencia del gobierno portugués y del gobierno español. El primero permite que los extraños se lleven su oro puro; este último deja salir un número tan considerable de hombres, a los que podría emplear provechosamente para el desbroce de las tierras baldías que cubren España y para el aumento de la población, en un país medio despoblado».

airiños, airiños, aires

Viaje al absolutismo

El Trienio Liberal toca a su fin, los franceses van a entrar en España con un ingente ejército, lo llamaran de los Cien Mil Hijos de San Luis, y a su frente el duque de Angulema. Es el día 7 de abril de 1823, poco antes, el 20 de marzo el gobierno y las cortes se trasladan desde Madrid a Sevilla. El rey, obligado, forma parte de la comitiva, y escribe unas notas del viaje de las que reproduzco los lugares de paso. Ya en Cádiz y ante el avance de las tropas francesas el día 1 de octubre Fernando VII suspende la Constitución y declara ilegales todos los actos de gobierno y normas dispuestas por el gobierno liberal. Regresará a Madrid anotando también los lugares de paso, gloria de los serviles, lo de las cadenas, claro.

El día 20 de marzo abandona Madrid cruzando los puentes de Segovia y de Toledo, obra barroca sobre el río Manzanares; por Getafe, Valdemoro, la casa de postas de San Juan de Espartinas, ahora un despoblado recuerdo de famosas salinas; Ciempozuelos, por el puente Largo cruza el río Jarama y por un puente de barcas el Tajo, llegando a su palacio de Aranjuez. El día 21 a Ocaña, la ermita del Rosario, cerca al pueblo de Dos Barrios, la Guardia, y noche en Tembleque. El día 22 por la venta de la Cañada de la Higuera, también llamada de Pando, casa de postas y parada de la diligencia, y noche en Madridejos. El día 23, por las famosas ventas de Puerto Lápice, «siguieron el camino

del Puerto Lápice, porque allí decía don Quijote que no era posible dejar de hallarse muchas y diversas aventuras, por ser lugar muy pasajero», aquí la comitiva se aparta del camino real en dirección a las Labores, y noche en Villarrubia de los Ojos.

El día 24 cruza el río Cigüela a vado, Ojos del Guadiana, río enamorado de la ninfa Ruidera, y cuando fue separado de ella, decidió esconderse bajo tierra de la tristeza; retoman el camino real, por la noche en Manzanares. El día 26 cruza el río Azuel por su puente, ermita de la Consolación, una ruina entre trigales, la venta de las Alverturas y su casa de postas, ya memoria, y la noche la pasará en Valdepeñas. El día cruza el río Jabalón por su puente, a Santa Cruz de Mudela, anota el paso por la venta del Judío, ni piedras de este lugar, y en Almuradiel se apartan del camino real para dirigirse al Viso del Marqués, noche en el asombroso palacio de Santa Cruz, «célebre por sus pinturas exquisitas»; aquí, en mitad de la nada, artistas italianos pintaron batallas navales, mapas, galeones y escudos, homenaje al que nunca perdió una batalla.

El día 29 regreso al camino real y hacia Almuradiel, y en la Sierra Morena, encontrar la famosa venta de Cárdenas donde los franceses invasores sufrieron lo indecible; cruza el río Magaña por su puente, las Correderas, y a vado el arroyo del Rey; entornos del puerto de Despeñaperros, hacia Santa Elena, la venta Nueva, el lugar de las Navas de Tolosa, descalabro musulmán, gloria de los tres reyes, también llamado el Hospitalillo; la venta de Baeza y de noche a la Carolina. El día 31 por Carboneros, los Ríos, Guarromán, y noche en Bailén, descalabro del francés.

El día primero de abril cruza por un puente pequeño el río de las Piedras o de Rumblar, encuentra la Casa del Rey parada de postas y venta en medio de bosques, así llamada porqué Felipe IV se apeó para almorzar el día 16 de febrero de 1624; pernoctará don Fernando en Andújar El día 3 cruza el puente sobre el Guadalquivir, «la grande avenida que hubo en invierno se llevó dos ojos, y estaba compuesto provisionalmente»; lugar de Aldea del Río ahora realzada responde por Villa del Río, a Pedro Abad y noche en el Carpio.

El día 4, por las ventas de Alcolea y cruza el Guadalquivir por el puente así llamado, «de 20 arcos, todo de mármol negro», donde su hija Isabel perderá la corona el año 1868, y noche en Córdoba. El día 7, cruza el Guadalquivir por el puente romano, hacia Mangonegro, venta y casa de postas desaparecida; por Aldea Quintana, la venta de la Monja o del Arrecife, también historia que un antiguo grabado recuerda; la Carlota, el puente sobre el río Genil y noche en Écija.

El día 8 por la Luisiana, venta de la Monclova, entorno del castillo famoso del duque del Infantado, donde abandona el camino real hacia Fuentes de Andalucía, también llamado Fuentes de la Campana, donde pernocta. El 9 regreso al camino real cerca de la venta Nueva, y a la venta de la Portuguesa, dos lugares tan famosos y ahora olvido, cruza por un puente el río Corbones, larga ruta de la sierra de Ronda al Guadalquivir, y noche en Carmona. El día 10 por el Viso del Alcor, Mairena del Alcor, Alcalá de Guadaira o de los Panaderos, las concurridas ventas de Torre Blanca, y noche en Sevilla.

El día 12 de Sevilla a Alcalá de Guadaíra y noche en Utrera. El 13 cruza el río de las Peñuelas por su puente; la torre de Alocaz, restos almohades en un otero, la venta de San Antonio y casa de postas, desaparecida en un cruce de destinos, aquí donde la comitiva deja el camino real y noche en Lebrija.

Se acerca el final del viaje, el día 14 regreso al camino real, venta y casa de postas del Cuervo, ahora notable población; Jerez de la Frontera y ascensión al puerto de montaña de Buenavista, un promontorio sobre Cádiz, panorama de la bahía, noche en Puerto de Santa María. El día 15 cruza el río Guadalete por el puente de barcas, el río San Pedro por otro puente de barcas, hacia Puerto Real, la famosa venta del Arrecife y el gran puente de Suazo, sobre el canal Sancti-Petri. El viajero Richard Twiss el año 1772 lo conoce recién reconstruido, de cinco arcos pequeños y aspecto sólido, fortificado y puerta de entrada a la Isla de León o San Fernando, donde gentes curiosas ven al monarca dirigirse Cádiz, su ciudad y prisión.

El viaje de regreso a Madrid se dilata treinta y ocho días, de los que dieciséis son de trayecto por el camino real, esta vez sin rodeos, y los otros de estancia en algunas ciudades, singularmente Sevilla, para recibir adhesiones y contento. El 6 de octubre de Cádiz a Lebrija; el 7 a Utrera; el 8 por la venta de Eritaña a Sevilla; el 23 por Alcalá de Guadaíra a Carmona; el 24 por la Luisiana a Écija; el 25 por la Carlota a Córdoba; el 29 por la venta del Carpio a Aldea del Río; el 30 a Andújar; el 3 de noviembre a Bailén; el 4 a la Carolina; el 5 por la venta de Cárdenas a Santa Cruz de Mudela; el 6 a Valdepeñas; el 7 a Manzanares; el 8 por Villarta

de San Juan a Madridejos; el 10 a Tembleque; el 11 a Aranjuez; y el día 13, por Valdemoro, Pinto y la iglesia de Nuestra Señora de Atocha llega a Madrid. Viva el Rey.

Caminos que Fueron

El caminante por montañas, ríos, ruinas, siglos de historia, de vidas perdidas, cada puente roto, cada iglesia, senderos de maleza, geografía animada, épica de hombre y paisaje, entre lo fugaz y lo perdurable, el lugar en la memoria del que mira, poética del eco, voces que resuenan habitadas de ausencias.

Bernardín Martín

Viaje a España (1669-1670)[1]

Ese día [viernes 6 de diciembre de 1669], nos alojamos en Irún, la primera aldea dependiente de los españoles. Cruzamos el rio en este lugar, donde se encuentra la isla de los Faisanes, también conocida como de la Conferencia, actualmente llamada la isla de la Paz, por la que se acordó por parte de Francia con el Cardenal Mazarin y por parte de España con Don Luis de Haro. Desde esa noche comenzamos a experimentar las malas posadas de España, contraste grande y sorprendente de nuestras costumbres.

El sábado 7, dejamos San Sebastián y Fuenterrabía a nuestra derecha, que vimos al pasar por caminos muy malos subiendo una montaña terrible llena de rocas. Todo el mundo montó en mulas y me sorprendió no caer cien veces de estos animales. Lo cierto es que si uno cayera en estos pasajes, sería difícil retornar. Después de caminar cuatro leguas por este mal camino, encontramos una aldea pequeña amurallada llamada Hernani, donde comimos.

Por la tarde nos dirigimos al monte San Adrián, que es el camino más corto, pero como el carruaje no podía pasar, continuamos por el camino que Felipe IV tomó cuando vino a San Juan de Luz para la boda de su hija con Luís XIV, rey de Francia, lo llaman Camino Real. El resto del

[1] *Voyages faits en divers temps en Espagne en Portugal, en Allemagne, en France, et ailleurs. Par monsieurs M.**** [Bernardín Martín] (Amsterdam, 1700).

día el tiempo fue bastante bueno y el paisaje más hermoso y entretenido. Después de caminar tres leguas, que son más largas que las de Francia, llegamos a una pequeña ciudad de Vizcaya llamada Tolosa, o Toloseta. Tuvimos que cruzar un pequeño río sin barca del mismo nombre que la ciudad. Es un lugar muy agradable, con varias cascadas naturales agradables, y dormimos bastante bien. El dueño y la dueña de la *posada*, que así se llama una *hôtellerie* en español, se morían del tabardillo, a lo que me referiré más adelante cuando hable de su forma de practicar la medicina.

El domingo 8, partimos bastante tarde porque escuchamos la misa y tuvimos que esperar nuestro carruaje, que el día anterior se había quedado atrás. En el camino encontramos varios pueblos y después un pueblo grande llamado Alegia, que me pareció bonito. Desde allí llegamos a Villafranca [de Oria], donde nuestros muleros querían que nos quedáramos a dormir, pero como todavía había claridad decidimos continuar avanzando. Al partir de ese lugar, vimos a gente sin jubón que bailaba con espadas desnudas al son de la flauta y el tambor vasco, haciendo mil acrobacias y yendo a las casas de los principales del lugar, de quienes recibían algunos obsequios.

Nos alojamos en Villareal [Urretxu], un *lugar* muy malo, es decir, un *pueblo* en su idioma. El anfitrión tenía un aspecto muy desagradable y además era muy celoso. No dejaba dar a su esposa ni un solo paso, aunque no le dábamos ninguna razón para vigilarla de cerca. Allí estuvimos como en cualquier parte de España cuando se viaja, es decir, muy mal. La mayoría de los vecinos vinieron a vernos cenar y nos observaron mucho, mirando con gran aten-

ción la cama que el señor D.G. había traído y que se preparaba todas las noches. Decían que nunca habían visto algo igual, y se admiraban de cómo se ajustaba en tan poco tiempo. Las mujeres querían deshilar las cintas de nuestras prendas que buscaban con cuidado y las llaman *listones*. Son adornos que utilizan para muchos propósitos., y por más resistencia que hicimos, no pudimos evitar que las arrancaran. Algunos se sorprendieron al vernos viajar en la festividad de la Virgen y nos pedían nuestros rosarios, tomándonos por herejes. Se puede decir que en este país, como en muchos otros, hacen pagar muy caro el ser extranjero.

El lunes 9, tuvimos un poco de lluvia y un mal camino, siempre bordeando el monte San Adrián y atravesando montañas no tan altas, pero muy incómodas. A dos leguas de Villareal, encontramos la pequeña ciudad de Oñate; y después de caminar otras dos leguas y media, llegamos a Mondragón, otra ciudad pequeña, donde descansamos un poco porque la lluvia se acrecentó. También queríamos esperar nuestro equipaje, que se había quedado atrás, porque nos habían advertido que ciertos jinetes se habían interesado por nuestra partida y nos cuidamos de estar alerta y en guardia. Esa noche pernoctamos en un lugar bastante bueno llamado Escoriaza. La posada fue una de las menos malas del camino; la dueña tenía dos hijas bastante bonitas y esa noche estábamos de buen humor para olvidar el cansancio sufrido a lo largo del día, y todo el mundo se mostraba contento. Es un lugar bien ubicado al pie de las montañas y poblado, sus campos están cultivados, y estos vizcaínos parecen vivir a gusto.

El martes 10, salimos bastante tarde de Escoriaza y nos dirigimos directamente a Vitoria al quedar solo cuatro leguas de distancia, un lugar donde se paga la aduana y se registran las pertenencias de los viajeros. Ese día cruzamos una montaña muy difícil, que conduce a un lugar llamado Salinas [de Léniz], donde hay dos fuentes muy bonitas, una proporciona agua para hacer sal, y la otra es muy buena para beber. Como este lugar se sitúa a gran altura pensé que el descenso sería largo, pero lo cruzamos sin notarlo y por una llanura hasta Vitoria, donde pasamos la noche. Allí devolvimos las mulas por ser más conveniente alquilar otras, que casualmente regresaban a Madrid. Esa noche escribimos a Francia, y no registraron nuestras pertenencias porque las personas de la calidad del señor D.G. rara vez están sujetas a esta ceremonia. Aun así, hizo distribuir por cortesía entre seis y siete pistolas a los aduaneros; y nos dieron pasaportes para evitar la inspección en otros lugares. El corregidor y los alcaldes, al saber quiénes éramos, vinieron a saludar al señor D.G. Vitoria es una ciudad bastante bonita y considerable; pertenece a Castilla la Vieja y está ubicada en la llanura donde convergen todas las montañas de esta zona. Su terreno parece bastante bueno en comparación con otros que se ven en España.

El miércoles 11, nos encontramos a tres leguas de Vitoria, en un pequeño pueblo llamado la Puebla de Arganzón, cuyos alrededores estaban bien cultivados. Esa mañana también vimos muchos pueblos a derecha e izquierda, tan bien construidos como en Francia. Luego, recorrimos cuatro leguas entre dos colinas por un camino pedregoso. Estos lugares tienen su encanto, los arbustos y los robles

tiernos crean un verdor hermoso, y la lavanda y el tomillo, que crecen en abundancia en esta zona, desprenden un aroma agradable. Después, llegamos a una llanura hermosa y bien cultivada hasta Miranda de Ebro, que es una ciudad pequeña a cinco leguas de Vitoria. Hay un castillo que parece bastante bonito, que pertenecía al rey y solía albergar una guarnición. Actualmente, pertenece a la Casa de Miranda, que son Grandes de España. Pasamos la noche allí, y no estuvo tan mal como nos lo habían descrito.

El jueves 12, me obligaron a subir a una litera porque estaba un poco resfriado, y lo hice por cortesía, ya que en mi opinión es un medio de transporte poco adecuado para alguien que tiene algo de energía. Me quedé dormido, o más bien medio dormido, y desperté al bajar una colina situada en un peñasco en medio de este paso terrible por el que transitábamos, que parecía más el camino al infierno que el de Pancorbo. En este lugar se encuentra la aduana donde se solicita el permiso de Vitoria. Allí almorzamos y por la tarde cruzamos una zona buena de tierras de cultivo. Pasamos la noche en Briviesca, que es un pueblo grande a siete leguas de Miranda. Sin saber en qué ocuparnos, ese día volvimos a jugar, ya que las noches eran largas, y así hicimos durante el resto del viaje.

El viernes 13, estábamos muy quejosos a causa de la desagradable noche que habíamos pasado en Briviesca, y partimos a las siete de la mañana en medio de una densa niebla, que se disipó alrededor de las diez. El paisaje que atravesamos aún era de tierras de cultivo y a ambos lados encontramos algunos pueblos. Nos detuvimos en un lugar llamado Quintanapalla para comer algo, pero en este pueblo apenas pudimos encontrar una docena de huevos. La

venta, es una especie de taberna miserable en extremo, por eso no nos quedamos mucho tiempo y volvimos a subir a nuestras mulas.

Por la tarde hizo un sol tan caliente como en junio, y la gente del lugar nos señaló un lugar que decían era el más caluroso de Castilla, a 45½º. Descendimos por una colina hasta llegar a una hermosa llanura desde donde se ve Burgos a una gran distancia. Dejamos a nuestra izquierda un hermoso convento de cartujos, que se encuentra en una ubicación privilegiada y goza de un gran patrimonio [Santa María de Miraflores]. También encontramos una hermosa arboleda, donde hay muchos robles verdes y una gran cantidad de hierba de San Juan, que perfuman todo el camino. Nuestro grupo se preguntaba a qué se debía ese aroma, y me di cuenta de que era lo que acabo de mencionar. Ese día tuvimos que abanicarnos con nuestros sombreros para refrescarnos.

Llegamos a Burgos alrededor de las cuatro de la tarde. A la entrada de la ciudad nos encontramos con un funeral, y la ceremonia es muy diferente a la nuestra. Era una niña de 15 a 16 años vestida con sus mejores ropas, su rostro estaba descubierto y el blanco y el rojo estaban artísticamente aplicados. Su cabello estaba suelto y adornado con cintas, estaba colocada de manera que pudiera ser fácilmente vista por la gente, es el método del país, y desde entonces he visto varios similares en España. En Madrid, tan pronto como un hombre muere, se le viste con una túnica religiosa del orden al que mostraba más respeto en su vida, y expuesto de esta manera, todos le lanzan agua bendita.

Tan pronto como bajamos del caballo, fuimos a ver al Santo Cristo, que está hecho de plata y que, según se dice, realiza muchos milagros, pero estaba cerrado y nos dijeron que volviéramos al día siguiente. No estábamos lejos de la iglesia de la Concepción, donde se celebraba la Octava de la Virgen, allí escuchamos las letanías que se cantaban con música. Este templo estaba muy adornado e iluminado, ya que España es el país donde las iglesias están más limpias y donde más se gasta en iluminaciones. Su forma de cantar me pareció bastante diferente a la nuestra, pero disfruté escuchándolos. Había voces muy hermosas y se pueden apreciar maneras muy agradables en su método. En esta iglesia nos quedamos hasta el final para ver pasar a la gente, pero a las mujeres es difícil observarlas porque se ocultan con sus mantos. Vimos a varios caballeros del hábito de San Juan, algunos de muy buen aspecto. De regreso a la posada, pasamos la noche jugando como de costumbre.

El sábado 14, queríamos ver el Santo Cristo, pero nos dijeron que antes debíamos escuchar dos misas, lo que nos pareció un obstáculo de parte de los que lo muestran, porque no tenían en mente venir a la iglesia a esa hora. No pudiendo hacer nada mejor, fuimos a ver a un jesuita, que decía ser francés, y que nos había invitado a su celda para disfrutar de un excelente chocolate. Nos trató con mucha cortesía y nos hizo varias preguntas, y me di cuenta de que su único interés de conversar con nosotros era saber algunas noticias. Después de agradecerle sus atenciones, fuimos a almorzar para luego ir directamente a dormir en Lerma, una ciudad pequeña a siete leguas de Burgos. En ocasiones, ha sido residencia de los reyes de España y a

Carlos V le gustaba ir allí. Su iglesia catedral es hermosa. El río [Arlanza] pasa por el lugar y crece mucho cuando se derriten las nieves. Su puente está bien construido, pero hay que tener en cuenta que de todos los ríos de este país, excepto el Tajo y el Guadiana, de los que hablaré más adelante, ninguno es importante.

Al dejar Burgos, nos encontramos con un terreno bastante malo, lleno de páramos y mucho menos poblado que el que habíamos cruzado. Solo encontramos un bosque de robles verdes bastante agradable, pero muy expuesto a los ladrones, y llegamos a Lerma al final del día. Esta ciudad pertenece al duque de Pastrana, también conocido como el Infantado, que fue nombrado *mayordomo mayor* de la reina después de la muerte del marqués de Aytona. [...] Volviendo a Lerma, se encuentra un castillo que parece de interés. El corregidor nos trató con mucha cortesía y se ofreció a escoltarnos en un caballo de quinientos escudos, porque recelábamos de los caminos que teníamos que cruzar, diciendo que los ladrones suelen reunirse allí cuando saben que va a pasar algún grupo importante, pero no encontramos a nadie, y hubiera sido necesario mucha gente para enfrentarnos en la disposición en que marchábamos.

El domingo, después de haber celebrado la misa, partimos de este pequeño pueblo y pasamos tres leguas de bosques de robles verdes, cedros, enebros y otros tipos de árboles, que a pesar de la densa niebla y el frío, desprendían un gran y dulce olor. Luego entramos en una zona de páramos llenos de tomillo, lavanda, espliego, etc., y al final encontramos un pueblo llamado Mercadero [Gumiel de Mercado], donde comimos en una miserable taberna lo

que habíamos traído, ya que si no llevábamos provisiones, podríamos pasarlo mal. El paisaje que atravesamos esta tarde no me pareció mucho mejor que el de la mañana. Llegamos al anochecer a una ciudad bastante grande llamada Aranda, donde pasa el río Duero. Hay dos puentes bastante bien construidos. La posada era una de las mejores del camino, y en este lugar tuvimos que enviar el carruaje por el Camino Real, que es dos días más largo, y empezamos a aburrirnos.

El lunes 16, nos pusimos en marcha hacia las ocho de la mañana, y noté que el paisaje estaba bastante cubierto de robles verdes, cedros y otros árboles, y por lo demás el terreno era bastante ingrato. Nos refrescamos de paso en un lugar llamado Honrubia [de la Cuesta], donde nos quedamos poco tiempo, por la tarde caminamos por una zona más cultivada y nos fuimos a dormir a Boceguillas, un pueblo situado en una hermosa llanura, donde la tierra es fértil y buena. Nos hubiéramos alojado mejor si no fuera por un grupo de frailes que al adelantarnos se apoderaron de lo mejor y más cómodo del aposento, ya que en España los religiosos son los amos y prevalecen en todas partes donde se encuentran.

El martes 17, caminamos la mayor parte de la mañana por una llanura y luego por un bosque, que desemboca en un pequeño pueblo donde se cruza un hermoso arroyo. Más adelante encontramos la montaña de Somosierra, difícil e incómoda a lo largo de un extenso recorrido. En su salida hay un pueblo que lleva el mismo nombre, donde comimos con gran apetito después del cansancio de la travesía con nuestros mulos. Nunca en mi vida había comido tantos nabos, que los hacen con un sabor excelente, y tie-

nen gran reputación. También se dice que no hay ningún español que, al pasar por allí, si no tiene dinero no venda su capa para comer. Por la tarde bajamos la montaña a través de bosques que siguieron hasta Buitrago [de Lozoya], donde nos quedamos a dormir. El acceso a este lugar es detestable, hay que bajar una gran distancia entre rocas y subir de la misma manera para llegar a la posada situada en el suburbio, donde se está bastante bien. Es una ciudad pequeña con cierto grado de defensa, construida sobre la roca, y debajo pasa un arroyo. Está muy bien cerrada y revestida con algunas fortificaciones que podrían resistir durante algún tiempo.

El miércoles 18, encontramos aún varias subidas y bajadas para llegar a comer a Cabanillas [de la Sierra], donde se encuentra la posta, de allí nos fuimos a dormir a San Agustín [del Guadalix], donde se está muy mal, aunque se sita a solo seis leguas de Madrid. En este lugar encontramos a una persona que el señor D.G. había enviado en posta desde Vitoria para prepararlo todo antes de su llegada, y que venía a asegurarle que encontraría dispuesta una casa tal como la deseaba. La tarde transcurrió escuchando a este hombre hablar de lo que sabía de Madrid.

El jueves 19, el gran deseo que teníamos de llegar a esta capital nos hizo partir temprano. Recorrimos tres leguas por un país bastante estéril pero muy adecuado para la caza, y después encontramos Alcobendas, donde almorzamos para que descansaran nuestras monturas, y por la tarde, después de una hora de camino, divisamos Madrid [...]. Llegamos a Madrid muy contentos de encontrar sábanas blancas y buena comida para reanimarnos después

de catorce días de trayecto desde Bayona, que podrían haber aburrido incluso a gente más paciente que nosotros.

[Sigue la descripción de Madrid]

Regreso de Madrid a Paris.

Después de haber vivido en Madrid durante mucho tiempo y haber terminado los asuntos por los que habíamos ido, partimos para regresar a Francia el 10 de septiembre de 1670, alrededor de las dos de la tarde, tomando una ruta diferente a la que habíamos venido, para poder ver el país. Nos alojamos a cuatro leguas de Madrid, en el camino hacia Alcalá de Henares, en un lugar llamado Torrejón [de Ardoz] donde tuvimos un mal alojamiento. También hay que decir que éramos un gran grupo y teníamos mucho equipaje, mulas, caballos, carruajes, sillas de ruedas, y todo eso hacía que no pudiéramos encontrar alojamiento cómodo en muchos lugares, por lo que sufrimos mucho.

El 11, hasta Alcalá sigue un país bastante hermoso. Es una de las universidades más famosas de España, y la ciudad me pareció bastante bonita y bien ubicada. El río Henares pasa por allí, y los habitantes están cómodos debido a la cantidad de estudiantes que van a estudiar. No quisimos detenernos, y fuimos a almorzar a tres leguas, a un lugar llamado Marchamalo, después de haber dejado atrás varios pueblos buenos, incluyendo Alovera. Por la tarde continuamos nuevamente por un país hermoso y bueno, y nos alojamos en un pueblo pequeño llamado Yunquera [de Henares], donde nos separamos en varias casas.

El 12, fuimos a almorzar a una ciudad pequeña y bonita llamada Jadaraque, situada en un lugar muy agradable. Por la mañana atravesamos un país estéril y malo, y la tarde no fue menos aburrida en dirección a un pueblo malo llamado Rebollosa [de Jadraque] donde pasamos la noche.

El 13, fuimos a almorzar a Baraona, que es un pueblo muy triste, y de ahí fuimos a dormir a Paredes [de Sigüenza],[2] donde nos alojamos muy mal, aunque el señor del lugar envió algunas botellas de su vino, con mucha cortesía.

El 14, caminamos cinco leguas a través de grandes campos despoblados para almorzar en un pueblo llamado Almenar [de Soria], ubicado en una región agrícola y en una llanura muy hermosa, similar a la de Beauce. Estuvimos a punto de ser maltratados por el descuido de la dueña de la posada donde nos hospedamos. Era una mujer astuta que afirmaba haber perdido dos servilletas y que nuestros sirvientes, a quienes siempre hemos estimado como muy leales, debían haberlas tomado. Para terminar la disputa, se le ofreció pagarle más de lo que valían, sin embargo, cuando llegó su bruto esposo dijo que no quería dinero y que quería recuperar sus servilletas, que habían escondido tan bien como si se tratara de un plato de plata, que nuestro oficial encontró. Este bribón, persistiendo en su insolencia, fue golpeado por uno de nuestros compañeros con algunos golpes de puño que lo dejaron en el suelo, dentro de un cuenco lleno de agua helada. Este miserable,

---

[2] El autor confunde la secuencia de los lugares visitados, que ha de ser Paredes de Sigüenza, Baraona, Almazán y Almenar de Soria.

corrió inmediatamente a la iglesia para hacer sonar la campana de alarma, y en poco tiempo nos vimos rodeados por todos los habitantes armados, y listos para golpearnos. Pero el alcalde del lugar, al escuchar nuestras razones y la forma en que se había actuado, hizo que la chusma se retirara y reprendió severamente a esa mujer. Si no hubiéramos hablado con firmeza y resolución ante el alcalde, tal vez ninguno de nosotros habría regresado a Francia para contar la historia, ya que la costumbre del país es tocar la campana de parroquia en parroquia hasta que se captura a quienes quieren apresar; por lo tanto, podríamos decir que no tuvimos la desgracia de que todo ocurriera de esa manera.

Esa noche llegamos a una ciudad pequeña y muy bonita llamada Almazán, que fue el mejor resguardo y el más agradable de todo el viaje, y tal vez de toda España. El río Duero pasa por allí y la región es muy hermosa. Ese día cruzamos grandes campos y algunos bosques de robles verdes. El conde y señor de ese lugar hace algún tiempo fue asesinado en un duelo frente al palacio de Madrid, a causa de una de las hijas de la reina, a quien cortejaba. Este pueblo me pareció tan acogedor y honesto que lamenté tener que dejarlo.

El 15, después de recorrer cinco leguas de campo, nos encontramos con el puerto de Agreda, una pequeña ciudad situada al pie de algunas laderas. Es un paso vigilado, donde se paga la aduana. Esta ruta es más hermosa que la otra y se encuentran pueblos mejores y más poblados. Tuvimos que mostrar nuestros pasaportes al alcalde de este lugar y hacerle un presente para ganar tiempo, del que habría sido necesario emplear en examinarnos rigurosamen-

te. Estos señores siempre encuentran alguna oportunidad para sacar algo de los transeúntes, y esto le agradó y nos visitó cortésmente. Incluso nos dio dos guardias a caballo para llevarnos a tres leguas, donde también hay funcionarios que tienen derecho a registrar y que son reputados como gente baja que con este pretexto roban a los pobres pasajeros. En España, llaman *puertos* a estos lugares cerrados por montañas. Muchos pobres auverneses, que van a Madrid y otros lugares para ganarse la vida transportando agua y cargas, estaban allí para pasar con nosotros y me dieron varios paquetitos de oro para que los guardara hasta nuestra frontera. La tarde transcurrió tratando de salir de caminos bastante malos que se encuentran entre dos montañas y que conducen a Cientrúenigo, donde llegamos al anochecer, un lugar rodeado de olivares y viñedos.

El 16, entramos en Navarra, dejando a nuestra izquierda una pequeña ciudad bastante bonita [Alfaro]. Este país me pareció muy hermoso y tiene cierta similitud con nuestras campiñas de Languedoc. Por la mañana, después de recorrer unas cuatro leguas, cruzamos el río Ebro en un lugar llamado Cadreita. Los pasajeros me dijeron que había un puerto a tres leguas de allí. También cruzamos un río bastante hermoso llamado Aragón. A un tiro de mosquete de este paso, nos encontramos con Marcilla, que es una ciudad pequeña bastante bonita donde ese día había una feria. Allí almorzamos y nos entretuvo la cantidad de gente que se veía en sus avenidas, incluso había varios comerciantes franceses haciendo negocios. En este lugar comenzamos a percibir un poco la cercanía de Francia y a ser bien tratados. Continuamos el resto del día a lo largo

de cuatro leguas por un camino de páramos y llegamos a Tafalla, que es una ciudad pequeña muy bonita y universidad de Navarra, y se puede ver a muchos jóvenes estudiando. Los españoles, a causa del colegio, la llaman *La Flor de Navarra*. Antes de entrar a Tafalla, encontramos a la derecha una ciudad pequeña llamada Olite, situada en la orilla del pequeño río Cidacos. Toda esta región es un gran viñedo muy bueno.

El 17, fuimos a almorzar a Pamplona, la capital de Navarra. Al llegar, hicimos un cumplido al virrey, que envió a uno de sus oficiales para hacer también sus cortesías, disculpándose por no poder estar presente debido a una indisposición. Esta ciudad es bastante importante y tiene una buena ciudadela con siete baluartes. Observé que desde Madrid hasta Pamplona las mujeres se peinan de diferentes maneras, y en los límites del reino de Aragón por donde pasé, hacen un moño con su cabello en la parte de atrás de la cabeza, como solían hacer las damiselas en Francia. Las mujeres de Navarra tienen una estatura más alta, son más elegantes y están mucho mejor formadas que las de Castilla. Ese día salimos de Pamplona para alojarnos en Ostiz, que está a dos leguas de distancia, donde se encuentra un camino y un alojamiento muy malos.

El 18, comenzamos a adentrarnos en montañas muy grandes y espantosas. A pesar de eso, logramos recorrer siete leguas durante la mañana y almorzamos en Elizondo, que está en Vizcaya, donde disfruté mucho viendo saltar a los niños de esa región. Los habitantes son personas ligeras y flexibles, altas, rectas, trabajadores decididos, limpios y cultivan bien sus tierras. Nos alegró acercarnos desde este lugar a nuestra patria. Llegamos bastante tarde al pu-

erto Maya, una pequeña ciudad donde hay una brigada que custodia este paso como la puerta de este país y tiene derecho a registrar a los que van y vienen. El camino desde Elizondo a Maya es muy difícil, y aunque solo son tres leguas nunca he hecho un camino tan aburrido.

El 19, saliendo de Maya pasamos nuevamente por montañas y caminos muy incómodos y estrechos, con precipicios a un lado y rocas escarpadas por encima, que se extienden hasta donde alcanza la vista. Después de caminar aproximadamente una hora y media, nuestro guía nos mostró en una colina los hitos que marcan la separación entre los reinos de Francia y España [Dancharinea], y después de recorrer tres leguas, llegamos a un pueblo llamado Aïnhoa. Es el primer lugar en Francia viniendo desde España por este lado, y tiene alrededor de doscientas casas. Me informé sobre cómo vivían con sus vecinos, y me dijeron que incluso durante la guerra entre las dos coronas, reinaba la tranquilidad entre ellos y comerciaban juntos de manera pacífica.

Joseph Hager

Viaje de Viena a Madrid en 1790[3]

Al fin se alcanza la frontera española. Un pequeño riachuelo separa la galante Francia de la devota España. A ambos lados hay guardias: con la escarapela nacional de este lado y con una cinta de color rojo intenso del otro. Aquí está la línea divisoria entre pensar con libertad y el sometimiento inquisitorial, entre el buen humor vivaz y la seriedad rígida, entre la ortodoxia y la burla religiosa. Un paso más. y se encuentran otras costumbres, otros conceptos, otras personas y otro mundo.

«¡Su pasaporte, señor!», me preguntó el último francés, con la esperanza de atrapar quizás a algún aristócrata escapado del cadalso o a algún revolucionario culpable de no leer el periódico de la nación. «Aquí lo tiene, señor», y al ver decepcionada su expectativa, escucho su última palabra francesa: «pase». Una pequeña barca, como aquella en la que el viejo Caronte lleva las almas de los difuntos a través de la laguna Estigia, me lleva al país donde viven los Rolando y los Cid, y los Carpio y tantos otros hidalgos, caballeros distinguidos por gestas heroicas y caballerescas: donde nacieron Pizarro, Cortés, Calderón y Cervantes; tierra célebre por Aníbal, Numancia y Sagunto, por visigodos y sarracenos.

---

[3] Joseph Hager, *Reise von Wien nach Madrit im Jahre 1790,* Berlin, 1792. Crónica del viaje desde su entrada en España.

Fuimos recibidos muy amablemente por los oficiales españoles que estaban en la orilla, y les devolvimos el saludo con la mayor cortesía; luego subimos, sin ser interrogados, al coche español y seguimos el camino. ¡Una vista magnífica! Desde las alturas de los Pirineos se presenta la costa española de forma pintoresca; a poca distancia se ve el puerto español de Fuenterrabía, con todos los navíos anclados, casas y torres reposando solas y en silencio. La provincia de Guipúzcoa, por donde viajamos, aunque montañosa y desigual, está excelentemente cultivada. No hay un solo pedazo de tierra sin uso, incluso las laderas más empinadas dan frutos. Toda la provincia está densamente poblada, y uno podría pensar que está en Lombardía o en un segundo Tirol.

En esta pequeña provincia se encuentra el famoso Loyola, la patria de los loyolitas [jesuitas], que durante 200 años han encontrado en los cuatro continentes tanto numerosos seguidores como también mucha envidia y persecuciones severas. Sus numerosos manuscritos y obras se conservan cuidadosamente en Villagarcía, Logroño y Carmona.

El lugar donde pasamos nuestra primera noche en suelo español se llama Irún, una aldea pequeña, insignificante, donde hice mis primeras observaciones sobre los habitantes de España. En un pasaje abovedado, donde nos apeamos, había unos veinte de pie, envueltos en capas marrones, con redecillas negras en lugar de los rizos franceses en la cabeza, cubiertos con grandes sombreros de tres picos y una pipa de papel en la boca, con la mano derecha un poco extendida hacia arriba, callados, retraídos y serios.

Luego subimos a la posada: ciertamente, diferente de los espléndidos hoteles de Marsella, Toulouse y Bayona: simple, anticuada, sin ostentación, provista solo de lo más necesario, pero bastante limpia y ordenada. Una joven belleza española de cabello castaño oscuro sin empolvar, tez muy blanca, con una redecilla negra en la cabeza y una falda de seda negra que le llegaba hasta la cadera, nos recibió en el primer piso con un «*buenas tardes, caballeros*», por primera vez en lengua española. La joven vizcaina, era recogida y modesta, como los hombres, pero más amable y gentil. Los rasgos regulares de su rostro, los ojos ardientes de negro carbón, y el fresco cutis color de rosa eran suficientes para inspirar un concepto favorable sobre la otra mitad de España. Respondimos al saludo con las rigurosas cortesías traídas de Francia, y le hicimos entender en un castellano entrecortado que deseábamos una cena y camas. «*Al instante*», fue su respuesta; y mientras se alejaba, examinamos por primera vez los muebles de la habitación española.

Un recinto cuadrado, en dos lados de la pared formaba dos alcobas con dos camas; una costumbre que prevalece en toda España y proviene de los árabes que habitaron este país durante 700 años. Una hilera de sillas de paja, dispuestas una junto a otra sobre una estera también de paja, formaban lo que en España se denomina estrado. Antiguamente, este era un área ligeramente elevada de la habitación, amueblada con alfombra y cojines para sentarse. Las paredes también estaban al auténtico estilo árabe, completamente desnudas; y el suelo pavimentado con baldosas, como en Italia. No adornaban la solitaria habitación, ni cuadros ni relojes de pared, ningún escritorio u

otros muebles, de esos con los que Francia e Inglaterra nos han provisto tan abundantemente; no se veía nada más, si exceptuamos las cortinas rojas en las ventanas y puertas, y un biombo de papel, que no medía más de cinco pies de alto y corría alrededor. Así estaban dispuestos los interiores, y así los encontramos, con poca diferencia, durante todo nuestro viaje por España.

Ahora nos sentamos a la mesa. Entre los platos servidos, cuyo escaso número nos llamó la atención en comparación con la abundante mesa francesa, el principal se llamaba *puchero*, el plato esencial de los españoles, y el único entre el pueblo llano: judías, garbanzos, carne de res, verduras, embutidos, carne de carnero y tocino, son sus ingredientes, y toda esta *olla podrida* se encuentra mezclada en una sola cazuela. La gente de clase baja no usa tenedor, pues la costumbre, que aún proviene de los árabes, es comer con los dedos. El vino, muy fuerte y espeso, todavía olía intensamente a pez, por los pellejos en los que se había almacenado, en lugar de barriles, y costaba beberlo por a su fuerte olor. Al final, llegó el postre, nos sirvieron aceitunas, leche fría y pan de azúcar, que se moja en agua, y con esto terminó la cena española. Pero como temía el dolor de estómago, me abstuve de estas delicias, y en su lugar tomé un periódico español, y leí en el artículo titulado Viena, los nuevos éxitos que el valiente Karaczay[4] había obtenido luchando contra los turcos, hasta que el sueño me condujo a las alcobas españolas.

---

[4] Pál Karacsay de Vályeszáka (1763-1808), general del ejército imperial austriaco, uno de los militares más destacados de su tiempo.

No lejos de la pequeña ciudad de Vitoria comienza la provincia de Castilla la Vieja, que ha recibido este nombre por sus numerosos castillos, que en Francia se han vuelto proverbiales.[5] Hasta allí siempre se tiene ante sí tierra bien cultivada y fructífera; pero aquí empieza el desierto español. Ninguna granja, ningún jardín, ningún prado, ningún árbol se ve a lo largo y a lo ancho. Igual que la desierta Arabia, donde la caravana mahometana que peregrina anualmente a la Meca no encuentra ante sí más que llanuras desnudas y sin cultivar, y aparte de beduinos que quizás viven del pillaje o nómadas errantes, que consideran los bienes robados como un regalo de Dios, uno no se topa con nadie; así también en este viaje uno encuentra muy raramente, de vez en cuando, pequeños asnos y mulas cargados, sobre los cuales, envueltos en mantos marrones, y con una montera, o una capucha negra en la cabeza, van sentados *caballeros* reservados y de pocas palabras. El largo mosquete que cuelga atravesado y que todos llevan consigo, los estribos turcos, que todavía están de moda por todas partes, el semblante desafiante y el atuendo similar al de un bandolero les dan una gran semejanza con sus hermanos sarracenos. En lugar del agradable sonido de la corneta de postas, no hay más que el chirriante sonido de las campanillas; y en lugar del relincho de los alegres corceles, no se oye más que el ofensivo rebuzno de los asnos. Para pasar el rato en estas estepas siberianas, leí las

---

[5] Referencia a la expresión *bâtir des châteaux en Espagne* (construir castillos en España), que significa soñar despierto o hacer planes irrealizables, por la abundancia de castillos en el país.

pintorescas *Seasons* de Thomson,[6] y encontré en ellas el agradable paisaje y los arroyos murmurantes que buscaba en vano fuera del libro.

Burgos, la capital de Castilla la Vieja, fue el primer lugar de cierta importancia donde pude hacer mis observaciones sobre la arquitectura española moderna. Lo primero que salta a la vista es una cantidad ingente de balcones torpes, ora de madera, ora de hierro, en todas las ventanas y en todos los pisos de las casas, cubiertos con toldos sucios de lienzo basto para protegerse del sol, desagradables balcones semejantes a cuarteles de soldado, casuchas bajas, estrechas, de aspecto desagradable, con ventanucos pequeños y desiguales, y muros derruidos de los que asoman las vigas; muros que no han sido encalados desde el reinado de Don Rodrigo; y callejas que sólo se barren cuando un violento remolino se lleva el polvo: este es el cuadro de la ciudad abandonada.

Pero apartemos la vista hacia una perspectiva más hermosa. Después de pasar por Valladolid, antigua residencia de algunos reyes de España, ahora una ciudad solitaria y una universidad insignificante, se llega pronto al puerto de Guadarrama, una montaña alta, en cuya cima Castilla la Vieja se separa de la Nueva. Aquí, se presenta majestuoso al viajero un león de piedra que se eleva imponente sobre un pedestal, en el que está grabada una delicada inscripción. Aquí se abre una magnífica vista hacia la provincia de Castilla la Nueva, que con tiempo despejado se exti-

---

[6] El escocés James Thomson (1700–1748), destacado en la poesía paisajista y pre-romántica. *The Seasons* es un poema largo dividido en cuatro partes, cada una dedicada a una estación del año.

ende hasta el lejano Madrid. A la derecha se descubren las resplandecientes torres del magnífico Escorial, y a la izquierda la hermosa carretera que conduce al Real Sitio de San Ildefonso. Al pie de la montaña se encuentra la localidad de Guadarrama, de donde toma el nombre el canal que aquí se empezó a construir hace algunos años, y debe unirse con el Tajo y el Guadiana; y una vez que desde allí se conectara al Guadalquivir, debería establecer una comunicación ventajosa entre el centro del país y las fronteras, para facilitar los transportes. Pero todo el trabajo avanza muy lentamente, y con toda seguridad esta generación pasará antes de que todo eso suceda.[7]

Sobre una colina elevada, en un paisaje pedregoso y desigual, se muestra teatralmente al recién llegado la real Madrid, residencia de los monarcas católicos. El lado norte del nuevo palacio real, entre las puertas de Segovia y San Vicente, es lo primero que llama la atención. Encantadoras alamedas adornan las calles que conducen hasta a lugar. La *Casa de Campo* a la derecha, el río Manzanares a la izquierda, y el hermoso puente de Segovia, que lo cruza, completan todo el panorama. Esta escena solemne perdura hasta la entrada en la ciudad, en realidad una villa, y allí termina, porqué lo que sigue es completamente dife-

---

[7] El canal del Guadarrama fue un proyecto impulsado en el siglo XVIII durante el reinado de Carlos III, como parte de un ambicioso plan para crear una red de canales navegables que conectaran Madrid con los grandes ríos como el Tajo y el Guadalquivir. Nunca se terminó por dificultades técnicas, económicas y geográficas. Quedan vestigios arqueológicos: restos de presas, canales artificiales y alguna estructura de contención.

rente. Casas muy sencillas, comunes, sin ningún adorno, a menudo miserables y bajas; en todas las ventanas, sin excepción grandes balcones toscos de hierro, como en Burgos y Valladolid; hombres envueltos en mantos marrones, con la redecilla negra sobre el cabello sin empolvar, y el gran sombrero de tres picos en la cabeza; las mujeres vestidas invariablemente y de manera uniforme, con sayas negras y velos blancos, como monjas; una de cada diez personas es un monje, o un presbítero con larga y sombría vestimenta y cabello negro como la pez; o un guardia de corps vestido de azul de la compañía española, flamenca o italiana.

Esta es la fiel imagen de la entrada a Madrid. No se ven ni bonitos fiacres ni magníficos carruajes, solo unos pocos que ahora se están introduciendo; ni aglomeración de los que llegan y se van, ni tiendas brillantes, ni cafés, ni hoteles donde alojarse. Llenan toda la ciudad, coches anticuados enganchados a mulas perezosas; pequeños asnillos, que o bien transportan agua en vasijas de barro, o sobre los cuales un par de señoritas hacen su entrada; viejas calesas de dos ruedas tiradas por una mula, y guiadas lentamente por un español que camina delante; pobres ciegos que rasguean la guitarra desafinada en las esquinas de las calles, y viejas que les acompañan con voz monótona. Me acordé de mi Viena, a trescientas millas de distancia: el Kohlmarkt, el Graben y la Kärntnerstrasse, donde las carrozas doradas y las ruidosas diligencias postales se cruzan señorialmente; donde las lindas modas, y la vestimenta de buen gusto presentan al ojo un cuadro magnífico y siempre cambiante, y donde las tiendas y comercios, provistos en abundancia con todas las comodidades de la vi-

da, ¡casi no dejan ningún deseo por cumplir al corazón humano! Y a este pensamiento siguió el deseo de estar pronto de nuevo al otro lado de los Pirineos y los Alpes.

Se llama Prado al famoso paseo de Madrid, el lugar favorito de los españoles; una palabra curiosa, pues se dice que ha recibido su nombre del Prater, el lugar favorito de los vieneses; sin embargo, el Prater de Viena es completamente diferente, mientras el español es un bosque extenso, donde uno puede mostrarse en público sin ninguna presión, o bien perderse y esconderse al instante, el Prater lo forman alamedas regulares y elegantes fuentes, que están flanqueadas a ambos lados por casas, a las que se dirigen todas las miradas. En el Prater se pueden conseguir todo tipo de bebidas y refrescos; en el Prado no hay más que agua fresca, para quien guste, a cambio de dinero; y en lugar de las numerosas carpas y bonitos pabellones del Prater, donde los grupos concertados celebran cenas amistosas, juegos y fiestas de placer, en el Prado no hay más que sencillos sillones de paja y bancos de piedra dispuestos para sentarse.

Aquí tiene lugar en verano la reunión diaria del *beau monde*; aquí están las Tullerías españolas, el Park y el Vauxhall de Madrid. Mientras las damas de la nobleza pasean en coches que avanzan lentamente uno tras otro por la ancha alameda central, yendo y viniendo hasta veinte veces, las señoras de la clase media caminan a pie por las alamedas laterales, y tienen la deseada oportunidad de ser vistas por varones de todas las clases. Aquí se muestra la joven belleza española de ojos grandes y negros como el carbón, con una colorida redecilla entretejida con plata y gasa sobre el cabello rizado, y con el pie hermoso, que la

corta falda de seda negra descubre intencionadamente, acompañada por un *caballero* de negro y amarillo, siempre con la espada al costado, y el gran sombrero de tres picos en la cabeza. Su mirada de reojo al que pasa dice que no está para bromas. Allí va un *Majo* envuelto en su capa en pleno calor, y con la larga redecilla colgando sobre la cabeza; el estilete, que siempre lleva consigo bajo la capa, le asegura la posesión tranquila de su velada muchacha. Príncipes y ministros, oficiales y hombres de estado, el descendiente de Moctezuma y el virrey de México, el ex gobernador de Caracas, y el intrépido jefe de Escuadra se encuentran aquí en vistosa mezcla, entablan conversaciones amistosas y buscan en el Prado descanso de los negocios serios. Aquí es el punto de encuentro de la galantería española; aquí los Sylvios, Lindores y Celestinas, dan material para novelas y relatos cortos que se representan en los escenarios y sirven a otros de entretenimiento.[8]

Pero pronto se abre otra escena. *¡El rey!*, llega el rey. Dos guardias de corps a caballo se acercan al galope; les siguen a corta distancia otros dos, y detrás de ellos un caballerizo mayor; a continuación viene el propio rey, completamente solo, en una calesa abierta de dos asientos, tirada por seiscaballos bayos, que él mismo conduce; junto a él cabalgan dos de los suyos vestidos con ricos uniformes azules con plata y oro. El propio rey, de gran estatura, apuesto y afable, saluda a todos muy amistosamente al pasar; detrás de él sigue una multitud de guardias a caballo, con uniforme azul con plata y bandolera roja, verde o

[8] *Sylvios*, *Lindores* y *Celestinas*: Nombres que evocan personajes arquetípicos de la literatura, asociados al amor, la galantería y la intriga.

amarilla; tres coches de estilo español antiguo, cada uno tirado por seis mulas, le siguen a toda velocidad, y cierran todo el cortejo. Con el mismo séquito sigue poco después la reina, el joven príncipe de Asturias, la hermana del rey, o las dos jóvenes princesas; cada uno con su propio carruaje y el mismo acompañamiento.

A las cuatro de la tarde, pero en los meses de mayor calor a las siete, se abren ambos escenarios españoles, el *Coliseo del Príncipe* y el *Coliseo de la Cruz*. Una multitud de gente común, exclusivamente hombres, en su mayoría envueltos en capas marrones con la redecilla negra sobre el cabello negro azabache, llena el *patio* o platea común; fuman con pipas de tabaco de papel, exhalando humo de papel y tabaco al mismo tiempo; y así obligan, además de porque no hay asientos en el *patio*, a elegir la luneta o la platea noble. De ambos lugares están excluidas las mujeres, que deben sentarse juntas, solas y tristes, en la galería trasera, completamente abierta, adonde ningún hombre puede entrar, envueltas en velos blancos hasta en tiempo de calor, y vestidas con faldas negras. ¡Es un espectáculo extraño! Se cree, al mirar hacia atrás desde la luneta, ver un convento entero de monjas, de la orden de San Agustín, junto con la venerable madre superiora, reunidas.

Ahora se levanta el telón. Pronto aparece un viejo sirviente con el rosario en la mano, reza un poco, se santigua con él y exclama: ¡Jesús o San Antonio o San Pascual!; luego viene un sacristán vestido con largas ropas clericales, con cuello, sobrepelliz y todo lo necesario, se mezcla descaradamente entre las ninfas del teatro y juega con ellas a los más graciosos enredos amorosos. Luego se ve aparecer

una joven muchacha animosa, vestida de abate, con el vestido corto y la pequeña capa negra; y como en España está prohibido a las mujeres llevar pantalones, se presenta con una falda negra de mujer desde medio cuerpo, mitad clérigo y mitad mujer. Aquí aparece una actriz, mitad general y mitad mujer, o mitad estadista; con la peluca de estado y el espadín, con el uniforme hasta medio cuerpo y con la falda de mujer en la otra mitad; allí un actor persigue a otro en broma hasta los palcos laterales, o se dirige él mismo a los palcos superiores, y habla y actúa desde allí hacia los demás actores del teatro: y todo esto es recibido con el más ruidoso aplauso.

Pero poco después sigue otra escena. Una voz grita: *¡El Señor!* El conde Almaviva y Fígaro (se representaba El Barbero de Sevilla), que estaban justo en el escenario, se arrodillaron ambos de cara al público; creí que querían pedir perdón por alguna falta, y en el primer momento quedé muy sorprendido. Pero enseguida noté que en todos los palcos sucedía lo mismo, y que toda la luneta y el patio se postraban de rodillas: rápidamente hice lo mismo; y cuando se abrieron las puertas del teatro, vi que todo esto sucedía porque llevaban la sagrada comunión a un enfermo. Después de algunos minutos, cuando el sacerdote regresó, una voz gritó de nuevo: *¡Dios!* y se hizo lo mismo por segunda vez.

Pero ahora viene una escena agradable, que también cautiva a los extranjeros. Una vez terminada la obra, a menudo se baila el hermoso *fandango* español o *bolero*, acompañado por el toque de la guitarra y el canto. ¡Una escena seductora! Aquí la muchacha española despliega todos los encantos de su figura, de su contorno y de su

vestimenta, mientras gira y contonea su esbelto cuerpo en todas las tiernas direcciones. El hermoso pie, que deja ver alternativamente en la danza; los dos brazos levantados, que mueve volátilmente de un lado a otro; las castañuelas repiqueteantes, que acompañan la música y marcan el ritmo con precisión; el amante opuesto, que armoniza con su bella mediante posturas uniformes y apasionadas, y danza y castañuelas, acercándose a ella unas veces, alejándose otras: todo esto compone una visión encantadora, por la que todo espectador se siente arrebatado. Así baila en oriente la joven esclava circasiana en presencia de su despótico sultán; sus encantos se apoderan del viejo; es invitada junto a él en el sofá dorado, y su suerte es envidiada por las demás deidades del harén.

Ante la nueva y magnífica puerta de la ciudad, llamada Puerta de Alcalá, se alza a la izquierda un edificio esférico, revestido de tejas por fuera, pero por dentro ensamblado muy pobremente solo con vigas, de forma muy similar al anfiteatro de Viena, aunque más grande y espacioso, pero muy inferior a este en cuanto a comodidad y construcción. Aquí es donde tiene lugar el espectáculo favorito del pueblo español, las *corridas de toros*, o las corridas; dieciocho en total cada lunes en verano, tanto por la mañana como por la tarde. Una acción digna de verse, por mucho que haya sido denostada. Aquí es donde el coraje español, la destreza adquirida y el desprecio por el peligro se despliegan ante los ojos de una numerosa asamblea. La ceremonia com que se observa, el orden mantenido, el comportamiento del público, todo merece atención.

Una vez que todo el pueblo se ha reunido y ha llegado la hora solemne, aparecen dos alguaciles españoles a caba-

llo, vestidos con traje español, con la espada antigua, con plumas en el sombrero y con capa corta, vestidos de negro; apartan a la gente que todavía pudiera encontrarse en el ruedo y ordenan a cada uno tomar su asiento. Les siguen dos picadores provistos de picas con grandes sombreros redondos, en vestimenta corta y ligera; a estos les sigue la cuadrilla de *toreros*, acostumbrados al peligro, todos con ricos trajes, llenos de determinación y actitud valerosa. Cierran la marcha los dos *matadores* provistos de muletas, los que deben matar a los toros. En este orden hacen el recorrido por todo el anfiteatro, saludan con orgullosa conciencia de su probada fuerza al público que les es favorable, y se inclinan respetuosamente ante el presidente que asiste a la lidia desde el palco principal.

Una vez que toda esta comitiva se ha retirado, entran cinco personalidades del magistrado, con varas delgadas en la mano, como signo de su dignidad; se colocan en el centro del anfiteatro y permanecen en el lugar uno al lado del otro; el alguacil mayor se acerca, lee en su presencia el decreto real, que inculca una vez más al público el mantenimiento del buen orden y la calma, y una vez hecho esto, reaparecen los dos lanceros a caballo; el presidente arroja la llave desde el palco; la puerta se abre y aparece el toro andaluz.

Todos los ojos están fijos en la bestia resoplante de venganza. El toro, atontado y aturdido, o se queda parado ante el *picador* que cabalga hacia él, o hace ademán de atacarlo y es rechazado sangrientamente por un fuerte puyazo en el cuello; o se abalanza imparable y con la mayor furia sobre el caballero, lo derriba a tierra, hurga con los cuernos en el vientre del caballo, le arranca con ímpetu las

entrañas una tras otra, lo deja muerto en el suelo, y así destroza media docena de caballos en pocos minutos. Esta es la primera escena de la lidia española.

Una vez que ha terminado, vienen los *toreros* a pie, relevan a los *picadores* por un corto tiempo, y continúan la lidia. Con un tipo de dardos arrojadizos, con arpones, uno en cada mano, se dirigen con audacia hacia el toro que corre de un lado a otro; y en el instante en que baja la cabeza para cornearlos, le clavan ambas banderillas en la nuca; varias están rellenas de pólvora y se encienden mediante una mecha tan pronto como son clavadas; atormentan al toro y lo obligan a saltar como un gato. El toro, así enardecido, corre en el mayor desorden hacia los *toreros* dispersos alternativamente, salta a menudo sobre la primera barrera, donde se han refugiado, persigue a quien encuentra allí, y los obliga a abandonarla a toda prisa.

Finalmente, se abre la última escena. El *matador*, o aquel que debe matar al toro, avanza en la plaza con la pequeña muleta en la mano izquierda y la espada desnuda en la derecha, se dirige directamente hacia el toro, ahora llevado a la máxima furia, le presenta la muleta ante los ojos con una mano y, mientras el toro inclina la cabeza para defenderse, le clava y hunde la hoja en la nuca con la otra, y lo derriba sin sentido al suelo; luego saca el acero ensangrentado de la nuca del enemigo abatido, hace una reverencia triunfal a todo el público y recibe un glorioso aplauso mediante una ovación general. Tres mulas adornadas con banderines están listas de inmediato para arrastrar a la víctima sacrificada. La sangre se cubre con arena, y por el otro lado aparece ya un nuevo toro para la lidia.

¡Un espectáculo singular! A este caballo le brota la sangre del pecho como un manantial y cae al suelo; y aquel toro tiene todo el lomo cubierto de avena que poco antes estaba en el vientre del caballo, o corre todavía furioso por la plaza con la espada hasta la empuñadura en el cuerpo. Aquí se ve a un *picador* con la mano herida cabalgar valientemente sobre un caballo que tiene los ojos vendados y que arrastra las entrañas; allí a otro que sufre una fuerte contusión por el caballo que cae sobre él, o se rompe un brazo y una pierna, y ha de ser llevado desde el lugar de diversión al triste hospital. Si se pregunta por la lidia, cómo ha ido, responden: «*Bueno; dos toreros heridos; un picador muerto; diez caballos matados*». Si no sucede esto, se dice: «*no valió nada*». La gente se queja de la mala raza de los toros y vuelve a casa insatisfecha.

En Madrid, entre los artículos dignos de verse, que despiertan la curiosidad de los extranjeros, se cuenta indiscutiblemente el nuevo palacio real. Aquí está la morada del poderoso rey, a quien pertenecen las minas de oro de Perú y las flotas de plata de la Habana; cuyo dominio se extiende desde Manila hasta California, y desde los Pirineos hasta las *cordilleras*.

Una ancha escalera real, cuyo espacioso y alto techo resplandece con las más valiosas pinturas y oro, tan magnífica como si se ascendiera al cielo, conduce arriba a las habitaciones de este hijo terrenal de los dioses. Las puertas doradas se abren, y sobre un suelo de mármol floreado se entra en las estancias reales. Aquí me mostraron el apartamento del rey, y allí el de la reina o del joven príncipe de Asturias. En estas habitaciones murió Carlos Terce-

ro, el padre del rey; y en aquel lado vivió su hija, la actual emperatriz romana. Aquí está el trono sostenido por cuatro leones dorados, bajo el cual el monarca católico concede audiencia a los enviados de todas las potencias. Un sentimiento reverente me invade al contemplarlo.

Toda la sala está adornada con bustos antiguos de César, Augusto, Tiberio y otros emperadores romanos; y esta es la mesa sobre la cual se firman con un trazo de pluma favores y sentencias de muerte, declaraciones de guerra y tratados de paz. En lugar de costosos tapices, las pinturas más artísticas adornan las paredes reales. Esta es el (Spasmo) Pasmo del inmortal Rafael, que costó tantos cientos de doblones; y aquella la famosa Natividad del Rafael alemán de nuestros tiempos. Estas pinturas son obras de Tiziano, Jordán, Velázquez, Spagnoletto, y esta imagen de la Virgen fue la última pintura de Mengs, sobre la cual la muerte lo arrebató. ¡Una vista magnífica! que por sí sola merece la pena de emprender un viaje a España.

Pero poco después me mostraron uno igualmente magnífico: fui conducido al nuevo gabinete real de historia natural, y se presentó delante de mis ojos una colección que, por su riqueza, sus rarezas y la pulcritud con que se conserva, merece contarse entre las primerísimas de Europa. Una larga serie de grandes salas, donde en brillantes vitrinas y frascos todo se mantiene regiamente en el más hermoso orden. Grandes pepitas de oro de Potosí se encuentran junto a una cantidad de platino raro; numerosos diamantes de Brasil, y cristal español, tan bello como los diamantes; peces marinos exóticos, encontrados en medio de los Pirineos, y lava antiquísima de volcanes españoles extintos; papel de Asturias que no arde, y lienzo que se la-

va con fuego. Al reino mineral le siguen los animales. Aquí están reunidas todas las naciones de la Tierra: el babuino africano, que no resiste el frío de nuestro clima templado, y el reno de Laponia, que no puede soportar su calor. El pájaro mosca, tan grande como un mosquito, y el pájaro cóndor, que mata a un buey. Géneros de animales completamente nuevos del globo terráqueo, que se acaban de descubrir y esqueletos desenterrados de animales extintos.

Poco después me mostraron rarezas de otro tipo: antiguas lanzas españolas de los tiempos de los cartagineses, y coronas romanas de oro, tan antiguas como el dominio romano. Antigüedades americanas encontradas en las tumbas de los Incas de Perú, y vestigios árabes de los sarracenos, que fueron excavados en Granada. Las armas de piedra de los salvajes del noroeste, y el pequeño zapato de la dama china; el traje de plumas del habitante de los mares del Sur, y la cama colgante del rudo canadiense. Una geografía general de muebles y una historia sensible de la humanidad.

Madrid rebosa de monasterios de estilo antiguo; a menudo se encuentran tres o cuatro juntos. Hablando solo de conventos de monjas, además de los muchos conocidos en nuestro país, en Madrid existen también: mercedarias calzadas y descalzas, trinitarias calzadas y descalzas, nazarenas, terceras, bernardas, jerónimas, basilias, brígidas, recoletas, servitas, mínimas, premonstratenses, dominicas, beatas, hospitalarias, de San Lorenzo, del Santo Se-

pulcro, de la Enseñanza, comendadoras de Malta, de Santiago, de Calatrava, de Alcántara, de Sancti Spiritu. [9]

¡Pensamiento terrible! Aquí es el lugar donde la castellana inocente de 15 años, tras un único año de prueba, antes de conocer el mundo, antes de conocer su convento, antes de conocerse a sí misma mínimamente, debe renunciar a cosas de las que aún no tiene noción alguna, sacrificar la libertad, ese gran bien, y abrazar un modo de vida que quizás ya a los 20 o 30 años, y durante toda su vida, aborrecerá; ¡donde será la esclava de una superiora caprichosa, de hermanas perseguidoras y de un consejero espiritual frío e insensible! Vosotros, altos muros, que sois testigos de tantos suspiros y deseos infructuosos, decidnos, ¿cuántas Marianas, Eloísas y vestales insatisfechas encerráis en vuestro interior? Vosotras, tumbas vivientes, que ahogáis el clamor y las lágrimas del temperamento ardiente, para que no lleguen a nuestros oídos; contadnos, ¿cuántas de vuestras mártires desconocidas hubieran preferido el destino de las Ifigenias o de las viudas de Malabar antes que una vida así? ¡Tristes puertas, que permanecéis siempre cerradas, abrios de una vez y liberad a las numerosas prisioneras que las violentas pasiones de la juventud inexperta os entregaron, y que la razón más madura quiere ver libres! Pero en vano, permanecen inmóviles a pesar de todas las muestras y corolarios de la razón.

---

[9] Nota del autor. Aunque según el último Censo resulta que el número de monjes y monjas disminuyó en 11.044 de 1768 a 1787, del mismo se desprende también que el número de monasterios de ambos sexos aumentó en 37, de los cuales 22 son conventos de monjas; y se contaban todavía 32.500 monjas y 61.600 monjes solo en España.

Pero poco después divisé un gran edificio reconstruido precisamente en este año; en el centro hay un escudo, que consiste en una espada cruzada con una rama de laurel, con la inscripción: *Exurge domine, judica causam tuam*; un edificio odioso, espantoso. ¡Es el edificio de la Inquisición! Aquí está el club de los espías de todas las condiciones y clases, que están repartidos por toda España, se mezclan en todas las reuniones y creen hacer un favor a Dios cuando captan cada palabra y espían cada acción de su prójimo. Aquí está el tribunal, ante el cual toda la España se ve obligada a presentar su cédula de confesión cada año; y si un ministro de Estado o grande de España, es sorprendido leyendo un libro prohibido, recibe una multa como un escolar.[10] Aquí se forja el adusto índice de libros prohibidos. Aquí llega el ardiente auto de fe a su culminación; y ante la puerta del Pozo se encuentra la plaza árida y sin vegetación, un segundo Gelboe, que ni el rocío ni la lluvia humedecen, donde la fe cristiana, como la de aquel profeta de la Meca, se difunde mediante fuego y espada. [11]

En los últimos años de vida del difunto rey, la situación de la Inquisición era muy precaria. La condena de los seis últimos volúmenes del *Cours d'études* no agradó al sabio Carlos III, que conocía personalmente a Condillac y estaba muy convencido de la ortodoxia del mentor ducal; a esto se sumó el celoso empeño de Floridablanca, que insistía

---

[10] Nota del autor. En el mes de mayo de este año, se fijaron carteles en todas las esquinas de las calles de Madrid anunciando que quien se permitiera pronunciar palabras deshonestas estaría sujeto a castigo.

[11] Referencia al Monte Gelboé, mencionado en la Biblia como el lugar donde murieron Saúl y sus hijos. Conocido por la maldición de David: «*ni rocío ni lluvia caigan sobre vosotros*, por eso la comparación.

incesantemente ante el monarca para que aboliera este azote de España.[12] Pero el anciano fray Joaquín de Eleta, confesor real, que no le había sido posible elevar a los altares al antijesuita Juan de Palafox, cuya canonización había promovido con tanto ahínco y que hoy día ha caído completamente en el olvido, tuvo más éxito en esto: las propuestas del secretario de Estado se frustraron, y con la muerte de Carlos III, la Inquisición cobró nuevas fuerzas.[13]

La prohibición de libros, interrumpida durante un tiempo, volvió a ponerse de moda. Condillac, *El Censor* y otras buenas revistas fueron prohibidos; y entre ellos la excelente obra de Gaetano Filangieri, que el 7 de marzo de este año fue condenada, para pesar general de todos los españoles bienpensantes, como un escrito: «lleno de proposiciones y doctrinas falsas, capciosas, temerarias, próximas a error en la fe, erróneas, y fautoras del tolerantismo reprobado por la Iglesia, etc. etc.».[14]

Dado que la prohibición de Condillac había causado tanta controversia en España, quise precisamente solicitar el permiso para poder leer este libro. —¿Por qué quiere usted eso? me preguntó el Inquisidor General, Don Agustín de Cevallos, ataviado con un largo hábito negro y una

[12] Nota del autor. Desde hace aproximadamente 10 años, nadie ha sido quemado en España. Un francés se anticipó a su sentencia el año pasado ahorcándose él mismo en la prisión de la Inquisición. El último ejemplo fue la bruja de Sevilla. Por lo demás, este tribunal, según el consenso general, ha disminuido mucho su rigor anterior.

[13] Nota del autor. El emperador Carlos V abolió por completo la Inquisición en España. Así permaneció durante diez años: hasta que Felipe II la restableció; aunque con una disminución de su poder.

[14] Los ocho volúmenes de *La Scienza della Legislazione* (1780-1784).

cruz de oro engastada con esmeraldas alrededor del cuello, cuando me presenté en su casa y se lo solicité; y cuando, sin perder la compostura, le expuse un par de razones que expuse en un castellano chapurreado, y que no sé si entendió correctamente en mi jerga, me hizo sentar a su lado y comenzó a preguntarme sobre la situación de Alemania. Un semblante venerable, como si un Ambrosio estuviera sentado a mi lado, y un lenguaje que revelaba una amplia erudición en las Escrituras, transformaron mi poco temor y aversión en confianza y reverencia. Como enemigo mortal de todas las herejías, lamentó las múltiples doctrinas de fe en las que veía dividida a Alemania; hizo justicia a nuestros numerosos eruditos, pero lamentó que, después de haber abandonado, según dijo, la unidad de la Iglesia, cada uno construyera su propio sistema, con lo que se extraviaba a sí mismo y a otros en las tinieblas. Escuché su homilía en profundo silencio, sobre todo porque no sentía ningún deseo de contradecirle en lo más mínimo; cuando le interrumpió el secretario secreto que regresaba, a quien ya había dado las órdenes necesarias, acercándose con una carta abierta, en la que estaba impreso un gran sello y figuraba mi nombre junto con el permiso, que el severo Gran Inquisidor leyó una vez más, y entregándomela, me tomó de la mano y dijo: Ya ve cómo se procede con usted: diga en el extranjero lo que es la Inquisición.

Una vez provisto del permiso escrito del jefe de la Inquisición, me dirigí a la biblioteca real y solicité a Don Francisco de Berguizas, uno de los bibliotecarios, que me facilitara los últimos volúmenes de Condillac. —Eso no puede ser, respondió el concienzudo español, porque está

prohibido. —Entonces empleé toda mi elocuencia para ponerlo de mi parte; pero en vano: permaneció impasible, a pesar de toda persuasión. —¿No querría usted permitírmelo por un corto tiempo? —De ninguna manera, a menos que me presente un permiso escrito de la Inquisición. Acto seguido, saqué del bolsillo el salvoconducto provisto de sello y firma.[15]

Todo lo contrario me sucedió cuando, poco después, visité la biblioteca pública en el colegio de San Isidro y, al pasar, vi una fila de libros bellamente encuadernados en los que ponía: *Oeuvres posthumes du Roi de Prusse*. No sabía si debía confiar en mis propios ojos, y rápidamente pedí prestado el primer volumen para leerlo. Apenas lo había recibido, tomé aparte a Don Miguel, el director de la biblioteca, y leí: *le Roi d'Espagne, souverain du Potosi, obéré en Europe, créancier à Madrid de ses officiers et de ses domestiques*; y de nuevo: *si l'épicureisme devint funeste au culte idolatre des payens, le déisme ne le fut pas moins de nos jours aux visions judaiques adoptées par nos ancêtres*. Pero hasta ahora, las obras del filósofo de Sans-

[15] Nota del autor. El famoso Macanaz escribió una "defensa critica de la Inquisition", que hoy en día es extremadamente rara y, con la aprobación de las autoridades, volverá a publicarse próximamente. No se puede negar que este Tribunal procede con suma cautela en sus investigaciones y con extrema lenidad en sus castigos: también que hombres concienzudos y piadosos están a su cabeza, quienes no serían capaces de condenar a alguien cuya culpabilidad no fuera clara como el sol. Pero por muy puras que sean sus intenciones y por muy irreprochable que sea su proceder: parece cierto, sin embargo, que la intolerancia de este Tribunal es el mayor obstáculo político para la cultura española.

Souci[16] aún no están prohibidas, y mientras esto no suceda, pueden permanecer allí sin impedimento. Pero conservar en casa siquiera una obra ya prohibida mediante edictos fijados en todas las puertas de las iglesias es sumamente peligroso, pues si el Santo Tribunal se enterara a través de uno de sus familiares,[17] entonces se diría: *exurge domine, judica causam tuam*; y uno podría trasladarse de su vivienda a la cárcel de la Inquisición. ¡Una estancia terrible! Donde el prisionero permanece sin comunicación alguna, y sus acusadores le son siempre desconocidos.[18]

Aquí no hay lugar para la apelación; aquí no protege la rectitud ni la buena conducta demostrada durante años: pues el hombre más honrado, si yerra en materia de religión, cae de inmediato en manos del Santo Oficio, al igual que el más vil malhechor. Y mientras que en otros tribunales los parientes o amigos intentan encubrir las faltas cometidas y ayudar al acusado, aquí, mediante el fingido temor de conciencia, se incita a la delación y al juramento arrancado por la fuerza del hijo contra el padre.[19]

---

[16] Federico el Grande.

[17] Nota del autor. Muchas veces, entre los confidentes se encuentran gente de la casa y sirvientes.

[18] Nota del autor. Covarrubias, *Máximas sobre recursos de fuerza y protección*; Madrid 1788, tercera edición: un libro cuya publicación tuvo muchas dificultades y causó mucho revuelo en España. Al final se encuentra la famosa recopilación de las *Instrucciones del oficio de la Santa Inquisición,* hechas en Toledo en el año 1561. Luego, las disposiciones de José II en materias eclesiásticas. La respuesta del Príncipe Kaunitz al Cardenal Garampi, etc.

[19] Nota del autor: Olavide reside en París, Rue Sainte Apolline, en un magnífico hotel, bajo el nombre de Conde de Pilo. Que todavía debe haber protestantes en Sierra Morena lo demuestra un artículo inser-

A pesar de todos los obstáculos por parte de la Inquisición, el buen rey y el sabio gobierno no escatiman esfuerzo ni gasto para fomentar cada vez más, tanto Madrid como la monarquía entera. El nuevo jardín botánico tiene pocos iguales en magnificencia exterior y en valor intrínseco bajo la supervisión de Ortega; y mediante los botánicos,[20] dispersos a costa real en ambos hemisferios, se enriquece con las plantas más raras de Nueva Granada, Nueva España, Perú y las Filipinas; pronto recibiremos del abad Cavanilles los dibujos de ellas.

La casa de aduanas, recién construida por el difunto rey,[21] es quizás la más hermosa de Europa, y las nuevas puertas de Alcalá y San Vicente son ornato de la arquitectura:[22] al divisarlas se cree ver un par de arcos de triunfo romanos, como los que aún hoy se encuentran no lejos del Capitolio. El Prado, antes sin adorno, tiene ahora, gracias a las estatuas y fuentes instaladas, un aspecto magnífico. Junto a él se elevan bellamente las salas de la futura academia de ciencias; mil manos están ocupadas en levantar el edificio lo antes posible; y con anhelo espera el gran

---

tado en junio de 1790 en el periódico madrileño desde La Carolina, la capital [de las Nuevas Poblaciones], donde se informa que un calvinista llamado Siegen, de 24 años, se ha convertido y ha sido rebautizado bajo condición.

[20] Nota del autor. Don Casimiro Ortega, pofesor de botánica; un hombre conocido en Inglaterra, Francia e Italia. Dos de ellos, D. Hipólito Ruiz y D. Josef Pavón, descubrieron no hace mucho que la temida *Cuchalagua* de Perú, de cuyo género los botánicos estaban ciertamente inseguros, pertenece al género *Gentiana*.

[21] Carlos III.

[22] Nota del autor. Las tres obras: Aduana, Puerta de Alcalá, Puerta de San Vicente son de Sabatini.

Floridablanca,[23] el momento en que su elevado propósito sea ejecutado. Entre la iglesia y la puerta de Atocha se ubicará el nuevo observatorio real: sus cimientos ya están puestos, y su construcción se dirige según los mejores planos que el abad Ximénez trajo recientemente. Para la pintura, arquitectura y escultura se ha provisto un edificio más espacioso, y premios a seis jóvenes que residen en Roma;[24] y para el estudio de la numismática, el gabinete real de medallas está abierto a todo estudioso. Allí se pueden ver monedas celtíberas, turdetanas y otras en parte aún desconocidas. Aquí se encuentran las medallas samaritanas, cuya autenticidad Tychsen disputa, mientras que Bayer las defiende con tanto ahínco.

Las dos bibliotecas, tanto la del rey como la del colegio, se enriquecen con las actas de las academias extranjeras y con los productos más excelentes de la época. A estas instituciones debemos la valiosa obra botánica de Hernández, y la mayor parte de sus notables escritos, que ya se daban por perdidos. Quien encuentre placer en las antigüedades, hallará descritos en el quinto tomo el gran templo de México, que Hernández vio aún con sus propios ojos, sus 78 partes, el número de sacerdotes y de vírgenes consagradas, sus ceremonias, cánticos y otras rarezas.[25] Finalmen-

---

[23] Conde de Floridablanca (1728-1808), secretario de Estado.

[24] Nota del autor. [Francisco] Bayeu y [Mariano Salvador] Maella son los pintores más célebres, [Manuel Francisco] Alvarez el mejor escultor, [Manuel Salvador] Carmona el grabador en cobre más excelente, junto con el recientemente fallecido [Ventura] Rodríguez, además del ya mencionado Villanueva, los arquitectos que más han destacado en España hasta nuestros tiempos.

[25] *Francisci Hernandi, medici atque historici Philippi II*, Matriti, 1790, 4 tomos.

te, después de que también las imprentas, esas grandes promotoras de las ciencias y los conocimientos, hayan alcanzado la cumbre más alta gracias al favor real y a la diligencia de Ibarra y Sancha; tampoco el arte de la escritura escapó al cuidado real.

Pero no terminaría nunca si quisiera mencionar siquiera aquello que se hace en Madrid para la expansión de las ciencias. Las numerosas inscripciones de visigodos, sarracenos y judíos, que se encontraban en las tumbas, mezquitas y sinagogas del sur de España, han sido recopiladas por la real academia de la historia y preparadas para la imprenta. A partir de los archivos, Palomares elaboró en parte su paleografía hispano-gótica, que se conserva en la real academia, y de la que nada más se espera que los costes de la edición.

Las noticias sobre el descubrimiento de América de Las Casas, Cortés y otros contemporáneos, yacían ocultas en los archivos de Simancas, Sevilla y Lisboa, y fue enviado allí el cronista real Don Juan Muñoz, para utilizarlas, y pronto verá Europa con asombro que las crueldades imputadas a los españoles son exageradas, y que las fuentes de las que Robertson y compañía se nutrieron, eran insuficientes.[26]

Química, cirugía, leyes, filosofía, matemáticas, teología, nada escapa a la atención real. El nuevo laboratorio real, las academias de cirugía y de derecho, el seminario de nobles, la escuela de San Fernando y de San Isidro, donde se

---

[26] William Robertson, *The History of America*, London, 1777. Nota del autor. El capellán de la embajada, a quien Robertson mencionó en su prólogo, solo recabó noticias de libreros en Madrid, pero no de archivos.

enseñan matemáticas, árabe, griego y hebreo, pueden servir aquí de testigos en lugar de tantos otros. Químicos y mineralogistas son enviados a otros países, y llamados a Madrid desde otros países.[27] Nuevos estatutos para el colegio de cirujanos y un nuevo código criminal para el de los abogados, redactados por orden real. La confusión peripatética desterrada de todas las escuelas, solo en los conventos de Castilla, Navarra y Aragón conserva aún la supremacía.[28] Se ha encargado a Beniro Bails un curso de matemáticas mejorado, y a Cabades un sistema teológico moderno.[29] Las obras del erudito Mutis traídas a Europa a costa real;[30] y otra obra más, organizada en beneficio del

---

[27] Nota del autor. Los señores Haubichler y Megerle, vieneses, fueron llamados este año a Madrid para el blanqueo de lino de San Ildefonso. Varios jóvenes españoles ya han sido enviados a las ciudades mineras de Hungría.

[28] El término peripatético se refiere a la filosofía aristotélica, sinónimo de la escolástica. Durante el siglo XVIII, la Ilustración se expandía por Europa, promoviendo la razón, la ciencia, la educación moderna y la crítica a las autoridades tradicionales, pero en España el avance ilustrado era más lento, y ciertos sectores, como el clero regular de los conventos y órdenes religiosas, se mantenían fieles al pensamiento escolástico.

[29] Agustín Cabades, *Institutiones theologicae in usum tyronum,* Valentiae 1784-1790. Manual vigente poco tiempo porque su autor fue acusado ante el Santo Oficio en 1793 y condenado a prisión, de la que salió después de abjurar del contenido de su obra.

[30] Nota del autor. Don José Celestino Mutis, uno de los más grandes botánicos, que recorrió América durante 30 años para recolectar plantas, es autor de diversas obras, especialmente de la Quinología, o tratado sobre la quina peruana, de la cual descubrió varias especies. Recientemente ha encontrado en el Reino de Santa Fe el vegetal que los indígenas de aquellas regiones utilizaban para tocar serpientes sin peligro.

arte de la guerra. Las pinturas del palacio real grabadas en cobre y todos los edificios, tanto antiguos como nuevos, de toda España dibujados. En resumen, nada se ha descuidado, nada se ha pasado por alto, que pueda, en alguna medida, hacer florecer las ciencias y las artes en este reino. ¿Y todavía se atreven a acusar a los españoles de pereza? ¿Y no se avergüenzan Tiraboschi y Betinelli de reprochar, aún recientemente, ignorancia a la nación española,[31] mientras ella despliega todas sus fuerzas para disipar la niebla de la ignorancia y que en la propia Italia haya casi más eruditos españoles que italianos? [32]

Lo que he dicho hasta ahora concierne principalmente al ámbito erudito. Todavía no he mencionado ni con una palabra tantas nuevas ordenanzas e instituciones relativas

---

[31] Nota del autor. Difícilmente se encontrará una nación que conozca tan bien la historia de su país como los españoles. Hablan de Don Pelayo y Alfonso el Sabio, de la Reina Urraca y Doña Isabel, de Don Carlos, Felipe II, y de toda la dinastía Austríaca, como de contemporáneos. A todos sus hombres célebres, Quirós, Céspedes, Núñez, Antonio Pérez, Olivares, o sus eruditos más antiguos, un Nebrija, Vives, Arias Montano, Luis de Granada, no los conocen solo de nombre, sino que saben su biografía y cuentan anécdotas concretas.

[32] Nota del autor. Andrés, Arévalo, Arteaga, Clavijero, Eximeno, Gener, Hervás, Isla, Lampillas, Masdeu, Molina, Nuix, Requeno, Terreros, etc., eruditos españoles que se han distinguido por excelentes productos de su ingenio, están en Italia todavía vivos o fallecieron recientemente. Los hombres célebres recientemente fallecidos en España: Buriel, Sarmiento, Feijoo, Flórez, Mayans, Uztáriz, Jorge Juan, Ward, Yriarte, están todavía frescos en la memoria de todos. Por no hablar de tantos eruditos vivos: Azara, Campomanes, Lorenzana, Meléndez, Risco, Capmany, Lardizábal, Fonseca, Forner, Salanova, Ulloa y otros que podría mencionar, y que se encuentran en parte en el Ensayo de Guarinos.

al comercio, las manufacturas, las artes comunes y otras ramas. Basta mirar el magnífico edificio de los gremios[33] terminado este año, o leer las memorias de Larruga[34] recién publicadas, para hacerse una idea de los progresos del comercio y de los frutos de la industria española. Basta visitar la hermosa fábrica de porcelana del Buen Retiro, o la que está ante la puerta de Santa Bárbara, para convencerse ocularmente de la habilidad de esta nación. Aquí vi los poemas de Tasso representados en porcelana tan finamente como lo están en versos italianos; y las pinturas de un Jordans [Luca Giordano] tejidas tan vivamente como están pintadas. Y cuando fui a ver a Alonso, el orfebre real, encontré que trabajaba de la manera más artística el platino, que nadie antes que él había tratado, y que se distingue de todos los demás metales.

Pero basta. Me he limitado a la capital, destacando algo como prueba de la actividad española. Si quisiera extenderme aún a todo el país, tendría que hablar de las más recientes obras en el canal de Aragón,[35] de las hermosas carreteras y puentes en Castilla, Asturias y Vizcaya,[36] de la floreciente universidad de Valencia,[37] de los recién estable-

---

[33] Nota del autor. Esta sociedad mercantil, los Cinco Gremios Mayores, cuyo fondo en el año 1763, cuando empezó, no superaba los 5 millones de reales de vellón, posee hoy en día 30 millones de reales.

[34] Eugenio Larruga. *Memorias politicas y economicas sobre los frutos, comercio, fabricas y minas de España*, Madrid 1787-1800, 8 tomos.

[35] Nota del autor. Bajo la dirección del excelente hombre, Don Ramón Pignatelli, canónigo de Zaragoza.

[36] Nota del autor. Todo puentes de piedra, como difícilmente se encontrarán en otro lugar en tan gran número.

[37] Nota del autor. Don Vicente Blasco, y Don Francisco Pérez Bayer, éste Arcediano, aquél Canónigo de Valencia, han elevado esta alta

cidos colegios de marina en Sevilla y en Málaga, de los planos recientemente levantados de Cádiz, Ferrol y Cartagena, de la nueva descripción corográfica de la península,[38] y del nuevo atlas hidrográfico de las costas;[39] de las academias, sociedades, viajes[40] y descubrimientos, en resumen, de temas que me obligarían a exceder ampliamente el espacio de este libro y a cambiar completamente el título de la obra.

---

escuela. Bayer este año ha establecido de nuevo dos premios, cada uno de 100 pesos, para los dos mejores discursos latinos.

[38] Nota del autor. *España divida en provincias intendencias,* etc., Madrid 1789. El gran *Diccionario histórico-geográfico de España*, que elabora la Academia de la Historia, y consta de 12 tomos en folio, está terminado y aparecerá próximamente [1802].

[39] Nota del autor. *Derrotero de las Costas de España* &c. 1787-89. Del mismo elabora Tomás López, el Geógrafo Real, un mapa de España más grande y completo, que aparecerá este año 1791 con muchas adiciones y correcciones. Mediante el derrotero se puede, a falta de un mapa geométrico de España, calcular su superficie mediante un cálculo aproximado. De esto resulta que la superficie esférica de España asciende a 15.762 leguas marinas (20 por grado) o 10.891 millas cuadradas, calculando cada milla a 8000 varas españolas, con exclusión de Portugal.

[40] Nota del autor. Véase entre otros el *Viage al estrecho de Magallanes*, Madrid 1788. El Brigadier Don Antonio de Córdoba, enviado allí por segunda vez con dos paquebotes, regresó en mayo de 1789, después de haber explorado de tal manera (sin ver a un patagón) el estrecho de Magallanes, que no queda un palmo de tierra del famoso estrecho de Magallanes por reconocer y observar. Próximamente se publicará también una *Relación del archipiélago de Chiloé*, en el mar Pacífico, realizada por orden del Conde de Superunda, Virrey del Perú; luego aparecerá un mapa de las 36 islas de las Perlas, en el golfo de Panamá. Del viaje de Gálvez a California y del viaje de Malaspina alrededor del mundo, todavía no se ha sabido nada.

A aquel francés que preguntó no hace mucho: ¿qué se le debe a España, y qué ha hecho por Europa desde hace dos o más siglos?[41] han respondido Cavanilles, Denina, Masdeu, Lampillas y otros tan competentemente, que no creo que lo pregunte una segunda vez.

Incluso el deficiente teatro mejora visiblemente gracias a nuevas y excelentes obras;[42] e incluso la suciedad de las calles se reduce poco a poco mediante las ordenanzas de su santísimo padre, mantenidas por Carlos IV, y mediante la vigilancia del corregidor, Don José Armona.[43] Incluso el estilo de construcción se perfecciona mediante la introducción de edificios más regulares, escaleras de piedra y pequeños balcones:[44] y si aquí y allá todavía hay deficiencias, y cosas que al extranjero le parezcan llamativas o ridículas, permítaseme preguntar: ¿Qué nación es perfecta y qué país carece de defectos?

---

[41] Nota del autor. *Encyclopéd*[ie] *méthod*[ique]. *Article Espagne*. Se reimprimirá en traducción española por Sancha, y se corregirán los artículos concernientes a España.

[42] Nota del autor. Don Alejandro Fernández Moratín, un joven español, ya se ha distinguido por varias excelentes obras de teatro, y este año por su *El viejo y la niña*. Véase la *Historia de los Teatros* de Napoli Signorelli.

[43] Nota del autor. En mayo de este año se volvió a prohibir estrictamente arrojar cosas por las ventanas, mediante un edicto fijado en todas las esquinas.

[44] Nota del autor. El *Viaje de España* de Ponz, para el cual el rey le apoyó generosamente, ha contribuido no poco a la mejora del estilo de construcción en este país; y para proporcionar a los arquitectos una obra clásica, José Ortiz viajó a Italia, a costa real, y preparó su traducción de Vitruvio con las más magníficas anotaciones sobre el arte de la construcción. *Los diez libros de architectura de M. Vitruvio Polion*, Madrid, 1787.

Carl Friedrich Jariges
Por Galicia y Cataluña (1802)[45]

[De la Coruña al Ferrol]

Alegre y animada, la Coruña, con sus considerables suburbios cuenta con unos 30.000 habitantes, se presenta de manera bastante agradable con su hermoso, aunque algo desaprovechado, puerto, que se extiende en forma de anfiteatro junto al agua. El puerto es excelente y tan espacioso que permite la entrada y salida de barcos con cualquier viento; el mar se adentra en la tierra como un ancho río en una longitud considerable, proporcionando así la seguridad de un río tranquilo. El pavimento de la ciudad es único: está hecho de grandes sillares. Aquí hay un pequeño arsenal, construido especialmente para los paquebotes que se dirigían a América cada catorce días, pero que ahora (1802) ha sido trasladado al cercano Ferrol y unido al gran arsenal de allí, una medida muy criticada, y con razón, pues los hermosos edificios, así como las numerosas dársenas excavadas en la roca con grandes costes, desde donde se botaban los nuevos barcos, ahora están sin uso. Además, con la nueva organización, el coste de los paquebotes ha aumentado extraordinariamente, ya que se ha incrementado la tripulación, se ha prohibido el comercio

45 Carl Friedrich Jariges. *Bruchstücke einer Reise durch das südliche Frankreich, Spanien und Portugal im Jahr 1802* (Leipzig, 1810)

que antes se realizaba en ellos y ya no se transportan pasajeros.

El hospital local es un instituto muy loable y bien organizado, construido por particulares, al que están adscritos un hospicio y una maternidad secreta; sin embargo, por falta de fondos, el edificio aún no está terminado, lo que merecería el apoyo del gobierno. Un par de canónigos, que ahora supervisan, nos mostraron las habitaciones, que encontramos muy espaciosas, luminosas y limpias; había pocos enfermos y tampoco muchos niños expósitos, aunque su número asciende a unos sesenta: a partir de los seis años, la mayoría son atendidos en casas particulares. Nos llamó la atención que entre los distintos cargos asignados a los supervisores, y que estaban anotados en una tabla, también se encontraba la función de un maestro de ceremonias propio.

El día antes de nuestra partida hicimos una pequeña excursión al cercano Ferrol; el agradable viaje por agua duró unas dos horas. El mar estaba un poco agitado, por lo que todos nos vimos afectados por el mareo habitual. Solo en la estrecha entrada rocosa del puerto nos recibió un agua tranquila, por la que nos deslizamos suavemente como en un lago, y pudimos entregarnos sin ser molestados al magnífico espectáculo de las poderosas olas. Encontramos pocos barcos en el espacioso y segurísimo puerto, que además está defendido por varios fuertes a ambos lados de la escarpada costa rocosa. La alegre ciudad se extiende a lo largo de una considerable distancia sobre una suave colina y está construida de forma regular; las anchas calles son todas paralelas y rectas. Desafortunadamente, el oficial al que nos habían dirigido estaba de viaje,

y tuvimos que contentarnos con ver desde fuera el gran arsenal y los astilleros, que se dice que no tienen igual en cuanto a integridad y tamaño, y no pudimos evitar maravillarnos de la extraordinaria suntuosidad y grandeza de los edificios, que están completamente aislados por un profundo foso de fortaleza.

A las cuatro en punto emprendimos el viaje de regreso. Pronto notamos que el agua del puerto no estaba tan tranquila y cristalina como antes, y de ello dedujimos que el mar estaría aún más agitado que por la mañana; también sentimos pronto un viento más fuerte, que soplaba directamente en nuestra contra y retrasó mucho nuestro avance. Cuando finalmente llegamos a la entrada rocosa del puerto, preguntamos al timonel por su opinión; él se encogió de hombros preocupado y dijo que no habría partido si dependiera solo de él, que si había llegado hasta aquí fue porque su gente había querido y él se había decidido para no ser considerado cobarde. Disgustados, le reprochamos habernos expuesto a tal peligro, y dejamos a su juicio si quería volver o no. Parecía inclinado a regresar, pero ante los marineros que insistían en continuar, no se atrevió a dar su opinión y aseguraron que no había peligro. Así continuaron remando con el mayor esfuerzo, pero a veces sus fuerzas les fallaban. Nos resignamos a nuestro destino y nos encontramos mejor que en el viaje de ida, pues no sufrimos ningún malestar, ya que el miedo lo había suprimido. Acostumbrado ya, pude observar con tranquilidad el sombrío espectáculo que me rodeaba y hasta disfrutar de la nueva y sublime escena. El rugido del mar agitado a lo lejos y cerca, el estallido de las olas espumosas contra los acantilados cercanos, la oscuridad es-

peluznante de las sucesivas filas de masas de agua avanzando lentamente, el desplome de masas amenazantes y peligrosas de agua, y la caída.

Al acercarnos a la bocana del puerto, la pequeña chalupa de cuatro remos empezó a tambalearse donde antes se deslizaba tranquila. El polvo de las olas rompientes salpicaba más alto sobre los acantilados y el estruendo de las rompientes se hacía más fuerte. Del mar oscuro se elevó un ruido sordo, parecido a un trueno lejano; las olas crecían más y se volvieron montañas. Al dejar las rocas, los remeros solo con el máximo esfuerzo lograban avanzar contra la fuerza de las masas de agua; cada vez era más fuerte el bamboleo de la pequeña barca; a nuestra derecha, donde soplaba el viento, las olas se levantaban hasta diez pies y alzaban la embarcación sobre sus espaldas, desde donde caía nuevamente al abismo. A veces se nos arrojaba hacia arriba y abajo, especialmente si la barca se desplazaba paralela a las olas que rompían contra la costa, aunque menos fuerte si conseguía cortar la ola. Una ola repentina y habríamos estado perdidos. Todos temíamos, y una mujer pescadora que nos acompañaba, llorando intensamente, suplicaba regresar a Ferrol; decía que había hecho ese viaje innumerables veces y aseguraba que con mar alta era muy peligroso y que había costado la vida a muchos.

En la profunda oscuridad, cuando el sol desapareció repentinamente al ponerse, el cielo claro contrastaba con las aguas salvajes. Todo ello me causó una impresión extraordinaria que me hizo olvidar todos los temores. Pronto se puso el sol, aparecieron las estrellas; el ocaso se mostró como una hermosa franja dorada de nubes; estaba bas-

tante oscuro, pero por suerte divisamos el faro cerca y, tras un viaje de seis horas – antes no habíamos pasado de dos– finalmente llegamos a las tranquilas aguas del puerto de la Coruña. ¡Qué reconfortante fue la sensación de completa seguridad! Se desbordó en un canto alegre mientras paseábamos nuestros ojos por el brillo plateado en el que flotaba la embarcación; ¡indescriptiblemente bella es esta luminiscencia del mar!

[De Barcelona a Perpiñán]

El camino continúa junto al mar hasta el bonito pueblo costero de Mataró, donde, para nuestra sorpresa, en la posada nos preguntaron si deseábamos comer por dos o tres pesetas. El camino se extiende siempre a lo largo de la orilla, y junto a las aldeas se encuentran jardines pequeños, que no pocas veces llegaban hasta el mismo borde del mar, de modo que las olas los bañaban. Era una vista sumamente encantadora, esta unión inmediata de lo sublime y lo grato, como si el mar, rodeado de guirnaldas de flores, hubiese adoptado por completo la naturaleza suave de las plantas y viviera con ellas en apacible familiaridad.

Notamos que era un día festivo por la vestimenta; ambos sexos iban bien vestidos, casi todos de terciopelo negro. En las grandes aldeas de pescadores que atravesamos, nos llamaron la atención los pescadores ataviados para la fiesta, vestidos con largos pantalones holgados y chaquetas cortas, también de terciopelo negro, llevando alrededor de la cintura una faja roja y en la cabeza un gorro rojo: un traje verdaderamente pintoresco. Los hombres, de constitución fuerte y bien formada, mostraban una actitud

y un porte como si pertenecieran a un cuerpo de tropas selecto.

Pasamos la noche en Pineda. Al día siguiente, se veían colinas boscosas con muchas viviendas dispersas; a lo lejos brillaban algunas montañas cubiertas de nieve, y aquí y allá chicas y chicos pastoreaban pequeños rebaños de ovejas y cerdos, mientras las muchachas mayores hilaban lana con la rueca sujeta al cinturón. La gente del campo lleva unos zuecos de madera voluminosos. El terrateniente llevaba una gruesa vara de madera. A través de esos bosques se oían los anuncios (o preludios) de los cercanos Pirineos, y pronto llegamos a Gerona, una ciudad amurallada, donde, finalmente, nos dejamos afeitar por un barbero español. Menciono esto para rendir un pequeño homenaje a la diligencia y al extraordinario esmero de los españoles en este aspecto; si además pusieran un poco más de cuidado en la limpieza, podrían ser considerados verdaderos modelos.

Al tercer día avanzamos por regiones similares hasta la pequeña ciudad de Figueres. A unos mil pasos del lugar se alza, sobre una colina, la fortaleza, que guarda cierta semejanza con la de Silberberg en Silesia; no se nos permitió entrar.[46] En el último día nos encontrábamos, después de algunas horas, entre desoladas montañas de granito y en parajes que ofrecían un aspecto de alta montaña. El aire, viniendo de los Pirineos, era tan frío que tuve que ir a pie desde el último pueblo español, la Jonquera, para entrar en calor. Por lo demás, tales paisajes montañosos fueron un cambio muy bienvenido.

---

[46] El castillo-fortaleza de San Fernando, del siglo dieciocho.

El puesto fronterizo francés de Bellegarde, con unas pocas viviendas miserables en lo alto, y el camino artificial que lo atraviesa, son los únicos rastros de actividad humana; todo lo demás pertenece a la naturaleza primitiva y libre, que aquí parece haberse retirado a su antigua soledad universal, tan tranquila y satisfecha como en una idílica edad patriarcal. Pronto alcanzamos una altura considerable, donde se alzan las dos columnas fronterizas de España y Francia.

Alexander Slidell Mackenzie

En el Desierto de Córdoba (1827)[47]

La tarde anterior a mi partida de Córdoba fui a visitar un eremitorio muy famoso, situado a unos cinco kilómetros de la ciudad, en la última extensión de Sierra Morena.[48] Un viejo arriero que me había mostrado todas las maravillas de Córdoba iba a ser mi guía hacia el Desierto, pero como no llegó a la hora acordada me impacienté y empecé solo, decidido a preguntar el camino. Al pasar por el hermoso paseo público que está fuera de la puerta, en dirección a la sierra, un grupo de tres o cuatro personas de aspecto criminal ocupaban los bancos de piedra bajo los árboles, y mientras uno de ellos fumaba su cigarrillo, los demás estaban tumbados boca abajo, disfrutando de una siesta bajo la influencia de la sombra y de una suave brisa que soplaba refrescante desde las montañas. Dejando las murallas de la ciudad, me adentré de inmediato en el camino que me habían señalado el día anterior como el que conducía al eremitorio.

No había avanzado mucho por los campos de trigo y cebada cuando noté que un hombre de aspecto poco amistoso, el mismo que había visto fumando en un banco, me seguía de cerca. Esta situación me alarmó, ya que el arri-

---

[47] [Alexander Slidell Mackenzie]. *A year in Spain by a young american.* Dos vol. (London, 1831).

[48] Al oeste de Córdoba, y en las laderas de Sierra Morena, se encuentra el Desierto de Nuestra Señora de Belén, un eremitorio formado por trece ermitas construidas a inicios del siglo XVIII.

ero me había contado historias de gente que había sido robada y golpeada en este corto camino, y se había mostrado renuente a guiarme. Me di cuenta de que si el hombre tenía intenciones maliciosas podría saltar sobre mí sin que lo viera, así que, cruzando la carretera, bajé mi ritmo y lo dejé pasar. Sin embargo, él no parecía contento con su nueva posición delante de mí, y se sentó en el lado del camino. Cuando lo volví a pasar continuó caminando detrás de mí, lo que me pareció muy sospechoso, por lo que puse mi mano en un puñal que llevaba conmigo y lo enfrenté. Era joven, tenía una complexión fuerte y atlética, vestía descuidadamente y su cara era tosca y poco atractiva, lo peor que había visto en mucho tiempo. Pasó por segunda vez sin notar mi presencia y cuando llegó al cruce de la carretera, donde una áspera cruz de piedra daba testimonio de algún acto de violencia, tomó un camino diferente al que llevaba al eremitorio. Podría ser que al verme alerta quisiera reunirse con sus compañeros para emboscarme más adelante en un bosque de encinas, o esperar a mi regreso a Córdoba. No me gustó la situación pero como no quería abandonar mi propósito, continué avanzando rápidamente hacia la montaña.

Las tierras planas, cubiertas de granos, pastos y huertos frutales, dieron paso a una escarpada y rocosa pendiente, cubierta de zarzas y con una mezcla dispersa de alcornoques y algarrobos, que pronto ocultaron el eremitorio de mi vista. A medida que avanzaba, el agotador camino se ramificaba gradualmente en varios senderos que serpentean entre los árboles. En tales circunstancias era muy fácil perderse, y como últimamente la mala suerte había presidido mis asuntos, temí extraviarme. Así con-

fundido, elegí el camino que subía más directo, que me llevó a un lugar llano, donde encontré una pequeña casa de campo rodeada de un huerto. No había nadie en casa, solo un gran mastín que me brindó una destemplada recepción cuando entré en el pórtico, saltando ferozmente hacia mí el largo de su cadena. A su lado, un muchacho tostado por el sol apenas podía oír y responder mis preguntas por los aullidos de su ruidoso asociado. Finalmente encontré respuesta a lo que estaba buscando, y me dijo que el camino hacia el Desierto estaba muy lejos, a la izquierda, y que difícilmente llegaría allí antes del atardecer. Sabía que el chico debía estar equivocado, ya que aún quedaban dos horas de día, y aunque sudaba por el calor, el esfuerzo y la molestia, decidí perseverar.

El muchacho no pudo acompañarme todo el camino, pero me lo mostró, y justo antes de dejarme, señaló un ángulo brusco del sendero donde una roca sobresaliente formaba una cueva debajo, y me contó cómo un tal Don José, un rico mayorazgo de Córdoba, asombrándose de que yo nunca hubiera oído hablar de él, había sido saqueado en ese mismo lugar de su caballo, su bolsa y su ropa, hasta su propia camisa, y enviado de vuelta a Córdoba desnudo como cuando su madre lo parió. Esta información de despedida de mi pequeño amigo no era nada consoladora, pero seguí adelante, y después de muchas vueltas y revueltas subiendo por la ladera de la montaña, llegué finalmente a la puerta del eremitorio.

Encontré la ermita situada en uno de los salientes más agrestes de la montaña. Está delimitada en los lados sur y este por un precipicio de una profundidad temible, y en todas las demás partes está bien aislado del mundo por

una pared irregular que conecta y une las rocas dispersas bruscamente arrojadas allí por la mano de la naturaleza.

Después de llamar a la puerta, uno de los ermitaños de rostro pálido y larga barba me examinó a través de una pequeña ventana con rejas. Me preguntó con humildad qué quería. Le dije que había venido a ver el Desierto de Córdoba. Desapareció para pedir permiso al hermano mayor y pronto regresó para permitirme la entrada. Al entrar, me sorprendió gratamente lo que vi. Esperaba encontrar un interior deprimente y sin encanto, apropiado para la morada del austero retraimiento, pero en cambio había quince o veinte pequeñas cabañas blancas encajadas entre las rocas, casi ocultas por la hiedra, los árboles frutales y las flores. La naturaleza aquí era tan salvaje como en la parte exterior del eremitorio. Las rocas y los precipicios eran igual de audaces, pero el hombre había hecho su trabajo y la lluvia y el sol habían ayudado. No había un lugar donde la vegetación fuera más exuberante, y las plantas y las flores eran tan ricas en color y aroma que difícilmente se podrían superar.

Al acercarme a la cabaña del hermano mayor o jefe de los hermanos, él salió a la puerta para recibirme, hizo la señal de la cruz sobre mí y me apretó la mano en señal de bienvenida. Como los demás ermitaños, el hermano mayor llevaba una gran prenda de tela marrón gruesa, ceñida alrededor de la cintura con una cuerda y una capucha en la cabeza. El único calzado que llevaba eran unos zapatos de cuero medio curtido. Aun así, había algo en su apariencia que lo hacía destacar de toda la hermandad. Tenía una figura alta y altiva, y rasgos de la forma más noble. No puedo decirle al curioso lector cuán larga era su barba,

porque después de descender una distancia razonable a lo largo del pecho, volvía a esconderse en el seno de su hábito. Este hombre era de los que, en cualquier vestimenta o situación, una persona se habría girado para mirarlo una segunda vez, pero ahora estaba delante de mí, y además del efecto de su vestimenta apostólica, su tez y sus ojos tenían una claridad que nadie puede concebir si no está familiarizado con el aspecto de aquellos que han practicado una abstinencia larga y rigurosa de alimentos de origen animal, y de cualquier alimento excitante, que le da un brillo y una inteligencia espiritual al rostro, que tiene algo de santo y divino. El artista audaz que quiera intentar trazar los rasgos del Salvador debería buscar un modelo en algún convento de trapenses o cartujos, o en la región etérea del Desierto de Córdoba.

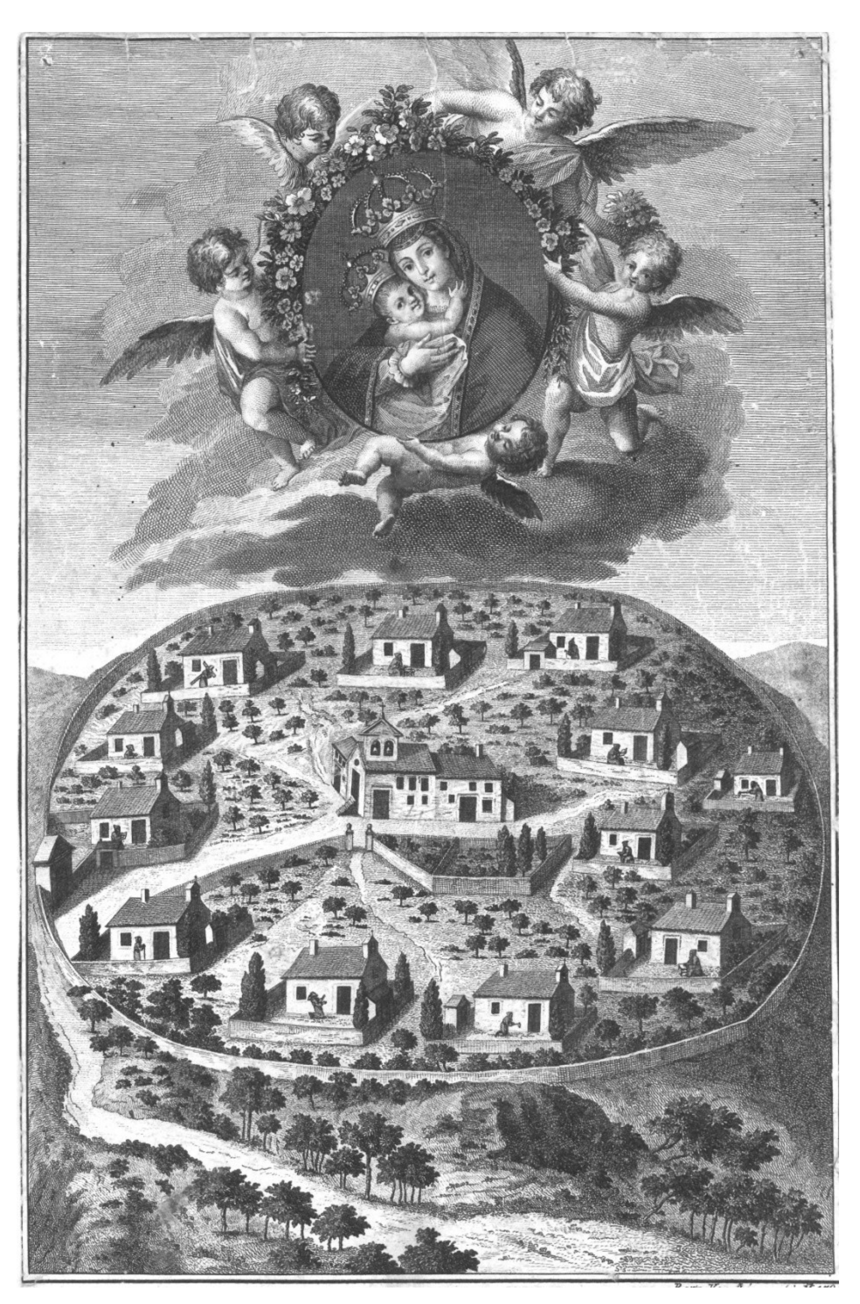
Cuando estábamos sentados en la celda del superior comenzó inmediatamente a hacerme preguntas sobre América, ya que yo había pedido entrar indicando que era ciudadano de los Estados Unidos, al creer que con esta información sería más facil el acceso. Él había estado en un viaje de negocios a México muchos años antes, y se fue al comienzo de la revolución.[49] Estaba ansioso por escuchar algo sobre sus circunstancias actuales, que ignoraba, y cuando satisfice su curiosidad y me levanté para irme, me dio una pequeña cruz de madera que había crecido dentro del recinto consagrado y había sido trabajada a mano por los ermitaños. Me dijo que, si alguna vez los problemas y las penas me asaltaban, si me cansaba de las vanidades mundanas, si la carga de la existencia se volvía más pesa-

[49] Hacia 1810, en los albores de la guerra de independencia.

da de lo que podía soportar, podía dejarlo todo y venir a su soledad, donde al menos tendría un hogar pacífico y acogedor. Después, ordenando a un hermano que me lo mostrara todo, pronunció una bendición y me dijo: ¡*Ve con Dios*!

Un fraile de buen carácter del convento de San Francisco de Córdoba, que había salido a tomar el aire de la montaña con dos jóvenes muchachos, sus parientes, se despidió al mismo tiempo del hermano mayor y todos paseamos juntos. La capilla la encontramos bajo el mismo techo que la celda principal, y ha sido enriquecida por los piadosos regalos de los fieles y devotos, y hay profusión de plata, oro y piedras preciosas por todas partes. Como el Desierto está dedicado a la Virgen, el altar de la capilla está decorado con una pintura suya que posee una expresión de una dulzura celestial. Me quedé largo tiempo en este lugar consagrado. ¡Qué contraste entre el deslumbrante esplendor de ese altar y el humilde atuendo, y aspecto aún más humilde, de los penitentes que se postraban ante él!

De la capilla fuimos a ver las diferentes cabañas de los hermanos. Son muy pequeñas, cada una con una pequeña habitación para dormir, con un tablado ancho, una almohada de paja y dos mantas como todo mobiliario de la cama. Una segunda habitación sirve como taller y cocina. Cada hermano prepara su propia comida, que consiste en leche, frijoles, coles y otros platos vegetales, en general cultivados por ellos mismos en el jardín del eremitorio. Hay un edificio mayor para la instrucción de los novicios, donde pasan un año aprendiendo los deberes de su nueva vida bajo la tutela de un hermano mayor.



Bartolomé Vázquez. Nuestra Señora de Belén, patrona de la Congregación de ermitaños de la Sierra de Córdoba, y vista meridional del religioso yermo situado en el cerro de las Hermitas (1795)

El hermano nos guió hacia el punto saliente de la cornisa sobre la cual se encuentra el eremitorio, a casi dos mil pies por encima del nivel de la ciudad, y que está limitado por tres lados por un abismo temible. Desde allí se domina una vista amplia de una de las regiones más hermosas de Andalucía. Una roca del lugar ha sido tallada para formar un sillón de piedra justo en la cima. Este sillón de piedra ha sido utilizado por varios personajes importantes, entre ellos el Delfín francés y Fernando VII, que se detuvo aquí para revisar una parte de su reino durante una de sus marchas forzadas hacia Cádiz.[50]

Sin embargo, la presión augusta que la silla había sentido en ocasiones anteriores no nos impidió sentarnos por turnos y contemplar el espléndido panorama. La vista era realmente impresionante, la hora para contemplarla era muy adecuada porque el sol casi había terminado su curso y estaba a punto de ocultarse –sin nubes y brillante hasta el final– detrás de la perspectiva de Sierra Morena. El país que nos rodeaba era abrupto y salvaje, precipicios y barrancos, rocas y árboles de pequeño tamaño se amontonaban en la mayor confusión, pero debajo, el paisaje era de lo más tranquilo, ya que la campiña se extendía en una suave sucesión de lomas y colinas, cubiertas en todas partes de campos de trigo, viñedos y huertos frutales. El Guadalquivir se deslizaba majestuosamente entre los edificios blancos de Córdoba, ocultándose ocasionalmente en sus meandros mientras serpenteaba alrededor de una colina y emergiendo de nuevo en una sucesión de lagos cristalinos

---

[50] El rey Fernando VII fue obligado por las fuerzas constitucionales a abandonar Madrid y alojarse en Cádiz el año 1823. Ver página 81.

que servían como espejos para los rayos del sol. El curso del río, sin embargo, se podía rastrear constantemente por los árboles que lo bordeaban y por una amplia franja de parados que se extendían desde las orillas y que estaban densamente salpicados de ganado. A lo lejos se alzaban las imponentes sierras de Ronda y Nevada, esta última mezclando su cima nevada con las nubes. A sus pies se encuentra Granada, bendecida con una primavera continua y rodeada por esa tierra de promisión que es la favorecida vega sobre la que el Genil y el Darro esparcen siempre fertilidad.

Pero la parte más agradable, si no la más interesante, de nuestra caminata, fue cuando llegamos a pasear por el jardín. Estaba dispuesto en terrazas, sin mucha atención a la simetría, donde las rocas dejaban un espacio vacío y nivelado para evitar que la tierra se removiera. Estas terrazas estaban ocupadas por plantaciones de guisantes, lechugas y coliflores, intercaladas con árboles frutales que parecían prosperar admirablemente, mientras que la vid ocupaba pequeños ángulos soleados formados por una conjunción de rocas, entre las que se colgaba en guirnaldas, porque el adorno no se relegaba totalmente en este pequeño aislamiento. En todas partes había setos de las flores más hermosas, que dividían los lechos y trepaban por las rocas, de modo que los perfumes del parterre se añadían a los aromas salvajes de la montaña. Las rosas blancas, anaranjadas y rojas formaban, sin embargo, la principal atracción del lugar, porque tenían una riqueza inigualable de olor y color. Se nos permitió seleccionar algunas de estas hermosas flores, que tienen tal estima en toda Andalucía, que apenas te encuentras con el campesi-

no más pobre, yendo a su trabajo diario, sin una de ellas atravesada por su ojal o colocada sobre su oreja izquierda, su sombrero redondo girado alegremente hacia un lado para hacerle espacio. Esta pasión por las rosas es, por supuesto, más fuerte entre las mujeres. Las llevan en los rizos de su cabello, o en su cinturón, y a menudo las sostienen en la misma mano que mueve el abanico, o las hacen balancear por el tallo desde sus dientes. [...]

Para cuando habíamos visto el jardín, el sol ya se había puesto y se nos advirtió que teníamos que dormir en Córdoba. El fraile se había informado de todos mis asuntos y, al ver que nuestros caminos iban en la misma dirección, propuso que partiéramos juntos. El ofrecimiento fue aceptado con gusto, tanto por la relación como porque no había olvidado la posibilidad de un encuentro en la oscuridad con los tipos que habían mostrado interés en acompañarme en mi viaje de ida. Me despedí de los ermitaños y su apacible morada con un sentimiento de buena voluntad que aún no había sentido al dar la espalda a ninguna comunidad religiosa en España. Estos recluidos no hacen votos en el momento de su admisión, por lo que pueden regresar a sus hogares cuando lo deseen. El hermano mayor había sido antes un rico comerciante en México y luego en Cádiz, lugar del cual, según me dijo el fraile, se había ido hace algunos años para enterrarse en esta soledad. Había otro ermitaño que había estado allí durante veinte años. Era un grande de Portugal y había renunciado a honores y propiedades en favor de un hermano menor, para dar la espalda al mundo para siempre.

El resto de los hermanos eran hombres vulgares, principalmente campesinos de los alrededores, que habían lle-

gado al Desierto por un profundo sentimiento de piedad, o por desilusiones mundanas y esperanzas truncadas, o que habían venido por la tarea más difícil de escapar del desasosiego del remordimiento, y aliviar una conciencia cargada mediante oraciones incansables y mortificación implacable. Estos hermanos humildes no viven del trabajo de sus semejantes, sino que solo comen los frutos de su propio trabajo. De hecho, sus necesidades están reducidas a las necesidades más estrechas de la naturaleza. Puede ser que su piedad sea equivocada, pero ciertamente ha de ser sincera, y si no agregan mucho a su propia felicidad, no quitan nada de la felicidad de los demás.

En la puerta de la eremitorio encontramos a Fray Pedro, un hermano laico y una especie de portero del convento de nuestro amigo monje, y que, como él, llevaba el hábito azul de San Francisco. Había salido con el grupo para guiar la mula, que estaba pastando entre las rocas, y cuando la sujetó, todos comenzamos el descenso. Después de seguir caminos zigzagueantes hasta la mitad de la ladera de la montaña, llegamos a un pequeño arroyo que brotaba debajo de un precipicio y que caía en una fuente de piedra.

Aquí Fray Juan ordenó una parada, y cuando el viejo Pedro llegó con la mula, desmontó las alforjas y sacó una botella de cuero de dimensiones generosas, con pan y una preparación de higos y otras frutas secas, llamada *pandigo* o pan de higos, que se hace en rollos, como salchicha de Bolonia. Este alimento sencillo, para ser aceptable no necesitaba más sazón que el hambre aguda que el ejercicio y el aire de la montaña nos había despertado, ni esperé una segunda invitación para unirme y tomar mi turno en la

botella de cuero que hacía rápidamente el recorrido en círculo. Fray Juan probablemente había hecho penitencia en la Semana Santa, y sin duda pensó que la ocasión era buena para ponerse al día, de hecho, la botella no se detuvo en ningún lugar tanto como en sus manos, hasta que finalmente se puso tan alegre como un grillo. Los restos de nuestro banquete se guardaron en las alforjas, y el viejo Pedro montó en la mula; con uno de los muchachos delante y el otro detrás de él, y continuamos.

Fray Juan se enrolló el hábito con cuidado y lo metió bajo su cinturón de cuerda para dejar sus piernas delgadas sin obstáculos, y se echó a correr por la montaña, la figura más ridícula imaginable. Poco a poco se calmó con el ejercicio y continuó más tranquilo, entonando una canción realista de triunfo sobre una vieja melodía constitucional. Los demás se unieron en coro y formaron una música que en esta soledad montañosa estaba lejos de ser despreciable.

Samuel Edward Cook
Por tierras de Asturias (1831-1832)[51]

En otoño de 1831, fui de Bilbao a Santander habiendo contratado mulas, ya que el camino entre estas importantes ciudades era impracticable para cualquier otro medio de transporte. Mi guía era un vizcaíno llamado Claudio Padura, un modelo perfecto de su clase, cuyo equivalente exacto no se encuentra en ningún otro país que no sea España. Lo retuve mucho después de que su contrato expirara y en muchas ocasiones encontré sus servicios, fidelidad y atención, invaluables; como algunos que se localizan de vez en cuando, especialmente en las provincias del norte, empleados en negocios confidenciales que requerían no solo la mayor inteligencia e integridad, sino también habilidades y gestión muy superiores a lo que se podría esperar de personas de esa posición social.

Tan pronto como se sale de las provincias libres, cuya frontera está a poca distancia de Bilbao, y se entra en Castilla, los cultivos podría decirse que cesan, limitándose a algunos puntos. Pasamos cerca de Santoña, una montaña encerrada en la costa, casi aislada, que fue convertida por los franceses en una posición fuerte y figura en la historia de la última guerra. Cruzamos la bahía hasta Santander,

---

[51] El capitán Samuel Edward Cook (1787-1856) el año 1840 tomó el nombre de su madre, Widdrington, al heredar sus propiedades. Samuel Edward Cook, Captain G.E. *Sketches in Spain during the years 1829, 30, 31 et 32*. Dos vol. (London, 1834). Samuel Edward Widdrington. *Spain and the Spaniards in 1843*. Dos vol. (London, 1844).

siendo el camino del entorno muy poco utilizado cuando el clima permite el paso de botes. Solo la gente de las provincias libres parece ser consciente que la construcción de puentes sobre los torrentes es aún más importante que las carreteras, y en cuanto se abandona el territorio de estas provincias se percibe la diferencia.

La ruta está atravesada por arroyos y rías, y en cada uno hay un miserable guardia de aduanas, hasta un total de siete en siete leguas, que requieren un arancel para evitar el obligado escrutinio de las mulas. Su fórmula *En nombre del rey, solicito ver este equipaje* es la manera llana en español de reclamar una peseta. En ninguna otra ocasión se escucha el nombre de su majestad pronunciado por sus numerosos oficiales. Santander es una ciudad próspera, con algunas manzanas nuevas o bloques de edificios, pero sin edificios públicos ni obras de arte de ningún tipo. [...]

Cuando se complete el Canal de Castilla, alcanzará un punto que se encuentra a quince leguas de distancia de este lugar. Sin embargo, el transporte podría ser acortado si se utilizaran los arroyos de la parte superior de la bahía. En 1832, se inauguró la carretera a Burgos, y ahora hay diligencias regulares que conectan con Madrid. La bahía es excelente y cuenta con un puerto pequeño pero seguro, lo suficientemente grande para albergar una flota. [...]

La carretera a Gijón es deplorable y la comunicación se ve constantemente interrumpida por los grandes transbordadores de los estuarios, algunos son peligrosos y siempre causan retrasos al viajero. Los pueblos son pobres y las casas están mal construidas. Los viajeros tienen que atravesar callejones estrechos, donde el estiércol está dis-

puesto para ser pisoteado por mulas y otros animales que circulan, al estilo de las partes más salvajes de Cornwall. Sin embargo, en algunos lugares se pueden encontrar parados verdes, y el viajero tiene la rara fortuna, en toda la Península de atravesar unos tramos cortos sobre el mejor césped y ver a los segadores trabajando.

En el primer día de mi viaje, tuve que dormir en un lugar miserable cerca de un estuario llamado San Vicente de la Barquera, donde no había comida disponible, aparte de las provisiones que habíamos traído con nosotros. Además, la parte inferior de la casa donde estábamos hospedados no era acogedora en absoluto, por lo que preferí dormir en un desván donde acababan de almacenar su cosecha de maíz.

Al día siguiente llegamos a Asturias y tenía la intención de llegar a Ribadesella ese mismo día, pero mi guía me dijo que era impracticable y nos retrasamos tanto que se hizo de noche y tuvimos que detenernos en una aldea sin posada. Finalmente, conseguimos alojamiento en una casa particular, aunque fue de mala calidad. Ribadesella resultó ser el mejor lugar del viaje, situado en una hendidura profunda en la desembocadura de un río [Sella] rodeado de montañas que formaban un paisaje magnífico al estilo de Salvator.[52] Al tercer día, como no podíamos llegar a Gijón, nos desviamos de la carretera directa hacia la izquierda y nos hospedamos en Villaviciosa, donde encontramos una posada excelente. Este lugar es aceptable, con un clima suave y ubicado en un valle famoso por su fertilidad. Desde allí, después de ascender una cadena escarpada que

[52] Salvator Rosa (1615-1673), pintor italiano.

ofrecía vistas muy extensas, llegamos finalmente a Gijón pasado el mediodía.

Pocas rutas en Europa superan la belleza natural y fertilidad del paisaje en el camino de Bilbao a Gijón. El carácter aquí es totalmente opuesto al del otro lado de la península, donde la aridez domina y solo prosperan las plantas bajo un sol inclemente, a menos que sean nutridas y forzadas por la mano del hombre. Aquí, todo es verdor natural y casi eterno. Se viaja entre madroños, laureles (o *laurus nobilis*) que forman grandes árboles y crecen entre estercoleros, aladiernos, labiérnagos, acebos, helechos y aulagas, abundantes en esta zona. La hiedra, que es rara en el interior, también se encuentra aquí en gran cantidad. El acebo común, que solo se ve en esta parte de España, surge en algunos lugares, y la hermosa *menziezia daboeci*, brezo irlandés, se ve en cantidades prodigiosas. El castaño, el roble común y el avellano son los árboles que crecen en este suelo, mientras que, cercanos a cada casa, se encuentran nogales, manzanos y perales. La naranja y también el limón crecen exuberantemente, aunque su fruto no alcanza la perfección. Algunos aficionados han rodeado sus jardines con setos de cactus, probablemente influenciados por haber vivido en Andalucía o Valencia.

La línea costera presenta una configuración abrupta y rocosa, donde los acantilados sostienen elevadas mesetas, sin embargo, en ocasiones el paisaje se transforma al descender a playas llanas y arenosas. Además, fluyen de las montañas numerosos arroyos de agua cristalina, ricos en truchas y otros peces, adornando el entorno con su belleza natural.

A pesar de ser uno de los lugares más pobres de España, la gente de este hermoso territorio está lejos de carecer de industria. Sin embargo, sus casas están mal construidas, son las personas peor vestidas y más sucias de todo el reino, y sus rasgos en general son poco atractivos y toscos, tal como se ilustra en el inimitable esbozo de Maritornes, que representa a algunas de las clases más bajas. Cervantes demostró su conocimiento de su propio país al resumir su descripción haciéndola asturiana.[53] Durante mi visita, vi a personas de ambos sexos pertenecientes a una casta bastante peculiar y diferente de cualquier otra que había observado en España. Sus rasgos eran muy finos, especialmente la nariz aguileña, los ojos del azul más fino y el cabello rubio. Sin duda eran restos de los visigodos y se parecían a los habitantes de algunas partes de Suiza que se sabe que tienen ascendencia gótica, aunque eran de una constitución más ligera y elegante que las pesadas razas de los Alpes.

Este país es distinto a la mayoría de las regiones de España. La población vive en aldeas y casas aisladas, en medio de una vegetación densa y cubiertas de árboles, como en Devon. Esta circunstancia favoreció la capacidad de defensa y de hostigar a cualquier enemigo, lo que hizo que fuera casi imposible la ocupación por parte de los franceses, que solo permanecieron unos pocos meses. Durante nuestro recorrido llegamos a un lugar donde se celebraba

[53] Habla Don Quijote, «una moza asturiana, ancha de cara, llana de cogote, de nariz roma, del un ojo tuerta y del otro no muy sana. Verdad es que la gallardía del cuerpo suplía las demás faltas: no tenía siete palmos de los pies a la cabeza, y las espaldas, que algún tanto le cargaban, la hacían mirar al suelo más de lo que ella quisiera».

una feria, y en un camino estrecho un grupo de campesinos se había reunido con palos largos y ligeros. Al hacercarnos, formaron en doble fila, con los palos al hombro, como si estuvieran bloqueando nuestro paso, pero sin hablar ni hacer ningún gesto. Continué avanzando y en ese momento todos bajaron sus implementos como si quisieran golpear al guía, que estaba detrás preparando sus armas, le alcanzaron a tiempo pero era una muestra simpática de saludo a un viejo conocido, y de inmediato se inició una conversación amistosa.

El cultivo de maíz parece ser el predominante en la zona, mientras que trigo y cebada son importados de Castilla. La producción de vino no es común, y la bebida popular es una sidra de calidad inferior. Cada hogar posee una pequeña construcción de madera, similar a las cabañas suizas en miniatura, y se ajusta en proporción al tamaño de la casa principal. Estos almacenes se colocan sobre piedras piramidales, como se hace en algunas partes de Inglaterra para evitar que los roedores se suban. Se utilizan para almacenar suministros, y muchos de ellos se encuentran a lo largo de la carretera, sin llave, lo que indica la honestidad de esta gente ruda.

Los habitantes de las zonas urbanas, especialmente en la costa, presentan una apariencia más saludable y una vestimenta más cuidada en comparación con los del campo. En lugares como Gijón y Oviedo, las mujeres son tan morenas como las andaluzas, lo que indica que el clima no es un factor determinante en la tonalidad de la piel. En esta región, los extremos de temperatura no se sufren con demasiada frecuencia, excepto en las cumbres más altas. En Gijón, me informaron que el termómetro rara vez baja

de los 15 grados en invierno, lo que podría explicar el crecimiento de la vegetación, siempre verde. Los naranjos y limoneros habían sufrido debido al terrible invierno de 1829-30, pero se estaban recuperando de la calamidad que había afectado a muchas regiones. Gijón es una ciudad mucho más hermosa y de mayor escala que Tenby. [...]

El puerto de Gijón es el más importante de Asturias, y su proximidad y fácil acceso a Oviedo, las minas de carbón y las nuevas carreteras que se han abierto hacia el interior de la antigua Castilla pueden impulsar su comercio. No cuenta con edificios notables ni obras de arte, salvo algunas estatuas de Fernández[54] y Borja[55]. El transporte en el país se realiza principalmente en carros tirados por bueyes pequeños y de baja calidad, por caminos que ningún otro animal podría transitar. Los valles estrechos y profundos resuenan con el ruido chirriante de los ejes en rotación, común en la península. Hay una carretera de carruajes que atraviesa la llanura desde Gijón hasta Oviedo, pero yo atravesé el país para ver las minas de carbón, que están casi equidistantes de ambos lugares. El camino es execrable, sobre cadenas de colinas que ofrecen vistas impresionantes, similares a las del norte de Devon, pero en una escala mucho mayor.

Pasamos por La Pola de Siero, una población de considerable tamaño situada en un valle elevado, donde se encuentra un hermoso fragmento de arquitectura en el estilo de Bramante: un palacio que fue iniciado en el mejor mo-

---

[54] El escultor Luis Fernández de la Vega (1601-1675) fue autor de multitud de obras en conventos e iglesias de Asturias.

[55] El escultor Antonio Borja (1660-1730) realizó muchos retablos en el norte de España.

mento y luego dejado sin terminar, un extraño contraste con todo lo que lo rodea.[56] Después de atravesar una alta cresta, descendimos al valle del río Nalón, donde se encuentra el pequeño pueblo de Langreo. Durante algún tiempo habíamos estado viajando sobre el rico yacimiento de carbón de Asturias, pero no se veía ninguna señal de tal entorno, ni una partícula de humo, ni una carretera de carruajes, mucho menos ferrocarriles. Solo encontramos cargas en mulas que se dirigían a Gijón por caminos apenas practicables para un animal sin carga, y donde en algunos lugares desmonté por precaución.

Los bosques de castaños y la vegetación más exuberante cubren las vetas que salen a la superficie en las escarpadas colinas que limitan el profundo valle del Nalón. En los bosques, se podían observar a algunos hombres trabajando el mineral en vetas con paredes verticales a ambos lados, perforando a corta distancia y cambiando de lugar cuando era necesario. No se empleaba ni se precisaba maquinaria alguna, ya que los trabajadores eran dueños de su propio negocio y vendían su producto a los arrieros, que lo transportaban a Gijón y negociaban con los comerciantes.

La comunicación es tan mala que, aunque la distancia a Gijón es de solo cinco leguas, las mulas cargadas no pueden hacerlo en un solo día. Estas personas son extremadamente pobres. No tienen capital y, como el gobierno no tiene derecho a intervenir según las leyes actuales, y no se puede encontrar ningún capitalista para invertir, las minas son casi inútiles. El precio en el lugar es de seis cuar-

---

[56] El palacio de Meres.

tos, alrededor de dos peniques, por carga de mula de ocho a diez arrobas, o una peseta, alrededor de diez peniques y medio, por la carga de un carro tirado por dos bueyes.

La comarca es regada por el Nalón, un arroyo cristalino y hermoso que fluye por un lecho amplio y pedregoso, comparable al norte del río Tyne en su unión con la rama sur. Aunque rebosa de truchas, cada días se utilizan diversos métodos para arrasarlas. No existe un buen puente y los mineros se encuentran limitados a una sola orilla, ya que el río es intransitable durante las frecuentes crecidas en esta región acuática. La parte baja del valle está bien cultivada y la belleza natural del paisaje no tiene igual. En un momento, el gobierno especuló con estas minas y se me informó que se invirtieron grandes sumas en el inútil intento de hacer navegable el Nalón, lo cual resultó, como tantos otros proyectos, en enriquecer a los administradores.

Me dirigí a Oviedo a través de un país muy hermoso. La capital de Asturias está rodeada por un anfiteatro de montañas, que se asemejan a algunos panoramas del lado alemán de los Alpes, y en medio de un paisaje igualmente verde. Es una ciudad tolerable, con cierto bullicio y actividad en el mercado. [...]

Recorrí un Camino Real hacia León, cuya sección norte se construyó hace algunos años. El paisaje es impresionante, pero los pueblos son pobres y mal construidos. Campomanes, el principal, cuenta con una nueva y aceptable posada, donde disfruté de excelentes truchas rojas y un delicioso vino delicado de Castilla. Pajares es un lugar miserable y pobre cercano a la cima del puerto que lleva su nombre. La elevación es considerable, la zona es salvaje

e invernal, y las comunicaciones a menudo se interrumpen debido a la nieve. El descenso por el lado sur se hace por un nuevo trayecto de carretera, casi terminada, que no tiene rival en diseño y ejecución. El único inconveniente es que la capa superior de piedras no está bastante fragmentada. A medida que descendimos, el paisaje cambia y el aspecto seco y árido de Castilla, con su sol implacable, sucede al verdor y la exuberante vegetación que dejamos en Asturias.

Entre Pajares y León, hay un trayecto de diez largas leguas sin encontrar ni una posada decente. Para alimentar a las mulas nos detuvimos en un corral que ofrecía sombra para los jinetes y un poco de vino, pero no había nada más disponible. A lo largo de esta ruta salvaje, hay muchos pueblos y lugares de refugio destinados a los viajeros, pero actualmente se encuentran deshabitados e inútiles. Antes había muchos arrieros y maragatos que transportaban aceite, vino y trigo para abastecer a los asturianos. Provenían de diversas regiones, como la Sierra de Gata en el lado opuesto de Castilla Vieja, Extremadura e incluso Andalucía, y llevaban un estilo de vida nómada que se asemejaba a los hábitos de los campesinos españoles. En general, pertenecían a la categoría inferior de arrieros. [El viaje sigue hacia Madrid]

Ramón de Mesonero Romanos
Fragmentos de un diario de viaje (1833)[57]

Acababan de dar las tres de la mañana. Una luz artificial improvisada en mi habitación me arrancó penosamente del sueño débil, que la fatiga de mi imaginación me había permitido dos horas apenas. La víspera de un viaje no se duerme, por lo regular. Ocupada la idea en resolver el problema de si los peligros y sinsabores a que aquél nos expone, deben pesar más en la balanza de la razón, que los placeres que nos promete, lucha con una indecisión penosa hasta que llega el momento de partir. Y era lo que me sucedía en aquel momento. Sin embargo, la misma razón me hizo ver que aquélla no era ya la ocasión de reflexionar y si de obrar. ¡Qué remedio entonces! Vestirse precipitadamente, recoger los avíos de marcha, abrazar a unos, regañar a otros, dejar chillar y rabiar a todos y tomar precipitadamente el camino de la diligencia.

Ya ésta se hallaba a punto de marchar y yo, que por el asiento que ocupaba era el primero que debía montar, llegaba el último. Un minuto más de detención y me hubiera quedado en Madrid. Tomé, pues, posesión de mi esquina de cupé, a despecho de mis dos compañeros, que ya contaban sobre mi pereza para ir más holgados, y subiendo también el mayoral a su asiento y los escopeteros

[57] Ramón de Mesonero Romanos. *Trabajos no coleccionados. Tomo II y último* (Madrid, 1905). Notas manuscritas de una pequeña parte del viaje realizado desde agosto de 1833 a enero del año siguiente.

sobre cubierta, entre los adioses, los suspiros, las voces y chasquidos de costumbre, salió a rodar la inmensa máquina, cuando la primera luz de la aurora nos empezaba a anunciar la proximidad del día.

Cierto que el presenciar la salida del sol en una mañana de agosto, aunque sea a las orillas del Manzanares, es un espectáculo interesante, y que un poeta aprovecharía la ocasión, de hablarnos de los cambiantes de la luz y de los iris nacarados, pero yo, que no soy poeta y que además tenía sueño, hubiera dado todos aquellos cambiantes por un cambio de postura en mi cama.

Pero, en fin, la luz se aumenta, el sueño se disipa, la conversación empieza a animarse, el ruido y el movimiento del carruaje infunden alegría, y todas estas cosas reunidas empezaron a hacerme creer que había hecho bien en levantarme. Sin embargo, la campiña de Madrid no es la más a propósito para hacer olvidar el sueño. Aquellos campos tranquilos y desnudos, aquella soledad de los caminos, aquella falta absoluta del movimiento y vida, sin las casas de placer, los arrabales, palacios, fábricas y monumentos, que revelan la cercanía de otras ciudades, son circunstancias las más a propósito para mitigar, en parte, la pena que se debe sentir al dejar nuestra capital.

Por otro lado, yo caminaba hacia Valencia, y las deliciosas márgenes del Turia, ofrecían a mi imaginación un contraste tanto más chocante con las del Manzanares, cuanto que la comparación venía de boca de dos compañeros, ambos vecinos de Valencia y entusiastas de ella, como todos los valencianos. No tardé en saber por boca del más joven, que era un oidor de Zaragoza, que iba con

licencia a su pueblo, y del otro que era un viejo administrador de un duque. Ellos me enteraron, también, de que en el interior venían un joven conde valenciano casado con una señorita de Madrid, un fraile de Mataró, una señora de Tarragona y otros varios personajes, formando una quincena de pasajeros, de los cuales el más instruido iba en la rotonda y era, según después averigüé, un sombrerero de Barcelona.

Una diligencia es una república verdadera. Cierto que las tres divisiones de berlina, interior y rotonda establecen alguna diferencia de jerarquías, pero esta diferencia es casi imperceptible y, sobre todo, cesa absolutamente en el momento de descender del carruaje. La primera comida basta para identificarnos con todos los pasajeros, viendo en ellos otros tantos compañeros de riesgos o de fortuna. Esta primera comida, hecha en Ocaña, a las once de la mañana, después de haber atravesado en el ardor de la canícula nueve leguas mortales, por fortuna interrumpidas por las deliciosas arboledas de Aranjuez, este oasis encantador, que parece enclavado en medio del desierto, esta primera comida, repito, tiene tanto agrado más, cuanto que se verifica en una posada agradable, verdadero tipo de las casas de la Mancha, con su patio cuadrado y circuido de galería, sus pozos é aljibes, tiestos de mirabeles y toldo que le resguarda de los ardores del sol, numerosas habitaciones, frescas y limpias, sala de comer, regada y sombría, posadera fresca y franca y mesa abundante y sana.

Pero las inmensas y solitarias llanuras de esta misma Mancha, nos esperaban después. Aquella silenciosa uniformidad de los amarillos campos de trigo y de cebada, no agitados por el menor soplo de viento, aquellas torres que

nos ofrecen el término de nuestro viaje, cinco y seis horas antes de llegar a él, el recogimiento de los habitantes en el interior de las casas, y, sobre todo, un sol ardiente y perpendicular, reflejado en la extremada blancura de la tierra y de las habitaciones, todo esto nos había infundido un sueño letárgico, y yacíamos en él, sin aliento apenas para respirar.

El mayoral y el zagal, en cuyas bocas no se oían ya las seguidillas y la jota, parecían descansar también y dejaban a las mulas el cuidado de conducirnos a su arbitrio, sin embargo, no dormían del todo. Un vivo coloquio entablado entre los dos, miradas penetrantes y escudriñadoras a todos lados, y, más que todo, un silbido del mayoral para avisar a los escopeteros que iban arriba, nos arrancó a nosotros de nuestro letargo, para revelarnos que corríamos algún riesgo.

— ¿Qué es eso, mayoral? preguntamos precipitados.

— Nada, dijo con una sonrisa fingida, y señalando hacia un punto negro que se divisaba al través de la llanura, y que mis compañeros dijeron ser un hombre a caballo.

— Pues qué, ¿hay temor de ladrones?

— No, pero anteayer estuvo Antoñito en este mismo sitio y atacó a unos arrieros que venían del Quintanar.

— Pero a la diligencia es otra cosa...

— ¡Oh! a la diligencia hace ya cuatro viajes que no la roban.

— ¿Es posible? ¿Conque también?...

— Toma, en la Mancha no es extraño.

— Pero, en fin, aquel hombre...

— Aquel hombre nos sigue desde el Corral [de Almaguer], y yo creo que es de la partida de Antonio.

— ¿Con que es decir que vamos a ser robados?

— No, hoy no.

— Será mañana.

— ¡Oh! para mañana ya veremos, salvemos hoy, que es lo que importa. En esto siguieron los dos su coloquio en voz baja, riéndose y mirando al hombre a caballo, que parecía seguir a lo lejos los movimientos de la diligencia. El oidor, que no le perdía de vista, escondió en el coche su pasaporte, a fin, dijo, que no sepan que soy juez, el administrador viejo, ocultó también algún oro, y todos nos dispusimos a esperar tranquilamente el desenlace, pero, por fortuna, el coche siguió su camino, el aparecido desapareció de nuestra vista, y a las seis de la tarde, entramos tranquilamente en el Quintanar [de la Orden].

Reunida en la sala baja toda la tripulación de la diligencia, nos comunicamos nuestros mutuos temores. Quién aseguraba haber visto veinte hombres, quién había oído a lo lejos algunos tiros, cuál desconfiaba del mayoral, cuál decía saber, de fijo, la traición de los escopeteros, antiguos ladrones en este mismo camino, los posaderos tampoco nos aseguraban, antes bien, contándonos lances de los días anteriores, aumentaban nuestros temores más y más, y, en su consecuencia, todos convinimos en que a la madrugada siguiente íbamos, sin duda, a ser robados. En su consecuencia, insinuamos al mayoral que no saldríamos hasta que fuera de día. Con estas esperanzas, cenamos no muy alegremente, y aunque la joven condesa nos favoreció con algunas contradanzas y galopes en un piano que, aunque malo, demostraba los progresos de nuestras posadas, no por eso consiguió hacer olvidar el objeto de la conversación general.

Mas a pesar que al día siguiente salimos mucho antes de amanecer, pasando de noche el sitio más peligroso, que es un monte antes de llegar a la Mota del Cuervo, nada desgraciado nos aconteció, con lo cual y con la luz de la mañana, que se venía andando más que aprisa, y los primeros rayos del sol, que no tardaron en aparecer, volvimos a recuperar nuestra alegría, tanto más cuanto que a la derecha veíamos las torres del Toboso y el bosque donde esperó Don Quijote el resultado de la embajada de Sancho, y a la izquierda la línea de molinos, que tan gigantesco papel juegan en aquella novela, más verdadera que muchas historias.

El resto de aquel día, no nos ofreció más incidente que la conversación del mayoral con el famoso D. Pedro, dueño de los tiros de mulas, desde el Quintanar hasta la Gineta, que tomó asiento en la delantera del coche durante algunas leguas y nos enteró de todas las cualidades de sus mulas, y una pequeña disputa que movió el fraile en la posada de Minaya, porque siendo día de vigilia se nos servía la comida de carne. Sin embargo, el hambre era fuerte, y los escrúpulos cesaron en el momento de sentarse a la mesa. Por lo demás, llegamos al anochecer tranquilamente a Albacete, donde al momento nos encontramos rodeados de hombres y mujeres, que nos ofrecían puñales, cuchillos y navajas de todos los gustos y para todas las necesidades. No hay que extrañarlo, es la fruta de aquel país, aunque nuestras leyes prohiben su uso justamente. Sin embargo, ¿por qué privar a aquellas gentes de la venta de sus manufacturas? Además, que están disimuladas en extremo con inscripciones elegantes como “Toma, dulce

bien mío", "Amada prenda" y otras así edificantes y capaces de penetrar hasta las entrañas.

Después de haber oído la misa que el buen religioso nos dijo a la una de la mañana, continuamos nuestro viaje sin que hasta Almansa, donde paramos a comer, nos ofreciera cosa interesante. Después de aquella ciudad se atraviesa el puerto de Almansa, formidable cordillera que separa el reino de Valencia de la provincia de Murcia, y yo salvaba aquel límite con tanto más deseo, cuanto que todos los valencianos me habían repetido que vería otro mundo en pasando el puerto de Almansa. El aspecto de la campiña iba, en efecto, variando a medida que descendíamos de la montaña. Fértiles campiñas, valles encantadores, colinas cubiertas de olivos y de viñas habían sucedido a las dilatadas llanuras y agrestes picos de la montaña.

Sin embargo, el ardor del sol, el viento fuerte, que levantaba una gran polvareda, y más que todo el empeño del oidor en mantener abiertas las ventanas del coche para saciarse en ver el país, me hacían desdeñar sus bellezas y aun no encontrarlas dignas de las ponderaciones que se me habían hecho. Sin embargo, cuando empezó a caer la tarde y la atmósfera se iba refrescando, cuando llegamos al pintoresco sitio de la Venta del Conde, en que habíamos de pasar la noche, cuando, asomado a sus balcones y percibiendo la fragancia de las flores, vi salir la luna por detrás de un ribazo, que tenía enfrente, cuando, en medio de la calma de aquella hermosa noche, oí cantar a la guitarra una rondalla valenciana y escuché por primera vez, el dulce lenguaje limosino, no pude menos de variar de concepto y desear que viniera el día para saborear el hermoso cuadro que se me iba a presentar.

Mas, porqué tanto los señores valencianos formaron sin mi noticia una conjuración, y ganando al mayoral, dispusieron salir a la una de la noche. Verificose así, con efecto, y por una desatención marcada para con un forastero que venía a ver su país, me hicieron atravesar en las tinieblas una gran parte, y sólo después de pasar el Júcar, en la barca, y al auxilio de una débil luz que empezaba a apuntar, pude dilatar la vista por aquella campiña deliciosa. Pero desde aquel momento, hasta de allí a tres horas que entramos en la ciudad, ¡qué sensaciones tan deliciosas experimenté!

Con qué asombro me vi transportado en el rigor de la canícula a todo el verdor y lozanía de abril. Los olivos, las viñas, los arrozales, el maíz, la caña, el plátano, el chirimoyo y mil y mil plantas, ostentando sus matices diferentes, formaban a mi vista una inmensa alfombra, un espeso bosque, interrumpido únicamente por el camino que seguía, a cuyas orillas venían a alinearse las plantas o a mezclar sus copas en la altura. Por otro lado la inmensidad de habitaciones campestres, derramadas por todo el contorno, el bullicio y animación continuada del camino, el traje morisco, la elevada talla de los valencianos montados a horcajadas sobre las muías, la esbeltez y belleza de las aldeanas, los jóvenes elegantes a caballo, las damas medio ocultas en sus misteriosas tartanas, el ruido de las campanas de la ciudad, los pintorescos lugarcillos, los caseríos, las barracas que a cada paso se multiplicaban a mi vista, los arrabales de Valencia, inmensos y poblados, Valencia, en fin, circundada de muros árabes, que me recordaban la conquista del Cid, todo esto me constituyó en un estado tal de sorpresa y de contento, que acaso ningún

otro sitio me lo ha inspirado jamás. Los valencianos, no bien se vieron en su ciudad, me abandonaron con aquella ligereza é inconstancia, con que algunos minutos antes me habían ofrecido su amistad, y yo, un poco picado de su proceder, atravesé las estrechas calles para ir a descansar a la posada. [...]

La salida de un pueblo como Valencia, donde al clima apacible y la tierra fértil, se reúne también, el alegre carácter y la delicada cortesía de los habitantes de las clases acomodadas, debe ser penible para el forastero, por poco que haya disfrutado de aquellas circunstancias. Yo, había permanecido quince días justos, tenía ya relaciones estimables que me era sensible interrumpir, porque en Valencia, como en Andalucía, se estrechan pronto las amistades, si bien acaso pueda haber el temor que no sean tan sólidas, como las que se forman más despacio en otras partes.

Después del arrabal llamado calle de Murviedro, se encuentra, a la derecha, el suntuoso monasterio de San Miguel de los reyes, monumento sólido y, si notable por su bella arquitectura, más aún por el tesoro de su biblioteca, en donde se conservan códices antiguos y manuscritos rarísimos, adornados con preciosas viñetas cuyos dibujos y colorido, son la admiración y pasmo de los conocedores. Entre otros hay una copia del *Romance de la Rosa*, en francés, y otra, primorosa, de *La Divina Comedia*, del Dante. Es lástima que no sea más conocido aquel precioso archivo, el cual, a pesar de haber sufrido pérdidas considerables, encierra objetos de un sumo interés. La cortesía de aquellos religiosos es tal, que a la simple demanda de un forastero, le entregan el catálogo de los códices y le enseñan el que desea ver, haciéndole el padre bibliotecario

una relación bastante exacta. Acabado el arrabal y pasado el monasterio, sólo queda el consuelo de despedirse del paraíso valenciano, admirando a uno y otro lado la feracidad y excelente cultivo. [...]

Unas montañas que se miran a la izquierda del camino vienen a interrumpir, a las cuatro leguas, la monotonía de la misma belleza. Pero estas montañas, si bien no tan bellas como la llanura, tienen otro prestigio encantador y que hace interesar el alma: son las montañas de Sagunto, y sustentan hoy el castillo de Murviedro, a la vista de las ruinas de aquella ciudad que fue antes que Numancia, en enseñar el sublime del heroísmo. Debo confesar mi culpa, pero mis detenciones en Valencia me hicieron tener que aprovechar el tiempo en términos que sólo pude decir adiós desde el coche a aquellos venerables monumentos.

Mi conversación, para entretener la noche que se acercaba, era con un sastre famoso de Valencia, aunque natural de Barcelona, sastre comerciante, sastre viajero y sastre catalán, que son tres circunstancias no comunes en todos los sastres, por consecuencia, este sastre sabía más que muchos de los sujetos a quienes vestía, y me fue de gran consuelo en la diligencia y en la mesa de catalanes, compañeros también de viaje, con quienes cenamos en Castellón de la Plana, los cuales me desgarraban los oídos con su maldito idioma, sin que me fuera posible comprenderlos. Bien es la verdad que yo no sé si la fuerza del calor de aquel día (31 de Agosto, día de mi Santo), o la pena de dejar a Valencia, me tenían de tal modo desazonado, que casi tuve intenciones de quedarme en Castellón, queriendo persuadirme de que tenía una de las tercianas tan frecuentes en aquella sierra. Pero, en fin, el sastre me con-

venció, y monté de nuevo en el coche a fin de pasar aquella hermosa noche, andando a la luna de Valencia, porque es menester que se sepa, que la diligencia que va de aquella ciudad a Barcelona, no es de la misma compañía de Madrid y sí de la llamada Catalana, y que ésta conduce la correspondencia, razón por la cual no combina sus horas a gusto de los viajeros y sí de la renta de Correos. Eso ocasiona que se pasen a veces las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, quiero decir aquéllas ganando horas por los caminos para perderlas después en éstas aguardando las valijas en alguna mala venta o cortijo.

Así, ni más ni menos, sucedió al siguiente día, pues después de haber corrido constantemente desde Valencia, llegamos a las diez de la mañana a Amposta, pueblo infeliz y tan enfermizo que suele despoblarse de cuando en cuando gracias a unas pícaras tercianillas que se llevan las gentes de calle, y tal acababa de suceder hacía pocos meses, como lo mostraban muy bien los pocos habitantes que habían sobrevivido. Allí, pues, se nos obligó a esperar seis horas con peligro de nuestra salud, ¿y para qué? para atravesar por la tarde el Ebro en una barca, para no poder sacar el coche en dos horas y para tenernos que andar a pie más de media legua a las cuatro de la tarde en el rigor de la canícula, a fin de llegar a la miserable venta de Burjasenia, dependiente del infeliz mesón de Amposta, y donde es de precisión el pasar la noche. El aspecto de esta venta, en medio de un gran despoblado, y el observar que los escopeteros se habían quedado del otro lado del Ebro en Amposta, podría infundir recelo, si no se consideraba que en aquel momento entrábamos en Cataluña, esto es,

en una provincia industriosa y honrada, donde son fenómenos los malhechores.

Después de diez horas de sueño, lo que no deja de ser notable, sobre todo viajando en diligencia, abandonamos el menguado lecho, a los gritos de una Maritornes, que nos vino a prevenir que era llegada la hora de continuar nuestro viaje. Subimos, pues, en el coche, y empezamos a entrarnos por Cataluña, por el Coll de Balaguer. Los campos me parecían estériles comparados a los de Valencia, y los pueblos de aspecto menos risueño: chocábame en éstos, el verlos compuestos de una sola calle tan larga como las primeras de las capitales, y a veces con filas de árboles en el medio, y empezaba a observar la diferencia de trajes y modales, los gorros encarnados de una vara de largo cayendo hasta la espalda, los peinados echados atrás de las mujeres, las pronunciadas facciones de ambos y la mala disposición de los talles, que formaban un contraste con los que acababa de dejar. Pasamos por poblaciones ricas y numerosas como Benicarló,[58] Cambrils y otras, y el sastre catalán me enteraba de las producciones de todas y de las que alcanzaba su vista, que era más perspicaz que la mía, en cinco leguas de radio. Por fin, después de atravesar comarcas nada agradables, dimos vista al majestuoso campo o Pla de Tarragona, viendo al mismo tiempo en el fondo, elevarse los muros y torreones de aquella fuerte ciudad.

Aquí fue donde el catalán desplegó todo su talento estratégico para pintarme al vivo todos los lances y encuentros durante el sitio de la ciudad por los franceses en

[58] Error de ubicación, Benicarló es una ciudad valenciana.

1808, pero yo, que nada entiendo de reductos y rebelones, me complacía en mirar aquella campiña bien cultivada, que me reconciliaba con Cataluña, hasta que al fin entramos por las puertas de la ciudad y fuimos a parar a la calle principal que, como en otras ciudades de Cataluña, se llama la Rambla, y está adornada con árboles, corriendo toda la extensión de la ciudad. Esta calle me pareció hermosa y las casas de bella apariencia, no así tanto las otras de la ciudad, en la cual apenas tuve tiempo más que para aprovechar algunos minutos, mientras servían la comida, para ver la catedral, obra gótica de una magnificencia extraordinaria, y que merecía para su descripción otro tiempo y otros conocimientos que los que yo podía contar.

Saliendo de Tarragona, y a una legua, se encuentra sobre la izquierda del camino un monumento romano conocido por el sepulcro de los Escipiones, en el mismo sitio en que se dio la célebre batalla en que perecieron, y poco más allá se pasa por un arco triunfal conocido por el portal de Bará, cuyo origen no ha llegado a mi noticia. Aquella noche, en fin, llegamos a dormir a la gran Villafranca del Panadés. Yo pretendía salir tarde al día siguiente, para tener lugar de saborear con la luz del día las cercanías de Barcelona, pero el maldito mayoral nos hizo salir a la una de la noche, por consecuencia, atravesamos, sin ver, toda aquella comarca, y sólo empezó a amanecer cuando pasábamos el magnífico puente de Molins de Rey. Desde aquí, casi siempre descendiendo de las montañas, no podía menos de admirar la constancia y el trabajo que suponía el cultivo hasta de las mismas rocas, los magníficos puentes sobre el Llobregat, las vueltas y revueltas del camino, las habitaciones y los pueblos de más agradable aspecto, todo,

en fin, me anunciaba que me acercaba a una ciudad importante.

En esto empecé a observar a derecha é izquierda del camino, las quintas o torres de los habitantes de Barcelona, que por su fachada majestuosa, anunciaban un interior igualmente grande, veía por entre los enverjados pintorescos jardines, observaba cenadores y templetes, estátuas y obeliscos, y esto me daba una idea suntuosa de la ciudad que iba a visitar, pero subió de todo punto mi placer cuando vi enfrente de mí aquella misma ciudad elevarse majestuosamente a la falda del Monjuich, por detrás de cuya altura veía reflejarse en las aguas del mar los primeros rayos del sol, recorro entonces la vista en derredor, y me encuentro a mi izquierda, con otra ciudad más inmensa aún (que tal me parecía), formada por un sinnúmero de torres y pueblecitos apiñados a la falda, en el medio y sobre las cimas de las montañas y dominando una campiña pintoresca, en que se ostentaban todos los esfuerzos del arte. Pero yo pasaba rápidamente, dejando atrás los numerosos carros de víveres que venían a la ciudad, y atravesando los puentes levadizos entré por la puerta del Angel y fui a parar a la posada o fonda de las Cuatro Naciones, sita en la Rambla principal, calle y paseo de la ciudad.

Lo primero que tiene que hacer un forastero en llegando a Barcelona es entregar su pasaporte, viéndose después en la obligación de pasar a recogerlo personalmente en casa del comisario de policía del distrito, al fin de obtener el permiso para permanecer en la ciudad. Tuve, pues, que dar este paso y me presenté ante el comisario, pero ¿cuál fue mi sorpresa al oir de éste, que habiendo observado en

él una particularidad notable lo había remitido a la subdelegación, y que allí debía acudir a solicitarlo? En vano expuse que se me seguía perjuicio por no saber la ciudad y no haber podido aún hacer mis visitas, fue preciso empezar a divagar por las calles, hasta que después de una hora, bien cansado y mojado por estar lloviendo, di con la subdelegación. Pregunté a un oficial por mi pasaporte, me dijo que viese al secretario, éste me manifestó que la causa de la retención era el no haberlo yo firmado, yo le confesé mi descuido, descuido que suelen tener casi todos los viajeros, pero que de ningún modo creía que fuese cosa de importancia, él me arguyo dándose bastante y, por último, me dijo que había ya dado cuenta al señor subdelegado, y que volviese el lunes a la hora de audiencia. Cualquiera puede figurarse el placer, que es para un forastero que viene a divertirse a un pueblo, el tener que andar con audiencias y antesalas para recoger su pasaporte, sin embargo, tuve que sufrir y dejarlo por entonces.

Dediqué después mi atención a visitar a los amigos y entregar las cartas de recomendación que traía, pero después de fastidiarme andando por la ciudad, tuve la desgracia de que a unos no les encontraba, por haber salido de Barcelona, otros iban a marchar al campo y otros me recibían con ese despego tan natural en aquel principado que previene poco en favor de los sujetos. Paseábame, pues, solo a lo largo de la muralla de tierra, maldiciendo la hora en que había dejado en Valencia las ollas de Egipto, por venir a un sitio donde nadie parecía complacerse en recibirme, pero, por fortuna, continuando mis visitas, llegué a dar con tres o cuatro sujetos apreciables, que tomaron a su cargo hacerme variar de concepto, y pude, con su

auxilio, ver el interior de la ciudad bajo su verdadero punto de vista.

Las calles de Barcelona, son estrechas y obscuras sobremanera, por la elevación y ninguna belleza exterior de las casas, muchas ofrecen además cuestas y rodeos nada agradables, sin embargo, forman excepción la Rambla o calle principal, que atraviesa casi toda la ciudad, la calle nueva o de Fernando VII, la calle Ancha, la del Conde del Asalto y algunas otras, sobre todo las dos primeras, magníficas por la extensión y anchura, la belleza de sus casas y las aceras anchísimas y elevadas unas dos pulgadas sobre el resto de la calle, lo cual, unido a la brillantez de las tiendas y almacenes que las ocupan, las da un aspecto soberbio. El empedrado general de la ciudad, estaba reponiéndose por un método nuevo, sustituyendo lositas iguales a los cantos, lo cual es de una comodidad suma y, concluido, hará de Barcelona la ciudad de piso más cómodo en España. Es ingenioso el sistema de arbitrios para este empedrado, que consiste en una rifa en que se interesa toda la ciudad.

Los lucidos almacenes de todos géneros que pueblan hasta los rincones de las calles, hacen ver que se está en una ciudad manufacturera, grande almacén de la industria española, y he aquí la razón de la baratura de la mayor parte de los artículos. Por todas partes resuena el ruido del telar, nadie se encuentra parado en la calle, hombres y mujeres, todos trabajan, y se les ve en las calles, en las tiendas, en dirección a las casas, sobre las azoteas y terrados, agitarse y bullir como un enjambre de abejas, moviendo ruedas y cilindros, pasando agujas, tramando hilos

y obligando, en fin, a las materias más toscas a presentar formas bellas y caprichosas.

Las fábricas más importantes están, como es de suponer, en los extremos de la ciudad, pero en ellos hay calles, barrios enteros de manufacturas, que, si sorprenden por su agradable aspecto y elegante fachada, cautivan aún más cuando se ha recorrido su interior, y todos los días se elevan nuevos y nuevos establecimientos de ese género, que aumentan la ciudad hasta donde lo permite la muralla, convirtiendo en calles los corrales y huertos que la avecinan. La introducción que yo tenía ya con varios fabricantes, me proporcionó ver los establecimientos de más importancia, y puedo decir que quedé sorprendido, tanto de la grandeza, del buen orden y economía interior de ellos, como de los productos de su trabajo. La fábrica de pintados de Bonaplata, por ejemplo, es un precioso documento de lo que ha adelantado en España, el buen gusto, los percales o indianas que salen de ella, ofrecen toda la perfección de los extranjeros, las de tejidos de todas clases, la de hierro colado del mismo Bonaplata, unas y otras movidas por el vapor, las de blondas de Margarit y otras infinitas, las de galones y tantos otros artículos como comprende la inagotable industria catalana, todas tienen respectivamente mucho que admirar. En unas vi sellar y remitir semanalmente sólo a Madrid, 200 piezas de tela, en otras vi pagar un sábado al pie de 50.000 reales en jornales, en algunas, además de las máquinas, hallé 400 y 500 obreros, hombres y mujeres, y en todas observé el orden de la distribución de los trabajos y la inteligencia de los directores.

Hallé, sin embargo, cierta enfática superioridad, cierta aristocracia mercantil algo exagerada, la cual, unida al espíritu de provincia, que en Cataluña se echa de ver más que en parte alguna, choca sobremanera al forastero, y sobre todo al español que se encuentra mirado como un extranjero. Este amor propio que les hace creerse muy superiores al resto de España, este egoísmo provincial, que pretende que en agradecimiento de su industria, le paguen un tributo forzado las demás provincias y el Gobierno le dispense continuas exenciones y privilegios con perjuicio de aquéllas, no dejaba de proporcionarme algunas contestaciones con los dueños de las fábricas. En ellas puedo decir que observo la agudeza de sus argumentos, por ejemplo, decíanme: Nosotros somos obligados a comprar los granos y otras materias de Castilla, pudiéndolos tener más baratos del extranjero, pues oblíguese en cambio a los castellanos a comprar nuestras manufacturas. Pero este argumento está contestado en el hecho, pues yo veía y ellos mismos me habían repetido que casi todos los productos de sus fábricas los remitían a Madrid y otras ciudades, luego, señores catalanes, ¿quiénes compran sus manufacturas de ustedes? ¿Los franceses? No por cierto. ¿Los ingleses? Tampoco. No hay que cansarse, son los españoles y si no recórranse esas tiendas de Madrid, Valencia, Sevilla, etc., y se verán en todas ellas sustituidos en lo general los paños, las blondas, los algodones, las sedas, los sombreros, las medias, el papel, los percales catalanes a los extranjeros, que hace diez años ocupaban casi exclusivamente nuestro mercado, verase a la más elegante dama y al más alambicado petimetre mirar sin horror un precioso velo trabajado en Sarriá o en Gracia por las obre-

ras de Margarit, o hacerse un traje de paño Tarrasa, que puede, sin desmentirle, hacerle pasar por de Sedán. Sin embargo, los astutos catalanes, conociendo aún un resto de preocupación en ciertas cabezas, suelen a veces cambiar por algún extranjero los nombres de su fábrica, y yo mismo he visto tejer en Barcelona medias y pañuelos con el nombre de París y Lyon. Váyase por los géneros extranjeros que tal vez el mismo interés les hará pasar por catalanes.

En una ciudad fabricante, el principal establecimiento debe ser mercantil, y así sucede en Barcelona con la Casa Lonja, que acaso me atreveré asentar sea el establecimiento más importante que hay en España. No hablemos de la magnificencia del edificio, construido en el reinado de Carlos IV y situado dando vista a la gran plaza y a la muralla de mar, dejemos sus columnas, su bella portada, su preciosa escalera, sus magníficos salones, sus azoteas y miradores, y no nos ocupemos tampoco de las estatuas, de los cuadros y muebles exquisitos que la adornan. Digamos sólo que en su interior, además de las oficinas del Tribunal de Comercio, hay varias cátedras en todas las cuales asisten numerosos discípulos dirigidos por excelentes profesores. Un alma española, no puede menos de complacerse viendo y admirando este soberbio establecimiento. Todo él está iluminado por el gas hidrógeno carbonado, en lo cual se diferencia también de los demás de España. Por último, en el piso bajo se encuentra el inmenso salón que sirve para la Bolsa, obra elegante y atrevida de arquitectura que cautiva la atención de los inteligentes por su esbeltez y gigantescas proporciones. El espectáculo que este salón presenta todos los días a la hora en que se hacen las ne-

gociaciones es el más animado, y puede hacer formar una idea de los intereses que se ponen en movimiento en esta ciudad [...]

Los comerciantes y fabricantes, de que se compone principalmente la población de la ciudad, así como los innumerables artesanos y jornaleros que dependen de ellos, hacen una vida sumamente activa y trabajadora durante los seis días de la semana, sin permitirse en ellos la menor distracción ni placer, excepto el teatro por la noche, pero llegado el domingo, las fábricas y talleres se cierran, el rico comerciante va en su coche a pasar el día con su familia a su torre, situada en Sarriá, en Gracia o en los alrededores, en fin, de la ciudad, los artesanos forman sus partidas de campo, y una gran parte de la población, más elegantemente ataviada que lo ordinario, puebla las calles y paseos, los hermosos paseos de la Rambla, las murallas de mar y tierra, la Explanada, el primero notable por ser al mismo tiempo la calle principal de la ciudad, el segúndo, por sus vistas deliciosas y por poder andar sobre el grueso de la muralla no sólo un pueblo inmenso, sino multitud de coches y caballos, y el tercero, por sus hermosas fuentes y frondosísima arboleda, el paseo, en fin, que conduce a Gracia, lindísimo y moderno, es otro punto de los más concurridos de la ciudad en tales días. [...]

Ya que he nombrado ésta no quiero pasar en silencio que también la vi en el magnífico edificio llamado las Atarazanas, que recorrí todos los inmensos departamentos de la fundición de cañones que ahora no se verifica, y que vi en la armería 18.000 fusiles y un gran número de pistolas, sables, lanzas, colocado todo con el mayor orden en diez salas iguales, con estantes hasta el techo cubiertos de li-

enzo pintado. Igualmente vi de paso el interior de la célebre Ciudadela, deteniéndome a cada momento por el horror de la narración que se me hacía de los asesinatos cometidos hacía poco tiempo en aquellos sitios. El alma se estremece al recordarlos y la pluma se me resiste a trazar sus detalles. Uno de los principales causadores de ellos yacía en un calabozo de Monjuich cuando yo visité esta fortaleza.

Charles Furne
La aventura de dos amigos (1834)[59]

[1 de mayo de 1834] A las nueve de la mañana llegamos al primer pueblo español, donde nos sometieron a un control de pasaportes y baúles.[60] Nuestros ojos se asombraron ante la gran cantidad de cosas interesantes para explorar: allí un catalán con gorro rojo de lana, chaqueta pequeña, pantalón largo y ancho, y alpargatas como calzado; más adelante un miquelet o policía español, cuya chaqueta azul con vueltas rojas se asemeja a la del postillón francés, y que al portar su capa azul sobre los hombros y su carabina en la mano, mostraba un aspecto marcial y distinguido. Las casas, de paredes blancas, profundas y bajas, fueron construidas de esta manera para mantener el interior lo más fresco posible. Vimos unos hermosos caballos de los campesinos, que llamaron nuestra atención por sus elegantes monturas y, en particular, por sus amplios estribos de madera con detalles moriscos.

Al llegar a Figueres, a las once en punto, comimos por primera vez en una *posada*. El ajo y el aceite en mal estado son los condimentos obligados en la cocina española, lo que justamente la convierte en la más detestable del mundo. Antes de llegar al pueblo, pudimos apreciar la ciudadela, una de las más fuertes de España, cuyos cuarteles de

[59] Charles Furne. *Voyage de deux amis en Espagne*, (Paris, 1834). Crónica del viaje realizado del 19 de abril al 26 de julio de 1834.
[60] La población fronteriza del Portús.

caballería, según se cuenta, son impresionantes y pueden albergar diez mil caballos.[61]

Inspeccionaron nuestros baúles una vez más, pero por una pequeña cantidad de reales la revisión fue meramente formal. La diligencia de Perpiñán, una especie de coche de caballos que transporta a los viajeros desde esta ciudad hasta Barcelona, se detiene en Figueres; está equipada con siete mulas conducidas por dos postillones, quienes corren la mayor parte del camino a pie, siendo auténticos vascos.

La campiña que recorrimos es encantadora y cuenta con unos cultivos tan diversos como impecables, con viñedos, olivares, campos de naranjos, granadas, trigo, cebada, entre otros. Los pueblos suelen ser bastante limpios y los campesinos parecen prósperos. En los Pirineos, especialmente en la parte española, también notamos una gran cantidad de árboles de encina, de los que se extrae el corcho y que son una de las fuentes de riqueza del país.

Llegamos a Gerona a las siete de la tarde y nos quedamos a pasar la noche allí. Aunque la ciudad está rodeada de murallas, no es propiamente una plaza fuerte. Lo que más llamó nuestra atención al llegar fue una multitud de sacerdotes con capa negra y sombrero grande (el vestuario de *Basilio* en *El Barbero de Sevilla*), seguida de una unbe de jóvenes estudiantes todos ataviados con una larga capa negra, sucia y a veces agujereada, y ridículamente cubiertos con un sombrero que tiene cierta forma de chistera. Sus rostros delgados y amarillos hacían resaltar aún más las caras anchas de los canónigos. Tienen un aire muy

[61] El castillo de San Fernando, fortaleza militar de grandes dimensiones construída a mediados del siglo XVIII.

aburrido, y me temo que sean aún más aburridos. Los *urbanos* vinieron un poco a distraernos de estos seres semi-fantasmales; salimos fuera de la ciudad para ver maniobrar a estos soldados ciudadanos. Nos gustó su gran disciplina y el entusiasmo que los animaba; en el catalán se encuentra la energía francesa y la paciencia española; ¡la libertad echará raíces en este país!

A las nueve nos sentamos a la mesa y tomamos, con aspavientos, una porción muy pequeña de una cena con aceite y ajo, echando de menos el bistec parisino; uno de nosotros dejó escapar algunos murmullos, cuya expresión suavizaré traduciéndolos como ¡*chien de pays*¡

Al día siguiente, el 2 de mayo, nos despertó a las dos de la madrugada el sonido del látigo del postillón, y media hora más tarde ya estábamos en la carretera de Barcelona, llevados a toda velocidad por siete mulas de paso ligero y seguro. Mientras avanzábamos, el paisaje se hacía cada vez más hermoso, y pronto divisamos el mar, cuya vista siempre nos produce una nueva sensación de placer. Hicimos una parada en Canet, un encantador pueblo junto al Mediterráneo, donde comimos decentemente: sopa de pollo, pollo hervido, sardinas frescas y rosbif. A la una regresamos a la diligencia y nos dirigimos hacia Barcelona por la costa, y en algunos tramos estábamos tan cerca del mar que podríamos haber escupido en él desde la diligencia. Pero de repente, el grito desgarrador de una mujer nos advirtió que tanto nosotros como los animales estuvimos a punto de bañarnos completamente en el agua del mar.

Aquí está Mataró, el pueblo más bonito que puedas imaginar, bajo las altas montañas que la naturaleza parece haber puesto expresamente para protegerlo de los vientos

del norte, una bonita llanura sembrada de olivos, naranjos, y de vides entrelazando sus ramas alrededor de los árboles que las bordean, Y al otro lado, al sur, un mar azul, surcado por unas cuantas naves ligeras de velas latinas, y que cada tarde refresca al alegre mataronés con un aire puro y benéfico.

Llegamos a Barcelona a las cuatro, con el estómago un poco cansado del aceite y el ajo, pero encantados por lo que habíamos visto, contentos con nuestros compañeros de viaje y agradecidos por los buenos *cigarretos* que el señor Fernando hacía con mucha habilidad y que fumamos juntos en la diligencia.

Estancia en Barcelona, del 2 al 6 de mayo.

Esta ciudad es mucho más hermosa, más importante y, sobre todo, más poblada de lo que nos habíamos imaginado. Cuenta con ciento cincuenta mil habitantes; la población se mueve por las calles, los paseos y los mercados, como en París. El primer día fuimos al teatro; representaban una comedia española. Como bien pueden suponer, nuestros oídos estuvieron poco ocupados, pero en cambio nuestros ojos lo estuvieron mucho. ¿Y cómo no mirar con deleite a esa mujer bonita, cuyo mantillo negro realza tan bien la belleza de su tez? Observen su frente tersa, sus ojos vivos y llenos de expresión, su nariz aguileña, esa boca encantadora que parece hecha solo para dar y recibir besos, admiren su linda mano, ¡cómo agita con gracia el abanico! ¿Podríamos desear un espectáculo más delicioso?

Al día siguiente, entramos en varias iglesias; tienen un carácter completamente distinto al de las nuestras: son

muy oscuras y recargadas de ornamentos. Añádase a eso la voz de los monjes, el órgano, el incienso, todos los asistentes arrodillados, y comprenderán la confusión de dos pobres franceses tomando torpemente agua bendita, temiendo cometer sin querer algún acto de impiedad y sintiéndose mucho más a gusto una vez fuera del sagrado recinto.

Nos alojamos en la *fonda de las Cuatro Naciones*; nuestro balcón da a un bulevar frente al teatro. Es allí donde los elegantes van a pasear; un poco más lejos está el mercado, donde los campesinos traen frutas, verduras, etc. Vemos pasar bajo nuestras ventanas a *urbanos*, capuchinos, monjes negros, monjes blancos, la dama elegante con vestido de seda negra y mantilla; la vendedora con vestido de indiana y mantilla menos elegante, las obreras con mantilla blanca, la mujer del pueblo con un hermoso pañuelo en la cabeza a modo de mantilla, los hombres a la moda vestidos a la francesa, otros con capa azul o marrón según su rango en la sociedad (el azul es de primera clase). Los campesinos con sus gorros rojos, sus anchos pantalones de terciopelo y un gran bastón en la mano: he aquí la población de Barcelona.

El domingo, gran revista de los *urbanos*; la artillería (cuatro piezas de campaña tiradas por seis mulas) desfiló por el bulevar al galope. Los voluntarios de Isabel II (guardia nacional a caballo) son elegantes lanceros muy bien montados. La infantería puede rivalizar con las más bellas compañías de la guardia nacional parisina.

Por la noche fuimos a escuchar una ópera italiana, *Domingo furioso*;[62] había una gran afluencia de espectadores, y la ejecución fue perfecta. La sala de espectáculos es cómoda; se alternan la comedia y la ópera italiana, es decir, tres días a la semana ópera y los demás días comedia. Y, como en Francia, poca gente en las obras de Lope de Vega y multitud en las de Rossini. Para adaptarnos a las costumbres del país, por la mañana tomamos una tacita de chocolate; a las dos, comemos bien servidos en la mesa de huéspedes, donde se reúnen españoles, franceses e ingleses, y se habla alternativamente en francés y en la lengua del país, en la que empezamos a desenvolvernos: *¡Muchacho! ¡Chocolate por dos! ¡Cigarros! ¡Café!*, etc.

El lunes fuimos a pasear por el mar durante más de dos horas; el marinero que nos llevaba era el catalán más valiente y sensato de toda Barcelona. Nos contó en italiano las desgracias pasadas de su país, el futuro que deseaba para él, su odio por *los frailes*, a quienes considera los causantes de todos los males que afligen a España. Nos llevó a una montaña[63] de cuyos flancos se extrae una piedra excelente para las construcciones de la ciudad y el puerto; de esta montaña pedregosa brota una fuente de agua tan límpida como buena. Desde allí, podíamos ver el mar casi por todos lados. Por la noche llovió un poco, y nos mojamos por primera vez desde París. El martes, a las cuatro de la tarde, nos entregaron los pasaportes; nuestros asientos estaban reservados para Valencia, y partinos a las siete de

[62] Puede ser un error por la conocida obra *Orlando furioso*.
[63] Monjuic.

la tarde. En caso de un mal encuentro, la bolsa para los ladrones está lista.

De Barcelona a Valencia, del 6 al 9 de mayo.

Nuestra diligencia, que también servía como correo, debía partir a las 7 de la noche, pero el gobernador, el general Llauder,[64] retrasó sus despachos hasta las 9. A pesar de que las puertas de la ciudad ya estaban cerradas, se nos permitió salir después de abrirlas y bajar el puente levadizo. Entre nuestros compañeros de viaje había varios que ya conocíamos: algunos habíamos viajado juntos desde Perpiñán, mientras que con otros habíamos compartido cena en el hotel. Durante la travesía, los *facciosos* fueron el tema principal de nuestras conversaciones.[65] Dado que la diligencia había sido detenida unos días antes, nuestro viaje tenía un sutil matiz de peligro que nos resultó emocionante.

Nuestra diligencia iba tirada por ocho magníficos mulos, y estaba dirigida por un postillón que conducía los dos primeros. El *mayoral* se encargaba de las riendas, mientras que el *zagal* alternaba entre sentarse junto al cochero o correr junto a los mulos, animándolos con gritos y golpes de su látigo. Nosotros habíamos pagado ochenta francos cada uno por los dos primeros asientos del coupé, desde donde podíamos disfrutar cómodamente de todas las vistas interesantes. A medianoche no vimos rodeados por una tropa de hombres armados, lo que inicialmente nos

[64] El militar Manuel Llauder Camín (1789-1851), nacido en Mataró, era capitán general de Cataluña desde el año 1832.
[65] La guerra carlista, iniciada en 1833, a la muerte de Fernando VII.

hizo pensar que habíamos caído en manos de los facciosos, pero resultó ser una compañía de soldados que velaban por nuestra seguridad.

A cierta distancia de Barcelona, el paisaje se tornó completamente salvaje: el suelo seco y pedregoso, sin ningún cultivo a la vista, y caminamos varias leguas sin encontrar ni una casa ni un ser vivo. Finalmente, a las once de la mañana, llegamos a Tarragona, una ciudad fortificada famosa por el asedio que sufrió por parte del ejército francés, aún se pueden ver las marcas de los cañonazos en sus paredes. La naturaleza ha hecho que el acceso a este lugar sea muy difícil. Mientras disfrutábamos de nuestro almuerzo en una fonda cercana, unos alegres catalanes acompañados de una jovial muchacha, cantaron, bebieron y bailaron el *fandango* con gran alegría. Antes de volver al coupé, visitamos un convento y tuvimos una breve conversación con un monje que había estado allí durante el asedio.

El recorrido que hicimos ese día no fue muy interesante, siempre con montañas a la derecha y el mar a la izquierda y campos baldíos o cultivados en alternancia. Llegamos a la orilla del Ebro a las diez de la noche y cruzamos el río en una barcaza. Este tramo del río, cerca de su desembocadura, es bastante ancho y el viaje no presentó ningún peligro. A solo diez pasos de la barcaza se encuentra la posada donde se alojan los viajeros, y afortunadamente éramos muchos, ya que la anfitriona y su séquito no inspiraban confianza. La cena fue detestable y dormimos cinco personas en una misma habitación. Nos levantamos antes de las cinco y tomamos chocolate. *¿Cuanto a*

pagar, señora?, –Cuatro pesetas. Pagamos, felices de abandonar esta posada del diablo.

Tres *escopeteros*, armados hasta los dientes, ocuparon la cubierta superior de nuestra diligencia, dándole el aspecto de un fuerte móvil. Llegamos a Vinaroz a las ocho de la mañana, donde el vestuario era notablemente diferente y parecido al de los valencianos que mencionaremos más adelante. Una hora después pasamos por Benicarló, un pueblo encantador construido cerca del mar, fundado durante el reinado de Carlos IV. A juzgar por la amplitud de las calles y la belleza de los edificios, es posible que este rey quisiera establecer una ciudad en lugar de un pueblo.[66]

Después, pasamos por Amposta,[67] Alcalá de Xibert y Oropesa, lugares que nos dejaron una impresión inolvidable. Era como si estuviéramos en el Cairo, Grecia y Argelia al mismo tiempo. Los lugareños tenían una tez cobriza, piernas al descubierto y llevaban pantalones anchos de lino blanco que les llegaban por encima de la rodilla. Usaban una larga pieza de tela de lana rayada como abrigo, que llevaban enrollada sobre el hombro durante el día, con las dos extremidades cayendo casi hasta el suelo. Algunos llevaban un gorro rojo y otros un pañuelo. Los niños tenían un atuendo similar pero sin el abrigo, que no usaban hasta los quince o dieciséis años. Cuando finalmente lo tenían sobre los hombros, adquirían un aire orgulloso y serio típicamente español. En Castellón de la Plana, nuestra ilusión se completó al ver dos palmeras. Por un momento,

[66] Se equivoca, se refiere a la población de San Carlos de la Rápita

[67] Amposta está mal situado, se encuentra al lado del río Ebro.

parecía que estábamos más cerca de Jerusalén que de Valencia.

En nuestro camino nos topamos con diversas compañías de infantería y un destacamento de dragones que buscaban a los insurgentes. Durante la noche, unos diez hombres armados con largos fusiles y vestidos con prendas similares a las que mencioné antes, solo con sus abrigos colgando y ajustados alrededor del cuerpo, rodearon la diligencia. Tenían un aspecto completamente beduino. Nos escoltaron durante seis leguas, siempre corriendo. Uno de ellos se acercó a nosotros mientras cambiábamos las mulas y dijo con un tono inconfundible: *No olvidéis a vuestra valiente escolta*.

Hubo un momento tenso en el que parecía que podría haber un enfrentamiento entre nuestros diez *campesinos beduinos* y nuestros tres primeros escopeteros, pero unas pocas palabras bien colocadas en el momento adecuado restauraron la buena relación. A medida que amanecía, el delicioso aroma de los azahares se extendía por todas partes, los campos estaban perfectamente cultivados (el trigo superaba los 1,5 metros de altura), miles de acequias llevaban sus aguas beneficiosas a todas partes, árboles fuertes con un follaje verde oscuro y deslumbrante, en resumen, una belleza natural incomparable. Supimos entonces que estábamos cerca de Valencia, conocida con razón como el jardín de España.

Valencia, del 9 al 13 de mayo

Un amable viajante de comercio francés, nos llevó a la *Fonda de las Cuatro Naciones*, donde nos tratan muy bien.

A las diez de la mañana tomamos una pequeña taza de chocolate, y a las dos comemos en nuestro hotel con otros tres franceses muy alegres. Valencia es una ciudad con mil pequeñas calles tortuosas, donde es muy difícil que un extranjero se oriente; no están pavimentadas, pero son bastante limpias; las principales son la calle de Zaragoza y la de la Mar; en ellas destacan la catedral, varias torres hermosas y el jardín público donde pasean las bellas valencianas. La ciudad está rodeada de murallas, de una arquitectura más bella que intimidante.

Valencia es, si puede decirse así, la ciudad más encantadora de España. Sus 60.000 habitantes, tanto hombres como mujeres, ricos como pobres, tienen todos un aire feliz; allí se encuentran más, y mejor que en ningún otro lugar, todos los placeres de la vida. Hay buenos coches de alquiler, hermosos cafés donde se toman excelentes helados, bellos paseos —uno de los cuales, que conduce al mar, tiene casi una legua de longitud— y jardines deliciosos. El mariscal Suchet residió allí mucho tiempo y dejó entre los valencianos un recuerdo que honra su memoria.[68]

Pasamos el domingo de manera muy agradable; nunca un día estuvo mejor aprovechado: a las seis de la mañana fuimos, nueve en total, a un magnífico jardín a comer fresas; es uno de los placeres favoritos de los valencianos. Vimos a varios grupos de mujeres jóvenes y caballeros venir como nosotros a desayunar en ese jardín. Luego, fuimos a una plaza bastante bonita cerca de la Glorieta (así se llama el jardín público) para ver maniobrar a seiscientos hom-

[68] Referencia a la estancia de Suchet en tiempos de la ocupación francesa, vista por un francés.

bres de la guardia nacional, que, como en Barcelona, no dejan nada que desear.

De vuelta en el hotel, nos pusimos el traje de ceremonia, y a las dos y media estábamos en casa del cónsul francés (el señor Gauthier d'Arc), que había tenido la amabilidad de invitarnos a cenar. Los invitados eran el cónsul y su canciller, dos oficiales de marina ingleses (el capitán y el teniente de una corbeta que estaba anclada en el Grao, un pequeño puerto a una legua de Valencia), un brigadier general de los ejércitos de la reina, un capitán de dragones, su ayudante de campo, y nosotros. La cena fue buena, los comensales conversadores, y esta mezcla de ingleses, franceses y españoles era bastante curiosa. Todos hablaban francés, afortunadamente para nosotros; solo nuestro cónsul hablaba igualmente bien inglés, español y francés; añádase a eso el árabe, y aún así solo tendrán una ligera idea de su saber.

Dejamos la mesa a las cinco para ir a ver una procesión de la Virgen que acababa de salir de la iglesia. Gracias a nuestro cónsul, ocupamos un lugar en un magnífico balcón donde ya había varias damas elegantemente vestidas. Vimos desfilar primero a los gremios, con música al frente y banderas desplegadas, luego a tres o cuatrocientos monjes de todas las órdenes y colores: trinitarios, carmelitas, capuchinos, franciscanos, dominicos, orden de Santa Teresa, etc.; seguía el clero de quince parroquias y, finalmente, el cabildo de la catedral (los *grandes sombreros*, que así los llaman y dice que tienen 80 francos al día para comer), escoltando a una Virgen de tamaño natural, de plata, magníficamente vestida. En cada ventana colgaban grandes tapices, algunos blancos, la mayoría de tela de seda de color

carmesí; los balcones estaban llenos de jóvenes mujeres, muchas de las cuales arrojaban pétalos de rosa sobre la Virgen. No creo que haya nada más curioso en el mundo, esas caras, hermosas y frescas, de valencianas contrastando con esas pesadas y cadavéricas cabezas de monjes; esas mangas negras destacándose sobre esos balcones cubiertos de rojo y blanco. Me detengo, ¡tendría demasiado que decir sobre un cuadro así! Por la noche fuimos al teatro a escuchar *La Straniera* de Bellini; la ejecución fue pasable, aunque sin acercarse a nuestra Opera Italiana.

El día anterior, a las ocho de la noche, vimos a la multitud apiñarse en las puertas de la catedral; entramos: ¡todos nuestros sentidos fueron sacudidos a la vez! La iglesia, casi circular, estaba cubierta de una tela de seda anaranjada; mil cirios ardían en el altar y proyectaban torrentes de luz sobre un clero resplandeciente de oro; jóvenes diáconos balanceaban incensarios de donde escapaban ligeras columnas azuladas que esparcían por todas partes un aroma similar a los perfumes de Oriente; y durante toda la ceremonia, al menos sesenta músicos, colocados en una galería elevada sobre nuestras cabezas, ejecutaban piezas encantadoras, a veces solos, a veces acompañando voces de hombres y niños. Un gran número de mujeres bonitas asistían a esta ceremonia semi-religiosa, semi-teatral, y completaban el espectáculo más extraordinario y embriagador que hayamos visto en toda nuestra vida. Al salir, vimos toda la plaza iluminada, las campanas repicaban con fuerza: era la víspera de la Octava de la Ascensión.

Entre las personas que nos acogieron con mucha amabilidad, debemos mencionar, después de nuestro cónsul, a un ayudante de campo de un general español; tuvo con

nosotros toda clase de atenciones. Es un caballero muy agraciado y lleno de ingenio; nos contó varios rasgos y anécdotas característicos de la nación española y particularmente del reino de Valencia. No podemos resistir el deseo de citar algunas.

Un castellano recién llegado a Sevilla admiraba la torre de esta ciudad (la Giralda); un andaluz que le explicaba sus bellezas le dijo: «Señor, aquí se hizo». Un *gitano* (bohemio), acusado de haber matado a un hombre, fue llevado ante el juez Don José Ballejo (corregidor nombrado por el mariscal Suchet en Valencia); interrogado sobre su asesinato, respondió: «Señor, yo no; estaba apolillado; no hice más que tocarlo, se me fue» (señor, él ya estaba podrido, solo lo toqué con la punta del puñal y se murió).

El reino de Valencia debe su fertilidad principalmente a los numerosos canales de riego que surcan su suelo. Cada cultivador intenta obtener la mayor cantidad de agua posible y, como en todas partes, se enreda en disputas sobre los derechos y la propiedad de su vecino. La pelea suele comenzar con puñaladas; luego viene un juicio que la resuelve, y así es como se juzgan este tipo de casos. Todos los jueves, en la plaza pública, se instala un tribunal compuesto por tres jurados (campesinos agricultores), designados solo el día anterior. Cada campesino expone su caso, el tribunal dicta sentencia y condena al culpable a una multa de doscientos o trescientos francos, más o menos, que debe pagarse de inmediato.[69] Estos tribunales medie-

[69] El Tribunal de las Aguas de Valencia, es una institución judicial singular y milenaria dedicada a resolver los conflictos relacionados con el uso y aprovechamiento del agua de riego entre los agricultores de la huerta de Valencia.

vales, esta forma rápida de impartir justicia, son mucho más adecuados para este tipo de delitos que nuestros ruidosos e interminables procedimientos judiciales.

Entre los españoles, la capa sirve para más de un uso; cuando se pelean a puñaladas, lo cual ocurre con frecuencia, enrollan su capa alrededor del brazo izquierdo y la usan como escudo. Hay muy pocos duelos en España, incluso entre los militares; cuando alguien tiene rencor hacia otro, lo asesina. No comprenden por qué habrían de dejarse matar por quien los ha ofendido. Los españoles, y especialmente los valencianos y andaluces, tienen, tanto en lo físico como en lo moral, mil rasgos de semejanza con los orientales; esto se debe a la larga presencia de los árabes y también al calor de su clima.

Las valencianas pasan por ser más bonitas que las catalanas; tienen mejor figura y el pie más pequeño, pero su tez denota menos salud. Su vestuario es el mismo, pero más cuidado y de mejor gusto. Los zapatos y la mantilla son lo que el cachemir y el sombrero para nuestras francesas. En el teatro, a menudo se visten a la francesa, con el pelo suelto, y las más elegantes llevan pequeños peines de oro a ambos lados de la frente. Los hombres suelen ser bien parecidos y vestirse como nuestros *fashionables*. El martes a las nueve de la mañana, fuimos a hacer una pequeña visita de despedida a nuestro cónsul. En dos horas partiremos hacia Madrid.

De Valencia a Madrid, del 13 al 15 de mayo.

A las once de la mañana subimos a la diligencia, nos acomodamos en dos asientos interiores, por los que pagamos

cien francos cada uno. Dejamos Valencia con pesar, con sus bellos limoneros y sus naranjos cargados de flores y frutos. Recorrimos las primeras cuatro leguas por tierras riquísimas, cubiertas de árboles frutales y moreras. De repente, vimos inmensos campos inundados, aquí araban, allá sembraban, o mejor dicho (en términos de jardinería) trasplantaban el arroz, y los labradores y plantadores estaban sumergidos en agua hasta las rodillas. Durante más de dos leguas, solo vimos estos cultivos muy productivos, pero que hacen que el país sea insalubre.

El primer día de nuestro viaje, nos detuvimos en una posada aislada a nueve leguas de Valencia, rodeada de montañas y expuesta al peligro de los bandidos. Aseguramos las puertas y con nuestros *escopeteros* armados, los viajeros también estábamos dispuestos a defendernos. Descansamos pacíficamente durante algunas horas y al día siguiente, antes del amanecer, diez mulas aparecieron enganchadas a nuestra diligencia, lo que significaba que debíamos avanzar por senderos montañosos. Como complemento de la buena fortuna, nuestra cama consistía en un colchón relleno de paja de maíz, y alguno de nosotros habría pagado muy caro unas horas de dulce descanso en su lecho conyugal.

Al día siguiente, la desolación del paisaje se mantuvo. El terreno era prácticamente yermo, plano y sin cultivar. Apenas una quinta parte de la tierra estaba sembrada. Esto se debía, creo, a la escasa población, a la concentración de la propiedad de la tierra, a la falta de caminos y canales, a la mala calidad del suelo y, por último, a la aridez del clima. Por suerte, nuestros compañeros de viaje nos brindaron algo de distracción y rompieron la monotonía del

viaje. Uno de ellos, en particular, un antiguo ayuda de campo de Mina[70] y actual comandante de la guardia nacional montada de Barcelona, nos cautivó con sus relatos de mil episodios de su vida militar y de sus viajes por Francia e Inglaterra.

Pocos hombres han tenido una vida tan dramáticamente azarosa. Podrá juzgarse por lo siguiente. Tras el restablecimiento de Fernando en 1823, se vio obligado a refugiarse, junto con otros proscritos, en Inglaterra. Apenas desembarcó, fue reconocido por un lord, antiguo coronel inglés que, en el año 1813, habiendo sido gravemente herido en Cataluña, había sido acogido en casa de su padre y recibido los cuidados más solícitos de toda la familia. El lord no dejó escapar la oportunidad de demostrar su gratitud: insistió en que nuestro español se alojara en su casa. El coronel era padre de dos encantadoras jóvenes; la mayor no pudo dejar de ver sin interés a un proscrito de veintidós años. Este pronto notó que era amado, y su corazón estaba demasiado dispuesto a corresponder. Pero, convencido de que su anfitrión era demasiado orgulloso de su nombre y fortuna como para darle la mano de su hija, hizo todos los esfuerzos por resistir a su pasión. Con el tiempo, temiendo sucumbir y violar así las sagradas leyes de la hospitalidad, se sinceró con el padre y abandonó la casa. La joven fue llevada al campo, pero ¡el amor en el corazón de una inglesa rara vez se apaga! Su salud se deterioró hasta alarmar al padre, quien finalmente consintió el matrimonio. El joven fue llamado de vuelta, pero ya era tarde: la enfermedad había avanzado rápidamente en tres

[70] El general Francisco Espoz y Mina (1781-1836).

meses. «Quiero morir feliz», decía la desdichada amante; «quiero morir como su esposa». Así, se celebró el matrimonio. Quince días después, ella había fallecido.

A pesar del tono romántico de este episodio, estamos convencidos de su veracidad. El carácter, los modales y la posición social del héroe de esta pequeña novela no nos permitieron la menor duda. Un amigo suyo nos contó que renunció a los 300.000 francos que le aseguraba su contrato matrimonial. Pocos días después, lo vimos en Madrid, con el uniforme de jefe de escuadrón, llevando un mensaje del general Llauder a la reina en Aranjuez.

Temiendo caer en manos de los facciosos durante el viaje de Valencia a Madrid, se había afeitado el bigote y usado un pasaporte con nombre falso. Aun así, temía enormemente a la banda de Carnicer.[71] «Si somos capturados por este líder», nos decía, «nos fusilará; vengará en nosotros la muerte de quinientos de los suyos, muertos o ahogados cerca de Tortosa hace unos quince días».

Volvamos a nuestro relato. Estábamos en la Mancha, patria de Cervantes [Don Quijote] y Sancho, su fiel escudero. Cada paso en esta región evocaba una de las muchas hazañas del caballero andante. Había molinos de viento y rebaños de ovejas aquí, y arrieros y Maritornes allá. En todas partes había animales con largas orejas, cuya apariencia nos hizo comprender mejor la devoción de Sancho por su burro grisón. Sin embargo, no pudimos encontrar a Dulcinea en ninguna parte. Es posible que un astuto hechicero todavía la tenga bajo su encantamiento mágico.

[71] El cabecilla Manuel Carnicer (1790-1835), detenido por las fuerzas del gobierno en Miranda de Ebro fue fusilado el 6 de abril de 1835.

Decidimos detenernos a cenar en una *posada* que tenía una enorme cadena de hierro colgando en la puerta.[72] Nos explicaron que esto indicaba que el rey había pernoctado allí y que, además de tener el honor de haber alojado a su majestad, el posadero tenía la ventaja de no tener que pagar impuestos. El clima era frío y los habitantes ya no tenían ese aspecto valenciano que tanto nos gustaba, se parecían un poco a nuestros compatriotas de Auvernia. En la mayoría de las casas el hogar estaba en el centro de la habitación y una piedra redonda en el suelo se encargaba de mantener el calor. Hasta veinticinco personas podían reunirse cómodamente alrededor de la piedra, cuyo conducto de humo tenía forma de campanario.

Llegamos a Quintanar de la Orden a las seis de la tarde, donde nos recibieron con gran hospitalidad y pasamos una noche encantadora. Uno de los viajeros era el guitarrista español Huerta, considerado el mejor de su clase.[73] Tuvo la amabilidad de deleitarnos con varias piezas musicales que fueron muy aplaudidas por todos los presentes. Nuestro anfitrión, un gran aficionado a la música y apasionado por la guitarra como todos los españoles, había avisado a los aficionados del pueblo, quienes acudieron al son de un tambor con sus casacas negras y sombreros puntiagudos. El hostelero, encantado, hacía circular el vino añejo de Alicante.

Estábamos sentados en una mesa muy bien servida, cubiertos de flores, frutas, el mejor vino español en nuestras

[72] Seguramente la Venta del Toboso.

[73] Trinidad Huerta (1800-1875), el más destacado guitarrista de su tiempo, en sus programas aparecen variaciones sobre el fandango, la jota y temas nacionales españoles.

copas, un cigarro en la boca, y los oídos hechizados por los aires más bellos de *Semiramis*.[74] Todos emocionados, uno de los principales del pueblo se sienta al piano (porque nuestro anfitrión tenía un piano), y canta con otros la canción patriótica *¡Viva Christina!*[75] Era casi medianoche cuando nos acostamos, y al día siguiente, partimos antes de las tres.

Sólo quedaban diecinueve leguas por recorrer cuando llegamos a Ocaña, donde cambiamos de mulas a las ocho de la mañana. Este pueblo fue el escenario de una famosa batalla en la que el ejército francés derrotó a los españoles y les arrebató 30.000 hombres. A mediodía llegamos a Aranjuez, una de las principales residencias de la realeza española. En ese momento, la reina, la corte, los ministros y los embajadores se encontraban allí. Observamos la guardia real y los guardaespaldas, que se parecían mucho a la antigua guardia real de Carlos V. Todo lo que pudimos ver, palacios, jardines, parques, etc., nos pareció muy hermoso, pero lamentamos no tener más tiempo para explorar la ciudad y el castillo con detenimiento. El Tajo, en su infancia, corre al pie del castillo, probablemente a él debemos esas hermosas avenidas de sicomoros, esos balsámicos jardines, ese parque, cuyo espeso follaje verde contrasta tan felizmente con el árido y monótono camino que conduce de Valencia a Madrid.

---

[74] La ópera *Semiramide*, obra de Gioachino Rossini, estrenada en el teatro La Fenice de Venecia en 1823.

[75] Canción en honor de María Cristina de Borbón-Dos Sicilias, reina consorte de España por su matrimonio con el rey Fernando VII de 1829 a 1833, y regente del Reino entre 1833 y 1840, durante la minoría de edad de su hija Isabel II.

Dos leguas antes de llegar a la capital, se puede ver a la derecha, sobre un pequeño montículo, un convento construido exactamente en el punto central de España, demostrando que Madrid está realmente en el centro de la península. A las seis de la tarde, entramos por la puerta de Toledo y, después de los aburridos trámites de pasaporte y aduanas, nos instalamos en *la fonda della Fontana de Oro, calle San Gerónimo*.

Madrid, del 16 al 20 de mayo.

Esta capital cuenta con doscientos mil habitantes. Está situada en una altura, en medio de una vasta llanura casi desnuda; a unas seis leguas de distancia, se divisa la sierra de Guadarrama (altas montañas casi siempre cubiertas de nieve); es a esta cercanía a la que se debe el frescor, a menudo fatal, de las tardes y noches en Madrid.

La ciudad está bien construida; las calles son rectas y algunas muy hermosas, como la *Calle de Alcalá* y la *Calle Mayor*; las casas son elegantes y casi todas de una arquitectura similar; la mayoría tienen dos o tres pisos (algunas tienen cuatro); están pintadas por fuera como los apartamentos en Francia: fondos lila o rosa pálido, y molduras o marcos de las ventanas en amarillo paja; además, en los barrios más ricos, persianas verdes; todo este conjunto produce un efecto muy bonito. Como en todas las ciudades de España, hay balcones y rejas en la planta baja, a veces incluso en el primer piso (¡país de ladrones y celosos!); el pavimento de las calles es pésimo; la ciudad está bastante bien iluminada con faroles colocados a ambos lados de la calle, a veinte pasos de distancia.

Madrid no tiene ni la fisonomía ni el movimiento de una capital; pocos carruajes, poco comercio, pequeñas tiendas, como en la calle St. Jacques de París; las mejor dispuestas son las de los comerciantes de sedas, mantillas, comestibles, confiteros, sombrereros, sastres y zapateros; las librerías se parecen a las del Passage des Grès. El *Palacio Real* es extremadamente hermoso; de todos los palacios que conozco, solo el Louvre le supera. Las iglesias, en general pequeñas, no tienen nada de curiosas.

La belleza de Madrid reside en sus fuentes y paseos; entre estos, el *Prado* ocupa el primer lugar: combina a la vez las Tullerías y los Campos Elíseos de París; los domingos se ve una multitud de paseantes a pie y en carruaje, pero solo por la tarde; porque en España, como en Italia, el bello sexo teme al sol. El atuendo de las damas se parece al de las valencianas, siempre con la elegante mantilla. Las mujeres están mucho menos favorecidas que en Valencia; sin embargo, hay algunas bonitas; y en la corrida de toros vimos quizás a la mujer más hermosa de España.

Los otros paseos son el *Retiro* y *las Delicias*. En el centro de la ciudad hay una plaza llamada la *Puerta del Sol*: es el punto de encuentro de los ociosos de la capital; todo el día se ven grupos de hombres cubiertos con sus capas, charlando y fumando: a cierta distancia, podrían tomarse por estatuas, pues nunca se les ve mover ni brazos ni piernas.

Uno de los motivos que más nos animaron a llegar hasta Madrid fue *la corrida de toros*; el tiempo lluvioso nos hizo temer que el espectáculo se aplazara al lunes siguiente (solo tiene lugar los lunes); pero el cielo nos fue propicio, y a las cuatro y media seguimos a una inmensa multi-

tud que se dirigía allí. La arena es circular y tiene aproximadamente el tamaño de la plaza Dauphine; alrededor se elevan varias galerías en forma de anfiteatro, que se llenaron rápidamente con más de diez mil espectadores de todos los rangos y sexos; en estas galerías están dispuestos dos grandes palcos, elegantemente decorados y situados uno frente al otro, donde se sitúan los personajes importantes que presiden o asisten a la *corrida*.

Hay dos clases de combatientes: los primeros son los *picadores*, hombres robustos que, armados con una lanza, luchan a caballo; sus vestimentas son de piel de búfalo, forradas con láminas de hierro, para protegerlos lo más posible de los ataques de los toros; su rostro está al descubierto. Los segundos se llaman *espadas*; luchan a pie y terminan el combate clavando su espada entre el cuello y la cabeza del toro. Los más renombrados son andaluces; su traje es muy elegante: chaleco de terciopelo verde, blanco o negro, bordado en plata; pantalón de cachemir blanco; medias de seda color carne; una redecilla recoge sus largos cabellos; su figura es tan elegante como su vestimenta.

En la corrida del 19 de mayo participaron tres *espadas*, y cada uno iba acompañado por siete u ocho *banderilleros*, vestidos exactamente igual, cuya misión es excitar al toro con pequeños capotes rojos o azules; luego, clavar en su cuello banderillas (especie de flechas), que aumentan la furia de la pobre víctima. A menudo, estas banderillas contienen pólvora; apenas se clavan en el cuello del animal, sale un cohete y se escuchan dos o tres detonaciones bastante fuertes. Lo que ocurre cuando el toro carece de valor, entonces los espectadores gritan: *¡Fuego! ¡Fuego!*

Estábamos aturdidos por los clamores que surgían de todos los lados del recinto; a veces se insultaba a los combatientes o al toro, otras mil bravos celebraban el valor del primero o la habilidad de los toreros. No era solo la plebe, los burgueses de Madrid gritaban como los demás.

Vimos morir a seis de estos terribles animales; venían de Navarra y Andalucía; son los más feroces. Siete u ocho caballos quedaron fuera de combate, cuatro muertos en el acto y los otros heridos; los dos combatientes a caballo los derribarons varias veces, y no sabemos cómo pudieron levantarse; estos hombres tienen una fuerza y una habilidad asombrosas: con un golpe de lanza detienen al toro en el momento en que este se lanza sobre ellos; pero cuando fallan, el toro derriba rápidamente tanto al hombre como al caballo; el primero se levanta cojeando, y el otro inunda la arena con su sangre. Se nos oprimía el pecho, mientras que a nuestro alrededor, mujeres jóvenes, bonitas, de aire casi sentimental, no mostraban otra emoción que la del placer.

Cuando los banderilleros son perseguidos de cerca, corren a refugiarse detrás de una empalizada de seis pies de altura que forma el primer recinto. Vimos a un toro saltar la barrera casi al mismo tiempo que el hombre al que perseguía, y ambos caer en medio de los espectadores. Ya nos lamentábamos por la suerte de los infelices que iban a ser inevitablemente aplastados o empalados. ¡Nada de eso! En este primer recinto solo hay aficionados acostumbrados al suceso. Tienen el ojo avizor y el pie ligero, de un salto se sitúan en la arena y ocupan el lugar del toro tan rápido como este el suyo. El pobre animal, muy incómodo en la galería, solo quiere aprovechar las salidas dispuestas para

volver a la arena, y los espectadores retoman sus lugares con la misma rapidez con que los abandonaron, y el combate continúa.

Cuando el toro ha sido herido mortalmente por el torero, sus piernas flaquean y cae de rodillas; entonces un banderillero le clava un puñal en la cabeza y muere al instante. Inmediatamente, tres hermosas mulas, ricamente enjaezadas, entran en la arena, que resuena con el sonido de sus cascabeles, y pronto parten al galope, arrastrando por el polvo al desdichado animal cuyo ojo lleno de fuego y cuernos amenazantes habían excitado poco antes los bravos de la asamblea. Admiramos la agilidad, la sangre fría, la habilidad y el valor del famoso Montes,[76] el primer *espada* o *toreador* de toda España. Un grande de España, primo de la reina, presidía la corrida; también había un batallón y la música de un regimiento de la guardia real.

Fuimos al teatro del *Príncipe* a escuchar *Anna Bolena*;[77] quedamos muy contentos con la interpretación; la hermana de nuestra bella Grisi[78] interpretaba el papel principal; su voz es deliciosa, por lo que es muy apreciada en Madrid. La sala del teatro es más que mediocre y totalmente indigna de una capital. Se está construyendo una nueva, frente al palacio real, que será magnífica; solo que nos pa-

[76] El gaditano Francisco Montes (Paquiro) (1805-1851), fue una de las figuras más destacadas del toreo entre 1831 y 1847, año en que se retira, aunque vuelve a torear en 1850 acosado por las deudas, y muere de las secuelas de una cornada.

[77] La ópera de Gaetano Donizetti, estrenada en Milán en 1830.

[78] La mezzosoprano italiana Giuditta Grisi (1805-1840), hermana de Giulia Grisi (1811-1869), célebre cantante de ópera italiana y una de las grandes sopranos del período *bel canto* romántico.

rece que el emplazamiento no podría ser peor. Este edificio ocultará por completo el palacio. Hay muy pocos carruajes públicos, y además son pésimos. El mal tiempo nos impidió visitar el museo [del Prado], que, según dicen, contiene buenos cuadros.

De Madrid a Córdoba, del 20 al 23 de mayo.

¡Nuestra suerte se está apagando! El tiempo se está volviendo espantoso y para aumentar las molestias nos vemos obligados a correr todo el día para conseguir nuestros pasaportes. La hora de partida estaba fijada para la medianoche, y a las cuatro de la mañana todavía estábamos sacudiendo el pavimento en el patio de la oficina de correos. Finalmente partimos los dos dentro del coche correo, en el descapotable de la parte delantera, el mayoral y el postillón en el asiento, alternando la conducción de cinco finas mulas.

Regresamos a Aranjuez, admirándolo con todo detalle, antes de volver a la triste provincia de la Mancha, donde la gente es muy pobre, los pueblos están medio en ruinas, los campos son áridos y poco cultivados. Esta parte de España fue la más afectada por la guerra de Independencia, y su suelo infértil, junto con su escasa población, mantendrá durante mucho tiempo las huellas de la guerra devastadora.

Llegamos a las once de la noche a Manzanares, y un campesino nos condujo a su *casa* plaza *de toros,* porque todos los pueblos de España tienen sus *corridas de toros*, y su mujer y su hija nos prepararon una cena bastante buena en menos de media hora, el gallo que comimos todavía

cantaba cuando llegamos. Nadie entendía francés, pero de alguna manera entablamos conversación, y como estábamos cerca de Sierra Morena, os podéis imaginar que era cuestión de ladrones, tres escopeteros nos ofrecieron sus servicios hasta la próxima posta, por un duro (5 fr.), aceptamos, volvimos a subir al auto y nos quedamos dormidos tranquilamente.

Al amanecer, nos adentramos en Sierra Morena y pasamos la mayor parte del día subiendo y bajando por la región. En el camino, vimos muchos carros tirados por dos bueyes y cargados de plomo, así como campesinos armados con escopetas que conducían convoyes de burros y mulas cargados de mercancías. Se dice que cuando son atacados por bandoleros, forman un cuadrado con su convoy y desde allí repelen el ataque. Las montañas de Sierra Morena tienen una apariencia parecida a los Pirineos, pero logramos un mejor conocimiento del interior de estas montañas. Quizás debido a su configuración o más probablemente porque el camino está trazado en un terreno que permite una mayor visibilidad. Las plantas aromáticas crecen allí en abundancia.

A las tres de la tarde llegamos a la Carolina, ubicada en la falda de Sierra Morena del lado de Andalucía. Como ocurre con todos los viajeros, notamos con asombro el cambio repentino en el suelo y la atmósfera dos horas antes. Habíamos visto campos de trigo todavía verdes y aquí vemos a los segadores cortando un trigo amarillo dorado. Habíamos soportado frío y ahora un calor excesivo. Finalmente, dejamos atrás las nubes negras y desagradables que parecían perseguirnos desde Madrid. Aquí tuvimos la oportunidad de ver una residencia real y hermosas aveni-

das de árboles que anunciaban la llegada de los visitantes. Podría pensarse que los reyes de España se reservaron el privilegio de los árboles, ya que solo se encuentran en su residencia. Dos horas después llegamos a Bailén, tristemente célebre por la primera derrota del ejército francés, derrota que incluso los españoles atribuyen a la traición.[79]

Llegamos a Andújar poco antes del anochecer y nos detuvimos durante tres horas. Es una ciudad hermosa y bien cuidada, con una población de unos nueve o diez mil habitantes. A las diez, volvimos a abordar el coche y la noche transcurrió sin incidentes. Al amanecer, nos encontramos con el coche de correos que se dirigía a Madrid. El mayoral pronunció algunas palabras a nuestros compañeros de viaje, entre las que pude escuchar *camino malo*, *hombres* y *caballos*. Por un momento intuí que no era seguro, pero pronto vi a campesinos, mujeres y niños yendo y viniendo por el camino, lo que me tranquilizó por completo. Mi compañero de viaje me dijo, «Querido amigo, España es un país encantador, aquí no hay más ladrones que en Francia». Luego bostezó y se quedó dormido, y yo pronto hice lo mismo. ¡Y aquí estamos soñando con andaluces!

Alrededor de las seis de la mañana, sentí que el coche se detenía y me desperté. Froté mis ojos y vi hombres a caballo armados con fusiles y puñales, que resultaron ser una banda de nueve bandoleros. Desperté a mi compañero y le dije que teníamos problemas. En ese momento, el cabecilla abrió violentamente la puerta y nos obligó a bajar del coche y sin titubear nos robaron todo lo valioso que

[79] Curioso y falso comentario, escrito, claro, por un francés. Tampoco fue su primera derrota.

teníamos. Mi bolsa, mi reloj y el anillo de mi amigo nos fueron arrebatados, aunque suplicando conseguí que me dejaran el mío. Los ladrones se burlaron de mi amigo cuando mencionó a su esposa y *matrimonio*, algo que consideré un rasgo de carácter español. Luego los *ladrones* se llevaron nuestros baúles y maletas, dividiéndolos en dos lotes, uno para ellos y otro para nosotros, les dejo decidir cuál era el mejor. Cada uno perdimos 250 francos en efectivo y cerca de 400 en efectos. Todavía puedo ver al más atrevido de la banda probando mi vestido verde, que entonces me parecía magnífico, y al más joven haciendo armas con mi bastón de espada, por poco no prueba en mi piel si la hoja era buena. El momento más crítico fue cuando descubrieron mi pistola, pero gracias a mi sangre fría lo superé.

Después de apresar nuestro botín los ladrones nos obligaron a alejarnos unos veinte pasos antes de dividirlo. A medida que pasaba el tiempo, aumentaba el número de sus víctimas, ya que cualquiera que pasara por el camino era asaltado y alejado a unos cuarenta pasos de distancia. La captura más significativa después de nosotros fue la de un jefe de correos, a quien despojaron de su caballo.

Tres de los centinelas de los ladrones vinieron corriendo para avisarles que debían marchar; subieron a sus caballos y partieron rápidamente y en buen orden. Cinco minutos más tarde, llegaron sin aliento una docena de soldados, pero los ladrones ya se habían esfumado.

Aún intentamos explicarnos lo poco que nos asustamos; de todos los sentimientos que experimentamos durante esa media hora, el más dominante fue la curiosidad. Imagínense a nueve tipos altos y robustos, de veinticinco a

treinta años, magníficamente vestidos, bien afeitados, bien peinados, con ojos negros llenos de expresión, un largo fusil en la mano y un puñal en la cintura. El atuendo del capitán era de esta manera: chaqueta de terciopelo azul oscuro, con botones y cordones plateados; chaleco rojo; pantalón corto azul oscuro, con bandas en azul claro; cinturón azul claro, donde brillaba el mango plateado de un puñal; polainas de cuero que marcaban bien la pierna; sombrero puntiagudo de fieltro, adornado con terciopelo negro; una camisa fina con jabot, bajo la cual se veía un medallón de oro que cerraba una bella pintura (el rostro de Cristo). Los otros ocho estaban casi igual de bien vestidos. Los caballos eran dignos de sus jinetes: hermosas monturas de las que colgaban un segundo fusil y un gran manto marrón. El jefe se llama, según dicen, Cambriles; un antiguo lugarteniente del famoso bandido José María, que había sido asesinado dos meses antes por este mismo Cambriles.[80]

Un incidente vino a añadir dramatismo a la escena: un mendigo de unos cincuenta años, a quien los bandidos habían detenido solo por precaución, se acercó a nosotros y nos saludó con un: *Que Dios os guarde y proteja siempre,* pidiéndonos limosna. Parecía ocupado únicamente en llenar su zurrón y recolectar algunas monedas, sin prestar atención a lo que ocurría a su alrededor; tal era la costumbre que tenía de este tipo de encuentros y su indiferencia hacia todo lo que no afectara sus propios intereses. Para los aficionados a las emociones fuertes, no podíamos haber tenido mejor suerte; y no lamentaríamos esta escena

[80] El bandolero José María el Tempranillo (1800-1833), actuó en serra-nía de Ronda, y murió en una emboscada de un antiguo compañero llamado *el Barberillo*, quizás este Cambriles.

si nos hubiera costado un poco menos. Por otro lado, cuando los viajeros llevan pocas pertenencias, los golpean sin piedad, lo que es mil veces peor. Afortunadamente, había escondido en mi bota un giro bancario de mil francos sobre Cádiz, lo que ayudó un poco a consolarnos de nuestra desventura.

Córdoba, del 23 al 24 de mayo.

Llegamos a Córdoba a las ocho de la mañana sin un solo centavo en nuestros bolsillos y sin saber muy bien cómo saldríamos del apuro: no hay consulado francés en esta ciudad. Nos alojamos en la fonda de San Rafael; afortunadamente, el dueño hablaba francés. Al relatarle nuestra situación, envió a buscar a un banquero quien, muy amablemente, acudió de inmediato y nos sacó del apuro. Nos entregó 300 francos y una orden para cobrar el resto con su corresponsal en Cádiz.

Después de descansar y reponer fuerzas, fuimos a visitar la famosa catedral de Córdoba, construida por los moros. El interior de este edificio es tan extraordinario que por un momento olvidamos nuestras *ladrones*. Hay trescientas sesenta y cinco columnas, tantas como días del año, todas de mármol y con arquitectura y colores variados (blancas, negras, lisas, estriadas, etc.). Es un bosque de columnas: en todo momento nos parecía ver aparecer a aquellos terribles moros, envueltos en sus largos mantos blancos, venidos a invocar al dios de Mahoma. Nos señalaron la *capilla* (pequeña capilla) de Mahoma, con todos los ornamentos de la época árabe. Admiramos, muy cerca

de esta capilla, una puerta en forma de arco con adornos arabescos de exquisito gusto.

También vimos, junto a una columna, un enrejado de hierro de tres pies cuadrados, donde, según dicen —aunque lo dudo mucho—, los árabes mantuvieron encadenado durante mucho tiempo a un caballero cristiano quien, para consolar sus sufrimientos y al mismo tiempo vengarse de sus opresores, tuvo la habilidad y la enérgica paciencia de grabar con sus uñas en la columna de mármol, cerca de la que estaba encadenado, un Cristo en la cruz. Efectivamente, vimos el Cristo y, justo al lado, una pequeña pintura que representa a un prisionero de rodillas; encima hay una inscripción latina destinada a perpetuar este rasgo de heroísmo cristiano.

Durante nuestro paseo por estos numerosos pasillos de columnas, nos encontramos con tres compañeros de infortunio: un campesino y sus dos hijos de nueve a diez años. Al padre le habían robado su dinero, y mientras encontraba trabajo, estaban sin pan. Les dimos dos francos y nos dolió pensar que nuestra situación no nos permitía compensarles por completo su pérdida.

Córdoba tiene una fisonomía muy particular, más africana que europea. Cincuenta mil habitantes, la mayoría pobres y por ello más orgullosos, y todos generalmente tristes y silenciosos, viven en esta ciudad perezosa donde rara vez se escucha el ruido de los trabajadores. El obispo distribuye cada día nueve mil cuartos de pan a otros tantos individuos, y como la distribución se hace un día para los hombres y otro para las mujeres, puede estimarse el número de pobres en dieciocho mil. Es cierto que muchos

vienen de los campos circundantes y que la cosecha este año ha sido muy mala.

Desde lo alto de la torre a la que subimos, guiados por un valiente irlandés que hablaba francés (antiguo cocinero del general d'Erlon), disfrutamos a placer del hermoso panorama que ofrecen Córdoba y sus alrededores, bañados por el Guadalquivir. Nuestra mirada se extendía sobre la campiña más rica de España, y reflexionábamos sobre lo extraño del destino humano: ser robados de día en el país más rico y poblado, y haber pasado la noche, sin ser molestados, en medio de poblaciones arruinadas y hambrientas. Definitivamente, los andaluces tienen mucha sangre árabe en las venas.

Las calles de Córdoba son extremadamente estrechas, las casas pequeñas, blancas por fuera y de construcción cuadrada para dejar entrar el sol lo menos posible. Nuestro cicerone nos llevó a una gran plaza con pórticos, cuyo ambiente mercantil guarda cierto parecido con el de los Piliers de la Halle en París. Allí se congregan los vendedores de comestibles para el pueblo llano; numerosos puestos reciben carnes, pescados y verduras, y despiden un vapor que corta la garganta. Sin embargo, es aquí donde se reúnen los ciudadanos de Córdoba que, al caer la tarde, vienen a discutir las noticias del día. Hay que verlos en grupos de cinco o seis, de pie, inmóviles, con el manto pardo sobre el hombro, el sombrero puntiagudo en la cabeza, fumando cigarrillos y hablando por turnos con una gravedad y uniformidad de tonos que contrastan mucho con las bulliciosas conversaciones francesas.

Al día siguiente, 24, tomamos dos plazas modestas de rotonda en la diligencia hacia Sevilla, y nos dirigimos cer-

ca del hermoso puente que cruza el Guadalquivir para esperar su paso. Nuestro irlandés nos hizo entrar en una oficina de salud, establecida a causa del cólera que reinaba en un pueblo a ocho leguas de Córdoba. Varios sacerdotes que allí se encontraban nos recibieron con mucha cortesía; pero estoy seguro de que se reían por dentro al ver a dos *negros* (liberales) robados. Sus rostros sonrientes, sus vientres redondos y sus ropas de telas finas y suaves hacían un extraño contraste con las caras demacradas y los mantos rotos de la mayoría de los habitantes. Es aquí, más que en ningún otro lugar, donde percibimos con fuerza la influencia dominante del clero; y, como consecuencia natural, la ciudad es considerada de marcado carácter *carlista,* (partidario de don Carlos).

El jefe de la oficina tuvo la amabilidad de certificar en nuestros pasaportes que nos habían robado, para reducir en lo posible los peligros de un segundo encuentro con bandidos; porque no habíamos llegado al final de nuestras penas: los buenos sacerdotes nos habían advertido caritativamente que al menos cien *ladrones* merodeaban por el campo entre Córdoba y Sevilla, y como no podíamos ni queríamos darles nada más, debíamos temer ser maltratados. ¡Robados, pase; pero golpeados, eso ya sería demasiado!

Ruta de Córdoba a Sevilla, del 24 al 25 de mayo.

Partimos a mediodía con nuestra diligencia escoltada por cuatro escopeteros, dos a caballo y dos en la parte superior. Sin embargo, la pregunta era: ¿qué podrían hacer cuatro hombres contra bandas de quince o veinte bandidos

que acechaban la zona? Apenas habíamos avanzado dos leguas cuando nos topamos con un jinete enviado a explorar, y nos informó que había visto a ocho *ladrones* a caballo a seis leguas de distancia. Esto provocó un gran temor entre los viajeros, que solo se calmó al llegar a Écija a las seis en punto de la tarde.

El pueblo se encuentra en el fondo de un hermoso valle que lo protege de los vientos, aunque a veces se siente protegido en exceso, ya que se dice que es el lugar más caluroso de España. La ciudad tiene un aspecto muy pintoresco, con una gran plaza central rodeada de casas de estilo morisco y cuatro torres elegantes construidas por los moros. Si se vieran unos turbantes, uno podría creer que está en una ciudad árabe, ya que no falta nada: mujeres con velo, ventanas con rejas, casas cuadradas con patios empedrados de mármol y una fuente en el centro. Entre estas hermosas viviendas merece especial mención la del marqués de Peñaflor; pinturas al fresco, fuentes de mármol y arbustos fragantes la convierten en un pequeño y encantador palacio. Por la noche, durante la cena se discutió la posibilidad de contratar dos escopeteros adicionales, pero dado que pedían 90 francos y nuestra situación no mejoraría mucho, decidimos conformarnos con los cuatro del día anterior. Por razones de economía, dormimos sentados en sillas.

Al día siguiente, a las dos de la mañana, continuamos nuestro viaje resignados ante lo que pudiera sucedernos. Maldecimos con todo nuestro corazón la absurda decisión de partir de noche, y dormimos muy poco, como podrás imaginar. A menudo, bajo la luz tenue de la luna, veíamos a nuestros escopeteros galopando a doscientos o trescien-

tos pasos detrás de la carreta, y como compartían algunos rasgos con los *ladrones*, nos asaltó una duda bastante cómica. Para añadir a nuestra posición precaria, uno de ellos disparó un tiro al amanecer, lo que nos hizo temer lo peor, pero resultó que había sido un disparo a un pájaro. A las cinco de la mañana, llegamos al punto de cambio de mulas en la *Puerta Portuguesa*,[81] conocido como el lugar más peligroso del camino. Solo ocho días antes, una mujer y una joven de trece años allí habían sido *más que robadas*.

Antes de llegar a Carmona, vimos los restos de una fortaleza construida por los moros en un cerro casi vertical.[82] Desde allí, se podía disfrutar del panorama impresionante de una inmensa llanura. A los pies de la altura, había un valle extremadamente fértil con un pequeño río fluyendo en medio. Estas eran ventajas invaluables para una guarnición árabe compuesta principalmente por caballería. A las diez de la mañana, desayunamos en Carmona, una ciudad bastante hermosa con una población de alrededor de siete u ocho mil habitantes. Entre Écija y Sevilla el campo es extremadamente rico, con enormes pastos cubiertos de bueyes y toros, campos de olivos, higueras, palmeras, áloes, granados, pinos, entre otros. Sin embargo, no pudimos disfrutar de toda su hermosura debido a la excesiva sequía de ese año, que dañó mucho la cosecha y multiplicó hasta el infinito el número de pobres y ladrones. Entramos en Sevilla a las dos de la tarde.

---

[81] Se trata de la famosa *Venta de la Portuguesa*, en el Camino Real.
[82] El Alcázar del rey Don Pedro.

Estancia en Sevilla, del 25 de mayo al 1 de junio.

Chi no ha visto Siviglia
Non ha visto maraviglia!

Sevilla es, en nuestra opinión, la ciudad más bella de España (Barcelona viene después, seguida de Madrid y Cádiz); está situada en medio de una hermosa llanura, bañada por el Guadalquivir. Su población es de ciento veinte mil habitantes; en el pasado fue la capital del reino, durante la época en que Isabel de Castilla y Fernando de Aragón reinaban en España. El día de nuestra llegada, visitamos la catedral, que es muy hermosa, con una arquitectura mitad gótica, mitad morisca. Allí se encuentran algunas pinturas del famoso Murillo. Algo bastante singular y que nos sorprendió de inmediato fue no ver en la iglesia ni sillas ni bancos; los hombres permanecen de pie o de rodillas, las mujeres de rodillas o agachadas al estilo oriental.

Subimos a lo alto de una torre adyacente a la iglesia, llamada la *Giralda*; los habitantes de Sevilla están muy orgullosos de ella y la adornan con el pomposo nombre de octava maravilla del mundo; es realmente muy hermosa, de una elegancia y ligereza verdaderamente notables, y honra el buen gusto de los árabes que la construyeron. Al igual que en la torre de Venecia, no se sube por una escalera, sino por una rampa suave, por lo que incluso se puede subir a caballo: Fernando, rey de Castilla, lo hizo así.

Después de la catedral y la torre, debemos mencionar el paseo público llamado *Las Delicias*, que merece su nombre en todos los aspectos; está situado entre las murallas y el Guadalquivir, y bastante cerca del hermoso palacio del

Alcázar; árboles, arbustos, plantas de todo tipo, notables por su frescura y la vivacidad de sus colores, fuentes y la cercanía del Guadalquivir contribuyen a que el aire sea puro y fresco; por eso todas las tardes, y especialmente los domingos, las damas de Sevilla vienen aquí a respirar y, al mismo tiempo, a lucir sus grandes ojos negros, sus formas graciosas y sus pies bonitos.

Nos alojamos en la *posada de Bariere* —fíjense bien, *posada* y no *fonda* (albergue y no hotel)— para economizar; por 18 reales al día, tenemos una habitación, el desayuno y la cena. A las nueve de la mañana tomamos chocolate, que los españoles preparan a la perfección, y a las tres de la tarde una comida pasable. Come con nosotros un corregidor de un distrito cercano a Sevilla; es un gran comensal, habla francés como nosotros hablamos español, y, a pesar de todo, la conversación no decae.

El jueves 28 de mayo, desayunamos temprano para ir a ver la procesión del Corpus Christi: el cielo está espléndido, el calor soportable (24 grados), los hombres y las mujeres están elegantemente ataviados, excepto dos pobres franceses, cuyo atuendo dista mucho de ser brillante: *¡Chiens de voleurs¡* Cruzamos la calle de los *Francos* (la calle Saint-Denis de Sevilla): todas las casas están tapizadas, de arriba abajo, con tela de seda carmesí, solo las ventanas están recortadas, y mujeres, con sus atuendos más brillantes y rosas naturales en el cabello, se agrupan para ver pasar la procesión. Nos dirigimos a la plaza Isabel II; allí se encuentran el *Ayuntamiento* y la residencia del capitán general. Un hermoso escuadrón de lanceros estaba formado en batalla. He aquí la procesión:

Monjes de diversos colores (los capuchinos a la cabeza) abren la marcha y desfilan lentamente, en medio de una fila de guardias nacionales; luego viene el clero regular, todo entremezclado con cruces, estandartes y vírgenes ricamente vestidas; una banda militar y un destacamento de artillería a pie, de muy buena presencia, precedían al Santísimo Sacramento, que estaba colocado sobre una gran torre de plata: seis hombres, ocultos por cortinajes, llevaban esta enorme torre y parecían doblarse bajo su peso. Las autoridades y una multitud de devotos cerraban el cortejo.

En medio del desfile de la procesión, una docena de monaguillos fueron a colocarse bajo las ventanas del capitán general, y allí, al son de la música, los vimos bailar y tocar las castañuelas. Parece que el clero español, a imitación de David, asocia la danza a su culto; porque también fuimos testigos de una segunda representación de este tipo de *valse dansante*, esta vez en el coro, durante un oficio vespertino, donde la iluminación, la música, los cantos y una multitud de mujeres elegantes sentadas sobre los talones y agitando artísticamente el abanico, daban a esta ceremonia religiosa un carácter de grandiosidad y extrañeza que nunca olvidaremos.

El viernes 30 de mayo, fuimos, aunque sin mucho entusiasmo, a ver la *corrida de toros*. La arena, que alberga al menos quince mil personas, estaba llena: es realmente desconcertante ver, en España, a hombres y mujeres correr con tanto ardor hacia un espectáculo tan sangriento. Ocho toros muertos, otros tantos caballos y un *picador* agotado fueron las víctimas del día.

La *corrida* terminó con una escena bastante divertida: un toro un poco menos furioso que los demás es soltado en la arena con bolas en la punta de los cuernos; dos o trescientos de los espectadores más valientes saltaron la barrera y allí acosan al toro, lo persiguen, lo esquivan; pero entre ellos, algunos, ya sea por torpeza o por exceso de audacia, son derribados por el terrible animal, ante las carcajadas del público; inmediatamente se levantan y, para sorpresa de todos, vuelven a correr con más brío.

El sábado 31 de mayo, a las seis de la mañana, un sevillano amigo de nuestro corregidor, tuvo la amabilidad de llevarnos a un convento de capuchinos que alberga hermosos cuadros de Murillo; vimos cuatro o cinco muy notables, entre ellos, un Pobre pidiendo limosna a unos religiosos.

El domingo siguiente, vimos anunciado el decreto real para la convocatoria de las cortes; se levantaron tribunas en las principales plazas públicas; y a las cinco de la tarde, el corregidor y todas las autoridades, escoltados por los urbanos a pie y a caballo, con la banda musical al frente, recorrieron la ciudad leyendo, entre los vítores de la multitud, el decreto real. Por la noche, canciones patrióticas e iluminación general. Durante el día, los habitantes habían desplegado en sus balcones ricas telas carmesí.[83]

---

[83] Tras la muerte de Fernando VII, la regente María Cristina sancionó en abril de 1834 el Estatuto Real, una concesión de la monarquía a los sectores liberales que apoyaban la legitimidad dinástica de Isabel II. Se trataba de una constitución muy restrictiva, alejada del principio de soberanía nacional. La Corona se reservaba en exclusiva la iniciativa legislativa, y los estamentos quedaban limitados al derecho de petición, lo que convertía a las Cortes resultantes en un órgano con un

Sevilla es, en nuestra opinión, la ciudad más curiosa, más característica y más española de toda la península; es siempre la patria de los Basilio, de las Rosina, de la mujer bella, buena y apasionada, cualidades que, reunidas bajo un cielo ardiente, a menudo convierten a una tierna Rosina en una madre culpable.[84] Las casas son en general pequeñas, pero de construcción elegante; tienen dos pisos, son blancas por fuera y las rejas de las ventanas están pintadas de verde. Es especialmente por la noche cuando ofrecen una vista encantadora: la puerta de madera que da a la calle está abierta y permite ver el interior; se distingue primero una bonita reja elegantemente diseñada; detrás cuelga una lámpara que proyecta una suave luz sobre un pequeño patio cuadrado, rodeado de arcadas con columnas y refrescado por una fuente, cuyo leve murmullo agrada al oído; a menudo también hay arbustos colocados entre las pequeñas columnas o alrededor de la fuente. En todas las ciudades de España hay *serenos* (guardias nocturnos) que recorren las calles anunciando la hora. En Sevilla, escuché varias veces: *Ave María purísima, las doce y media*.

Unas horas antes de partir, tuvimos el placer de ver a varias jóvenes bailar el bolero, acompañándose con castañuelas; notamos su gracia, su ligereza y la superioridad de la danza española sobre la danza francesa. La mayoría de

---

poder legislativo meramente simbólico. Bajo este marco legal se convocaron elecciones a Cortes según la ley electoral aprobada en mayo, que establecía un sufragio indirecto, de segundo grado y censitario.

[84] Basilio y Rosina, los dos personajes clave de la ópera *El barbero de Sevilla* (1816), que representan arquetipos de la cultura española romántica, símbolos de pasión, ingenio y el espíritu andaluz.

los españoles bailan y tocan la guitarra; dotados para estas dos artes, se las transmiten fácilmente unos a otros. A las nueve y media de la noche, nos despedimos de Sevilla y subimos a bordo del barco de vapor *El Corriano*, que nos llevaría a Cádiz.

Ruta de Sevilla a Cádiz, del 1 al 3 de junio

El vapor *el Corriano* partió a las diez de la noche, y a bordo eramos alrededor de sesenta pasajeros, de lo más variado y curioso: un moro dormía junto a un fraile, un francés compartía espacio con un capuchino de larga barba, una anciana charlaba con su loro en un rincón, andaluces con sombreros puntiagudos jugaban a las cartas y fumaban, mientras que los ingleses bebían y algunas mujeres y niños dormitaban aquí y allá. Tristemente, sólo pudimos disfrutar de una pequeña parte de las famosas riberas del Guadalquivir, y lamentamos no haber hecho el viaje de día.

A las seis de la mañana, el vapor *el Corriano* se detuvo cerca de Sanlúcar de Barrameda, donde la mitad de los pasajeros se apearon. Una hora después estábamos navegando en el océano, pero el viento soplaba fuerte en nuestra contra, lo que ralentizó mucho el avance. A pesar de que avistamos Cádiz, lamentablemente no pudimos desembarcar allí. Durante dos horas luchamos en vano contra las olas, y finalmente nos vimos obligados a regresar a Sanlúcar. Sin dinero y cansados del mar, tuvimos que soportar las extorsiones de barqueros, aduaneros, transportistas y hoteleros, todos rematados ladrones. Sin embargo, gracias a nuestra buena apariencia o a la suerte que nos

acompañaba, conocimos a un valiente comandante de artillería naval que generosamente nos brindó su ayuda, su bolsa y nos asesoró con su buen humor para sobrellevar todos nuestros apuros.

En Sanlúcar tomamos un carruaje de estilo Luis XIV, tirado por cinco mulas, que nos llevó al Puerto de Santa María en dos horas y media. Teníamos previsto embarcarnos para Cádiz de inmediato, pero debido al mar embravecido retrasamos nuestra travesía hasta el día siguiente. Sin embargo, el viento y el mar seguían siendo difíciles. ¿Qué hacer? Teníamos cartas de personas queridas para nosotros a tres leguas de distancia. Éramos pobres aquí, pero en Cádiz podríamos ser casi ricos. Decidimos ir de todas formas y nos acomodamos en un amplio bote abierto con alrededor de veinte personas, hombres y mujeres. El patrón solo desplegó la mitad de la vela mayor debido al fuerte viento, pero aún así navegábamos a una velocidad increíble. Las enormes olas rompían a popa y nos azotaban la cara mientras el agua se colaba por nuestras ropas. Las mujeres, aterrorizadas, recitaban en voz alta la oración de los moribundos y los hombres no se reían de ello. Esta situación crítica duró una hora, y no os podéis imaginar fácilmente con que alegría pusimos pie a tierra.

Cádiz, del 3 al 7 de junio.

Cádiz tiene 70,000 habitantes; es la ciudad más rica y elegante de España; las calles son hermosas y rectas, las casas altas (de tres a cuatro pisos) con balcones acristalados, o más bien ventanas que sobresalen un pie en la calle, y que, durante el día, están protegidas del sol por *cortinas*

(gruesas cortinas de tela o de lona). En este momento se está construyendo una nueva catedral, casi toda de mármol; su arquitectura es rica, pero un poco pesada. Se espera que en diez o quince años esté terminada (la construcción lo está en tres cuartas partes).

Por la noche, íbamos, de ocho a diez, a la plaza *San Antonio*; un bonito paseo circular, plantado de árboles, y punto de encuentro de las hermosas gaditanas. La música de un regimiento de línea venía cada dos días a tocar sinfonías durante una hora. También fuimos a pasear a la *Alameda*, una larga avenida arbolada con vistas al mar.

Nos alojábamos en la posada de la *Alianza*, siempre con nuestro amable comandante de artillería de marina (Célestin Ruiz de la Bastide), a cuya amabilidad, ingenio y alegría debemos rendir un tributo de elogios. Lo conocimos en el viaje de Córdoba a Sevilla; su conversación era muy interesante, y captó de inmediato nuestra atención. Al conocerlo mejor, nos dimos cuenta de que estaba tan bien dotado de corazón como de espíritu; nos separamos como viejos amigos. Él se embarcó hacia la Isla de León la víspera de nuestra partida a Málaga, donde su batallón estaba acantonado.

Dotado de una memoria muy feliz y habiendo vivido en la corte, la ciudad y los campos, conocía perfectamente la biografía de los personajes célebres de su país. El general Morillo era uno de aquellos de los que hablaba con más placer.[85] Íntimamente ligado a este general, fue de su pro-

---

[85] El general Pablo Morillo (1775–1837), fue enviado a Venezuela en 1815 para sofocar las rebeliones independentistas, donde lideró las fuerzas realistas contra los movimientos independentistas, especialmen-

pia boca de quien escuchó el siguiente hecho, que consideré lo suficientemente curioso como para registrarlo aquí:

Morillo, que fue durante mucho tiempo general en jefe del ejército español en América del Sur y el adversario más temido de Bolívar, disfrutaba contando que un día unos soldados le ofrecieron compartir su parte de una cabra que estaban preparando para su comida: «Dios me guarde de negarme», les dijo, «porque siempre recuerdo con placer que fue a una cabra a la que debo mi fortuna; así fue: A los catorce años, era pastor de cabras en casa de mi tío; un día, una de ellas se extravió; temiendo ser maltratado, huí y me alisté como soldado; al cabo de un tiempo, llegué al grado de sargento; pero nueva desgracia: falté a un llamado, temí ser castigado y deserté.

En el año 1808, al comienzo de la guerra de la Independencia, los campesinos de mi pueblo tomaron las armas; y a pesar de mi juventud, me nombraron su capitán, siendo el único que conocía el ejercicio militar; más tarde, Lugo fue sitiado por 40.000 campesinos; solo 1.500 franceses defendían la plaza. Desesperados de ser socorridos, quisieron capitular; pero como su honor u orgullo se habría visto herido al rendirse ante campesinos, declararon que solo tratarían con un jefe militar. Al ver esto, me hice confeccionar de inmediato un rico uniforme de coronel; tuve una entrevista con el comandante de los sitiados, quien me encargó redactar los artículos de la capitulación, y firmé: *el coronel Morillo*. Mi rango me fue confirmado». Poco

---

te contra Simón Bolívar. Murió en 1837, durante la Primera Guerra Carlista, defendiendo la causa liberal.

después, los talentos militares de Morillo, unidos a su raro valor, le valieron el grado de general.

Vamos a completar la parte militar de nuestra relación hablando un poco de la fisonomía y las costumbres del soldado español. Los rasgos característicos que distinguen al francés del español son más marcados, quizás aún más pronunciados, en las costumbres y hábitos militares de los soldados de estas dos naciones. Y primero hablemos del *cigarro*. Todo el mundo sabe el papel inmenso que juega el cigarro en la vida española. Es una parte integral del bienestar civil y militar; no hay conversación que no preceda; no hay relación o vínculo que no facilite; no hay sufrimiento que no ayude a soportar. Así, en la guerra, tanto en *el paseo* como en una avanzadilla, se encuentra al soldado español saboreando con deleite y felicidad sus bocanadas de tabaco. ¿Qué le importan después el hambre, la sed y las inclemencias del tiempo? Fuma y tararea, eso es suficiente.

Después del cigarro, el objeto más esencial, sin duda, para el soldado de este país, es ese instrumento que se encuentra tanto en los cuerpos de guardia y los campamentos como en las barberías: ¡la guitarra! Un día nos encontramos con unos jinetes que partían para una expedición nocturna, y uno de ellos portaba este instrumento tan querido. En los cuerpos de guardia, a menudo se lo ve junto al armero. Es la guitarra la que preside los conciertos nocturnos, las *seguidillas*, *manchegas*, etc., serenatas improvisadas, impregnadas de un origen y un encanto totalmente moriscos, y que, en las hermosas noches de verano, atraen a la *señora* debajo del balcón.

El soldado español tiene cualidades notables; es valiente, sobrio, paciente, infatigable; pero orgulloso y rara vez generoso en la victoria. El ejército español, como ya hemos dicho, tiene mucho parecido con el nuestro; la infantería se compone de regimientos de línea y regimientos de infantería ligera; la caballería, regimientos de línea (dragones) y cazadores-lanceros. Los uniformes son de corte elegante y francés; los colores son el verde y el azul, con adornos amarillos o rojos. La bandera es roja y amarilla.

Lo que difiere esencialmente de nuestro país es la marcha que tocan los tambores; digo la marcha, porque solo tienen una, y de una monotonía insoportable. Sin embargo, ya en las ciudades más liberales, los tambores de la guardia nacional tocan al estilo francés, a pesar de la prohibición expresa del difunto rey Fernando. Es en este punto único donde los españoles reconocen nuestra superioridad; porque pretenden superarnos en todo lo demás. Hemos oído a un viejo marinero afirmar que Barcelona era una ciudad más grande y hermosa que París. Otro me dijo: *Los españoles son más valientes que los franceses*. Un inglés me habría hecho ruborizar, pero mi español me hizo reír. Si los tambores son malos, hay que admitir que, en cambio, las músicas de los regimientos españoles son mejores que las nuestras. La elección de las melodías, a menudo tristes y melancólicas, carece un poco de vivacidad militar; pero la armonía es pura y la ejecución sentida.

Volvamos a Cádiz: a pesar de los encantos de esta ciudad, a pesar del atractivo de los placeres españoles, bolero,

castañuelas, guitarras, canciones y cigarrillos,[86] una idea fija nos perseguía, la de partir; fuimos a la *Calle Nueva*, donde suelen estar los marineros, y reservamos un pasaje en una barca con cubierta, con destino a Málaga. *Señores, diez douros para los dos, y partiremos sábado a las tres de la tarde*. A la hora y día acordados, estábamos en el *místico la Villa del Carmen*, del patrón Mariano Coscolla.

De Cádiz a Málaga, del 7 al 9 de junio.

Nuestra pequeña embarcación de unas treinta toneladas, contaba con una tripulación de cinco miembros. Nuestros compañeros de viaje eran numerosos y todos ellos españoles, que solo hablaban y entendían el idioma local. Uno de ellos, un capuchino de Málaga de unos treinta y dos años, tenía un rostro de una belleza singular. Fue muy amable, obsequiándonos con naranjas y cigarros excelentes. Por las noches, se acostaba cerca de la cama de la esposa del patrón y, según creo, mi compañero capuchino era tan amable durante la noche como lo era durante el día. Siempre era el primero en levantarse y el último en acostarse. Varios de nuestros compañeros de viaje, a quienes volvimos a ver en Málaga, nos comentaron que el capuchino era un libertino.

Recuperando el viento, circunnavegamos Cádiz, una ciudad que se asemeja a Venecia, rodeada por el mar y conectada con tierra firme solo por un estrecho terraplén de dos leguas de longitud, lo que la protege completamente

[86] Nota del autor. En Cádiz, casi todas las obreras o mujeres del pueblo fuman el cigarrillo; algunas damas también se permiten este placer, pero a escondidas.

de los enemigos que no dominan los mares. Al verla, se entienden claramente la causa de que los esfuerzos del ejército francés por tomar la ciudad durante la guerra de la Independencia fueron en vano.

Al abandonar el puerto, el movimiento de nuestro bote hizo que la mayoría de los pasajeros se sintieran mareados, incluyendo al capuchino, que también sufrió las consecuencias. Yo aguanté, y al igual que en el barco a vapor, escapé de la enfermedad general. Temprano en la mañana subimos a cubierta con la esperanza de ver Gibraltar, pero para nuestra decepción, aún podíamos ver Cádiz en la distancia, porque después de quince horas de navegación sólo habíamos recorrido tres leguas. Finalmente, un poco de viento infló nuestras velas y a las cuatro de la tarde divisamos el cabo Trafalgar, lugar tristemente célebre por las pérdidas irreparables de los ingleses, franceses y españoles, los primeros de Nelson y los otros de sus armadas.

Antes de anochecer, llegamos a la entrada del estrecho de Gibraltar y pudimos divisar las costas tanto de Europa como de África. Poco después, vimos el faro de Tarifa, pero lamentablemente la noche nos impidió ver Gibraltar, Tánger y Ceuta. Al despertar al día siguiente, nos encontramos con que nuestro pequeño barco estaba navegando sin problemas y todo parecía indicar que llegaríamos a Málaga a tiempo. A eso de las diez de la mañana, pudimos ver las torres de la catedral de Málaga, y a la una entramos en el puerto, junto con un barco ruso. A una media legua del puerto, pudimos ver de cerca de ocho a diez focas que asomaban sus cabezas del agua y parecían disfrutar del movimiento de las olas.

Nos regocijamos antes de tiempo con la idea de abandonar nuestro místico, donde, por decirlo así, no habíamos dormido ni comido pan, agua, ni un poco de carne fría, y con un baúl por almohada. Sin embargo, una orden del departamento de salud nos obligó a permanecer en el puerto durante cinco horas, durante las que nos quejamos amargamente de la administración que nos había condenado inútilmente a una pequeña tortura, ya que el mar nos agitó con tanta fuerza que algunos pasajeros se marearon. Finalmente, a las seis de la tarde entramos en Málaga.

Málaga, del 9 al 22 de junio.

Esta ciudad es calificada como *muy bonita*, calificación que nos complacemos en ratificar. Está construida a orillas del Mediterráneo y al pie de altas montañas que la protegen de los vientos del norte; su población es de aproximadamente cincuenta mil habitantes. Nos indicaron *la fonda de la Esperanza*, donde, por 4 francos al día, tenemos una habitación, desayuno y cena cómodos, y además una anfitriona italiana muy amable. Nuestras habitaciones están decoradas con grabados coloreados, todos en honor a Napoleón; pues Napoleón, incluso en España, es considerado y admirado como el hombre más grande de los tiempos modernos. En todas partes, desde Barcelona hasta Málaga, hemos visto los mismos grabados, ya sea en las barberías, en las *fondas* o en las *posadas* donde nos hemos detenido; y, cosa notable, ni uno solo a favor de los ingleses.

Alojados cerca de la catedral, fuimos a verla el segundo día de nuestra llegada. Es muy hermosa, de arquitectura moderna, rica en el exterior y muy sencilla en el interior; lo contrario de lo que habíamos observado hasta entonces en todas las iglesias de España. Nos sorprendió la poca afluencia de esta iglesia: un domingo, a las once de la mañana, vimos diez personas; y otro día, durante un oficio de la tarde, con cantos, música, etc., había aún menos gente; de lo que concluimos que los habitantes de Málaga eran muy poco devotos.

A la derecha de la ciudad, vista desde el mar, se encuentra un fuerte construido por los árabes; se parece, por su arquitectura y posición, al que vimos cerca de Carmona. Lo visitamos con mucho interés; y lamentamos mucho que el mariscal Soult se sintiera obligado a destruirlo en 1809; sin embargo, lo que queda es suficiente para dar una idea de la belleza y solidez de la arquitectura militar árabe. Al otro lado de la ciudad, y muy cerca del mar, está el hermoso paseo *la Alameda,* con hermosos caminos de laureles rosas, mezclados con acacias, donde todas las noches se reúne la buena sociedad.

El señor Doré de Nyon, cónsul francés, para quien teníamos una carta de recomendación, nos recibió perfectamente bien. Nos puso al tanto de las noticias de Francia, nos dio periódicos de los que estábamos privados desde hacía seis semanas y que nos trajeron una triste noticia: la muerte del general Lafayette. Fue también gracias a la amabilidad de nuestro cónsul que tuvimos el placer de conocer un poco a la buena sociedad de Málaga; nos llevó a la casa de uno de los principales comerciantes, el señor Mongrand, francés, establecido en España desde 1796; allí

vimos una reunión de mujeres jóvenes, señoritas y caballeros bailar, valsear e incluso galopar; luego, *la señorita Frasquita*, una de las hijas más graciosas de este señor, se sentó al piano y cantó, con tanta amabilidad como gusto, algunas canciones españolas y un dúo italiano con nuestro cónsul.

Fuimos varias veces al teatro; los actores eran malos, la sala muy ordinaria y los espectadores pocos. El espectáculo consistía en una comedia española, un *baile nacional* (el bolero), admirablemente ejecutado, y una pequeña pieza cómica, que los españoles llaman *sainete*.

Nuestra estancia en Málaga nos permitió conocer las costumbres, los hábitos y un poco el carácter del bello sexo. Voy a consignar aquí algunos rasgos. Una dama nunca sale de su casa sin haber ensayado ante el espejo la actitud que debe adoptar al pasear: caminar, porte, expresión facial, movimiento del abanico, todo está estudiado. Estoy más inclinado a creer esto no solo porque lo escuché de una dama digna de crédito, sino también porque ya habíamos notado que todas las mujeres tenían el mismo andar. La madre enseña a sus hijas a caminar y a usar el abanico como cosas de la mayor importancia, a pesar del ridículo que pueda resultar; hay que admitir que la escuela es perfecta, que es imposible tener un andar más grácil y elástico, *un andar muy elástico*, como dicen los españoles, una apariencia más viva, o usar un abanico con más gracia, ya sea para enviar un saludo o para agitar el aire.

En cuanto al tema del abanico, no quiero olvidar una noticia preciosa que debo al señor D...: el abanico juega un gran papel en la galantería; si una bella quiere indicar a su amante que no le hable, coloca la punta de su abanico en

su frente; si quiere indicarle la hora de una cita, un cierto número de golpes en la mano se lo señala, y mil otras cosas similares: el abanico es en verdad un telégrafo.

No es costumbre en España pedir una dote ni siquiera darla; un joven que la pidiera sería ridiculizado y excluido de la sociedad. Las señoritas se dedican casi exclusivamente a procurarse un marido (lo que explica un poco la escuela de las madres de la que hablé antes); por eso despliegan una gran habilidad, un talento de seducción raro; en Francia, al menos abiertamente, son los jóvenes quienes inician el ataque, en España son las señoritas; es cierto que su posición es más difícil: 1º no hay dote; 2º hay más señoritas que jóvenes; 3º solo tienen tres o cuatro años de esperanza, después de los veinte ya es demasiado tarde; pero ¡qué gloria para las que triunfan!

Cuando por acaso los padres se oponen al matrimonio de su hija, ella tiene derecho a pedir la prueba del *depósito*, que se realiza de la siguiente manera. La señorita se retira a un convento durante un mes, y al cabo de ese tiempo, si persiste, el matrimonio se celebra por derecho. En el paseo nos mostraron a una joven que había pasado por esta prueba; pero esta vez, para satisfacción del padre, el amante había sido rechazado.

No podemos pintar mejor el arrebato de las mujeres españolas que relatando las dos siguientes anécdotas, de las que podemos garantizar su autenticidad.

Una señorita de Zaragoza, la hija del marqués C..., tenía por amante a un joven barbero, muy guapo; al saber, sin lugar a dudas, que le era infiel, decidió vengarse, y así lo hizo. Le dio una cita en un jardín, adonde acudió con su camarera, confidente de sus planes de venganza. El aman-

te fue puntual, y su joven amante, más tierna y juguetona que nunca, lo colmó de caricias, y terminó por pedirle que consintiera en una broma, un capricho femenino, dejarse atar los brazos y las piernas; nuestro joven no tenía nada que negarle a su amante, y menos ese día: se dejó atar. Entonces la joven condesa, cambiando de tono, le reprochó con palabras sangrientas su perfidia, y finalmente le anunció que se preparara para la muerte, para una muerte terrible; en efecto, a pesar de las súplicas y los gritos de desesperación del infeliz, ella y su camarera lo arrojaron a un estanque profundo, cerca del cual, y con intención, había tenido lugar la escena.

He aquí la otra, cuyos personajes nos son conocidos. La señorita Asunción B..., hija de un rico comerciante de Cádiz, había concebido una violenta pasión por un joven malagueño. Este, afectado por una enfermedad fruto de una conducta poco regular, tuvo la delicadeza de advertir a la señorita, y le comunicó al mismo tiempo su intención de ir a París para recuperar su salud; pero nuestra joven española, demasiado apasionada para esperar, o temiendo que la ausencia cambiara el corazón de su amante, quiso que el matrimonio se celebrara de inmediato. Sus deseos se cumplieron, hace aproximadamente dos años... Hoy, su salud y su belleza están alteradas para siempre; sin embargo, su arrebato sigue siendo el mismo, y no parece tener ningún arrepentimiento por la funesta decisión que tomó.

Ahora hablemos de nuestros paseos por los alrededores de Málaga. Un antiguo oficial español, que nos sirve de guía, habiendo obtenido de una dama muy amable, la esposa del cónsul de Prusia, permiso para visitar su bonita

villa situada en Churriana, a dos leguas de Málaga,[87] fuimos allí el 12 de junio en una *calesa* (un carruaje malo tirado por un caballo). Una hermosa avenida, plantada de naranjos y laureles rosas, conduce a la vivienda; esperamos un rato en la puerta; finalmente, vino a abrirnos el jardinero, armado con un fusil, precaución indispensable en este país. Es imposible describir el jardín; todo lo que la naturaleza produce de más bello se encuentra reunido allí.

Numerosas avenidas de naranjos cargados de frutos, mezclados con granados cubiertos de flores y cipreses tallados en columnas; allí, una gruta formada únicamente por altos sauces llorones, cuyas ramas, hábilmente dirigidas, impiden el acceso a los rayos ardientes del sol; aquí, un pequeño arroyo que serpentea en medio de mil flores, luego desaparece de repente con un ligero murmullo; más lejos, entre un grupo de árboles, se distingue la higuera con su elegante hoja y el limonero con sus hermosos frutos dorados; también se observa un pequeño pabellón decorado con conchas, en cuyo centro hay un bonito estanque lleno de peces. Finalmente, en este delicioso jardín vimos no solo todo lo más raro y curioso que ofrece la vegetación de Europa y África, sino también plantas de América, tan hermosas como en el propio continente.

[87] En el siglo XVIII, la finca agrícola conocida como San Rafael pasó por varios propietarios hasta quedar en manos del alemán Juan Roose Kupckovius, cónsul de Prusia. Este empresario y diplomático, dueño de la casa de comercio Lambrecht, Roose & Company, inició en 1807 la construcción de una casa de recreo y de un jardín principal de estilo clasicista francés, situado frente a la mansión. Ahora, el lugar responde por la Cónsula.

La casa tiene una arquitectura muy elegante; por un lado mira al mar, y por el otro a altas montañas, donde se divisan aquí y allá algunas palmeras y donde crece en abundancia la vid que produce el excelente vino de Málaga. Durante todo este paseo, quedamos extasiados por la magnificencia del paisaje; nuestros ojos seguían las cimas de las montañas lejanas y brumosas, perdidas en un horizonte de fuego. ¡Nunca habíamos sentido tan vívidamente los efectos mágicos de la luz y la sombra! Tampoco habíamos lamentado tanto no poder plasmar en un lienzo o esbozar con un lápiz todo lo que exaltaba nuestra imaginación.

Al salir de Churriana, vimos a varios hombres jugando en el camino, algunos niños divirtiéndose y, no lejos de allí, tres o cuatro mujeres sentadas en un campo cerca de un mobiliario muy modesto, cosiendo y tejiendo. Nuestro guía nos explicó que eran *gitanos*. Así se llama a algunas familias medio egipcias, medio españolas, que, al estilo de los árabes y los bohemios, duermen y acampan al aire libre, hoy en un lugar, mañana en otro. Son muy temidos por sus vecinos, pues a menudo, al marcharse, roban los burros que encuentran a su paso y los venden a cinco o seis leguas de distancia. A los bribones se les suele llamar *gitanos*.

En Málaga, la sociedad, y según me aseguraron, en casi toda España, revela todas las ridiculeces y mezquindades de nuestras ciudades de provincia; el noble no se relaciona con el industrial rico; el industrial rico, con el pequeño comerciante; y entre el reducido número de personas que se

frecuentan, la murmuración ejerce un dominio despótico. Las visitas se prodigan sin límite, y las fórmulas de cortesía son muy numerosas. Cuando un extranjero distinguido se establece en una ciudad, los habitantes, curiosos por conocerlo, son los primero en visitarlo; una costumbre contraria y preferible a la que se sigue en Francia. Las horas de visita son de mediodía a las dos. El lenguaje de la cortesía es bastante singular. Cuando te despides de una dama a quien acabas de visitar, ella te dice: *Pongo mi casa a la disposición de usted*; el caballero le contesta: *Beso los pies de usted*; y la dama responde: *Beso las manos de usted*; lo cual, dicho sea de paso, resulta bastante ridículo en boca de una mujer.

He aquí una costumbre bastante galante. En la buena sociedad española, se acostumbra, en Año Nuevo, a reunir todas las tarjetas de visita de las personas que frecuentan la misma sociedad; las tarjetas de los hombres van por un lado, las de las damas por otro; se extrae alternativamente un nombre de *caballero* y uno de *señora*, y entonces el caballero es, durante todo el día, el *caballero serviente* de la dama. Le debe exclusivamente todos sus cuidados, sazonados con dulces y otros pequeños regalos. Como el azar podría unir parejas poco deseadas, se supone que la dueña de la casa hace algún pequeño arreglo para que cada uno quede lo más contento posible con su suerte.

La fórmula del saludo varía según la hora del día: se dice *buenos días* hasta el mediodía; *buenas tardes* hasta la puesta del sol; y *buenas noches* desde el atardecer hasta el amanecer. Esta división del día da lugar a menudo a frases muy singulares para el oído de un extranjero. Por ejemplo, si una mujer bonita te dice: «Venga a pasar la *noche* con-

migo»; este *noche* sería sublime en París, pero en España significa *velada*; ¡qué decepción!

El traje de las damas españolas nos pareció tan atractivo, y además es tan característico de la nación española, con un origen tan oriental, que incluso solo por este aspecto merecería ser conocido. Así es como lo hemos admirado en Valencia, Madrid, Sevilla, Málaga, etc.

Vestido de seda negra, de espalda plana, escote medio alto por delante, mangas cortas y un poco abullonadas; pañuelo de seda rosa o amarillo; mantilla negra, la parte que cubre la cabeza y el cuello es de satén, el resto de tul bordado. Esta mantilla se sujeta en el pelo, llega hasta la frente y luego desciende en pliegues ligeros sobre el cuello, dejando al descubierto la oreja, donde brilla una joya preciosa. Se despliega sobre el pecho y, gracias a la ligereza y transparencia de su tejido, no oculta ni aplasta las bellas formas que a menudo cubre. Finalmente, la mantilla cae, como las esclavinas, un poco por encima de las rodillas; por detrás, se detiene en la cintura y deja ver la punta del pañuelo. El peinado con el cabello suelto, tres o cuatro bucles a cada lado, con una flor natural; medias de seda blancas; zapatos de seda negra, mitones negros de malla; y siempre el rico abanico de nácar, incrustado con acero o plata.

En el paseo, vimos algunos sombreros a la francesa, pero de un gusto y una forma que, usando el término de nuestros elegantes, calificaría de horribles. La mayoría, es cierto, solo los llevaban niñas de ocho a diez años. De cada veinte mujeres, apenas una lleva sombrero, y a menudo son extranjeras o damas españolas que regresaron de la

emigración. Si hay pocos sombreros, hay aún menos gorros: no vimos ni uno. En sus hogares, las mujeres van con la cabeza descubierta; solo cuando salen se colocan la mantilla o el pañuelo sobre la cabeza y los hombros.

El bonito traje de Figaro solo lo usan ahora los toreros y los bailarines del *baile nacional*. Hace algunos años, los jóvenes elegantes lo llevaban en el campo; hoy está generalmente abandonado. De todos los españoles, los andaluces pasan por ser los más refinados en su vestir: chaqueta elegante, calzón corto, polainas muy finas de piel, sombrero puntiagudo y capa; en resumen, muy parecido al traje del ex teniente de José María, cuya descripción ya se ha leído.

Desde hace una semana, sufrimos un aburrimiento mortal; los vientos contrarios nos cierran temporalmente el camino por mar, y los *ladrones* y el cólera nos impiden viajar por tierra. Por fin, el patrón nos saludó esta mañana con un *bueno tiempo*, y a las cinco nos embarcaremos en el mismo mistico que nos trajo de Cádiz a Málaga.

De Málaga a Almería, del 23 al 25 de junio.

A las siete de la noche, nuestro amable cónsul nos ha despedido con profunda tristeza, lágrimas que brotaban por el dolor que siente por su país y por la falta de compañía con dos compatriotas que al menos compartían su amor por Francia. Cuando llegamos al puerto, nos encontramos con otros cinco pasajeros en la barca, tres oficiales españoles y dos mujeres. Todos fueron muy amables con nosotros y uno de ellos, con mucha insistencia, me ofreció un pequeño volumen en español: la traducción de *Lorgnon* de

Madame Delphine Gay.[88] Después de dos días avistamos Almería y suponíamos que estaríamos en Barcelona, nuestro destino en un plazo máximo de cuatro días. Sin embargo, frente al cabo de Gata el viento cambió de dirección y nos vimos obligados a fondear en la rada de Almería.

Al día siguiente, seguimos nuestra travesía con viento del sureste, avanzando con dificultad mientras virábamos. A las siete de la tarde casi habíamos doblado el cabo de Gata cuando de repente se levantó un violento viento de levante. El mar se agitaba en grandes olas, que chocaban contra nuestra pequeña barca. La proa estaba constantemente cubierta de agua y los pasajeros que se encontraban allí se unieron a nosotros en la habitación del capitán. Una vez más, nos vimos obligados a cambiar de rumbo y buscar refugio en Almería. Las olas parecían perseguirnos con una furia que tal vez exageraba nuestra falta de familiaridad con el mar. El barco crujía continuamente y, cuando uno de nosotros asomó la cabeza por la cabina, la voz áspera y amenazante del capitán lo hizo retroceder de inmediato.

Durante media hora sufrimos una intensa ansiedad. El silbido del viento, la oscuridad de la noche, el miedo a que la vela se rompiera, la voz aterradora del capitán y los gemidos de una mujer formaban un conjunto lo suficientemente terrible como para perturbar incluso al más intrépido. Nos preguntábamos en silencio y con toda seriedad: ¿Qué diablos hacíamos en este maldito barco? Escapamos de nuevo y, a las diez de la noche, estábamos a sal-

---

[88] Delphine de Girardin, nacida Gay era una conocida escritora francesa, su obra *Le Lorgnon* la editó en Paris el año 1832, por lo que la traduccion española ha de ser de uno o dos años después.

vo. Al despertar al día siguiente nos obsesionó la idea de abandonar la barca. Tras arreglarlo con el patrón, el día 25 a las ocho de la mañana desembarcamos sin lamentarlo, se lo aseguro, del *Villa del Carmen*.

Almería, del 25 al 26 de junio.

Apenas pusimos pie en tierra, hicimos llamar al cónsul de Francia, el señor Rambéau, para que viniera a nuestro encuentro, lo que hizo con gran diligencia. No podemos dejar de felicitarnos por haber encontrado, en medio de todas nuestras dificultades, a un hombre de tan buenos consejos y lleno de amabilidad. Gracias a él, todos los obstáculos fueron superados; pagamos a nuestro poco agradable patrón, Coscolla, y nos fuimos a descansar con deleite en una buena cama de la *Fonda de la marina*. Queríamos continuar nuestro viaje por tierra, pero aquí está el relato exacto de todas las incomodidades que nos esperaban, seún el cónsul:

«Tardarán tres días en llegar a Cartagena con caballos y guías de moralidad muy sospechosa. El camino es difícil, con un calor sofocante, polvo, montañas que escalar y, a veces, cinco o seis leguas sin encontrar una casa ni un vaso de agua. El cólera está en todos los pueblos por los que pasarán; harán cuarentena, o quizás el camino les será cerrado. Y cuando lleguen a una posada, no crean que estarán a salvo: no encontrarán pan, vino ni carne; solo les indicarán la casa del panadero, y así sucesivamente. Finalmente, dormirán sobre paja. En resumen, tendrán que temer: ladrones, cólera, cuarentena, fatiga, calor, sed y hambre».

No necesitamos más para decidirnos a retomar la vía marítima, a pesar del disgusto que nos inspiraba. Nuestro cónsul, siempre nuestro cónsul, se puso a buscarnos un barco; mientras, nosotros, con el espíritu libre y alegre, nos fuimos a recorrer la ciudad.

Almería es una ciudad fronteriza de Andalucía, situada a pocas leguas del reino de Murcia; su población es de 22.000 almas. La ciudad no es rica, pero el semblante de sus habitantes es alegre y feliz; los niños juegan, las mujeres sonríen y los hombres cantan canciones patrióticas acompañándose con la guitarra. Esta ciudad es liberal por excelencia; los franceses son bien recibidos, gracias primero a la afinidad de opiniones y luego a la buena conducta de los soldados del Imperio, que ocuparon Almería durante los años 1810 y 1811. La ciudad, de aspecto extremadamente peculiar, con casas pequeñas, cuadradas, blancas y todas con terraza, está construida en anfiteatro y coronada por un magnífico fuerte árabe bastante bien conservado, que visitamos en sus más mínimos detalles.

En la cima de la montaña, a cuyos pies se alza la ciudad, hay cuatro torres fuertes; vimos en el centro varias salas grandes, que probablemente servían de palacio a los príncipes árabes. Un doble muro con almenas protege el acceso. A unos doscientos pasos, hay un pequeño fuerte construido en un montículo; una rampa almenada, perfectamente conservada, lo une al fuerte principal. Admiramos la elegancia y ligereza de esta rampa, que, audazmente tendida como un puente, permitía comunicarse rápidamente de una montaña a otra. La arquitectura de este fuerte, tan elegante como sólida, atestigua el buen gusto y

la sabiduría de los árabes y honra, al mismo tiempo, el valor y la perseverancia de sus conquistadores. En este paseo, nos acompañaron dos marineros franceses: el señor Métayer, capitán del bergantín *Le Fenelon*, y su segúndo. Su compañía contribuyó a devolvernos por completo el buen humor.

Al salir del fuerte, nos detuvimos un momento para admirar el panorama que se desplegaba ante nuestros ojos. Dominábamos toda la ciudad y la playa en la que desembarcaron miles de árabes venidos de los desiertos de África para fundar una nueva patria en Andalucía, la región más rica de Europa. A nuestra derecha, se alzaban montañas desnudas y rocas calcinadas; a la izquierda, en cambio, huertos y campos bien cultivados, embellecidos por numerosos palmeras; bajo nuestros pies, esas peculiares casitas cuadradas que me recordaban las de Pompeya, y alrededor de las cuales circulaba una población semidesnuda.

El traje es casi igual al de los habitantes del reino de Valencia, pero más sencillo y económico. Vimos a muchos niños de cinco o seis años vestidos solo con una simple camisa; otros, incluso más ligeros de ropa. No vimos en la ciudad ningún monumento notable, excepto una iglesia bastante bonita, aunque de arquitectura un poco pesada.

Nuestra ventana daba al patio de una casa vecina, ocupada por una joven viuda tan bonita como interesante. La saludamos; ella nos devolvió el saludo, y entablamos conversación. Nos habló de su marido, al que había perdido hacía cuatro meses, y de una niña de tres años que, nos aseguró, era su única consolación. Finalmente, a las once de la noche, nos dijo: *¡Adiós, caballeros!* Al día siguiente,

planeábamos retomar la conversación, pero el señor Rambeau vino a avisarnos de que había reservado nuestro pasaje en una barca que salía para Alicante a las cuatro de la tarde. Nos despedimos apresuradamente de nuestros dos marineros. Por un momento, habíamos pensado embarcarnos en su barco, que iba al Havre, pero una travesía de cuarenta días nos asustó.

De Almería a Alicante, del 26 al 29 de junio.

A las cuatro de la tarde, nos embarcamos en *la Santísima Trinidad*, una barca bastante mala, del patrón Pedro Broton, tan poco amable como el anterior. Sólo éramos dos pasajeros y seis tripulantes, el patrón, tres marineros, el *cocinero* y el *muchacho* ayudante de cocinero. Al ser el viento favorable, en dos días y medio llegamos a Alicante después de pasar por Cartagena, por Torrevieja donde vimos varios grandes barcos ingleses y suecos cargando sal, y por Santa Pola, patria de nuestros marineros.

Sin embargo, tuvimos una noche terrible después de que un marinero nos advirtiera que no seríamos bienvenidos en Alicante y que nos enviarían a Mahón a pasar una cuarentena de cuarenta días, sin permitirnos conseguir comida. Al final, la oficina de Sanidad de Alicante nos sometió a una cuarentena de catorce días en la misma rada, en nuestra misma barca. Aunque fue duro, nos resignamos porque el día anterior temimos un tratamiento más riguroso, y acudimos a nuestra filosofía para socorrernos.

Alicante, del 29 de junio al 1 de julio.

Solo hablaremos de Alicante visto desde la rada; porque, como se leerá más adelante, no entramos en la ciudad. Esta ciudad es una de las más fortificadas de España; una montaña muy elevada y casi vertical, coronada por un castillo fuerte y murallas erizadas de cañones, domina tanto la rada como la ciudad. Por ello, los españoles se enorgullecen de esta ciudad y proclaman alto que los franceses nunca pudieron conquistarla. Las pocas casas que vimos nos parecieron bonitas, tienen tres o cuatro pisos. El puerto es pésimo, o mejor dicho, la rada; porque no se puede llamar puerto a un lugar completamente expuesto a los vientos del este y del sur, donde los barcos están en constante movimiento.

Alicante y Málaga son las dos ciudades de España que más comercian con Francia. El 1 de julio, como Jean-Jean, calculábamos que solo nos quedaban once días de viaje, cuando una voz fatídica, todavía la escucho, gritó: «¡Patrón de Almería, a tierra!». Desde nuestra barca, oímos la voz alterada del patrón; lo vimos llegar con la cabeza baja... El movimiento de los remos incluso denotaba el desánimo de nuestros remeros, y parecía presagiar una mala noticia. El pobre Pedro Broton sube a la barca sin decir palabra... Al cabo de unos minutos, deja escapar estas terribles palabras: «Nos ordenan ir a Mahón». ¡Imaginen nuestro desconsuelo! El miedo al cólera aumentaba día a día. El miedo hace injusticias; y a pesar de nuestros tres días de cuarentena, nos enviaban a Mahón porque corría el rumor de que en Almería había cólera.

Finalmente, uno de nosotros, menos resignado o menos desanimado, va a tierra, o mejor dicho, cerca de tierra; pues ni siquiera se nos permitía tocar el suelo de Alicante con el dedo. Pidió hablar con el canciller del cónsul, y en la conversación se entera de que podemos ir a Francia, si nuestro patrón acepta llevarnos. En ese mismo instante, nos arreglamos con nuestros marineros para ir a Marsella, prometiéndoles, por escrito, pagar todos los gastos de la tripulación y los nuestros, hasta el día en que pudieran zarpar para regresar a su país. Compramos provisiones, tomamos un piloto en Alicante (nuestro patrón no conocía las costas de Francia), y abandonamos esa ribera inhóspita y desleal.

De Alicante a Salou, del 1 al 4 de julio.

En la tarde del primero de julio, nos dirigimos a Santa Pola, a tres leguas de Alicante, para cambiar nuestra vela que estaba rasgada. Al día siguiente, por la mañana hicimos una parada de una hora en tierra para comprar vino, fruta y cigarros, y para permitir que nuestros marineros se despidieran de sus madres, esposas e hijos. Los adioses se dieron a diez pasos de distancia y luego zarpamos. Tuvimos la suerte de contar con un viento muy favorable que nos permitió navegar a tres leguas por hora. Sin embargo, al tercer día, el maldito viento del este regresó y perturbó nuestra alegría. Tuvimos que virar de nuevo.

La noche parece interminable cuando uno está medio recostado, vestido por completo, en un colchón de paja de mala calidad, ubicado en un agujero de cinco pies de largo por tres de alto, con tablas mal ensambladas bajo los pies.

El aire huele a agua estancada e insectos grandes y desagradables merodean alrededor. Cuando el barco se mueve bruscamente uno se agarra al colchón para no caer y los gritos del patrón dirigiendo la maniobra lo aturden. ¡*Lestos, hissa, venga, cambia, cassa*! y los juramentos resuenan en los oídos largo tiempo. La navegación de ese día fue idéntica a la que experimentamos frente al cabo de Gata, y terminó con una parada obligatoria en la rada de Salou.

Salou (Cataluña)

Salou es un pueblo muy bonito de Cataluña; tiene un puerto muy pequeño y una excelente rada; tan pronto como echamos el ancla, nuestro patrón fue a tierra a decir que su barca hacía agua y que no podía ir a Mahón, por lo que suplicaba hacer la cuarentena en Salou; el capitán del puerto le respondió que eso no era imposible, pero que como el asunto excedía su competencia, enviaría nuestros documentos a Barcelona. Nos enviaron un guardia a bordo; nos hicieron izar una bandera amarilla a media asta, y nos situamos en medio de siete u ocho barcos que estaban en cuarentena.

Esperamos durante siete largos días la respuesta de Barcelona, siempre en nuestro barco. Al quinto día, a las ocho de la noche, sufrimos una tormenta espantosa; recogimos en cubierta trozos de granizo del tamaño de nueces. Sin embargo, en medio de todas nuestras penas, debíamos agradecer a la Providencia, pues cada desgracia que nos golpeaba se veía aliviada por una circunstancia afortunada. Apenas nos roban, encontramos un banquero

que nos descuenta un billete cuyas firmas no conocía. El mal tiempo nos impide llegar a Cádiz; estamos sin dinero, pero un compañero de viaje, nuestro valiente comandante de artillería de marina, pone su bolsa a nuestra disposición. Los vientos del Este nos retienen catorce días en Málaga, y habríamos muerto de aburrimiento de no ser por todas las atenciones que el señor Doré de Nyon tuvo con nosotros.

Durante los veintiún días que tuvimos que permanecer a bordo de *la Santísima Trinidad*, con los elementos y las autoridades españolas conjurados contra nosotros, tuvimos la suerte de encontrar en todos nuestros marineros, desde el patrón hasta el grumete, una dedicación, consideraciones y pequeños cuidados increíbles. Cuando nos veían tristes, nos contaban anécdotas: uno, sus amores; otro, el hermano del patrón (Vicente Broton), imitaba a un monje que visitaba a la joven esposa de un pescador y le anunciaba que, durante la ausencia de su marido, iría por la noche para ahuyentar al diablo de su casa. El patrón, por el contrario, muy religioso, nos contaba con una convicción asombrosa las ceremonias completamente extraordinarias que tienen lugar en Elche los días 14 y 15 de agosto para celebrar la Asunción. [...]

La mañana del 10 de julio, el capitán nos ordenó abandonar el puerto en dos horas y nos sorprendió con una factura arbitraria de 60 francos. Nueva crisis: el patrón estaba indeciso sobre si dirigirse a Mahón o a Marsella, pero sus papeles lo comprometían a ir a Mahón y se le advirtió que, si cambiaba de rumbo, podía recibir un cañonazo de un barco de la guardia costera. Finalmente, obtuvi-

mos un visado para Marsella y a la una en punto zarpamos con nuestras tres velas desplegadas.

El primer día avanzamos poco, pero al siguiente, el viento fue más favorable y pasamos rápidamente frente a Barcelona, Mataró y toda esa hermosa costa que habíamos recorrido unos dos meses antes. Al anochecer, nos detuvo un *corsario* (barco guardacostas); recordamos la amenaza del cañonazo, pero por fortuna nuestros documentos estaban en regla. El 12, por la mañana, nuestros marineros nos gritaron: *¡Costas de Francia!*; les respondimos con un viva! y les dimos a cada uno un trago de licor.

Stendhal
Viaje a Barcelona (1837)[89]

Perpiñán, 20 de septiembre de 1837. Acabo de cometer una imprudencia arrogante, mi negocio iba bien en Port-Vendre y Perpiñán pero tuve que esperar unos días para terminar y me confié a un español al que pagué bien, y por adelantado, contra todas las reglas comunes, y me fui a pasar veinticuatro horas a Barcelona. Mi guía pensó que tenía muy poco dinero, lo que era cierto, había cosido algunos billetes de banco de Inglaterra en el forro de mi levita.

Contemplé con admiración los hermosos bosques de alcornoques y la tonalidad grisácea de los troncos que habían sido recientemente despojados de su valiosa corteza. Los setos de aloe también me gustaron mucho. En realidad, disfruté de todo lo que veía, aunque me pregunté si estaba siendo imprudente. Las casas de los pueblos habían sido recién encaladas, lo que les daba un aire inusual de limpieza y alegría, es decir, un aspecto que lo que no eran. Sin embargo, las hileras de casas blancas en medio de vastas montañas cubiertas de bosques de alcornoques, tenía un encanto especial.

---

[89] Stendhal. *Mémoires d'un touriste*. Établissement du texte et préface par Henri Martineau (Paris, 1929), pp.296-313. Josep Pla afirma que este viaje es falso, que Stendhal nunca estuvo en España, pero algunos detalles inducen a pensar que es real, y que Pla solo conoció el texto del libro oficial, mucho más escueto.

Situado en la costa, a doce metros sobre el nivel del mar, se encuentra Mataró, un pequeño y encantador pueblo con sus casas perfectamente encaladas por dentro y por fuera, que ofrece impresionantes vistas panorámicas. Durante nuestra estancia, tuvimos una cena muy abundante preparada para ocho viajeros, con quince o veinte platos de carne. Sin embargo, todos los platos estaban impregnados de un olor desagradable a aceite rancio, lo que los hacía imposibles de comer, aunque estábamos muriendo de hambre. A pesar de nuestros intentos por lavar las carnes con agua caliente y luego sazonarlas con vinagreta, el olor execrable del aceite rancio persistía y era imposible de quitar.

Durante esta triste experiencia, me divirtieron mucho las figuras de las dos sirvientas de la posada. Una de ellas medía al menos cinco pies y seis pulgadas y tenía una forma hermosa, con ojos grandes, pero parecía un poco despistada, bien al contrario de su compañera, admirablemente bien hecha, manos encantadoras, hermosos ojos negros, pero de cuatro pies de altura. Estas robustas españolas nos miraban y no entendían nada de nuestro hacer. Nos tomaron, creo, por judíos miserables, que no querían comer comida preparada por cristianos. No entendíamos una palabra de su idioma, y los arrieros estaban con sus mulas en un establo alejado y como no sabíamos cómo llegar, no pudimos hacernos entender que queríamos huevos. Gesto singular de un abad para pedir leche. Al fin, viendo que devorábamos el pan, las dos sirvientas corrieron a traernos un excelente vino añejo llamado rancio. Uno de nosotros descubrió en la cocina plantas de hinojo que parecen apio, hicimos una ensalada con sal y vinagre, y co-

mimos mucho pan remojado en vino, lo que nos hizo muy felices y elocuentes.

De repente, el arriero vino corriendo, totalmente asustado. Nos dijo que teníamos que partir al momento, y podíamos oír un gran alboroto en las calles y las tiendas estaban cerrando. Dijo que los carlistas estaban a un cuarto de legua de distancia. Así que partimos rápidamente a trote ligero, montando en mulas resistentes. Después de cinco horas de vivaquear, alrededor del mediodía del día siguiente vimos la ciudadela de Montjuic, que domina Barcelona. A dos leguas del pueblo, alquilamos a un jardinero un pequeño carruaje de llevar verduras, ya que estábamos exhaustos. Fue en este vehículo que llegamos a la Rambla, un hermoso bulevar en el centro de Barcelona. Y finalmente, en la posada de Las Cuatro Naciones, encontramos una cena deliciosa que disfrutamos enormemente.

Después de la cena, nos encargamos de renovar la visa de nuestros pasaportes, ya que planeamos partir al día siguiente de regreso a Francia. Mis compañeros, animados, decididos y bastante amables, aunque con modales que me parecían sospechosos, no parecían más interesados que yo en hacer una larga estancia en Barcelona. Al salir de la policía, donde nos recibieron con un silencio inquisitivo y amenazante, fuimos a comprar empanadas. Yo compré una botella de aceite de oliva de Lucca y un trozo de queso parmesano a un comerciante italiano. Y después, despreocupado di un paseo por la ciudad, disfrutando del delicioso placer de ver cosas nuevas.

Barcelona es, se dice, la ciudad más bonita de España después de Cádiz, se parece a Milán, pero en lugar de estar situada en medio de una llanura perfectamente plana, está

resguardada por Montjuic. Desde la ciudad no se ve el mar que lo ennoblece todo, está oculto por las fortificaciones que hay al final de la Rambla. No me atrevo a repetir las reflexiones políticas que hice durante esta estancia de veinte horas y sin embargo nunca había pensado tanto.

Entre las cinco o seis compañías de la Guardia Nacional de Barcelona, hay una compuesta por obreros que asusta a todas las demás. Cuando se acercan los carlistas, se reconcilian con esta compañía que viste blusa y a la que se supone capaz de disparar. Cuando ya no hay miedo de los carlistas, se buscan querellas con la gente en blusas y se les acusa de jacobinismo. La enérgica compañía dice, en su defensa, que sigue los principios del célebre Volney, autor de las *Ruinas*. Volney, Raynal, Diderot y demás autores algo rimbombantes, de moda en Francia cuando la toma de la Bastilla, son oráculos de España.

Hay que señalar, sin embargo, que en Barcelona predican la virtud más pura, el beneficio de todos, y al mismo tiempo desean privilegios, una divertida contradicción. El caso de los catalanes se parece absolutamente al caso de los forjadores de Francia, que quieren leyes justas, con excepción de la ley aduanera, que debe hacerse como les plazca. Los catalanes exigen que cada español que use tela de algodón pague cuatro francos al año, por la sola existencia de Cataluña. El español granadino, malagueño o coruñés no debe comprar telas inglesas de algodón, que son excelentes y que cuestan un franco la yarda, sino usar telas catalanas de algodón, que son muy inferiores, y que cuestan tres francos la yarda. Aparte de eso, estas personas son republicanas de corazón y grandes admiradoras de Jean-Jacques Rousseau y del Contrato Social. Dicen

amar lo que es útil para todos y odian las injusticias que benefician a unos pocos, es decir, detestan los privilegios de una nobleza que no tienen, y quieren seguir gozando de los privilegios comerciales que con sus turbulencias habían extorsionado a la monarquía absoluta.

Los catalanes comparten una mentalidad liberal similar a la del poeta Alfieri, que era conde y despreciaba a los reyes, pero consideraba sagrados los privilegios de los condes. Por otro lado, los herreros de Berry y Champagne argumentan que si comienzan a importar hierro de alta calidad desde Suecia, sus propios productos perderán valor y las fábricas locales tendrán que cerrar. Además, teniendo en cuenta que una de cada tres décadas suele ser de guerra, ¿qué sucederá cuando ya no sea posible importar hierro de Suecia?

La Rambla me encantó, es un bulevar trazado de tal manera que los caminantes están en el medio, entre dos hileras de árboles bastante bonitos. Los coches pasan por ambos lados junto a las casas y están separados de los árboles por dos muros cortos de un metro de altura que los protegen. [...]

Tengo una inclinación natural por la nación española, que es lo que me trajo aquí. Gentes que han estado luchando durante veinticinco años para conseguir sus objetivos.[90] A pesar de que no son hábiles en la lucha y solo representan una pequeña fracción de la nación, su motivación no es el salario, sino alcanzar una ventaja moral, a diferencia de otros pueblos que luchan por los salarios o las medallas. Además, admiro la originalidad del español y

[90] Referencia a los movimientos políticos de cariz constitucional.

su estilo único, que no es una imitación de ninguna otra cultura, y que se perfila como el último tipo de su especie en Europa. [...]

Estaba ansioso por visitar el jardín de Valencia, ya que había escuchado que allí se practican costumbres singulares. Por ejemplo, los artesanos trabajan sentados y cada sábado se pinta el interior de las casas de blanco con cal y los pisos de rojo. Sin embargo, me resulta difícil creer que los españoles estén comenzando a faltarle el respeto a los monjes.

En Barcelona, nuestro principal problema era cómo regresar a Francia. Después de hacer todos los cálculos, decidimos llevar un carro enganchado a mulas. Observando a mis siete compañeros, me doy cuenta de que todos somos personas que emigran. Parece que emigrar es la única opción viable, ya que la vida en España es muy desagradable y esta situación puede durar aún otros veinte o treinta años. Algunos de mis compañeros me recuerdan a Don Quijote, con la misma lealtad y falta de sentido común en ciertos temas. Por ejemplo, se niegan a discutir sobre la religión o los privilegios de la nobleza, y constantemente tratan de convencerme con ingenio y vivacidad encantadora de que dichos privilegios son beneficiosos para el pueblo.

Lo que me conmueve es que ellos creen en su causa. Uno discutió con los demás cuando me dijo: «En el fondo, el pueblo español no está entusiasmado con el gobierno de las dos cámaras ni con Don Carlos. La prueba es la expedición de Gómez, quien con solo cuatro mil hombres recorrió toda España desde Cádiz hasta Vitoria. Si España hubiera sido verdaderamente liberal, Gómez habría sido

derrotado. Pero si España hubiera apoyado a Don Carlos, Gómez habría reunido cien mil hombres». Es este tipo de convicción lo que me hace admirarlos».[91]

Antes de marchar sugirieron que paráramos en la tienda de un piamontés a tomar chocolate, estaba en una callejuela y casi sentí que me llevaban a conspirar. Como medida preventiva, para no depender de la posada, compré veinte huevos, y ahora tengo pan y chocolate, entre otras cosas. De esta manera, no tendré que limitarme a comer pan empapado en vino con un tercio de aguardiente, que me provoca dolor de estómago. [...]

Las mulas españolas son rápidas y tienen nombres como *la marquesa* o *el coronel*. El conductor las anima continuamente: «¿Cómo es posible, *coronel*, que te dejes ganar por la *marquesa*?» y les arroja pequeñas piedras. Un chico, llamado *zagal* y ágil como una pluma, corre junto a las mulas para impulsarlas y cuando empiezan a galopar, se cuelga del carro. Es un paseo muy entretenido. De vez en cuando, las mulas tiran de sus collares y galopan juntas, pero luego tienen que detenerse durante cinco minutos para arreglar alguna avería.

La forma de viajar característica de los pueblos del sur, aunque puede parecer bárbara, resulta divertida, a diferencia de las diligencias inglesas que me llevaron de Lancaster a Londres en tan solo veintitrés horas, recorriendo ciento cuatro leguas. Aunque se habla mucho de los carlistas, parece ser que se encuentran a más de diez leguas, ha-

[91] Miguel Sancho Gómez Damas (1785-1864) fue un general carlista famoso por su fallida expedición en Andalucía, que fue seguida con gran expectación en toda Europa. A pesar de contar con cuatro mil hombres, no logró sublevar a la población a favor del carlismo.

cia el Ebro, tras haber estado cerca de aquí hace una semana. Mis compañeros de viaje, al oír cualquier tipo de alarma, se refugian en la oración, y al menos tres de ellos pertenecen a la alta sociedad. Un francés nunca se atrevería a hacerlo, incluso aunque creyera en la eficacia de la oración, por temor a ser objeto de risa. Lo que me encanta de mis amigos españoles es la ausencia total de hipocresía, algo que no siempre se encuentra en los hombres bien educados de París.

Los españoles están completamente inmersos en su actual estado de agitación, lo que les lleva a cometer locuras por amor y a sentir un profundo desprecio por la sociedad francesa, que se basa en matrimonios celebrados por notarios. Desde la muerte de Fernando VII, me parece que ha habido un gran avance en el espíritu público en España. Los sacerdotes y los monjes han perdido todo su crédito político, y la opinión pública quiere que se limiten a administrar los sacramentos.

Carl Otto Ludwig von Arnim

Entra en España (1841)[92]

Viajar a Francia se ha convertido en algo común, mientras que en los últimos años un viaje a España ha sido una rareza. Publicar experiencias sobre el primero sería esfuerzo perdido, pues ¿quién no conoce Francia o no cree conocerla? En cambio, compartir impresiones sobre España —y con ello posponer la descripción de una breve estancia en París— quizá no sea mal recibido. [...]

La situación de España es ciertamente lamentable. Los dos grandes partidos, el de Don Carlos y el de Cristina, ambos han cometido errores y ahora pagan las consecuencias. Es indudable que la mayoría de los españoles ve a Isabel II como reina legítima. En las familias nobles está arraigado que, ante la falta de hijos varones, las hijas hereden. Pocos creen que Felipe V —que llegó al trono no por conquista, sino por derechos dinásticos— tuviera autoridad para cambiar esto. Sin embargo, en un país como España, donde tantas convulsiones han ocurrido recientemente, se valora más la persona que el derecho. Así, no cabe duda de que, bajo el Código de Fernando VII, Don Carlos habría sido preferido como sucesor, de no ser porque era conocido por estar en manos del clero y por repetir los actos arbitrarios que granjearon el odio de los españoles hacia su hermano.

---

[92] Carl Otto Ludwig von Arnim. *Reise nach Paris, Granada, Sevilla und Madrid zu Anfange des Jahres 1841,* Berlin, 1841.

Pero Cristina, la regente, también cometió un grave error: dejarse persuadir para promulgar una Constitución y repatriar a multitud de exiliados, incluidos los peores republicanos, dándoles así poder. Ambas partes quedaron en una posición falsa, y así la palabra *Legitimidad* se convirtió en el estandarte bajo el cual cada partido libró sus batallas.

Don Carlos fue expulsado; el partido constitucional triunfó, pero Espartero no supo consolidar la victoria. Respetado por el ejército y aliado de la regente, era formalmente el segundo del país, pero carecía del poder físico y moral para liderar. Esto lo llevó a su caída: se refugió en los brazos de los exaltados, y al menos la mitad ya no lo apoya. A esto se suma la quiebra total de las finanzas del Estado, lo que hace temer lo peor. Solo una cosa, creo, permanece firme: la mayoría de España sigue fiel a su antigua dinastía. Ningún príncipe extranjero podrá reinar aquí por mucho tiempo, y menos aún perdurar una república. Sea Isabel la legítima heredera o Don Carlos, da igual. Si se unieran, España se salvaría. Moderados y carlistas aliados, sin condiciones. Estas son mis palabras para España. Dejo al tiempo el cumplimiento de este deseo. [...]

Tras unas horas de viaje, amaneció y nos encontramos al pie de los Pirineos. En Boulou, la última ciudad francesa, solo se mostraron los pasaportes; España estaba en boca de todos, y no se hablaba más que de la ineptitud allí de todo y todos. Tras Boulou, el camino sube sin cesar; la ruta es excelente y ancha, el paisaje muy pintoresco, y el Canigó con su nieve eterna continua a la vista. También se ve durante mucho tiempo el pequeño fuerte de Bellegarde,

que los españoles tomaron en 1793 pero pronto tuvieron que abandonar al ser rechazados desde Perpiñán. La mañana era fresca y el cielo despejado. Al llegar a la cima, vimos España a nuestros pies, ese país tan infeliz. El carruaje avanzaba rápidamente, y pronto llegamos al pie de la montaña. Aquí está la frontera: un puente sobre un pequeño río separa los dos reinos. A la izquierda hay un puesto francés, y el español al otro lado del puente. Cruzamos rápidamente. ¡Estaba en España! *Entró, su destino lo guiaba*.

A pesar de todas las advertencias que recibí en Berlín, París y especialmente en Perpiñán, de personas muy sensatas, confieso sinceramente que en ese momento me invadió un sentimiento indescriptible y un fuerte latido del corazón. Sin embargo, como el hombre es dueño de sus emociones, pronto olvidé los peligros anunciados al contemplar los valles excelentemente cultivados por los que pasaba. Una hora después, llegamos a la Junquera, donde se realiza la inspección. No fue rigurosa, y unas pocas *piccette* –cada una vale cuatro reales–, obraron maravillas, y al volver al carruaje, todo estaba resuelto y en orden.

En estas diligencias, según las circunstancias, se enganchan diez, doce o incluso catorce mulas. Sin embargo, a lo largo de la costa del Mediterráneo todavía se ven muchos caballos, especialmente en Cataluña. Cada carruaje tiene un conductor principal, llamado *mayoral*, un segundo que corre constantemente de un lado a otro y da algún que otro golpe a los animales más perezosos, y, en caso de un gran tiro, un guía adelantado. Cada mula o caballo tiene su nombre, con el que se les llama, y a menudo suena muy pomposo, como todo en España: *Valeroso*, *Valerosa*, *Gene-*

ral, *Capitana*, pero también *Perezoso*, etc. El mayoral no para de hablar y gritar a sus bestias, a veces incluso canta, y así es como avanzan las diligencias, generalmente a buen ritmo. Pero desde el momento en que pisé suelo español, el camino empeoró notablemente. Se veía que la guerra había causado estragos en estas provincias: el camino era magnífico y ancho, pero el mantenimiento se había descuidado. En España, todo proyecto es grandioso, pero luego se estanca y acaba en decadencia.

De todas las provincias españolas, excepto las vascas, Cataluña es donde más se ha mostrado interés por los acontecimientos políticos. Como siempre se temen revueltas, había caballería apostada en la carretera principal hasta Barcelona, y dos jinetes nos escoltaban constantemente. Eran la caballería ligera, con uniformes verdes y pantalones rojos, pero negros de la rodilla hacia abajo, armados con sables y lanzas con banderas rojas y amarillas, como las que llevan la caballería ligera pesada española. Los caballos eran buenos y el uniforme, impecable.

El carruaje avanzaba rápidamente desde el inicio y mantuvo el ritmo. Mientras tanto, el joven español, que tenía una finca cerca de Figueras, explicaba en voz alta el paisaje a su suegro y añadía en voz baja, señalándome: «Es un plenipotenciario de su corte». Así que incluso en España me tomaron por un embajador, y me sentí como el conde Almaviva en *El barbero de Sevilla*, que va a comprar un vestido para la princesa y todos creen que es un diplomático con misiones políticas. Cerca de Figueras, dos de nuestros caballos cayeron, lo que causó una breve parada. Llegamos a la una. Allí esperaban a la hermosa mujer, re-

cibida con gran alegría por los familiares de su marido y se la llevaron.

Figueras es un pueblo de unos cuatro mil habitantes y tiene una ciudadela. La posada, la primera española que pisé, estaba sucia, pero, como en casi toda España, incluso en las ventas más pequeñas, había tenedores de plata, prueba de la antigua conexión con las minas de América. Aquí cambiamos de carruaje. Nos habían esperado mucho tiempo, y media hora más, y la diligencia habría partido, obligándonos a esperar dos días por la siguiente. Rápidamente, con un ala de pollo en la mano, me acomodé en el nuevo carruaje, que compartí con un comerciante viajero. El camino era aún peor que antes; pasamos por Báscara, un pequeño pueblo donde se inspeccionó por tercera vez y siempre se dieron *piccettes*. A las seis llegamos a las afueras de la fortaleza de Gerona, junto a un agradable paseo, donde por primera vez vi sacerdotes con sus estrechas capas y sombreros enormes en forma de barco, como los que Beaumarchais describe para Basilio. Esta imagen me transportó al teatro, pues no podía evitar pensar que uno de estos señores empezaría a cantar la gran aria de Fígaro, *La calumnia*.

Nos acogió una gran posada, regentada por un italiano; varias camas estaban juntas en una habitación —¡los viajes enseñan muchas cosas!—. La comida fue agradable, todos hablaban francés y comían a la italiana, y luego nos separamos. Pero a las dos ya estábamos de nuevo en el carruaje, y al amanecer nos adentramos en la parte más fértil de Cataluña. Todo estaba espléndidamente cultivado, el aire era suave, había plantas del sur en abundancia, incluso alguna palmera. En un pequeño pueblo, creo que se llama-

ba Calella, se sirvió una buena comida, y sobre todo, disfruté de un chocolate excelente. Fue en esta posada donde vi por primera vez a los catalanes beber vino de la manera que muestra la ilustración en la portada.[93] El catalán no usa vaso, pero tampoco quiere poner los labios en la botella que acaba de usar su vecino, así que la sostiene lejos, como se muestra. La habilidad requerida es comprensible, y conozco extranjeros que, habiendo servido bajo Don Carlos en Cataluña, se acostumbraron a beber agua de esta manera, pues lo contrario se habría considerado una grave falta de educación.

Como la diligencia aún no partía, caminamos por el pueblo, donde se fabrican blondas y encajes, y como en todos los países del sur, casi al aire libre, con las puertas abiertas. Las mujeres y niñas parecían saludables y contentas, vestidas con limpieza, y el interior de las casas era decente. Toda la costa, por cierto, está a favor de la reina, o como se dice: *Cristina*, aunque la reina Cristina ya no está en España. En las puertas nos mostraron algunas fortificaciones hechas contra los carlistas, o como los llaman allí, *la facción*.

Al llegar aquí, vimos por primera vez el mar, que nos acompañó hasta Barcelona. Ahora las casas de campo aumentaban. Ya divisábamos las torres de Barcelona, y a las cuatro habíamos pasado las puertas, recorrido un hermoso paseo y llegado a la plaza del gobernador, donde a la izquierda está el magnífico edificio de la aduana y a la derecha, el palacio real. Luego avanzamos junto a un alto muro

[93] La portada del libro reproduce la figura de un hombre bebiendo de un porrón; una imagen reproducida del libro: Robert Semple. *A second journey in Spain in the spring of 1809* (Londres, 1809).

que se adentra en el puerto, con Montjuic y sus fortificaciones frente a nosotros, giramos a la derecha y de repente estábamos en medio de la ciudad, en la hermosa y ancha avenida llamada Rambla, abarrotada de gente, frente a la oficina de inspección, donde se nos registró por cuarta vez. La mejor posada de Barcelona era *Las Cuatro Naciones*, así que la elección fue fácil y pronto tuvimos alojamiento.

Francisco Pi y Margall
Paisajes catalanes (1842)[94]

De Barcelona a San Cucufate del Vallés. [...] Que son todos estos bellos caseríos esparcidos acá y acullá en la llanura? estas espaciosas quintas que se estienden junto a la ciudad? estos pueblos inmediatos que todos los días crecen y se ensanchan devorando la campiña? Estas inmensas fábricas de vapor qua vencen a las nuestras en grandeza? Esta es la misma ciudad que no pudiendo romper su valla la saltó, que no pudo caber en el círculo que los hombres la trazaron, y espaciose en el que la metió naturaleza. Naturaleza le dio sus límites; del Besós al Llobregat, del mar al monte. [...]

Amaneció y despedime de este país pintoresco. Toda la naturaleza hablaba en torno mío. Cantaban las aves, murmuraban los arroyos, cuchicheaba la brisa con las yerbecillas. Apenas vencía alguna cumbre, ofrecíanse a mi vista campos poblados de labradores y aldeanas que aquí platicaban, allá entonaban alegres y festivos cantos, acullá reñían con aspereza a sus alimañas. En la falda del monte fronterizo había ovejas que balaban, bueyes que mujían, pastores que tañían sus zampoñas recostados muellemente en el tronco de un árbol con el zurrón a un lado y al

---

[94] *España. Obra pintoresca en láminas ya sacadas con el daguerreotipo, ya dibujadas del natural, grabadas en acero y en boj por los señores D. Luis Rigalt, D. José Puiggarí, D. Antonio Roca, D. Ramon Alabern, D. Ramon Saez, etc. Y acompañadas de texto por D. Francisco Pi y Margall. Cataluña* (Barcelona, 1842).

otro su buen galgo. En la profundidad de los bosques sonaba estruendo de armas de fuego, ladridos de perros, voces roncas de fatigados cazadores. Este vago ruido animaba toda la campiña cubierta entonces de una lijera bruma que los rayos del sol iban desvaneciendo.

Cosa de una legua andada descubrí un bellísimo paisaje. Abriese bajo mis pies un profundo valle en que el suelo desaparecía bajo las copas de los árboles. Entre el verdor de esta vejetación destacábase en la vertiente del monte un pequeño santuario, en lo profundo del valle una espaciosa alquería gótica recostada en un torreón oscuro roído a trechos por algunas yerbas. Sobre la montaña vecina desplegábanse las casas de S. Felio del Piñó [Sant Feliu de Codines], esparcidas acá y acullá como las tiendas de los árabes en el desierto. La atmósfera estaba ya pura, el horizonte despejado, el sol reflejaba en las aguas de un estanco que había junto al santuario.

Subí luego a S. Felio, descendí a Caldas, villa célebre por sus aguas termales ya en tiempo de los romanos [...] a pocas leguas de andadura penetré en Mollet [...] dejé a mi espalda el Moncada y dirijime a Granollers. Villa es esta alegre y populosa, de buenas calles y mejores plazas [...] Atravesé sin detenerme un punto el pueblo de la Garriga, al cual pertenecía la capilla, y vime en breve encerrado en el fragoso Congost. Áspera, cortada, y peligrosa era la senda que seguía, trazada entre opuestas cordilleras de montes altísimos que me traían embargado el pensamiento con la variedad de paisajes que a cada paso me ofrecían. Cosa de tres leguas debe andar aquí el viajero sin ver otra cosa que montes a la derecha y a la izquierda, al frente y a la espalda; mas no creo pueda hacérsele enojosa la vía, ya

que no le aquejen temores de que se le despoje de su hacienda por los forajidos que abrigan comúnmente estas asperezas, que no es cosa de buen llevar verse al volver de una esquina frente al frente con la boca de un trabuco.

Pasado el Congost, vime pronto en Aiguafreda, donde acertó a detenerse entonces uno de estos galerines que al parecer llevan encomienda de moler los huesos a cuantos pasajeros quepa la mala suerte de meterse en ellos. Veíanse a la portezuela del carruaje empolvados galanes aguardando con ansia el desembarco de las bellas damas que magnetizaron con sus ardientes ojos en las cortas horas de viaje que llevaban, mientras unos se desperezaban con mucho donaire a la puerta de la venta y otros acometían desaforadamente la cocina. Aguijé a mi alimaña y vime luego al pie de la subida de S. Antony [...]

Introdújeme en Tona y noté en los dinteles de las puertas entallado el año de fundación de cada casa: vi que algunas databan del siglo XVI, muchas del XVII, las mas del XVIII y las menos del siglo XIX. No quise ascender al castillo de Tona elevado sobre el pico de una montaña, ni penetrar en el gracioso pueblo de Taradell que vi a la derecha puesto sobre una margen escarpada, deseaba ver, lo que alcancé a corto trecho, la ciudad de Vich sentada sobre una riquísima alfombra, que tal puede llamarse su llanura.

[...] A cosa de una legua vi bajo mis pies a un caudaloso rio que corría murmurando entre dos pequeños pueblos sitos uno en el monte, otro en el valle. El rio era el Ter, los dos pueblos Roda, un puente unió lo que las aguas separaban. Las casas del monte ofrecen un aspecto pintoresco. Descienden algunas de ellas rompiendo zarzas y matorrales hasta el pié del rio como muchacho atrevido que mira

con avidez el juguete que se le cayó en el agua; una hay junto al puente que, bañándose en el rio mismo, mira en la abundosa corriente sus pies de piedra y su cabeza de mampostería, otras se estienden orillas del rio viendo correr sus ondas cristallinas al través de los acebos, tejos y frondosos olmos. Era hermoso el contraste de líneas y variedad de tonos que sus paredones más o menos obscuros ofrecían, y a pesar de ser muy pocos los objetos que sobresalían; el campanario de la iglesia parroquial de S. Pedro, algunas torres y el hasta en que flotaba durante la guerra de sucesión el pabellón nacional se destacaban bellamente en un horizonte sereno, empañado solo por algunas blancas nubecillas que, impelidas por el viento, corrían como espíritus celestes. [...]

Apenas asomó el alba, púseme sobre mi alimaña, cabalgué orillas del Ter, y al son de su armoniosa corriente llegué a tiempo que anochecía a vistas de la ciudad, sita orillas del mismo rio y cuesta abajo de un monte [...]. Ciñénla de septentrión a medio día varias alturas cuyas cimas defendían algunas fortalezas ya desmoronadas por el ímpetu de las armas. Allá donde alcanza la ciudad al Ter confluye el Onyà, pequeño rio que corre sosegadamente entre el Mercadal y la población antigua cuyas casas abren graciosamente sobre las aguas su variado ventanaje. Circuyen ambas partes de la ciudad, unidas por un puente de piedra, débiles muros coronados de torreones y baluartes en que se descubren todavía las brechas abiertas por los franceses a principios de nuestro siglo. [...]

Asomaba el sol sobre la cumbre de los montes, cuando salí de Gerona. Ansioso de tramontar Monseny, dejé la carrera moderna, y seguí la antigua abierta entre profundos

bosques. Al entrar en ella se apoderó de mí una melancolía indefinible. En una piedra en bruto sobre la cual había una pequeña cruz de hierro de recuerdos terribles para todo viajero en cuatro rotos paredones que a corto trecho se descubrían, se me ofreció una historia muy sangrienta. Algunos salteadores de los que abrigaban comúnmente los bosques de estas cercanías depusieron un día las armas, vinieron a fabricar esta casa, e hiciéronla posada. Al salir el viajero de esta casa fatal, caminaba muchas veces a una muerte pronta e irresistible. [...]

A tres leguas de Girona hallé las Mallorquines, pequeño pueblo sito sobre la cumbre de un monte. En el valle de la derecha está Riudarenes, en el valle de la izquierda la laguna de Sils. Todo respiraba tristeza en torno mío. La laguna reflejaba los rayos del sol como espejo empañado, como ojos velados por densas cataratas, como mar de hielo; el pueblo del valle, triste, silencioso, sin nada en sus alrededores que respirase vida, parecía más que un pueblo un cementerio. La naturaleza estaba en todas partes árida y moribunda; los campos yermos, los árboles sin hojas. La fiebre que devoraba á los habitantes de esta comarca parecía haber estendido su imperio sobre la rica vegetación que cubría en otro tiempo estos frondosos valles.

Al salir de las Mallorquines, la naturaleza estaba ya brillante. Apenas tramontaba una colina, descubría vastas llanuras pobladas de ricas alamedas que bordaban la margen de algún arroyo ó riachuelo. En la arroyada, bajo la sombra de los árboles veíanse esparcidos acá y acullá hermosos y manchados bueyes que pacían entre ovejas blancas como la nieve. A menudo interrumpían el silencio del paisage ya el vago sonido del viento que murmullaba entre

las hojas de los álamos, ya el hondo mugido del buey que repetía magestuosamente el eco de las montañas del fondo. Solo la frescura que respiraban estas encantadas llanuras podía templar los ardores del sol de agosto que rodaba sobre mi cabeza.

Como dos leguas andadas, llegué a Hostalric, villa sentada orillas del Tordera, en la falda de un monte cuya cumbre ocupa una espaciosa fortaleza. A su entrada alzase un torreón altísimo al pié del cual están los restos de su remate, en torno suyo se conservan todavía fragmentos de muralla que reflejan mucha antigüedad en el color sombrío de sus piedras. A trechos están empotradas en la muralla torres ya cuadradas, ya circulares, unas enteras, otras desmoronadas y entre ruinas.

Dirigime a Breda. [...] Durante el resto de mi jornada Monseny me ofreció un cuadro sencillo y magestuoso. Los rayos del sol apenas podían abrirse paso entre las negras nubes que cerraban el horizonte. La montaña presentaba tonos muy oscuros. Entre ellos destacábase un color vago, trasparente, indefinible, más deslucido que los vapores de un lago, mas subido que el de la vía láctea, color misterioso que escapa a todas las clasificaciones del entendimiento, a todos los caprichos de la fantasía. Un anciano encorvado ya por el peso de sus años y de sus fatigas se me acercó lentamente y me dijo, «estáis viendo la cascada de Gualba. Desgraciado es el día en que amanece sobre ella una pequeña nube. Esta es el trono que escoge a menudo el diablo para arrojar el rayo sobre nuestros bosques, el granizo sobre nuestros campos». [...]

La noche se acercaba. Dejé a mi derecha a Campins, sito en la cima de una colina, en medio de una campiña vas-

ta y pintoresca. Este pequeño lugar estaba entonces animadísimo. Un numeroso gentío danzaba locamente en él al compás de una música campestre que se confundía con el eco de las montañas, el canto de los arroyos y los febles quejidos de la brisa de la tarde. Tramonté luego una cumbre, y vi en el fondo, al pié de Monseny cuatro o seis casas esparcidas en torno de una pequeña iglesia. Era el pueblo de Muscarolas, término de mi jornada. Al llegar a él, el cielo desplegaba su manto de estrellas, las campanas de la iglesia tocaban a las ánimas, los techos de las casas humeaban, las cimas de los árboles del contorno oscilaban silvando dulcemente.

A la mañana siguiente emprendí mi marcha hacia la cumbre más allá de Monseny. Cuando empezé a trepar esta montaña gigantesca, brillaban todavía en el cielo algunas estrellas cuyo resplandor parecía estar en lucha con el de los primeros rayos de la aurora que asomaba a las puertas de oriente envuelta en nubes blanquecinas tocadas ligeramente de un color de rosa. El valle de Muscarolas resonaba con los armoniosos trinos de las aves que cantaban desde lo profundo de los árboles. El monte presentaba una vegetación rica y caprichosa. Al asomar el sol, vi ya coronadas de sus rayos las copas de los árboles entre los cuales caminaba. Su sombra me fallo prontamente. Al paso que iba acercándome a la cima, la vegetación disminuía a maravilla; la senda se presentaba más árida y más triste. Al fin no descubría ya en parte algúna árbol, ni arbusto, ni pequeña hierba, solo grupos de rocas que era preciso salvar para descubrir el vasto cuadro que la naturaleza presenta desde la cumbre de Monseny.

Al llegar a ella, ¡qué inmenso panorama! La cordillera de montañas que ciñe el valle de Muscarolas parecía haber desaparecido; solo descubría a mis pies una vastísima llanura continuada por el mar que media entre Barcelona y Mallorca. En esta llanura inmensa hormigueaban centenares de villas y lugares sobre que campeaba la ciudad de Barcelona al mediodía, la de Vich al norte, la de Gerona al oriente. Estas tres ciudades formaban un triangulo isósceles en cuya área estaba encerrada esta muchedumbre de poblaciones.

Desgraciadamente no pude abarcar los detalles de este cuadro. Apenas podía haber arrojado una mirada sobre el conjunto, creció al pié de la montaña una ligera niebla. Cortos momentos después vencía ya la cumbre de Monseny, y descendía la falda opuesta como ráfaga violenta. Desde entonces nada pude ya ver en torno mío. Bajé rápidamente envuelto en la neblina, y tras largo espacio halléme en bosque de sombrías hayas. La niebla paso delante de mí y entonces pude admirar estos árboles colosales, cuyas frondosas copas ya se perdían en la misma bruma, ya se destacaban sobre ella llenas de luz, de verdor y de frescura. Sus nudosas raíces cubrían todo el suelo, sus ramages se cruzaban formando uno como techo donde los rayos del sol podían penetrar difícilmente. El misterioso rio Gualba corría en el valle animando con se murmullo estos bosques gigantescos. [...]

Salí del bosque y di con una llanura cultivada por la mano del hombre. Algunos campos estaban ya secos, otros cubiertos de un verdor claro y hermoso que contrastaba singularmente con el color verde-oscuro que los bosques inmediatos presentaban. En el fondo vejase el cauce de un

riachuelo cuya margen ocupaban a trechos algunos chopos ligeros y esbeltos como el tallo de una ninfa. En medio de la llanura manaba de una pequeña fuente agua pura y cristalina. A la izquierda alzábase la capilla de santa Fe.

[...] Bajé la montaña al través de zarzas y malezas, y al llegar al valle tomé la derrota de Corbera [Palautordera], aldea sita orillas del rio Gualba. Tramonté otra cumbre, y en corto trecho hálleme ceñido de colinas en cuya cima brillaba con los últimos rayos del sol una pequeña cruz de hierro. Descendí al fondo de estas colinas y ofrecióseme un cuadro verdaderamente misterioso. A mis pies estaba abierto un profundo sumidero. Las aguas de Gualba claras, puras, cristalinas venían saltando de roca en roca, cantando, murmullando, animando el valle; llegaban a mis pies y perdían de repente su voz, su trasparencia, su pureza, se las veía apacibles, quietas y luego negras como la noche. [...]

Visto el Gorg negre, debí aun vencer la cima de otro monte para poder descubrir el salto de Gualba, que había ya descubierto desde la llanura de Monseny. Apenas lo divisé, púseme en uno de los repechos que formaba el monte. No oí a la verdad el estruendo con que confunde la voz del hombre y hasta la de la naturaleza la cascada de san Miguel del Fay, antes percibí un murmullo apacible que indica la calma y magestad con que este rio se desliza. Las aguas de la cascada de san Miguel saltan sin rozar con la montaña las de Gualba siguen la pendiente del monte mismo. [...]

Del resto de mi jornada conservo solamente estos apuntes. La noche se acerca a paso de carga. He llegado a descubrir la llanura de Monseny y en ella he visto sentada

la villa de Gualba. Sus casas jalbegadas hasta el techo, su iglesia hasta el remate del campanario han producido en mí una impresión estraña y fantástica. Numerosas estrellas brillan en el cielo. La senda que sigo es una hermosa calle de árboles. La noche es muy oscura, difícilmente puedo dar con el camino que conduce a san Celoni. Cuando he llegado a esta villa eran las diez.

Al día siguiente madrugué con el alba y dirigime a Barcelona. Durante la jornada vi a Vallgorguina sentada orillas de un riachuelo cuya margen cubría muchedumbre de ligeros chopos, tramonté Collsacreu, cruzé Arenys de Munt, seguí el cauce del rio del mismo nombre, y a media legua andada halléme ya en la pintoresca villa de Arenys de Vall cuyas hermosas calles parecían bañarse en la mar tersa y azulada. Seguí riberas del mar, y causome no poca maravilla ver al mismo pié de las aguas hermosas huertas cuya cerca constituían a menudo limones y naranjos. Los montes inmediatos ofrecían a cada paso contornos caprichosos, collados cubiertos de viñedos y hermosas poblaciones modernas sobre cuyos techos alzaban su corona sombría los restos de algún castillo antiguo. En todos estos pueblos descubrí uno que otro torreón ya coronado de almenas, ya de ladroneras que recordaba la dominación de los árabes; mas he buscado en vano ruinas que recordasen la fundación de las ciudades con que embellecieron los romanos estas dilatadas orillas. Donde están Iluro y Betulo de que hablan los antiguos escritores? Donde están cuando menos los escombros que debían decirnos «aquí fueron?».

Francis Chenevix Trench
Por Roncesvalles y el Portillón (1844)[95]

18 de junio. En un día accidentado, nos dirigimos entre colinas hacia Saint Jean Pie de Port, recorriendo una distancia de treinta y ocho millas bajo el clima más lluvioso y desagradable experimentado en nuestros viajes. A medida que avanzábamos, la zona cruzada se caracterizaba por su extrema aridez y aspereza; y al acercarnos a la gran cadena montañosa de los Pirineos, empezamos a encontrar cantidad de arroyos, laderas inclinadas, buena agricultura y una exuberante vegetación, típica de la región. Durante todo el trayecto, no encontramos ninguna ciudad de importancia.

El 19 de junio, el clima se había transformado en un día luminoso, fresco y encantador, ideal para una excursión de montaña. Al principio, estábamos indecisos acerca de cruzar el paso de Roncesvalles, debido al mal clima del día anterior, que nos había hecho descartar completamente la idea. Sin embargo, la belleza del día y la temperatura agradable animó a las mujeres a intentarlo. Después del desayuno, salí para buscar los medios de transporte disponibles. Existe una carretera que se extiende por cinco millas hasta el pie del paso, pero termina abruptamente en el pequeño arroyo y pueblo fronterizo que separa Francia y España.

---

[95] Francis Chenevix Trench. *Diary of travels in France and Spain, chiefly in the year 1844*. 2 vol. (London, 1845).

Al principio busqué un carruaje para trasladarnos, pero en la ciudad no encontré nada, excepto un pequeño carro cubierto que solo podía transportar a dos personas. La búsqueda de caballos de montar fue aún más negativa, solo había dos de disponibles, y como no se podías adoptar al sistema de *cacolet*,[96] nada podría satisfacer las necesidades de tres mujeres para un viaje de dieciocho millas en un trayecto laborioso. A pesar de la energía y la resolución que habían demostrado en otras excursiones pequeñas, se vieron obligadas a renunciar al ascenso.

Decidí partir a pie, aunque no estaba seguro de si podría lograr mi objetivo, ya que era bastante tarde para cruzar el paso sin la ayuda de una mula o un caballo. Comencé el viaje confiando en encontrar algún tipo de ayuda, aunque en ese momento no tenía una idea muy precisa de qué tipo de ayuda sería necesaria. Afortunadamente, tuve tanto éxito y fortuna como en muchas ocasiones similares.

Caminé a lo largo de la carretera principal durante cinco millas, atravesando un valle verde cultivado que se estrechaba gradualmente a medida que me acercaba a la gran pared montañosa, hasta llegar a la aldea fronteriza. En el puente que cruzaba el arroy, había un centinela francés y, cerca de allí, una pequeña aduana. Pregunté por la distancia hasta Roncesvalles, una aldea española al otro lado de la montaña, donde se encuentra un hermoso monasterio que, durante siglos, había dado nombre a este fa-

[96] *Cacolet* es una palabra francesa que se utiliza para referirse a una litera o silla de viaje que se transporta en el lomo de un animal, generalmente una mula o un caballo. Un medio de transporte tradicional en algunas regiones montañosas.

moso paso, ahora desocupado. Me dijeron que estaba a quince millas, lo que en muchos países se considera un tiempo justo de cinco horas para recorrer a pie. Cuando pregunté si podía conseguir una mula y un guía, un hombre del grupo que estaba sentado en la parte exterior de la última casa señaló a un cartero que acababa de sacar una hermosa mula de un establo cercano. Resultó que el cartero cruzaba diariamente la montaña y estaba dispuesto a ser mi guía. Sin embargo, pronto descubrí que era difícil comunicarnos, ya que él entendía muy poco francés y yo muy poco español. A pesar de las risas de los transeúntes, finalmente encontramos un intérprete que nos ayudó a llegar a un acuerdo.

Necesitaba no solo un guía para llegar a Roncesvalles, sino también para regresar temprano a la mañana siguiente. El cartero no parecía preocupado por la hora de su regreso y estaba dispuesto a hacerlo a cualquier hora que yo quisiera: *a las tres, a las cuatro, a las cinco, o a la hora que al caballero le plazca*. Fue curioso que otro hombre en el mismo lugar me ofreciera un excelente caballo gratis si quería ir a Pamplona. Supongo que había tenido algunos problemas en la aduana francesa con su caballo. Muchos viajeros se habrían alegrado de tener una oferta así para cruzar un país tan difícil para el transporte.

Mi compañero y yo nos pusimos en marcha, él insistiendo en que yo montara durante todo el trayecto, pero yo solo quería usar la mula como medio de transporte y descanso. Un anciano funcionario español dijo algo mientras pasábamos cerca de él, posiblemente en relación al contrabando, pero yo no tenía nada más que mi ropa y algunos francos para gastos del día, y no parecía un sujeto

interesante para examinar, así que pronto nos despedimos. Seguimos por la empinada y rocosa ladera de un valle cubierto de exuberante follaje de bosques de castaños. En un punto, mi guía señaló un desfiladero donde se libró una batalla y los carlistas fueron derrotados y asesinados. El camino era lo suficientemente bueno para cualquier animal acostumbrado a caminar en terrenos escarpados, aunque a veces había lugares donde la pendiente o la elevación extrema, con solo un lado de una roca resbaladiza como base, hacía prudente desmontar.

Después de recorrer la mitad del camino, llegamos a una bifurcación y, debo decir que si hubiera estado solo, como había planeado, probablemente habría tenido que detenerme indefinidamente para adivinar qué camino tomar. La soledad era total y solo había un promedio de un transeúnte por hora. Aquí, mi guía tomó el camino menos transitado, y después descubrí que cruzaba por un paisaje salvaje de rocas, arroyos y arbustos.

Al rato, nos internamos en un bosque y el camino se volvió más fácil de transitar, aunque estaba hecho de materiales que no parecían adecuados para la mula. Eran pinos redondos, ásperos, nudosos, colocados transversalmente y muy sueltos. No sé si la mula tenía miedo de que se movieran o de que se le enredara una pata entre ellos, pero siempre que podía avanzar unos centímetros hacia cualquier otro terreno o piedra al costado, lo hacía con entusiasmo, incluso si eso significaba acercarse al precipicio.

Mi silla de montar era peculiar, especialmente para alguien de origen inglés. Era un enorme marco de madera, muy alto, y estaba hecho con un montón de telas de saco que, en conjunto, formaban mi asiento a unos dos pies por

encima del lomo natural del animal. No tenía estribos y, como freno, una sola cuerda atada a una especie de bocado de hierro fijado en la nariz de la mula. La cima del paso no tenía el carácter distintivo de tantos de estos pasos entre España y Francia que reciben el nombre apropiado de *puertas*.[97] Pronto comenzamos a descender sobre tierras de hierba en pendiente hasta que avistamos el monasterio y el pequeño pueblo de Roncesvalles.

El paso que atravesamos fue también recorrido por el mariscal Soult[98] durante su memorable descenso a España en 1813. Imagino que debió ser una tarea muy difícil hacer pasar la artillería y la caballería por los caminos escarpados y abruptos del desfiladero. Tal vez se requeriría la intervención de ingenieros para mejorar su accesibilidad, por ejemplo, cortando las rocas muy dentadas con mayor amplitud para adecuarlo a un camino de herradura. En otros tramos, donde el terreno era blando, caminamos sobre los restos desordenados de un camino formado por árboles jóvenes dispuestos transversalmente, pero apenas alisados o allanados. Se dice que Soult empleó trescientos bueyes para ayudar a arrastrar sus armas a través del paso, y su extraordinaria determinación en lugares incómodos y difíciles es ampliamente reconocida por todos los viajeros.

En Roncesvalles, la carretera principal atraviesa un arco que forma parte del monasterio. A unas cien yardas más allá se encuentra la posada, que ofrece un alojamiento modesto pero aceptable para jinetes y peatones. Me pa-

[97] En realidad, se les llama puertos.

[98] Jean-de-Dieu Soult, mariscal y tres veces primer ministro de Francia, dirigió el ejército durante la guerra de la Independencia española.

rece importante mencionar esto, ya que estoy seguro de que todos los que han viajado por estos caminos pueden dar fe de la relativa falta de interés por los lujos, en parte debido a las duras condiciones de la ruta y en parte debido a la profunda apreciación de la comida sencilla y el descanso, lo que rara vez es tan valorado por aquellos que no tienen que trabajar para ganarse el pan, como es el caso en estas circunstancias.

Acordé con el cartero que me recogería a las cuatro de la mañana siguiente. Mientras preparaban mi cena, caminé cerca de una milla en dirección a España por un terreno similar a un parque, rodeado de árboles y con un camino muy bueno para carruajes. Aquí, se notaba claramente el cuidado y la atención que se había prestado en la aproximación al monasterio. Era una mezcla de avenida, planicie, césped y plantación, exactamente el tipo de paisaje que a un caballero rural inglés le gustaría tener como acceso a su casa.

A mi regreso, encontré una excelente comida de sopa, pescado, chuletas, pollo y frutas, acompañada de café y una taza de chocolate por la mañana. Todo ello por el precio de tres pesetas, es decir, unos dos chelines y nueve peniques. La mirada inquisitiva que recibí cuando entré por primera vez en la cocina de la posada, por parte de dos o tres españoles de aspecto salvaje, que suelen ser bastante desconfiados con los recién llegados que llevan ropa como la mía, para asegurarse de que no fueran aduaneros o algo por el estilo, fue compensada por la especialmente pequeña cantidad que tuve que pagar por una cómoda estancia y una buena cena.

Al despertarme entre las tres y las cuatro, me levanté y bajé a la cocina, donde encontré un gran fuego ardiendo en un rincón de la habitación, y mi amigo el cartero disfrutando de su calor. La mañana era hermosa, aunque unas pocas nubes frías y neblinosas pasaron junto a nosotros y nos envolvieron mientras cruzábamos la cresta más alta de la montaña. Poco después, el sol brilló claramente. Cabalgando y a veces caminando, bajo el azul brillante y el verdor de todo tipo que me rodeaba, llegué de nuevo a Saint Jean Pied de Port entre las diez y las once, después de una expedición corta pero muy gratificante.

El monasterio de Roncesvalles ahora está completamente vacío, y sus puertas están abiertas para que cualquiera pueda entrar, caminar por sus pasillos y sumergirse en sus apartamentos, sin encontrarse con un solo ocupante. Nunca he estado en un lugar más extraño y sombrío que este, y mucho menos después del anochecer y completamente solo. Con la poca luz que quedaba, apenas era suficiente para guiarme por el lugar. Pregunté en el pueblo si alguien podría mostrarme el lugar, y la respuesta fue *Las puertas están abiertas y puede ir a donde quiera*. Me dijeron que este antiguo establecimiento se disolvió hace unos seis años, y que entonces había diecisiete canónigos. Afortunadamente, la iglesia sigue en uso para los habitantes vecinos.

En mi opinión, sería muy fácil construir un buen camino para carruajes a través de este paso. Incluso ahora, solo hay unas ocho o diez millas intransitables para un carruaje, y no observé ninguna dificultad real para los ingenieros y constructores de caminos, ni nada que pudiera requerir un gasto muy grande. En la actualidad, sólo exis-

ten dos caminos para carruajes entre Francia y España, uno en cada extremo de la cadena de los Pirineos.[99]

Durante mi excursión a Roncesvalles, las damas habían visitado la ciudadela de Saint Jean Pied de Port, una imponente estructura que domina las tres gargantas del vecindario por donde se efectúa la comunicación con España. Pasearon dentro de las puertas sin interrupción, pero al ser observadas, fueron saludadas por un centinela y se dirigieron a su superior para recibir órdenes. Afortunadamente, fueron tratadas con la mayor cortesía. Después caminaron un rato por la elevada y amplia plataforma, y sacaron algunos bocetos del noble paisaje que los rodeaba. Dudé que a un caballero se le hubiera concedido este último privilegio, y es que a menudo he observado que la presencia de una dama en tales escenas desarma las sospechas y proporciona a los hombres una recepción muy diferente de la que obtendrían de otro modo, lo que es muy razonable, dejando de lado la cortesía y la galantería. Un espía, un individuo con propósitos siniestros, o incluso un caballero viajero que tenga a la vista algún objeto que pueda causarle dificultades, no sería acompañado de esta manera. [...]

Junto al coronel H.B., desde este lugar realicé mi primera excursión a la montaña con destino al puerto de Benasque. Partimos de Luchon a las cinco de la mañana y disfrutamos del mejor clima durante todo el día. La subida ha sido descrita en numerosas ocasiones con gran precisión, por lo que no pretendo añadir ningún detalle nuevo. La

---

[99] Los pasos del Portús y del Bidasoa.

guía contiene dos relatos, uno en el texto principal y otro en una nota, y sus valientes autores, el Sr. Paris y el honorable Erskine Murray,[100] ofrecen una impresión general del paisaje. Si bien es cierto que describen la excursión en términos algo peligrosos, creo que en cierto modo exageran. Hay algunas dificultades y peligros, pero la dificultad solo se presenta para aquellos cuyos caballos, si montan, o cuyos cuerpos, si caminan, no están a la altura de la tarea, que la mayoría de los caballos locales y hombres sanos pueden realizar. Mientras que el peligro solo afecta a aquellos que actúan de manera descuidada e imprudente o experimentan un accidente inevitable, como una caída o una torcedura de tobillo, que cualquier excursionista puede sufrir en una caminata entre montañas o precipicios.

Durante la primera hora y media de camino hacia el Hospicio,[101] una pequeña posada al pie del paso, se puede disfrutar de la belleza del bosque, el agua y las vistas a la montaña sin mayores dificultades. Desde el Hospicio, se abre una especie de cuenca montañosa con altos pináculos aparentemente inaccesibles como límite ininterrumpido en la cumbre. Es común sentir asombro y sorpresa al descubrir que esta es la barrera que hay que superar, y la ab-

---

[100] James Erskine Murray (1810-1844), publicó *A Summer in the Pyrennees* (London, 1837).

[101] Durante el siglo XII, la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén estableció dos hospitales, que en realidad eran posadas, en las laderas norte y sur del paso del Portillón, con el objetivo de brindar ayuda a los peregrinos y viajeros que atravesaban los Pirineos. El *hospice* de Saint Jean de Jouéou, mencionado en el texto, estaba ubicado en el lado francés, mientras que el hospital de Benasque o de San Salvador se encontraba en el lado español. Actualmente, estos edificios han desaparecido y solo se pueden apreciar los cimientos.

soluta incapacidad de imaginar cómo hacerlo. El puerto en sí, o brecha superior, por la que se atraviesa el camino, no es visible desde este lugar, ya que está oculto a la izquierda por una altura que lo sobresale. Esta característica de la escena es común en muchos pasos de montaña, sin embargo, desde abajo, un ojo preciso puede trazar un camino estrecho que serpentea en líneas zigzag hacia el puerto. Aún así, la naturaleza escarpada de la altura, parece hacer el ascenso imposible, pero, *tentanda via est*, y como sucede en otras cosas, también en esta, pronto se progresa y se alcanza el final.

Nos llevó dos horas alcanzar la cumbre desde el Hospicio. Yo caminé todo el camino, mientras que el coronel cabalgó hasta los últimos veinte minutos del ascenso. No voy a detallar los lugares por los que cabalgó, pero debo decir que aunque no me produjeron miedo ni ansiedad, sí me preocupé por él. Sin embargo, continuamos subiendo alegremente, hablando y disfrutando del paisaje, y no olvidaré fácilmente las interesantes conversaciones que tuve con el valiente soldado, no solo en ese momento, sino durante todo el día., sobretodo cuando, en respuesta a mis preguntas, relató varias anécdotas sobre Wellington, Moore y Hope, así como sobre Waterloo y la península. El coronel montaba un caballo bien elegido, el mismo que se había preparado para el duque de Orleans en la misma excursión, y su dueño lo describía como *trés décidé*, una cualidad muy valiosa en una expedición como la nuestra.

Antes de alcanzar la cima, llegamos a una hermosa cuenca semicircular de roca que ofrecía protección contra el viento y estaba bañada por la cálida luz del sol. Allí tomamos el desayuno, y mi amigo había traído una abundante

provisión de comida en su mochila. Utilizamos las piedras como asientos, un montículo de hierba como mesa, y para mi sorpresa, pronto nos encontramos disfrutando de pan, mantequilla, pollo, huevos y café recién hecho, en medio de las montañas nevadas. Además, había carne y vino para los guías, mientras los caballos pastaban libremente en el césped cercano a nuestro lugar de descanso.

En este momento nos encontrábamos a unos veinte minutos de la brecha en la cima, desde donde se iniciaba el descenso hacia España, y donde se podía ver la gran Maladeta a través de un valle profundo y escarpado. A nuestra izquierda estaba el puerto de la Picada, y a la derecha el pintoresco pueblo español de Benasque. Aunque generalmente hay vientos fuertes en la cumbre, hoy solo había una brisa suave, excepto en el propio puerto donde el aire era frío y fuerte. Según mis mediciones, el paso en sí tenía una longitud de quince yardas y un ancho de cuatro. A tres pasos antes de llegar a este desnivel, del lado francés, no se podía ver ni un centímetro de la Maladeta. Pero al avanzar, la gigantesca montaña se presentaba ante nosotros en toda su vasta y solitaria grandeza.

Después de disfrutar del paisaje un buen rato y escuchar las historias interesantes del anciano Lafont, conocido como *Príncipe*, emprendimos el camino de regreso. Una vez más, tuvimos que atravesar masas de piedra suelta, arroyos (o senderos de agua, según el gusto del viajero) y lo más importante, crestas nevadas extremadamente empinadas. Para evitar resbalar y caer al glaciar que yacía debajo de nosotros, a menudo me agarraba con los dedos de la mano derecha hundidos en la nieve como un gancho.

En este punto, grandes lechos de rododendros salvajes estaban en plena floración, y pude recoger varias hermosas flores de montaña por el camino. Muchos ejemplares sólo se encuentran en los senderos más salvajes, y algunos incluso crecen cerca de los fríos glaciares o en fisuras de la roca desolada, y son un regalo para los ojos del viajero. Es impresionante contemplar el contraste que ofrecen estas pequeñas flores silvestres en comparación con las enormes rocas que se elevan por encima de uno. Y al mismo tiempo, no se puede evitar sentir la maravilla de la obra de Dios en cada detalle, desde la pequeña y delicada nomeolvides, hasta la rosa salvaje y la prímula.

En el Hospicio, nos encontramos con varios arrieros españoles que tenían mulas excelentes. Estos hombres tenían figuras imponentes, como es habitual en su clase, y llevaban una vestimenta muy pintoresca que incluía un cinturón ancho, ya sea azul o rojo, y un gorro catalán para la cabeza hecho de tela roja gruesa que colgaba como un gorro de dormir inmensamente largo o doblado sobre la coronilla. Después de una excursión muy gratificante en todos los aspectos, cabalgamos rápidamente de regreso a casa mientras yo montaba al lado del guía tratando de descubrir por qué lo llamaban *Príncipe*. El coronel B. y yo pensábamos que le habían dado el apodo en broma por sus habilidades como guía, pero Lafont nos corrigió al decirnos que el nombre había pertenecido a su familia durante mucho tiempo. Desde luego, no teníamos ninguna razón para contradecirlo.

Al día siguiente, acompañé a la Sra. T. a visitar dos cascadas muy hermosas cerca de Luchon, una en Montauban y otra en Juzet. Los habitantes de estos pueblos parecían

estar en una situación de pobreza extrema, y tanto los jóvenes como los viejos mendigaban constantemente. Incluso los niños parecían haber aprendido la lección de *Donnez-moi un sou* como la primera frase de un vocabulario que nunca se olvida. Más tarde, nos enteramos de una mujer joven que vivía en la zona y que había perdido el uso de sus extremidades y había estado confinada en su cama durante mucho tiempo. Fuimos a visitarla y durante la conversación descubrimos que estaba muy familiarizada con el contenido del Nuevo Testamento. Recordaba pasajes como el discurso de Nuestro Señor sobre la venida del Espíritu Santo y varios otros. Tenía un Nuevo Testamento impreso por la Sociedad Bíblica Francesa. Más tarde, alguien que se había interesado en la difusión de la palabra de Dios en la zona, nos contó que el cura del pueblo había promovido con celo la distribución de más de cien copias del Nuevo Testamento, en gran medida bajo sus auspicios, pero que esto no había sido bien recibido por la autoridad eclesiástica superior. Según mi informante, el cura había cambiado su postura y ya no promovía la circulación de la Biblia en la zona. [...]

Durante nuestra estancia aquí, experimentamos dos o tres tormentas de montaña que nos resultaron tanto novedosas como sorprendentes. En uno de estos días, el clima había sido agradable sin signos de bochorno o tormenta hasta alrededor de las seis de la tarde, momento en que empezamos a ver nubes espesas, aunque no muy grandes, acumulándose y acercándose desde los tres valles que conducen al pueblo, uno al norte, otro al noroeste y el último al sur. Pronto empezamos a oír el trueno resonando en la distancia y, en cuestión de minutos, las nubes se

aproximaron desde los tres puntos diferentes. Como era de esperar, la tormenta se concentró rápidamente, no diré directamente sobre nuestras cabezas, pero sí a nuestro alrededor por completo. Estábamos situados en una cuenca profunda formada por paredes montañosas estrechas e inmensas, y durante alrededor de dos horas los truenos y relámpagos nos rodearon por todas partes, acompañados de una lluvia muy fuerte durante un corto periodo. Apenas había viento. La iglesia estaba cerca de nuestro alojamiento, y el sonido fuerte y poderoso del repique de campanas en medio de la tormenta era muy impresionante. Me han informado que en estas montañas se acostumbra tocar las campanas con dos propósitos: uno para hacer vibrar el aire y el otro para convocar a los habitantes a la oración en momentos de peligro. A diferencia de lo que a veces ocurre, el relámpago no parecía tener un aspecto feroz y ahorquillado.

Jean-Antoine-Dominique Chanony
Cruzando la sierra del Cadí (1851)[102]

[El viajero acaba de salir de Barcelona]. Cruzo por varias aldeas, una comarca montuosa que, a la belleza de sus paisajes, une el interés de sus recuerdos. Pero, lo confieso, el calor, el hambre, la sed que me atormentan, y también mi mal humor, no me permiten fijarme mucho en observar los detalles. Sólo en Molins de Rey, a más de tres leguas de Barcelona, por fin una pobre mujer me admite en su pequeña cantina. No encuentro allí más que pan y vino; pero su honrada hospitalidad, el placer que me produce, y el que le añado al dar unos cuartos a su pequeña Angelina, me lo convierten en una comida deliciosa.

Cerca de Molins de Rey, el Llobregat corre por un cauce profundamente encajonado, cuyo curso, desde su fuente hasta su desembocadura, ha sido tantas veces teñido con sangre francesa y española. El valle que remonto es rico en formas atrevidas y graciosas. Dos cadenas de montañas lo bordean; la del Norte se hunde en precipicios; la del Sur, en la que se apoya el camino, es menos escarpada, pero accidentada con lomas y barrancos entremezclados con grupos de árboles, casas y cultivos que encantarían la vista, si uno no se entristeciera con el pensamiento de que,

[102] [Jean-Antoine-Dominique] Chanony. *Mémoire d'un voyage en Algérie, et retour par l'Espagne* (Paris, 1853). Parte final del viaje, a su paso por Cataluña en mayo de 1851. Es de interés por lo raro de la ruta cruzando la sierra del Cadí. Solo me consta que utilizara el mismo camino Nompar II, señor de Caumont, en 1417.

durante demasiados años, cada rasgo de estos bellos paisajes era una línea de combate.

En medio de estas huellas, de estos recuerdos de guerra, alza sus murallas una ciudad de nombre guerrero, es Martorell. La ciudad es pequeña; tiene una pequeña guarnición. Pero no es poca cosa el entrar y atravesarla esta tarde de fiesta. El calor, el buen tiempo, ha sacado a la calle principal a toda la población; los hombres pasean por el centro y las mujeres y muchachas están sentadas en el umbral de las casas. [...]

Martorell está a orillas del Anoia, río bastante considerable, que se une cerca de allí al Llobregat. El río atraviesa el camino, y, por una justa reciprocidad, el camino atraviesa el río. Hay un poco más abajo un puente que, dicen, fue construido por los romanos; pero sus arcos rotos ya sólo están allí como recuerdo y paisaje. Al pasar al lado, se ve mucho mejor que si se pasara por encima. No se puede decir que la reina de todas las Españas no tenga ni cultive el sentimiento de lo bello. Por mi parte, se lo agradezco; sólo que, el agua bastante rápida que me llega hasta los riñones, me da bastante que hacer, pensando en no hundir demasiado los pies, y en levantar los bolsillos.

Apenas una media hora de marcha ha escurrido mi ropa, cuando sobreviene un aguacero, un verdadero río de arriba. Así, mientras cae, al encontrar un segundo río que hay que atravesar como el primero, no distingo sus aguas de las que me bañan, sino por el tinte rojo con el que impregnan mi pantalón, sin duda para completar el traje que me ha valido hace un momento tan bellos cumplidos.

Encuentro en Esparraguera, una vasta posada, limpia, bien atendida, pero que, para la comodidad del viajero, no

tiene nada más que las otras. ¿Está empapado? — No hay fuego, aparte de unas brasas en un hornillo. — ¿Está cansado? — No hay ni bancos ni sillas. — ¿Tiene hambre? — Se irá a comprar lo que se pueda encontrar, y se lo cocinarán. Por lo demás, no se preocupe; porque nadie se perocupa por usted, nadie sabe que está allí. Al fin llega la cena; está caliente, y el vino tiene fuego. Me dan para la noche, en una habitación sin ninguna luz, un jergón y su manta. Es un deleite el reposar allí, calentarse, dormir. Al día siguiente, el pertrecho todavía está mojado; pero hace buen tiempo; el sol y la marcha han borrado pronto todo rastro del Anoia y de su hermana.

Al salir de Esparraguera, un espectáculo extraordinario golpea la vista; es el Montserrat, Mont-Aserrado, se debería decir, Monte-Dentado, vasto y alto macizo de rocas, así llamado a causa de las puntas innumerables, obeliscos afilados, que coronan su cumbre. Imposible comparar este bosque de tallos de piedra, con nada que yo conozca, a menos que se suponga que una meseta de 12-15 leguas cuadradas, se ha alfombrado en toda su extensión, con flecos y haces de estalactitas, y que una mano de Atlas la ha vuelto al revés, casi como una tortilla, diría gente poco poéticas. [...] Fortaleza inmensa, inexpugnable, indestructible, el Montserrat durante nuestras guerras, fue cien veces atacado y defendido. Entonces también, como en tiempos de Deucalión, cada piedra se animaba, se armaba, lanzaba fuego, golpeaba con la espada o con la daga. Nuestras águilas solas pudieron alcanzar su cumbre; pero sin cesar los obstáculos se alzaban, se multiplicaban a su alrededor.

El país que atravieso, elevado en la base del monte, se vuelve rocoso. Rebelde al cultivo, está en parte cubierto de

pinos silvestres y de alcornoques. La personas que encuentro allí, tiene bastante aire rocoso; sin duda piensan lo mismo de mí; lo cual hace que nos contentemos recíprocamente con esta buena opinión, y con un *Buenos días* más o menos ronco. El camino es mísero, aunque sea el más hermoso de la provincia que pasa por tener los caminos más hermosos de España. Ayer vimos sus puentes. Muros de terrazas lo sostienen a través de los barrancos que remonta; el agua de los torrentes pasa por encima, y cae de nuevo en cascadas. Lo he dicho, la reina de las Españas ama el arte, el paisaje.

Se llega así a un pueblo, o aldea de apariencia bastante pobre, pero rodeado de huertos, viñas y jardines, y pintorescamente situado al borde de un barranco profundo que entalla la base del Montserrat. Allí comienza una rampa rápida y larga, que, llegada a media altura, se bifurca. Bordendo una meseta a la izquierda, se toma la dirección de Zaragoza; continuando subiendo a la derecha, se toma la de Manresa, que es la mía.

El camino que conduce a ella, no es más que una pequeña senda que, suspendida en una ladera rocosa, sube durante largo trecho. Por fin alcanzo el puerto, un paso estrecho, una especie de istmo, único eslabón que une el Montserrat con la cadena que termina allí, hacia el Noroeste. Este paso se llama Bruc, nombre que no tiene, que yo sepa, significado en español, pero que parece haber sido tomado expresamente del alemán *brücke,* puente, para designar la naturaleza del lugar. Hay allí una casa llamada Casa Masana, cuyos muros están perforados con troneras. Está ocupada por un puesto de diez hombres, que ellos mismos apenas se ocupan de otra cosa que de calentarse

al sol. Encontré en su cantina el peor vino que he bebido en España. En la altura de la izquierda, restos considerables de fortificaciones, indican la importancia que tenía antiguamente este puesto, ahora tan miserable. Al subir, había podido ver el monte y todos sus aspectos del sur y del oeste; al descender, lo veo con no menos admiración, continuar hacia el norte su corona de precipicios, de rocas, de agujas-obeliscos. Fuera de este macizo extraño, todo el campo de la vista está ocupado por un amontonamiento de colinas y sierras, que lo surcan con sus valles, mientras que sus cumbres se elevan gradualmente hacia los Pirineos, que ya cierran el horizonte. A lo lejos, bajo un rayo aislado de sol que parece decir *ahí está*, diviso una pequeña ciudad: es Manresa.

El camino desciende mediante inmensos rodeos, a través de un hermoso bosque; luego, a la manera árabe, y sin duda por el mismo motivo, sigue una cresta de colinas pedregosas, cubiertas de viñas que producen muy buen vino. Puedo apreciarlo yo mismo en una pequeña posada aislada, donde un buen anciano me da la acogida de la hospitalidad montañesa. Cuando entro, va a cenar y comparte conmigo su arroz y su cordero. Había sido *guerrillero, somatén*; estuvo en Montserrat, en julio de 1811, cuando los franceses escalaron esa montaña de torres, a pesar, me dice, del fuego que salía de todas las piedras. «*Más esos excomulgados franceses peleaban como demonios*». Y luego, para probarme que es un buen diablo, va a buscar una botella de *dulce*; y bebemos a la salud de los bravos que, en todos los países, han combatido y perecido por su patria.

Una parada en un bosque vecino, me deja pensar y ordenar mis impresiones y recuerdos. El *dulce* y una buena siesta me devuelven el aliento para la marcha. El camino se vuelve siempre más irregular; se eleva sobre una costa rocosa, árida; atraviesa un bosque donde se reduce a un sendero de mulas y algunas roderas. Hay que subir y bajar mucho mucho.

Por fin Manresa aparece a poca distancia; en el flanco izquierdo del valle profundo y estrecho del Cardener, poderoso afluente del Llobregat. Los cultivos cambian, varían. Visto de cerca, el aspecto de Manresa es muy pintoresco: construido en anfiteatro sobre un escarpado, rodeado de fortificaciones antiguas, el río que corre al pie, algunas fábricas que mueve, un puente de madera para los peatones, todo crea un hermoso conjunto. En el centro de Cataluña, rodeado de regiones montañosas, fuerte por su elevada posición, Manresa, foco de guerra contra el extranjero, luego, foco de insurrección y guerra civil, ha sido varias veces saqueada. Las riquezas que la rodean le han devuelto la vida, han borrado todo rastro de desastres; está ocupada por una guarnición numerosa. Una calle empinada conduce al interior, que es feo, sin interés. El tiempo, por el contrario, es bueno; el viento que desciende de las cumbres nevadas de los Pirineos, refresca la temperatura; sigamos adelante.

Más allá de Manresa, ya no es el país accidentado, poblado, que me ha traído hasta aquí; son vastos campos de trigo sin población. Y desde entonces, ya no hay camino; ni hay sendero; sólo uno excavado por las aguas pluviales, obstruido por las piedras que arrastran, atraviesa esta llanura que parece interminable. Tiene en efecto tres o cua-

tro leguas de extensión; y en ese espacio, ni un pueblo, ni una casa. Llego al final. Hacia la parte baja de una colina, un poco apartado, veo una gran vivienda. Me han dicho que hay una posada por estos alrededores; no puedo dudar que sea ésa. Es un hallazgo oportuno, porque se acerca la noche. Dejo el camino; cruzo varios campos; llego al lugar, pido cenar y alojamiento; ¡nada! No encuentro allí ni cama ni cena, solo un maldito «*arriba ne hay*». Y ese arriba, es lejano; está en Sallent; a no menos de una legua. Caminemos.

A medio camino, reencuentro el Llobregat, que abandoné en Martorell. Es mucho menos poderoso, pero aún hermoso; sobre todo sus bellas riberas. Son elevadas, cultivadas, pobladas; la noche ya extiende sobre ellas sus sombras; tiene la coquetería de levantar aquí y allá su velo semitransparente. Sallent está al otro lado, a la izquierda del río; un arrabal, una especie de cabeza de puente, está a la derecha, por donde llego. Cuando estoy en la puerta, me creo al borde de un precipicio; es... la calle mayor que desciende estrecha, sobre la roca desnuda, quebrada por resaltes, como en un bosque. En la parte baja de esta calle, un puente de piedra conduce a la ciudad, estrecho también, pero transitable por carros. Una población numerosa circula sobre este puente y en las callejuelas donde desemboca; son los obreros que dejan los talleres de varias fábricas alimentadas por las minas de cobre y otros metales, que se encuentran en las cercanías.

¿Dónde buscar alojamiento, en medio de estas tinieblas y este movimiento? Será difícil. A los primeros pasos, un hombre se me acerca y me dice con acento auvernés: «¡Buenos días, amigo! ¿Es usted francés, eh?». Y me lleva

a casa de unas buenas personas que conoce, que compensan con su cordialidad lo que no pueden ofrecer en comodidad. [...] Estoy en pie temprano y vuelvo a cruzar el puente. Hay el mismo movimiento que la víspera. Los obreros regresan a sus trabajos; hay además, el aspecto animado de la ciudad; y sobre el río, entre sus bellas riberas, vastas fábricas que él mueve. Plomo, cobre, hierro, estaño, zinc, mercurio, sal gema, hulla, he ahí los tesoros que España puede encontrar en su suelo, bajo los productos más ricos y variados de la agricultura; he ahí los tesoros que tenía para intercambiar por los de sus colonias. Tanto dentro como fuera, todo llamaba a sus puertos, al comercio, las riquezas, las artes de los dos mundos. Está apagada; es pobre; está atrasada en la marcha de las artes; es ignorante; y se dice: ¡Es la riqueza la que la ha empobrecido; es el torrente del comercio y de la actividad, lo que ha sofocado sus energías; es el descubrimiento del Nuevo Mundo, es el resplandor del ingenio y el faro de la ciencia, los que la han sumido en las tinieblas!

Las fábricas de Sallent, nuevas en su mayoría, reclamaban otras salidas que los senderos por donde hemos llegado. Una gran carretera va a dar vida a este interesante valle del Alto Llobregat, y a unirlo, por una parte, con Barcelona; por la otra, con Francia, por Puigcerdá. Encuentro sus obras, desde la salida del arrabal cuya pendiente ayer era tan escabrosa. Están completas en una longitud de tres a cuatro mil metros; más allá, los puentes y otras obras de ingeniería están terminados en un espacio de cinco a seis mil. Por todas partes son de gran interés las construcciones de este tipo; pero aquí atraen aún más, por el contraste que ofrecen, con todo lo que las rodea, con todo lo

que las ha precedido. Los caminos, son las piernas de una nación; las obras que los preparan, son las primeras pulsaciones de una vida nueva que la penetra. Me paro a menudo para contemplar esta gran obra del arte, que se une allí, a una naturaleza áspera, para suavizarla y fecundarla. [...] A medida que avanzo, el país se eleva; las cimas de las altas cadenas hacen sentir su frescor; los pastos suceden a los cultivos; la comarca toma un carácter agreste; está poco poblada. Solo encuentro en ella una pequeña aldea, Casserres, que no tiene nada notable. Son continuas las subidas y bajadas; la última subida me lleva a Berga.

Situada en la cima de una saliente alta y escarpada de su sierra, esta ciudad armada de viejos muros, y dominada por una ciudadela medieval, es de un aspecto notable. Las aguas vivas de las montañas proporcionan por todas partes irrigaciones. En cuanto al interior, las callejuelas tienen unas pendientes tan rápidas, que se camina en ellas con pena. Hago una doble prueba; pues cuando, llegado al medio de la ciudad, pregunto por una posada, me devuelven fuera de la puerta por donde he entrado. Una casucha cuya vista me dio lástima cuando pasé delante, representa toda la instalación hospitalaria de Berga. Tendré para cenar, algunos huesos ahumados de cordero. En cuanto al lecho, se reduce a su expresión más pastoral: el establo puede contener siete mulas, pero sólo hay seis en la cama de paja; yo ocupo el lugar de la séptima. La noche es fría y tengo que dividir mi cama de paja en dos, una mitad debajo de mí y la otra encima. A las cuatro, suenan los cascabeles; vienen a equipar a las mulas; yo, que tengo la ventaja de estar ya equipado, me voy.

Subo la calle escarpada, larga, estrecha; cruzo la ciudad todavía silenciosa; luego el pequeño istmo que, como el del Bruc de Montserrat, la une a la montaña. Desde el punto de vista pintoresco, este lado de la ciudad no cede en nada, quizás incluso es superior al otro. Un valle desciende a la izquierda, grande como uno de los Alpes, con rocas y bosques en las cumbres, precipicios, torrente, cascadas, murmullo en el fondo. El camino es bastante llano; la pendiente es suave; es un deleite caminar, mirar, relacionar con estas bellas escenas, mis recuerdos de Italia, Suiza y África. Estoy tan concentrado en mirar que paso por alto un sendero a la izquierda y continúo mi descenso. Al cabo de una hora, encuentro un habitante que me informa de que estoy en el camino de Ripoll; que hay que desandar una legua, para tomar el sendero en cuestión. Tengo así la ocasión de ver una segunda vez el bello valle, y confieso que no le encuentro tanto encanto.

Vuelvo, subo, encuentro mi sendero; hace falta nada menos que pasar la montaña de la izquierda. Afortunadamente, he aquí una venta; desayunemos. La subida es larga; las rampas más empinadas están pavimentadas, o más bien, erizadas de bloques brutos de granito, ensamblados sin orden. Las *espartenas*, alpargatas o sandalias hechas de cuerdas, que los españoles llevan en general como único calzado, se aplican sin resbalar sobre estos pavimentos irregulares; pero no ocurre lo mismo con mis botines. La marcha es muy difícil, sobre todo en las bajadas. Obligado como estoy a tantear estos guijarros, tengo menos tiempo libre que hace un momento, para mirar los alrededores. Resbalones y resbalones me llevan a un encantador valle totalmente montañés. Es estrecho, profundo, tapizado de

bosques y pastos; regado por fuentes, cascadas y arroyos. Un torrente salta en el fondo; lo franquea el puente de Rabentí, esbelto y atrevido como un gamo; a su alrededor se agrupan algunas casas.

Doscientos y trescientos metros más arriba, una posada muestra su enseña. Encuentro allí un huésped y una huésped de modales toscos y grandes risas, como sus barrigas redondas y abultadas; me dan buen vino y buena carne. Son habladores y su vino también. [...] La charla, la alegría, el cuartillo de buen vino y las chuletas de *carnero*, han refrescado y reparado mis fuerzas. Las necesito, porque hay que subir todo lo que he bajado, y luego bajar y resbalar de nuevo.

En esta segunda bajada, me encuentro con un hombre joven, de talle esbelto, robusto, de aire salvaje; sube ligero como sus alpargatas. Quiero pedirle información sobre mi camino, sobre la distancia a Bagá; me responde «*Dios*», y ya está lejos; en un instante desaparece en la montaña. Diez minutos después, mi camino tan solitario se puebla de una veintena de hombres, son miqueletes, o gendarmes catalanes conducidos por un teniente que, cuando me acerco, me dice con tono de benevolencia: «¿Está usted tranquilo?». Yo, que hasta entonces no he demostrado inquietud, al principio no comprendo su pregunta. Añade: *«¿No ha encontrado salteadores?»*. Entonces sí se me ocurre la idea de que el hombre de «Dios» que encontré hace un momento, «*salteaba*» bastante bien, para merecer ese nombre; pero no puedo desconocer la atención que tuvo de no responderme de otra manera. Aseguro, pues, que he estado «*quietísimo*». Y el teniente, con aire satisfecho, me cuenta que, hace algún tiempo, no habría sido así. Me mu-

estra, muy cerca de allí, una roca donde, once días antes, el santo día de Pascua, hizo fusilar al jefe de una banda que desde hacía mucho tiempo infestaba la comarca. Completa mi satisfacción y la estima que me ha inspirado, negándose a ver mi pasaporte. Nos separamos con un cordial «*A Dios*».

Bagá es una aldea miserable; no tiene nada atractivo en cuanto a posadas; me dicen que hay una a dos leguas más lejos, al pie de la gran montaña. La jornada de mañana será larga y difícil; ganemos tiempo y camino. Este camino, por lo demás, es fácil y agradable, siguiendo el fondo de un valle que toma el carácter de la gran cadena en la que se apoya. La posada prometida es una casucha enclavada entre rocas, cerca de un puente estrecho como una tabla, que se llama «*Puente del Fachs*». [...] Este paraje de Fachs es salvaje y solitario. Otra vivienda más miserable aún que la primera, está a cien metros más arriba. Alrededor, todo es desnudo, áspero, desgarrado. Dos torrentes saltando, bramando de caída en caída, se encuentran y chocan debajo de la posada.[103] Es el estruendo en medio del silencio; la movimiento en medio de la inmovilidad. Mis anfitriones son tan rudos como todo lo que les rodea; tres arrieros que hacen allí un alto son aún más toscos. Cae la noche; estoy solo en medio de estas gentes, como si la casa estuviera desierta. Ni una palabra de acogida, ni siquiera una pregunta de curiosidad.

---

[103] Referencia al puente de Sant Joan y la casa Cerdanyola, antiguo hostal en el camino que cruza la sierra del Cadí por el collado de Pendís. Un paisaje de alta montaña sorprendente. En catalan a la haya se la llama *faig*, de aquí el nombre ahora olvidado de *Fachs*.

A lo largo de una hora, o hora y media, sólo nos iluminaban los destellos intermitentes de algunas ramas que ardían en el hogar. Hacia las ocho, cuando el arroz está cocido, la anfitriona moja en un cubo de resina un puñado de musgo, que introduce en una grieta entreabierta de la chimenea; enciende algunas briznas; esa será la lámpara de nuestro festín. Anfitrión, arrieros y yo, sentados a la beduina alrededor del cuenco, hundimos en él nuestras cucharas de madera por turnos, siempre sin decir palabra. Se puede uno figurar el aire del interior ahumado de esta especie de tugurio y de nuestro círculo ya bastante negro, todo iluminado por la luz sucia de la resina. Con el cuenco vacío, cada arriero toma su *odrecilla*, pequeña bota que se echa al gaznate, y va a enrollarse en su manta, en el extremo alto de la habitación, donde se ha hecho cama con algunas gavillas de paja. En cuanto a mí, tengo una detrás de la puerta. Estoy pronto para partir, en cuanto la primera luz del alba, tímida y pálida, me diga: He aquí el día.

El puente de Fachs está al pie de la gran cadena que, bajo el nombre de Sierra del Cadí, se separa de los Pirineos en Puigcerdá para atravesar Cataluña y extender sus poderosas curvas hasta la desembocadura del Ebro. El torrente de la derecha desciende por un valle lateral, al que se asciende tan pronto como se ha cruzado el puente. Una cuesta de media hora conduce a una especie de callejón sin salida, a una alta cuenca, semejante a aquellas que se ven habitualmente en las laderas orientales y meridionales. Rodeados de rocas infranqueables, el sendero se acerca a las más altas y escarpadas: ¿por dónde pasar? Una hendidura de cinco o seis metros de ancho y seiscientos u ochocientos de altura las abre parcialmente; por allí

se desliza, retorciéndose como una serpiente, el sendero abrupto, entrelazándose con el torrente que se estrella en él; es una escena comparable con los paisajes más salvajes de Saboya, a la que se añade la solemnidad del desierto. En lo alto de las rocas, se atraviesa un bosque, donde varias cuestas en zigzag conducen de terraza en terraza hasta una segunda barrera menos rocosa, pero casi tan escarpada como la primera.

El sol cae a plomo sobre este paso estrecho; reflejado por las nieves que cubren las cumbres circundantes, resulta ardiente; no hay ni una brisa en el aire; la marcha es penosa. Me han prometido que encontraré un *venterillo* hacia lo alto de la montaña. Veo un tejado; ¡he aquí el palacio deseado; descansaremos, almorzaremos! Pero la choza está cerrada; ¡inhabitada! Un leñador que pasa por allí me reconforta al informarme de que el *venterillo* está a media hora más arriba. En ese mismo instante, un viento violento del noroeste lanza desde la cima de la montaña una masa de nubes que se deshacen en lluvia y nieve. Mis ropas, hasta hace poco empapadas de sudor, están ahora completamente heladas; el aguanieve me azota el rostro y los ojos; hace falta mucha determinación para no dar la espalda al enemigo. Sin embargo, si me detengo, pronto quedaré helado; además, la nieve acabará por borrar por completo cualquier rastro del camino; estaría perdido; sigamos subiendo.

Cuatro muros negros y en ruinas; dos ventanas sin cristales, por donde salen torbellinos de humo; un montón de piedras por techo: tal es el *venterillo*. Por la puerta y las ventanas, el viento sopla dentro con la misma fuerza que fuera. En un rincón, alrededor de un hogar humeante, seis

arrieros se apretujan; ninguno se mueve para hacerme sitio. Pido que me sirvan el almuerzo. Tendré que esperar un cuarto de hora antes de que alguien me responda; otro cuarto de hora más antes de que me traigan vino y pan. Para evitar un enfriamiento peligroso, no tengo más recurso que mantener la mochila puesta y andar de un lado a otro de la habitación. Es una manera de descansar que no se parece a muchas otras, sin duda; pero la idea de enfermar en un lugar así, de morir, yo, el «*excomulgado de Frances*», en esta tierra tan católica, de donde sin duda me enviarían al infierno, también me da fuerza y paciencia. Y me hace falta.

Tras dos largas horas, la tormenta ha pasado y el tiempo se aclara. Para mayor alegría, suenan los cascabeles: los arrieros parten hacia Puigcerdá y los sigo. La nieve, en la que el pie se hunde sin encontrar apoyo, hace difícil una ascensión que dura aún más de una hora. Pero en la cima, ¡qué admirable panorama el de las numerosas cadenas de los Pirineos, elevándose unas encima de otras! ¡Qué hermoso es verlas en su silencioso y rígido sueño invernal, bajo su suntuoso manto de hielos y nieves! Durante casi una hora, seguimos una cresta estrecha, que, en sus unmerosas inflexiones, domina alternativamente el norte y el sur, el este y el oeste. Avanzamos con dificultad sobre esta arista resbaladiza; dos mulas caen, pero se levantan sin accidente, aunque con grandes esfuerzos.

El descenso, menos rápido y menos accidentado que la subida, tampoco carece de audacia, de sorpresa ni de belleza pintoresca. Las nieves no desaparecen hasta más abajo, al llegar al fondo del valle; sobre ellas hemos caminado durante al menos tres horas. Los arrieros se deti-

enen en un pueblo llamado Tosar,[104] donde hay aduaneros y miqueletes; pero no se me exige ni registro ni pasaporte. Sigo adelante, un poco más lejos, subiendo y bajando por promontorios altos y escarpados, nervaduras de la gran cadena. Al llegar a un pueblo llamado, creo, Canals,[105] situado en un valle donde todos los tonos de la naturaleza se suavizan, una posada con aire limpio y confortable me promete, me da y me ofrece la bienvenida. La pequeña Juanita, bonita niña de unos diez años, me trae buen vino, buen pan, buena carne; la mesa es limpia y, por añadidura, encuentro, en lugar de la cuchara de madera, un auténtico tenedor de hierro, el primero que he visto desde hace tres meses. Es difícil comprender el placer que me ha causado ver este pequeño utensilio tan francés. Juanita es habladora; su hermano, un joven alto y apuesto, es serio pero amable, curioso sobre muchas cosas, y me pregunta acerca de los viajes que he hecho. Todo esto, ayudado por el tenedor, me acerca a Francia.

De aquí a Puigcerdá hay dos o tres leguas, por el valle justamente famoso de la Cerdanya. Es amplio, bien cultivado, poblado de numerosos y grandes pueblos. Pero incluso aquí, cerca de la frontera, para llegar a las buenas carreteras de Francia, no hay carretera, casi ni camino; solamente una senda tosca, embarrada y pedregosa, a través de los campos. Cerca de la ciudad corre el Segre, el único río que atraviesa los Pirineos para llevar a España sus aguas francesas. Los carros, caballos y mulas lo cruzan por el agua; un estrecho puente de piedra sirve a los peatones;

---

[104] Seguramente un despoblado, pocas casas en la ladera de la sierra.
[105] Actualmente un despoblado, bajo el Serrat de les Esposes.

aunque dos de sus arcos han caído, y algunos trozos de madera los sustituyen.

Puigcerdá se asienta en una pequeña meseta rodeada de taludes pronunciados. Esta posición es ventajosa por tres razones: defensa, salubridad y aspecto exterior. Las fortificaciones, sin embargo, necesitarían con urgencia ser reforzadas por dentro. El interior de la ciudad es mediocre, tanto en población como en construcciones. La mayoría de la gente que encuentro muestra una curiosidad casi infantil: les maravilla una calabaza-botella que traigo de Alcira; se llaman unos a otros; las mujeres abren las ventanas para ver y exclaman: *«¡el Romero, el Peregrino!»*. Poco dispuesto a desempeñar este papel hasta el extremo de la concha de ostra, el vaso de agua y el pesebre, me informo sobre la mejor posada. Hay que decirlo también, rara vez he encontrado tanta amabilidad como la que muestran al indicármela; incluso quieren acompañarme. Es, según me dicen por el camino, una posada excelente, regentada al estilo francés. En efecto, la casa es bastante grande; el dueño es afable y cortés; tengo una cena casi suntuosa; incluso un tenedor y una cuchara de hierro; mi habitación tiene una ventana, aunque los paneles son de papel encerado, y que tres están rotos; pero es la primera ventana de cristal que he tenido en España. Por fin tengo una cama, y en esa cama, dos sábanas, a la manera de la posada de Ferrer, es decir, una sábana doblada por la mitad.

Antes de abandonar España, debo elogiar su policía. En cualquier otro lugar, llegado hacia el final del día, habría tenido que esperar hasta el día siguiente, avanzada la mañana, para obtener mi visado. Aquí, como en Alicante, la

oficina se reabre de nueve a diez de la noche. Me reciben con cortesía y amabilidad, sin aceptar a cambio ninguna gratificación. Gracias a esta disposición tan sensata y justa, he podido cruzar temprano la frontera, que dista apenas diez minutos de Puigcerdá.

Alfonso Pérez Nieva

De León a Oviedo en tren (1855)[106]

El vestíbulo del puerto

—Usted cree que exagero porque lo desconocido fascina y no deja ver el peligro; pero yo que recorro este trayecto con frecuencia, que me lo sé de memoria, tiemblo cada vez que las circunstancias me obligan a tomar el tren. Son 59 túneles solo en el puerto, la mayoría en declive y en curva; es un desnivel de 478 metros, salvados por pendientes de 2 por 100. ¡Nada, que no sucede una catástrofe porque la Providencia no quiere, compadecida de los viajeros infelices!

No sé hasta cuándo hubiera continuado sus lúgubres augurios mi locuaz camarada de compartimento, de no haberle interrumpido yo con esa familiaridad que nace en ruta entre personas que no se conocen, preguntándole:

—¿Qué son esas bocas que se ven ahí en la falda de la montaña?

Mi interlocutor miró, y un poco extrañado de que no me hicieran mella sus noticias alarmantes, contestó encogiéndose de hombros:

—Son minas hulleras.

Pasábamos por entre La Robla y Pola de Gordón a la media velocidad de nuestras dos locomotoras, que, como

[106] Alfonso Pérez Nieva. *Un viaje a Asturias pasando por León* (Madrid, 1895).

decía el viajero pesimista, iban haciendo coraje para la subida del puerto. La suerte nos favorecía. A la salida de León algunos celajes entoldaban el horizonte. Según se avecinaba el mediodía, despejábase el cielo, y al dejar las agujas de la primera estación, eran las diez y media de una mañana serena y limpia. El paisaje forma por aquí un estrecho valle, limitado por cadenas de montes que coronan grandes manchas de hayas y castaños, y se halla tan cultivado, que no se descubre en él un metro de baldío. Bancales de maíz, huertecillos con frutales, prados de cañuelas para el pasto, regajos que brillan al sol, y multitud de caseríos hundidos entre vegetación. La vía describe luego una pronunciada curva, se reúne a la carretera y al río, que avanzan juntos por la izquierda, el terreno se accidenta y las bocas negras se multiplican. Atravesamos la cuenca carbonífera, los dominios de esa sombría deidad moderna, que tiene en sus manos la vida de la humanidad sobre el planeta y que se llama la hulla.

Tristeza más grande que estas bocas negras resaltando en la riente vegetación. Si cuantos las ven con curiosidad o indiferencia desde el blando almohadillado del coche de primera o de la berlina cama, con la mano pendiente muellemente del colgadero de la ventanilla, pudieran comprender lo que esas bocas significan, se estremecerían de espanto. Ellas se tragan todos los días una muchedumbre de trabajadores, que son los verdaderos condenados de la sociedad.

Su desgracia es horrible. Cuando bajan por el pozo fatídico, ignoran si tornarán de nuevo a la superficie. Si la costumbre no les hiciera entrar con indiferencia, se despedirían con lágrimas en los ojos de sus hijos antes de

descender. Todos los demás obreros manejan su pico a la luz del sol. Ellos desempeñan su cometido en atmósferas enrarecidas, en la humedad, en la penumbra que apenas desvanecen las lámparas; en las galerías profundas, donde las horas son dobles, son eternas, en las que se deja poco a poco la vida y la juventud y la alegría.

¡Y suerte espantosa! Todo ese suplicio lento; todo ese martirio del que su alma anhela librarse, que les mata; toda esa esclavitud, es el pan de sus familias y el suyo. Son víctimas, y para comer tienen que seguir siéndolo. ¡Feroces estrecheces del hambre!

Carbón y rocas

El tren se detiene en una estación: Ciñera. A un lado de la vía, un poco más alto que ella, entre empalizadas, distínguese como un muelle de tablones, del que parten varios ramales estrechos, que se pierden en la distancia entre los árboles. Larga hilera de vagonetas semejantes a grandes artesones, y sostenidas por ruedas muy pequeñas, obstruye a la sazón uno de estos ramales. Las empalizadas, las vagonetas, el muelle, la tierra, hasta las frondas están teñidas de negro. La atmósfera misma es oscura y densa. Poco antes, en la falda de los montes, surgieron las bocas de las minas, términos de una ecuación que aquí resuelve la incógnita. El muelle negro es un cargadero de carbón.

Bruscamente cambia el paisaje. El tren se entra por un desfiladero estrecho, en el que a duras penas hay sitio para la vía, el río y la carretera; es un verdadero callejón, en el que no se atreve uno a asomar fuera del marco de la ventanilla. Terraplenes altísimos, hondas trincheras, talu-

des abiertos en la roca, picos espantables, un desgajamiento terrible en la peña viva, producido por el barreno, y todo esto salvado por siete u ocho túneles y 14 ó 15 puentes de hierro tendidos sobre la corriente mansa. Es un trayecto corto, diez y siete minutos de ferrocarril, pero diez y siete minutos bravos, feroces, de luz cernida, entre dos paredes que constituyen dos hacinamientos de gigantescos cuarzos, respirando el humo de la máquina que se aploma en el hueco que dejan libre los vagones.

La silueta plutoniana pasa pronto, y por Villamanín salimos a un hermoso valle de copiosos pastos para los ganados trashumantes. No es más que un paisaje de respiro. Al frente se ve un gran pueblo, otro en una falda, a la derecha, lejos, dos más en un hacinamiento de caprichosas rocas. Una ermita en una cumbre, un establecimiento terrenal junto a la carretera, y entre túnel y túnel, oleadas de hierba. Pero la verde campiña apenas consigue borrar la impresión causada por el desfiladero. El viajero locuaz lo conoce, y me dice entonces sonriendo con lisura:

—¿Ha visto usted la garganta de Ciñera? Pues salvo los panoramas, es la sinfonía del puerto.

De Busdongo arriba

Tenía razón el viajero lúgubre. El paso del puerto es una cosa tremenda, es una travesía de equilibrista, sin otra red que el abismo. Cada kilómetro que el tren gana es un triunfo conseguido sobre la catástrofe, que tira hacia abajo. Pero lo grandioso del espectáculo bien merece la pena de estrellarse.

Como en los Gaitanes, el terrible paso de la Penibética entre Bobadilla y Álora, camino de Málaga, el tren salva estas fragosidades del Pirineo, que defienden la entrada de Asturias como un topo: por dentro de tierra. Empieza a marcarse cada túnel en la guía con una rayita de lápiz para sumarlas luego todas. ¡Imposible! A los diez minutos van tantos, que se pierde la cuenta. El paisaje solo se ve a repentinos deslumbramientos. Casi entera la ascensión de la montaña se realiza en las tinieblas, apenas desvanecida la oscuridad por el reflejo de la lámpara del coche, entre el horrísono martilleo de su trepidación, aumentado por el eco de la bóveda. De pronto se sale a la luz, y atropelladamente se meten en la retina los mil accidentes del terreno: desfiladeros profundísimos que se pierden en lo hondo, valles contemplados a vista de pájaro, pueblecitos de casas liliputienses, trozos de carretera que parecen senderos, y de ríos que la distancia convierte en arroyos, torrenteras, ramblazos, bosques, todo empequeñecido por la altura. Y aún no se han fijado bien los términos del panorama, cuando la locomotora se hunde de nuevo en el seno de la cordillera borrando el cliché.

Desde Busdongo es todo cuesta arriba, con intermitencias de descensos. En seguida encuéntrase la vía con el Bernesga, salta sobre él dos veces por dos firmes puentes de hierro, y se entra en el túnel más largo de la línea: en el de La Perruca. No hay ninguno en la Península que le iguale en longitud: 3.000 y pico de metros. Se anda y se anda por él, y no se llega nunca a la salida. Llégase a temer que el tren se haya perdido, que esté uno condenado a no volver a ver la luz. ¡Este, este es el tremendo,—dice el viajero lúgubre;—vamos descendiendo por una pendiente verti-

ginosa! ¡Una rueda que flaquee, y a la eternidad! Huele a humo de carbón de piedra y a humedad, y se ven gotear las paredes del subterráneo. Encima tenemos nada menos que los montes de Bombiellos, Verdes, Canto de los Pobres, el Bernesga otra vez, y el Dulcaladueña.

Espanta el considerar lo que sucedería si estas montañas que gravitan sobre nosotros se desplomasen, o los ríos que sobre nosotros corren anegaran la galería por donde vamos. ¡Astucia sublime de la ciencia! Ni el agua, ni las rocas saben que un gusanillo que se llama el hombre, las ha horadado las entrañas, y aunque lo supieran, nada podrían contra él. Hay un genio invisible que nos protege: el equilibrio.

El agudo silbo de la locomotora repercutiendo de valle en valle ha reemplazado en estas breñas horadadas por el túnel de la Perruca a la caritativa campana. En la cumbre de la montaña que atravesábamos, álzase aún la bizantina colegiata de Arvas, originaria del siglo XII, protegida de los reyes de León, que en ella solían pasar en la meditación y el ayuno los cuarenta días de la Cuaresma, y fundada, como la alpina de San Bernardo, para albergar a los caminantes perdidos entre la nieve. Antaño regían el convento monjes agustinos, y el aquilón piadoso tocaba toda la noche avisando, dando alientos a los extraviados, con el fin de que se orientasen. Hoy cuida solo de la vieja fábrica un pobre cura, bien avenido con sus soledades, con las puertas de su señero albergue abiertas cristianamente a todo el que llega, y el bronce consolador no suena en la sombra.

¡Al fin! Los pulmones comenzaban a pedir misericordia, el espíritu a sentirse invadido por el pánico. ¡Pero aún no había pasado la hora del susto! Apenas fuera de la Pe-

rruca, el tren parece que va a precipitarse en un barranco, lo sortea y se mete en otro túnel, y luego se encuentra con otra hondonada, y luego con otro túnel, y luego, ¡qué sé yo! luego se rinde uno, se cierra la inteligencia a la más mínima observación, se deja la mente arrastrada por el vértigo, y no se sabe nada hasta que cesa de súbito todo ruido; el convoy se detiene, la voz de un mozo de estación grita: ¡Pajares!, y en el absoluto silencio que reina de pronto, solo se oye el resuello de las dos máquinas que respiran con el resoplido jadeante del que se ahoga de cansancio mientras apagan su sed cargándose de agua.

El balcón de Pajares

Dos minutos de parada que convidan a estirar las piernas. La estación hállase enclavada en la cima de un monte, y a un lado del andén desciende una rampa defendida por un pretil con barandilla de hierro. Magnífico balcón que está convidando a asomarse.

El espíritu, ansioso de contemplar el paisaje con alguna quietud, se reconcentra por completo en los ojos. Una cadena de altísimas montañas cierra por todas partes el horizonte, y abajo, al pie de la cuesta que sube a la estación, en una hondonada, junto a la carretera, se distingue un montón de agrupadas casitas con sus hórreos, sus bancales de maíz y su iglesita de espadaña. El barranco se prolonga de frente, y allá se van por la angostura el camino y en el fondo su inseparable la corriente de agua.

Los estribos de la cordillera negrean; tan espesas son las manchas de arbolado, y dondequiera que se mire, se descubren profundos ramblazos, un oleaje de frondas que

la distancia inmoviliza según se aleja, espesuras salvajes y medrosas en las que se adivinan las solitarias guaridas de los osos y los sombríos rincones de los rebecos. La nota del lugar es grandiosa, de una hermosura imponente, pero dulcísima.

Tres ó cuatro viajeros contemplamos el paisaje apoyados de pechos en la barandilla del pretil. Con nosotros desciende del vagón una extraña turista que me arranca instintiva exclamación de asombro. Es una mujer arrogante, estatuaria, casi desnuda, apenas cubierta por albos velos, con una cabellera blanca como las azucenas, tendida por la espalda, sin que por eso el terso rostro lleno de juventud revele más allá de los veinticinco años. El contraste entre su fresca cara de rosa y su madeja de pelo, rival de la espuma, es singularísimo. La beldad advierte mi embobamiento, clava en mí unos ojos melancólicos que atraen, y exclama con voz suave:

—¿Cómo me has descubierto? Yo soy invisible para todos. Sin duda eres poeta, porque solo los poetas me ven. Ahora no puedo nada, gracias a que me dejan andar de aquí para allá refrescando la atmósfera; el sol, mi eterno enemigo, me domina; pero ven por acá en el invierno, te enseñaré el puerto bajo una lluvia de copos blancos que lo sepulta, y te llevaré a mis palacios que están allí enfrente, en los riscos del Pico de las Nieves.

Veráslos entonces. Esas orgullosas locomotoras tan audaces, apagados sus fuegos, vencidas y presas, los trenes cercados por masas infranqueables, las diligencias volcadas, los pueblos hundidos bajo los aludes, los caminos desaparecidos, las alturas niveladas, el ábrego barriendo y bramando, y de que mis hijos los huracanes cesan de so-

plar una calma de muerte, un reposo aterrador, todo blanco y mudo, el oso que sale de su guarida hambriento, los buitres que vuelan sobre las casas en ruinas, el cárabo que gime entre las jaras. ¡Esa es mi época grande!

—¿Quién eres?—le dije atónito.

— ¡El hada de las ventiscas!

— ¡Viajeros al tren!—gritó el mozo de la estación. Corro a mi departamento, sin cuidarme de nadie; ya a buen recaudo, me asomo a la ventanilla, y allá lejos, en la lontananza, distingo una cosa blanca que mis camaradas dicen que es un pico de la montaña, y que yo solo advierto que es una mujer de pie sobre una roca. Es el hada que nos ve marchar.

Yendo y viniendo

Indudablemente los viejos Pirineos no se percataron de las artimañas del ferrocarril hasta que se lo encontraron por las alturas de Pajares, y comprendieron que aquel monstruo negro, cuya cabeza echaba humo, venía a destruir su salvaje independencia, abriendo a todo el mundo el paso.

Quisieron entonces impedir que la locomotora continuara, hacerla retroceder, y de aquí el salto atrás que la obligan a dar desde Malvedo, ya tarde, porque cuando menos lo piensa la cordillera, sálese el tren por el primer valle asturiano silbando alegremente al verse libre de los abismos, y dejando con un palmo de narices a la montaña.

Si accidentado se ofrece el terreno hasta Pajares, pasada su estación, verdadero nido de águila, es todavía más abrupto. Los trozos libres en que no se camina por las tinieblas de los túneles, son vertientes inmensas con pue-

blecillos a lo último, barrancos y cascadas de las que no se ve el término, masas infinitas de hayas y castaños. Es una de las notas más atrayentes del puerto: la amplitud de sus horizontes. No hay nada cortado, todo se ofrece en panorama.

Pero lo singular de este trayecto es la ruta vacilante de la vía, que describe mil curvas sin ganar un paso, que tan pronto sigue hacia el Norte como retrocede al Sur, como se va al Oeste, como horada un monte por la cima en una dirección y luego cruza el mismo cerro en dirección opuesta por otro túnel abierto bajo el que atravesó primero. Veinticinco kilómetros avanza hasta llegar a Malvedo, y de pronto se arrepiente, retrograda próximamente dos leguas, desanda lo andado por diverso sitio, y casi torna hasta cerca de Pajares, contemplándose en esta retirada desde el tren los sitios por donde se acaba de pasar.

Al cabo, sorteados cuantos obstáculos oponía el terreno, la línea toma en derechura al Noroeste. Esos dos intrépidos carriles de hierro, eternos camaradas que no se separan nunca, que trepan a las mayores alturas, han vencido a la naturaleza, burlándose de sus fieros abismos. Pero no cabe duda, esta empresa no la han realizado los hombres: es obra de titanes.

Desde Puente Los Fierros

¡Salve Asturias, rincón sonriente alegrado por el caramillo de Titiro, valles suaves como los de las Geórgicas, campiñas verdes que sois una égloga de Virgilio recitada por la Naturaleza! ¡Yo os saludo desde el compartimiento y abro

los poros de la cara a vuestras brisas cargadas de aromas de heno, y el alma toda a vuestra dulce placidez!

La decoración ha cambiado por completo. Con Puente Los Fierros se despide uno de la cordillera, de los tajos, del vértigo, y el tren sosegado y tranquilo toma por una vega que es toda ella un huerto que no se acaba nunca. Alguna hondonada, algún túnel de tarde en tarde. Los últimos escondrijos de la montaña, pero rápidos y breves, sin nada de espantoso. Lomas cubiertas de hayas, castaños y robles, limitando siempre los valles que se suceden unos a otros, y un engranaje de praderas naturales cuajadas de tapices de bromos forrajeros a punto de hoz.

A primera vista adviértese la subdivisión que por aquí alcanza la propiedad. Multitud de caserías alternan con los pueblos. A cada kilómetro o menos se descubre una casita con su hórreo al lado, erguido sobre postes, sus recuadros de maíz amarillo, y sus copudos manzanos. Algunas viviendas humean; cerca de otras pastan dos o tres vacas que vuelven la cabeza para vernos pasar. Y esta nota se repite y se repite sin agotarse nunca, pero sin que canse. Maíces, manzanos, casitas, todo desperdigado por el terreno, salpicado, sin orden, todo suave, sencillo, patriarcal, de una dulzura suprema.

El río y la carretera continúan su viaje juntos, unas veces a la derecha y otras a la izquierda de la vía. Con frecuencia los cruzamos por puentes de hierro. Hemos llegado a Campomanes. He ahí el lugar de la trágica leyenda, de la vieja historia. Un gobernador de una fortaleza, el Conde Fruela Ramírez, una hija suya, la bella Adosinda, prometida de un joven de su familia, García de Valdés y

un extranjero que salva la vida del anciano Conde en una cacería.

Después el enamoramiento de la doncella, la seducción por parte del extranjero y el abandono, retirándose la deshonrada a una gruta en lo hondo de un monte, quizás en ese que estoy viendo desde la ventanilla. El extranjero era Sancho el Mayor de Navarra. Tiempos después atravesaba estos breñales en peregrinación a Oviedo; siguiendo a un jabalí se mete en una cueva y se encuentra en la que sirvió de retiro a su amada, que en ella duerme el sueño eterno. Su hermano y su desdeñado pretendiente desafían al monarca, ávidos de venganza; el soberano no acepta, los prende, escápase su rival, muere el hermano asaeteado, y tres horas después el mismo rey sucumbe atravesado por una flecha del que logró evadirse, “pagando así en Campomanes el crimen cometido en Pajares”.

El Lena. Pola. Desde el coche se distingue sobre una colina la ermita de Santa Cristina, famoso residuo del arte del siglo IX, fundada por Ramiro I. Una garganta sombría y ceñuda: Ujo. Entre los árboles de ambas vertientes asciende algún plano inclinado que trepa por el monte. El terreno desarruga su momentáneo entrecejo y torna a abrirse. A lo lejos suben al cielo columnas de espesísimo humo negro. Es una fundición. Estamos en Mieres.

Verde y negro

Es un paisaje flamenco, de una singular pastosidad de tonos, de una blandura de color extraordinaria. El follaje de los árboles es de terciopelo, las masas de hierba de las paraderas son de raso. El verde da la nota con una pro-

fusión tal, que hasta la mayoría de los troncos hállanse recubiertos por la humedad de una espesa capa de escabro, y no hay un palmo de terreno que no resulte de esmeralda.

La humedad: he aquí la gran artista del valle de Mieres. El lugar carece de lontananzas, es largo y estrecho, es una hondura recortada al fondo por colinas que se enlazan, y tan próximas, que se echan encima de la vega. La característica del sitio es el arbolado. Por las lomas trepan ejércitos de robles, de álamos, de hayas; las praderas tienen un verdadero toldo de nogales y castaños; todos los huertos marcan sus lindes con filas de frutales. La luz llega al paraje cernida por entre millares de hojas y tamizada; tal exceso de vegetación mantiene en la atmósfera una bruma continua, y de esta suerte, casi siempre reina aquí una dulce claridad misteriosa.

Todo suda, alfombras de mies, copas y cortezas. La calma es tan grande, que el humo de la locomotora se queda flotando e inmóvil, y su pitido suena apagado y sin ecos. Las nubes hállanse muy bajas; algunas se agarran a los árboles más empinados de las colinas. El Caudal, un riachuelo pedregoso y murmurante, cruza el valle, y en ambas orillas se alza el pueblo con sus casas de uno o dos pisos, oscurecidas por las lluvias continuas, preparadas sus espaldas para recibir el embate de los turbiones, tristes y silenciosas. Un ancho puente comunica ambas riberas. Sobre su torso pasan los rieles de un tranvía que se prolonga por un lado.

Allí está la fundición. De repente se ve el valle invadido por una cerrazón tremenda que lo envuelve todo, y surgiendo de entre un grupo de grandes naves con techum-

bres de zinc, suben al espacio diez o doce negras columnas densísimas y paralelas de humo de hulla. Otras nubes de humo blanco brotan aquí y allá, y a trechos resplandecen inmensas llamaradas rojas que iluminan y bruñen cuanto les rodea. Atenuados por la trepidación de nuestro tren, se sienten llegar de allí rugidos de vapor, estrépito de martinetes, y bajo las techumbres de las naves se distingue el ir y venir de muchas sombras.

Tras del silencio y la quietud que pesan sobre el valle en su entrada, esta nota de la fundición, estruendosa y ruda, aterra un poco. El verde jugoso y húmedo de la vegetación ha muerto corroído por el polvo de la hulla, por las partículas flotantes del hierro. Mirando a uno y otro lado parece más negro el humo, comparado con las praderas de esmeralda que relucen antes y después. Es un pedazo de infierno en un paraíso, una legión de condenados a quienes el destino hace vivir en una naturaleza que sonríe para todo el mundo, menos para ellos.

Ablaña. La cordillera no quiere despedirse, todavía nos hace rodear. Salvamos por un túnel las asperezas de la sierra y desembocamos al idílico valle del Nalón. He ahí en una loma el castillo de Tudela, lugar de la leyenda que antes he relatado, el del padre de Adosinda. Hasta el siglo XIII fue asilo de malhechores; por entonces un guerrero asturiano, Rodrigo Álvarez, les desposeyó del fuerte nido de sus hazañas.

Las Segadas. Pasamos por un viaducto de piedra de tres grandes arcos, al pie del cual se unen el Caudal y el Nalón. El paisaje es soberbio y de tal suerte dispuesto, que no parece sino que sus efectos están calculados por un gran artista. Y tanto La propia naturaleza, a la que no

aventaja ninguno. En primer término una urdimbre de arboledas y caseríos y dos pueblecillos; después lomas y colinas bordadas de copas, una red de arroyos regando la campiña y cerrando el panorama muros de lejanas rocas.

Tal es el famoso rincón de Soto. Siete kilómetros más y estamos en Oviedo.

Francisco de Paula Madrazo
Con el ferrocarril a Mataró (1858)[107]

No puedo detenerme más en los Campos Elíseos,[108] porque el tren del camino de hierro de Arenys de Mar esta pró-ximo a partir, ya comienza a anunciarlo con su silvido su bella locomotora, impaciente como corcel que tasca el freno. Este ferro-carril es el antiguo de Mataró y tiene el altísimo timbre de haber sido el primero de los ferrocarriles catalanes. Entro en un cómodo y elegante coche de primera clase, previo el pago de nueve reale. Dan las ocho de la mañana, parte el tren y en cuarenta minutos cruza rápido como una saeta los pueblos de Badalona, Mongat, Masnou, Premiá y Vilasar, y llega a Mataró. Pocos viajes pueden ser más agradables.

Se trata de un camino de hierro construido a la misma orilla del mar, cuyas olas salpican con su plateada espuma los railes y los mismos waghones. Saliendo de Barcelona se contempla a la derecha este delicioso espectáculo y a la izquierda se descubre la más bella y pintoresca campiña. Todos estos pueblecitos de la costa que el ferrocarril atraviesa, se distinguen por la nítida blancura de sus edificios

[107] Francisco de Paula Madrazo. *Impresiones de un viaje a Barcelona* (Madrid, 1858).
[108] El parque de atracciones y jardín ubicado en el Paseo de Gracia, que se inauguró en 1853 y se convirtió en el principal lugar de entreteni-miento para la ciudadanía, fue demolido en 1875 debido a la especula-ción inmobiliaria que llevó a la construcción de edificios.

y por el movimiento de sus astilleros donde se construyen barcos de todos portes.

Pero todavía más que el lindo panorama que ofrece la vista del mar, de los pueblos y de la campiña, seduce al viajero la simultánea contemplación de que disfruta de los tres medios de locomoción inventados por el genio del hombre. En efecto, desde Arenys a Barcelona corren perfectamente paralelos tres caminos, el mar, la línea férrea y la carretera ordinaria, y es curiosísimo ver a la vez al pescador que se dirige en su lancha a Mataró o a Arenys, al viajero que conoce el valor del tiempo que marcha en el tren, y al labrador que conduce lentamente en su carro y por el camino antiguo sus frutos al mercado. El mar está a la derecha, el camino antiguo a la izquierda, y el de hierro en medio de los dos, como si quisiera simbolizar que reúne la seguridad del uno y la rapidez del otro.

En estas reflexiones iba dulcemente embebido, desde mi coche confortable, cuando divisé un carro de que tiraban perezosamente dos mulas, pero divisarlo y arrebatarlo de mi vista la velocidad del tren fue obra de un instante. Al pasar paralelamente al carro, la orgullosa locomotora lanzó uno de esos silvidos que son como la espresión de su loca alegría y que a mí me parecieron en aquel momento la silva que daba este siglo XIX adelantado y positivo, al siglo anterior tan lento y perezoso como el carro tirado por las muías, que tan exacta y fielmente le retrataba.

Pero una vez que he llegado a Mataró, donde la buena amistad del digno diputado por aquel distrito, Sr. Martí y

Andreu,[109] me esperaba cariñosa y hospitalaria, al bajar del tren, haré un pequeño descanso en la estación hasta la próxima carta, en que penetraré con ustedes en esta bella ciudad, mitad antigua y mitad moderna, que los moros destruyeron en la época de su invasión, y que reedificó después estendiéndola hasta el mar, el genio de sus moradores.

Me dejaron Vds., al concluir mi última carta, en la bella estación del ferrocarril de Mataró, desde la cual la bondadosa amistad del Sr. Martí y Andreu me condujo cariñosa a examinar todo lo mucho que hay de notable en esta ciudad preciosa.

Es Mataró una población de las más lindas que pueden ofrecerse a la contemplación del viajero. Su poética posición topográfica a la orilla del mar, y su pintoresca campiña realzan notablemente su belleza. Pueblo risueño y limpio como todos los de la costa, parece, como se dice vulgarmente, una tacita de plata. Sus calles son rectas, generalmente anchas, sus casas cómodas y de limpias fachadas, desde las puertas de sus elegantes tiendas se divisan los pequeños jardinitos que las adornan y por doquiera lo mismo en la modesta tienda del mercader que en la casa del propietario, se advierten un aseo y una pulcritud, que por decirlo así, respiran bienestar y holgura.

Gran parte de los vecinos de Mataró tienen vinculada su subsistencia en las construcciones navales de su animado astillero,[110] otra no pequeña la cifran en el comercio de

---

[109] Joaquín Martí y Andreu (Mataró, 1799-1872), de tendencia liberal, ocupó diversos cargos políticos, el de alcalde de la ciudad, diputado provincial y diputado a Cortes en tres ocasiones.

[110] En realidad era una ciudad industrial basada en la industria textil.

blondas para las fábricas de Barcelona, género en cuya elaboración han hecho notorios progresos las hijas de Mataró, y los demás se dedican a la industria fabril que ha levantado allí fábricas de tegidos de colosal importancia. Tratase, pues, de un pueblo donde la mendicidad es un verdadero fenómeno, donde el bienestar está generalmente difundido y donde como consecuencia natural de estas premisas se ven satisfechas, como en una ciudad de primer orden, todas las necesidades de la vida, y hasta podría decir que todos sus caprichos. Así es que se encuentran en Mataró templos magníficos, cafés elegantes, tiendas de lujo, fondas bien servidas, y sobre todo, establecimientos de enseñanza, como no los tienen sino muy pocas capitales de Europa. El colegio de padres escolapios, y el conocido por el Coll de Valldemía, pueden sostener la competencia con los más celebrados de los países estranjeros.

Para que puedan Vds. formarse una idea, siquiera imperfecta, de la grandiosidad de este último establecimiento de instrucción que lleva el titulo de su fundador y director el P. Coll de Valdemia, tan apreciado en Cataluña y en España, como escritor y como orador sagrado, me contentaré con decirles que situado en las afueras de la ciudad, y en medio de una fértil y agradable campiña, es un grande y bello palacio rodeado de vastos é inmensos jardines, donde los jóvenes colegiales se dedican a los ejercicios de la gimnasia y a los placeres del campo. Para su construcción se han tenido a la vista los planos de los más célebres colegios de Europa, y su hábil director después de visitarlos., ha logrado reunir en el suyo todas las ventajas y las comodidades de aquellos.

No sabe el observador que recorre aquel palacio encantado de la juventud qué admirar más, si las galerías o pabellones donde están los dormitorios de los colegiales, o el lindo y espacioso gabinete donde se lavan, con sus pilas de mármol y sus cristalinas fuentes, o el elegante comedor y el lindísimo oratorio, o las bien acondicionadas clases. Todo es bello, todo es propio y acomodado al objeto a que se destina. La parte moral del colegio, o sea la instrucción y los profesores que la dan, rivalizan en mérito con la parte material. Así el colegio de Valldemía, verdadera Babel de las provincias de España, cuenta entre sus colegiales jóvenes de todos los estremos de la Península y de los puntos más lejanos de Ultramar.

La amabilidad sin límites del Sr. Martí y Andreu, dignísimo diputado por Mataró, me sirvió de hilo de Ariadna para recorrer el laberinto de las calles, de las iglesias y de los establecimientos más notables de la ciudad. Y a propósito de esta amable galantería de que el Sr. Martí y Andreu es un tipo perfecto. Debo consignar en esta carta, porque así lo exige la justicia, que sea el que quiera el juicio que se haya formado, con razón o sin ella, sobre el carácter naturalmente serio y desabrido de los catalanes, no hay en España provincia alguna donde sus naturales lleven más allá su amabilidad y galantería con el forastero. Las cartas de recomendación que este lleva en su cartera no son en Cataluña, como en otras partes, un papel mojado, sino una llave mágica, con la cual ve el viajero abiertas ante sí todas las puertas, y pudiera decir, si no temiese que se me tachara de exagerado, que todos los corazones.

El catalán acomodado y de la clase fina de la sociedad que recibe una carta de un amigo suyo recomendándole al

forastero que se la presenta como credencial, obsequia al desconocido con la misma cordialidad y franqueza que lo haría con el amigo mismo que le recomienda. Desde aquel momento le instalan en la casa como dueño, le brindan con su mesa, le presentan a su familia toda y le hacen partícipe de todas las delicias y de todas las confianzas de ese templo tan velado en otros países, que se llama el hogar doméstico. [...]

Llamado por el silbido de la locomotora, apenas tengo el tiempo preciso para subir al tren y llegar ya muy tarde a Arenys de Mar, viaje que se hace desde Mataró en diez minutos. La situación de Arenys es tan bella y tan pintoresca como la de Mataró, y el pueblecito, aunque pequeño, es muy lindo. Le recorrí aceleradamente, visité sus iglesias y sus cafés, y hecha provisión de las famosas y colosales almendras que le dan merecida celebridad, acudí de nuevo al llamamiento de la locomotora, entré en uno de los coches del tren que iba a partir, y cuarenta y cinco minutos después me hallaba ya en la hermosa y animada Barcelona.

José M. Camper
Ruta manchega (1859)[111]

El mes de abril terminaba y era llegado el momento de visitar la fértil y hermosa Andalucía, tan llena de recuerdos, tan pintoresca y original en todo. Tomé el ferrocarril de Alicante; paso el tren por Aranjuez, Castillejo y Villasequilla, y a 100 kilómetros de Madrid descendí del wagón, en Tembleque, para tomar asiento en la diligencia que debía conducirme a Granada, atravesando los Montes de Toledo y la Sierra-Morena, y pasando por Jaén. La Mancha había comenzado entre Aranjuez (que pertenece a la provincia de Madrid) y Castillejo, población que corresponde a la de Toledo. Esta provincia y la de Ciudad-Real, separadas en parte por la serranía de los Montes de Toledo, constituyen la región de planicies y montañas desnudas que tenia la denominación antigua de la Mancha.

Tembleque es un punto importante en las comunicaciones interiores de España, pues no solo pasa por allí el principal ferrocarril, sino que de ese centro parten las carreteras que conducen por un lado hacia Granada y a Málaga, Córdoba, Sevilla y Cádiz, y por otro a Ciudad Real y Badajoz, por el centro de la hoya del Guadiana. Con un caserío casi miserable, un terreno llano, pobre y pantanoso, y dominado al sur por los cerros de Toledo, Tembleque no ha comenzado a resucitar sino a virtud del ferrocarril de

[111] José M. Camper. *Viajes de un colombiano en Europa*. Primera serie (Paris, 1862).

Alicante. Su población alcanza apenas a unos 4.000 habitantes, de vivir estacionario en su mayor número, no obstante la produccion de cereales, vinos, algun ganado lanar y varias fabricas de paños burdos y salitre.

Al comenzar mi viaje a la Andalucía quiso la fortuna protegerme. Almorzando en la cantina (o *buffet*) de la estación de Tembleque, hallé que mis compañeros de diligencia iban a ser dos caballeros franceses que viajaban por placer. No podían hablar ni una palabra en español, y parecían ser sujetos de distinción, capaces de agradar e instruir a un compañero. Su itinerario era igual al mío, y tenían para mí la ventaja de no ser parisienses. Yo deseaba muchísimo conocer en la intimidad el tipo del francés distinguido de provincia, porque en lo general no estaba muy pagado del hombre de mundo parisiense. Quería instruirme también en las cosas relativas a la vida provincial en Francia, viajar asociado a personas inteligentes y observar la manera como los franceses juzgan a España. Quedamos, pues, convenidos en que yo sería su intérprete y en que nos trataríamos como viejos amigos. Ellos correspondieron tan bien a mis deseos, que hoy, al cabo de mucho tiempo veo en ambos dos personas que no me dejaran nunca olvidar cuanto hay en Francia de bueno y honorable.

La casa ambulante llamada *diligencia* partió arrastrada por diez mulas que saltaban como demonios, conduciendo unos 17 huéspedes a discreción de 43 brutos (suponiendo que los conductores merezcan ser clasificados con las mulas). En breve salvamos los Montes de Toledo por una de sus mejores abras, y nos hallamos en plena Mancha, en la grande hoya o planicie que tiene por centro al rio Guadiana, comprendida entre las serranías de Toledo y

Morena, y prolongándose por la Estremadura, al occidente, hacia Portugal. Toda esa vasta región que cruzábamos de norte a sur, es más bien una serie de planicies más o menos extensas que una gran planicie o valle. Donde quiera el terreno esta entrecortado, ora por estribos de las serranías laterales, que se avanzan hacia el centro, ora por cordones o grupos aislados de pequeñas colinas que limitan el horizonte.

Las serranías que dominan la comarca, desnudas y casi totalmente estériles, la sequedad del terreno, su composición general de aluviones diferentes en la parte llana, las multiplicadas colinas en declive, y la manera como giran los vientos sobre tan vasta fosa encerrada por todos lados entre serranías: todo eso ha determinado no solo la naturaleza de las producciones de la Mancha, sino también el aislamiento, la inmovilidad, las costumbres y el espíritu de las poblaciones manchegas. No he visto jamás soledades más extrañas. Allí se reúnen la idea de la opulencia y la de la desolación, del hambre y la abundancia, de la vida y la muerte. No hay en España una comarca que revele tan claramente como la Mancha la funesta acción de los malos gobiernos españoles, la incapacidad de los partidarios del aislamiento, los vicios de las instituciones monásticas y todo lo que constituyo el pasado de la sociedad española.

El suelo de la Mancha, arenoso-arcilloso en lo general (exceptuando las rocas de caliza y granito en las montañas) es un inmenso filtro. Donde quiera que no hay pantanos (y estos son numerosos) la sequedad exterior del terreno es absoluta; las corrientes de agua rarísimas. Las aguas penetran fácilmente la capa exterior arenosa y se detienen en otra más espesa de arcilla, superpuesta a sedi-

mentos muy sólidos. De ahí viene que mientras el agua falta casi completamente en la superficie, se la encuentra con facilidad y en abundancia haciendo excavaciones o aljibes, llamados en el país norias. El agua, saturada de las sales aglomeradas en los sedimentos calizos interiores, sale a torrentes (para perderse otra vez si se le da curso) por medio de sogas de cerda sumergidas en los aljibes, unidas a un mecanismo rudimentario que mueve alguna mula vieja volteando sin cesar al derredor del pozo. Es curioso para, el viajero ver en la mitad de una llanura desierta y abandonada uno de esos pozos, que tienen como la forma exterior de un horno, donde la impasible mula da vueltas y vueltas para hacer surgir el agua, sin que nadie la guie. El hábito tiene allí el lugar del hombre, el animal trabaja solo hasta por días enteros.

Siendo el terreno tan húmedo en el interior y seco en su capa exterior, y surcado por colinas y planos inclinados, que son como los estribos ondulosos de las serranías, se determinan tres géneros de producción bien demarcados. En los cerros y las colinas ásperas, como en las llanuras estériles, pacen grandes rebaños de ovejas, cuya lana ofrece valores considerables y alimenta algunos telares en las poblaciones en que se fabrican paños y telas muy ordinarias para el consumo mismo de los manchegos. En las bajas colinas y pendientes suaves crecen los ricos y extensos viñedos escalonados frecuentemente en forma de anfiteatros; o se alzan pequeños olivares que aumentan con su tinta gris la melancolía de los paisajes uniformes. Por último, en las llanuras ondulan océanos de trigo, cebada, avena y centeno, que al soplo del viento producen en el vasto horizonte los más bellos reflejos de esmeralda u oro,

según el estado de las sementeras. Tal es la Mancha, como país agrícola, en sus principales caracteres.

Pero no sin razón he llamado océanos las plantaciones de cereales. La Mancha da la idea del mar por su uniformidad de aspecto, como por su inalterable soledad y su tristeza que acongoja. Ni un canto, ni un relincho, ni un eco en las llanuras! Aquella comarca es un inmenso cementerio, con toda la desolación y la fertilidad de los campos.... de la muerte... El viajero anda leguas y leguas y no ve una casa, ni un ser humano, ni una vaca o animal doméstico. Entre una y otra población no hay más que el desierto. Allí no existen la vida campestre, ni el paisaje sencillo y gracioso de la casa rústica, ni el campesino, en la estricta acepción de la palabra. No hay más que ciudades, villas y campos abandonados. ¿Quién cultiva, pues? ¿Quién cuida de esas interminables plantaciones de cereales y esos olivares y viñedos? La naturaleza. El hombre es un vago u mendigo que duerme o pide limosna; mientras que la naturaleza lo hace todo. Donde quiera reina el silencio...

La tristeza domina en la Mancha aun en las cercanías de las poblaciones, donde esté concentrada toda la vida social. Después de atravesar vastas campiñas donde no se ve un árbol, ni uno solo, ni más que tierra y cielo, al acercarse a una población se comienza a ver por todos lados un enjambre de norias y molinos de viento, dispersos en las llanuras al derredor del caserío; al mismo tiempo que se distinguen en alguna pequeña eminencia vecina multitud dg montículos de tierra, con puertecitas enanas y una especie de cúpula tosca en la parte superior, que tienen el aire de sepulturas de indios (las huacas colombianas) o de grupos de hornos. Son las bodegas de

los vinos manchegos, cavadas en la tierra al aire libre y cielo abierto, que corresponden por su estado primitivo a la vida estacionaria de las poblaciones de la Mancha.

Todo se encuentra allí tal como lo halló Don Quijote en sus caballerescas peregrinaciones. Las Maritornes abundan y son las mismas; Sancho asoma la cara por todas partes, siempre conservador, malicioso, bonachón y reacio al movimiento; los molinos de viento se mueven con la misma regularidad que en la época en que el ilustre manchego los apostrofaba y alanceaba sin piedad; los mulos y los asnos, los aparejos, las capas, las mantas, los muebles, cuanto es visible allí, mantiene con fidelidad las tradiciones reveladas por el inmortal prisionero de Argamasilla.[112] Creo que los alcaldes rebuznan hoy en los mismos tonos que los dos que hicieron decir a Cervantes:

No rebuznaron en balde
El uno y el otro alcalde

Los siglos han pasado por encima de la Mancha, sin modificarla en nada, como si el Tiempo se hubiera dicho: «Hay comarcas que es mejor no meneallas».

Con excepción de Manzanares, villa de más de 10.000 habitantes; donde, gracias al cercano riachuelo Azuer, hay algunas alamedas vergonzantes que sorprenden al viajero en esas soledades, las demás poblaciones parecen vivir como en el desierto. Donde quiera la mugre, la vetustez, el abandono y la ruina; casas horribles, pesadas y deformes,

---

[112] En Argamasilla de Alba, en la cueva de Medrano, quizás estuvo preso Cervantes y escribió el Quijote, «en una cárcel donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación».

con portones enormísimos y ventanas microscópicas; calles tortuosas, sin pavimento, con profundos lodazales o montones de piedras en desorden; un silencio sepulcral en todas partes; edificios arruinados y ausencia de artes y comercio; bandas de mendigos hambrientos, en número fabuloso, que vagan per las calles como espectros, espiando con ansia la llegada de una diligencia para caer sobre los viajeros, rodearles en gavilla, oprimirles y acribillarles literalmente, hasta obtener de todos y cada uno algún cuarto u ochavo, un pedazo de pan u otra cosa: todo acompañado del más horrible clamoreo que imaginarse pueda.

Cada una de aquellas poblaciones es un término medio entre las ruinas, el cementerio y la cloaca, donde reinan la miseria, la inanición, la estúpida vagancia, la superstición, la envidia y el hambre.... Es doloroso y repugnante ver como se insultan y maltratan mutuamente aquellos innumerables mendigos, de todos sexos y edades, disputándose los viajeros como presas de campaña, medio cubiertos de horribles harapos, cuyo aspecto es doblemente triste por la tinta amarillenta de las telas de lana que sirven de vestido común.

¿Como explicar esa espantosa miseria y esa inmovilidad de tantas poblaciones en el seno de vastísimas campañas de una fertilidad prodigiosa? El aislamiento, los malos ejemplos y las malas instituciones lo explican todo. Los conventos, haciendo de la ociosidad y la mendicidad costumbres venerables a los ojos de la muchedumbre ignorante y supersticiosa, han degradado en todos sentidos a esos pueblos tan favorecidos por la naturaleza en algunas cosas. En cuanto al Gobierno, debo repetir la frase que en otro lugar he emitido. «El ha hecho el papel del perro del

hortelano». Partiendo de la idea del monopolio y la centralización, ha querido reglamentarlo todo. Impotente, no ha hecho nada; egoísta, no ha dejado hacer; amigo del aislamiento, ha cerrado la puerta a las comunicaciones. La Mancha ha podido ser muy rica y feliz con solo dar salida al enorme producto de sus tierras, casi espontaneo, en cereales principalmente, y en vinos, aceite, lanas y otros artículos. Pero enclavada entre serranías, sin caminos, sin libertad de cambio ni de industria, y viciada la población por hábitos de ociosidad y obediencia pasiva, la vida de la Mancha (si la vegetación puede llamarse vida), se ha concentrado en las ciudades y villas. Así, los campos han quedado desiertos, sin casas, ni arboles, ni irrigación; y en las poblaciones se ha perpetuado la miseria por la concentración de brazos ociosos.

Y esa concentración, que se nota en las dos Castillas principalmente, ha sido, a su turno, la causa de la persistencia de los malos gobiernos. El hombre del campo es, en lo general, el más independiente, en igualdad de circunstancias, ya por la vida que lleva y el influjo de la naturaleza que le rodea, ya porque la acción de la autoridad le alcanza menos. Concentrada la población en las ciudades y villas, no solo se acaba la vida entre pueblo y pueblo, sino que, siendo más inmediato y activo el peso de la autoridad sobre muchedumbres ignorantes y abyectas, la obediencia pasiva las amolda a toda tiranía, las degrada del todo, y la centralización absoluta se hace mas fácil de establecer y mas durable. Creo haber encontrado la clave de casi todos los fenómenos sociales que distinguen a las Castillas de la España catalana, morisca y vascongada, en esa diferencia

sustancial que se nota en la manera en que la población se ha concentrado o distribuido.

Una vez cruzada la serranía de los Montes de Toledo, dejando atrás, al norte, la grande hoya del Tajo, el vasto panorama parecía ser el mismo, porque hay una singular semejanza entre esa hoya y la del Guadiana. Yendo a todo trote, veíamos a lo lejos distintamente con el auxilio del anteojo, sobre una eminencia, recostada a un contrafuerte de la serranía que acabábamos de cortar, la antiquísima ciudad de Consuegra, de unos 9.000 habitantes (perteneciente a la provincia de Toledo); allí quedan aun los restos de grandes obras romanas, y se destacan sobre una colina abrupta los escombros de un antiguo castillo que pasa por ser obra de Trajano. Pasase luego por la villa de Madridejos, que cuenta unos 7.000 habitantes, y cuyo tipo no requiere descripción, porque en la Mancha todo es uniforme. Después de esa villa termina la provincia toledana y comienza adelante la de Ciudad Real, que tiene su límite meridional en el centro de la Sierra Morena.

Vense a la izquierda de la vía los pobres pueblos de Herencia y Camuñas; cortase la garganta montuosa llamada Puerto Lápice, donde vegetan entre colinas rocallosas unos quinientos paisanos de Sancho Panza; se cruza la triste comarca de Villarta, donde chapotean como patos solitarios otros 227 manchegos, entre lagunas sin desagüe; y en la mitad de una fértil pero mal cultivada llanura se da con Manzanares, villa importante, que tiene algunas huertas en sus ejidos, pero que produce sin embargo menos manzanas que mendigos. Eran ya las diez de la noche cuando llegamos, hambrientos y molidos, a la ilustre Valdepeñas, ilustre por sus vinos populares, que no

por otra cosa. Cualquiera podría pensar que los 10.800 habitantes de ese valle-de-peñas vivirían medio achispados, tomando el gusto a sus pipas y haciendo de cada bodegón una Cápua. Nada de eso. En España los pueblos que beben menos vino son los que más lo producen; su sobriedad es singular, y casi todos prefieren el uso de aguas da mala calidad.

La mesa estaba servida en el parador de las diligencias, y hacía los honores una hostelera de mal humor, término medio entre doña Dulcinea y Maritornes, que nos abrumó con gallinas y perdices compuestas de todos los modos imaginables, y los consabidos garbanzos cocidos, tan sólidos como piedras do macadamizar. Allí bebí el peor vino de Valdepeñas que encontrara en España. «En casa del herrero azada de palo». Con excepción de las grandes ciudades, donde en algunos hoteles o fondas se sirve con gusto, España es un país donde la mesa es una cuestión de cantidad más bien que de calidad. Aquel es un pueblo sobrio y frugal, y sin embargo el gusto de los hosteleros consiste en aglomerar montones de platos, sin orden ni discernimiento, como si solo se tratara de hartar al huésped o viajero. De ahí resulta muchas veces el efecto contrario, porque muchos platos no son sino ediciones distintas del primero que entra en la escena gastronómica.

No habíamos acabado de limpiarnos la boca cuando el implacable Mayoral nos llamo a la diligencia. Era preciso hacer la digestión a saltos, después de haber comido en abreviatura bajo el régimen gallináceo. ¡Imposible dormir en aquella cueva que se llama berlina, tieso como estaca y sacudido atrozmente por el armatoste que tiene por piloto al Mayoral! Pasamos por Santa Cruz de Mudela, población

de 5.500 almas, silenciosa como una tumba, entre las sombras de la noche; y al tocar en Almuradiel (con unos 600 habitantes) comenzamos a trepar las encrucijadas de la Sierra Morena, donde por tanto tiempo tuvo sus altares el dios Caco, entre desfiladeros horribles y formidables peñascos de granito. Aquellos tiempos han pasado enteramente, el salteador de estilo heroico ha cerrado sus estudios en casi toda la península española, y su herencia ha sido recogida en las ciudades por hijos más distinguidos y civilizados. Sierra Morena esta más tranquila que una iglesia cerrada, y los que ejercían su industria allí han sido desbancados por Ministros de Estado, jugadores de Bolsa, contrabandistas aristocráticos, canónigos vendedores de bulas, diputados y otros personajes ilustres y de intachable honorabilidad, que persiguen con rigor y energía el vicio, la vagancia, el delito... y el dinero.

Nada más grandiosamente vago, romántico y solemne que la escena que se ofrece a los ojos del viajero en el centro de Sierra Morena, en el silencio de la noche y sin luna. La diligencia rueda con estrépito por calzadas construidas a pico a orillas de estupendos precipicios, produciendo en los senos oscuros de las montañas mil ecos diferentes. Los enormes cerros de granito, desnudos, abruptos, despedazados a veces, entrelazados en laberinto, separados por abismos profundos y espantosos, destacando acá y allá picos, y conos, y cúpulas y moles gigantescas, cubiertos en partes de tristes matorrales, de blancas flores y de musgo y helechos; las sombras y los claros que se proyectan, según las inflexiones del terreno; el frio de la noche; el ruido de los torrentes en las profundidades; la soledad medrosa de aquellos parajes que parecen guaridas de bandidos o de

fieras y aves de rapiña, todo eso le da a la escena los mas sombríos caracteres y un interés extraordinario.

Al ver aquellas formidables barreras de granito se comprende la tenaz y secular resistencia de las dos razas que lucharon durante ocho siglos, apoyándose y defendiéndose una y otra con el poder de la naturaleza y disputando el terreno palmo a palmo, en las gargantas estrechas de las serranías. Así mismo, al observarlas se encuentra alguna excusa (aunque sofistica) al régimen de aislamiento que por tantos siglos ha predominado en España.

La Mancha había terminado, y en nuestra vía habíamos tocado, después de Tembleque, con una población total de 34.500 habitantes aglomerados en siete localidades. Ya habíamos pasado las horribles gargantas de Despeñaperros; el alba iba a empezar a difundir su vaga claridad. Rendidos de sueño y de cansancio dormitábamos ya, en una especie de pesadilla y de sopor, cuando se abrió el horizonte al mediodía. La hermosa Andalucía, el país del amor y del arte, de la fecundidad y del trabajo, comenzaba en las alturas de Santa Elena.

Pedro Paz Soldán y Unanue

Un peruano en España (1859)[113]

El fresco de la madrugada, el chasquido del látigo, las sartas de cascabeles de las mulas sonando alegremente, todo me traía a la memoria esas vivaces comedias de Tirso en que la diligencia hace un papel principal; y también la de Bretón titulada: *Un día de campo*. Yo había tomado un primer asiento en primera berlina, único asiento bueno en una diligencia, no obstante sus vastas proporciones y diversos compartimientos. Traía a mi derecha a un español que regresaba de Cuba después de doce años de ausencia, y a un zambo que debía ser su criado. A las ocho llegamos al pueblo de Behovia cuyo río es el límite entre Francia y España. Al entrar en el largo puente unos soldados, franceses, nos pidieron nuestros pasaportes; y al salir de él, otros ya españoles, hicieron lo propio. Pocos momentos después entramos en Irún, primer pueblo español.

Yo era ya amigo de mi vecino. Con él y otros dos españoles que venían en la berlina de atrás o interior, entramos en un café, tomó cada cual una gran taza de leche sola o con café, según su gusto, se registraron nuestros equipajes y continuamos nuestra marcha. Yo estaba aburrido, ahogado, harto de Inglaterra y Francia de vagar solo, y con fiebre por verme en España. Poco diestro en el

[113] Pedro Paz Soldán y Unanue. *Memorias de un viajero peruano: Apuntes y Recuerdos de Europa y Oriente (1859-1863)* (Lima, 1971).

inglés y el francés y en el conocimiento de esos dos países, el mes pasado en ellos se me había hecho muy largo; así es que con doble regocijo que el finísimo s'il vous plait de los franceses, oía pronunciar a trochemoche con un acento heroico, todo el vocabulario escandaloso español, que es uno de los más ricos. A las diez, y hacia el fin de la carretera, divisé a San Sebastián, situado en una planicie entre varios pintorescos cerros, y a la misma orilla de un mar bello azul y tranquilo, cuyas olas imperceptibles casi como angostas cintas de encaje, se desenvuelven dulcemente en una serena y arenosa playa.

San Sebastián me pareció mil veces más lindo que Bayona y Tolosa (de Francia). Aquí almorzamos. Las muchachas o chicas como dicen los españoles, que nos sirvieron a la mesa, parecían escogidas ad hoc por lo guapas que eran, distinguiéndose sobretodo por el vivo color y frescura de su semblante y por la ingenuidad de sus modales. Un francés que ha venido en la berlina interior vocifera horriblemente porque no le sirven merluza. Finalmente suelta la frase sacramental, creyendo que como en Francia va a surtir un gran efecto: «No volveré más a este hotel», «Bien»; contesta una de las muchachas con una espontaneidad muy española. El gabacho se quedó estupefacto, y para reponerse apuró un vaso de vino navarro que tenía al lado.

Terminó el almuerzo y continuamos nuestro viaje. [...] La diligencia volaba por la fácil carretera, habiéndose operado además un cambio de pasajeros: mis dos compañeros de berlina quedaron en San Sebastián, pasando a ocupar sus asientos los otros dos españoles de interior, y quedando en lugar de estos, dos viajeras más, españolas, y

el francés. Antes de seguir adelante será bueno dar idea al lector peruano de lo que es una diligencia de España. Es un carruaje a la manera de un ómnibus aunque ancho y sólido y con separaciones transversales. El primer coche o compartimento delantero es la berlina, cuyas dos esquinas son los únicos asientos buenos hablando de una manera absoluta. Allí se viaja como en un coupé o trois quarts cualquiera. El asiento del medio es menos bueno, porque el prójimo a quien le toca no puede reclinar la cabeza en la noche con la comodidad que sus dos colaterales. Tras de la berlina viene el interior, con seis u ocho asientos, a tres o cuatro por banda, y sin más vista que las ventanillas de los lados. Los asientos están paralelos o vis a vis, en el mismo orden que los tres de la berlina. Por último: la Rotonda, que es la parte trasera del coche y en la que los asientos están distribuidos en forma semicircular.

Él o la Imperial es lo que en un ómnibus sería el pescante. Allí pueden ir tres o cuatro pasajeros de frente, a todo aire y gozando de soberbia vista; por lo que el asiento ese tiene sus partidarios, no obstante ser el más barato de todos. Aunque posee una capucha y un cuero para las piernas, es demasiada intemperie y demasiada altura para una jornada un poco larga, mucho más si llueve o si anochece. El resto del techo del coche sirve para los equipajes, que van cubiertos con un cuero, por lo que tal vez se llama esta parte de la diligencia, la vaca. El pescante va debajo del Imperial y delante del vidrio de la berlina, cuyos pasajeros entran casi siempre en conversación con el mayoral, que es el nombre del cochero. Los tiros de mula son tres o cuatro; y en una de las delanteras va montado un muchacho postillón a quien llaman el delantero.

El zagal es un infeliz que se apea a cada paso a picar las mulas, colgándose de las bridas y siguiendo así una vez que emprenden el galope. Su asiento es al lado del mayoral. El francés, que hablaba bastante bien el castellano, se dedicó inmediatamente a requebrar a una de las pasajeras, que lo soportaba con dulce resignación. Nosotros abríamos la ventanilla de comunicación y nos divertíamos con la escena.

Llegamos a Tolosa. El francés se apea del coche y bebe cerveza. Seguimos atravesando una multitud de pueblecillos. El camino es todo sumamente quebrado, no lográndose ver ni una fanegada siquiera completamente plana. Y como todo está verde y por todas partes casitas blancas con su tejados rojos, la vista es muy deliciosa y caprichosa. En un pueblecillo cerca de Vergara vi de paso solamente, una mujer joven, tan bella, que me llamó la atención, desde la ventana de piedra gris que le servía de marco, como una Virgen de Murillo en su nicho. Saqué la cabeza por el vidrio y la estuve mirando hasta que fue posible. Sus mejillas parecían hechas de puro carmín, por manoseada que sea la comparación, y sus labios un clavel en botón recién arrancado del tallo. Estaba vestida con aseo y buen gusto. Jamás se hubiera podido aplicar mejor que entonces aquella frase tan común en casos análogos, de perla en muladar, porque la tal hermosura parecía en realidad una fresca y linda rosa en un campo estéril y quemado; como que una vez que se apartaban los ojos de esta mujer, real y sencillamente hermosa como la naturaleza que la rodeaba; todo, inclusive su misma casa, presentaba un aspecto de miseria, de tristeza y de oscuridad. A pesar de todo, su rostro estaba risueño y satisfecho como el de aquel que

nada desea, y sus miradas límpidas se paseaban por la angosta y oscura calle de la aldea, donde lo único que se veía era aldeanos sentados en el dintel de su puerta, fumando su pipa, y niños jugueteando.

Al fin la perdí de vista, como todos los panoramas rápidos que deleitan a los modernos viajeros, y a las seis de la tarde acompañado de magníficos truenos, de relámpagos y de una gruesa lluvia, llegué a Vergara. Las tempestades ya no me sorprendían porque las veía casi diariamente, y era uno de los espectáculos que más me encantaban. En Villarreal se quedaron mis dos compañeros de berlina, y el francés pasó a mi lado para estar mejor y para consolarse de la ausencia de sus dos Dulcineas, que se apearon entre Tolosa y Villarreal. Conversamos largamente, ya en francés, ya en español, manifestándome su horror de que hubiera dejado París por la Península, a la que sólo debería, me aconsejaba, conceder una permanencia de quince días, instalándome siempre en el hotel francés. En Vergara nos separamos.

Este día, 14 de junio de 1859, era el más agradable que pasaba de los dos meses que llevaba en Europa. El hotel de Vergara respiraba soledad, y creo que no había más huésped que yo. Desde mi ventana veía montes verdes y elevados por todas partes, que parecían dispuestos a tragarse la humilde población; vizcaínos con sus boinas generalmente azules, algunos canónigos con su panza infaliblemente muy pronunciada, colegiales con uniforme y en cuadrilla, gente del pueblo, etc. Eran las seis y media de la tarde, y probablemente en Vergara como en todas partes, tal hora correspondía a la del paseo. La noche cayó profundamente silenciosa; no se percibía otro ruido que el de

la lluvia y los truenos; y cuando éstos cesaban, el de un pobre riachuelo que corría lentamente a la falda del cerro, una cuadra frente de mi ventana. [...] El 16 a las siete de la mañana salí a Bilbao, en el correo, cochecito en el que pueden caber cuatro personas y en que metieron seis. Siendo todos casi de una misma edad, muchachos, jóvenes, estudiantes, lo pasamos charlando jovialmente, gritando, cantando, todo efecto de las botellas que bebimos, y de la edad que es el verdadero champaña. Era la juventud en viaje... al porvenir.

A las dos de la tarde, acompañado fielmente de una tremenda lluvia, llegué a la capital de Vizcaya yendo a hospedarme en una casa de huéspedes llamada Pepa la del Telégrafo, calle del Correo, en la que estuve muy bien. En esta como en otras casas bilbaínas y como en la del jabonero, el que no cae, resbala, porque hay la preciosa costumbre de tener los ladrillos constantemente bruñidos, encerados y almagrados; y hay en ellos que aprender a andar como se aprende a patinar. Como la posada sólo tenía seis cuartos a lo más, andaban los huéspedes de dos en dos, siendo yo tan afortunado, que me tocó por compañero de cuarto un joven español de Lima que me era muy familiar, don José María Zubieta. Fuera de la casa de don Mariano San Ginés, hombre pudiente de la localidad a quien iba yo recomendado, se me ofrecieron algunas, más también por las meras recomendaciones que llevaba; lo que consigno aquí para que se vea lo hospitalaria que nos es España a los hispanoamericanos. Bilbao, especialmente, fue para mí como una sucursal de Lima.

Portugalete que dista más de dos leguas de Bilbao y que es como su puerto, fue el objeto de mi primera excursión.

Una mañana a las diez nos embarcamos para él en un bote que se empeñó en proporcionarnos un amigo, y con intención de seguir hasta Algorta, en donde, como en Bilbao, tenía interés en visitar familias de españoles de Lima, por todas las cuales fui acogido y agasajado casi con alborozo. Cerca del puente de Luchana viendo que el bote tenía ganas de irse a pique, y que los remeros podrían componerlo muy bien después que se rompiera, mas no salvamos, porque eran oficiales de carpintería y no marineros, saltamos a tierra y seguimos a pie hasta Portugalete, andando más de una legua entre pedregales y atolladeros. [...]

En Burgos, adonde pasé en seguida, estuve dos noches. Visité la gran Catedral y continué mi viaje a Valladolid deteniéndome en esa antigua capital de España, un día y una noche. [...] De Valladolid a Madrid pasé una noche en la diligencia. [...] Madrid es una villa hermosísima: por desgracia caía yo en la peor época y estación, en pleno verano, como con razón me lo anunciaban desde París. Era un calor africano el que reinaba, y en las calles brotaba un fuego, como el que puede sentirse en la boca de un horno, y calentaba el cuerpo de tal manera, que su contacto habría bastado para asar un trozo de carne cruda. [...]

Partimos para Segovia que sólo dista dos leguas. Todo estaba lleno con la afluencia de veraneantes; y después de andar de ceca en meca y de dar mil vueltas más de dos horas, todo lo que conseguimos fue las cuatro paredes de un cuarto y... el suelo raso, en el cual dormimos, siendo éste para nosotros el único se goza en Segovia. [...] Pocos días después, me hallaba nuevamente en Madrid, y otra

vez incomodado por el calor, salí... para Valencia. El viaje se hacía entonces en veinticuatro horas, parte en diligencia, parte en ferrocarril, y parando en miserables y no muy aseados mesones. Valencia es una ciudad fea, sus calles parecen corrales; en cambio nada he visto tan agradable como la campiña que la rodea, denominada La Huerta, y en la cual se embosca el tren desde mucho antes de llegar a la ciudad. Abundan los naranjos, alfalfares y maizales, que me hacían recordar al Perú. A media legua está su puerto, El Grao, y otros dos pueblos más llamados Cabañal y Cañameral, aunque en rigor los tres pueblos no son sino uno partido por dos acequias. [...]

El 18 de octubre a las seis de la mañana daba mi adiós a Madrid y partía para Granada, adonde llegué el 20 entre once y doce de la noche después de un viaje muy pesado. Hasta Tembleque, que son quince leguas de Madrid, nuestra diligencia fue montada en un carro del ferrocarril. Allí la apearon, y las tardías mulas sucedieron a la veloz locomotora, mientras el tren continuaba su viaje a Alicante. Se encuentran muchos pueblos, de los que el más notable, por sus recuerdos históricos solamente, es Bailén. Salimos de Tembleque a las once del día, y entre siete y ocho de la noche, cuando aún no nos habíamos apartado dos pasos de un pueblo de la Mancha, que se llama Manzanares, se rompió una rueda del coche y casi volcamos.

Nos consolamos viendo que nos sucedía este percance en un pueblo, y no de los peores, y no en un despoblado, lo que habría sido muy crítico, porque la noche era oscurísima, llovía, el camino estaba lleno de lodo y nuestros estómagos vacíos. Aun para volver a la población no sabíamos dónde poner pie, porque todo era un barrizal.

Nos encaminamos al mesón (las fondas expiran a esas alturas) y a mí con tres ingleses y un español que venían en el cupé, nos colocaron en una grande y desmantelada sala, cenamos una gran sopa de ajos o gazpacho, sentados alrededor de una mesita de dos palmos de alto, sirviendo los dedos de cubierto y como en Segovia, tuve el regalo de dormir tirado en el suelo. Reinó la mejor armonía entre nosotros, y no salimos de Manzanares hasta el día siguiente a las once en que quedó compuesta la rueda. Comimos en Valdepeñas, célebre por su vino que tomamos allí mismo, y como Manzanares, pueblo también de la Mancha; provincia que atravesé tres veces, y que es la más horrible del mundo y atrozmente miserable; es verdad que sólo en la apariencia, que es de una gran desolación. Sus rasgos característicos son los molinos de viento en el despoblado; y en las poblaciones los enjambres de mendigos que asaltan la diligencia no bien se para, aún cuando esto es general en toda España.

Seguimos andando. A la madrugada del día siguiente tomamos chocolate en Bailén; pasamos por Jaén y otros muchos pueblos, y llegamos a Granada a la hora que llevo dicho. Esta ciudad es deliciosísima por su situación y paseos. La ciudad en sí misma es un tanto fea, y hasta dos tantos no muy aseada, con un no sé qué de lóbrego. Sus calles son muy angostas, y algunas en tal extremo, que casi pudieran ir dos amigos de bracero, uno por cada acera. Cuando pasa por ellas un coche particular, parece visto a la distancia un helado compacto o una gelatina que se va desprendiendo del molde suavemente.

Los encantos del Generalife y la Alhambra, y otras bellezas pintorescas de Granada, junto con las exquisitas

atenciones de la culta familia a quien fui recomendado, me detuvieron sin embargo por varios días. Bajo mis ventanas en la fonda de Minerva, corría el Darro, pobre en aguas, rico en barro, al menos en esos días otoñales que eran los últimos de octubre. Cada vez que me asomaba a ellas, y aún hallándome a mucha altura sobre el suelo, una multitud de mendigos, plaga abundante y enojosa de toda España, comenzaba a gritarme desde la calle: "¡Señorito!" Bajaba la vista sorprendido, y tenía que tirarles alguna moneda o que retirarme de ellos. Llevan como instrumento de apoyo o báculo, aunque yo creo que es por lo que potest contingere, un largo y grueso garrote en la mano. [...]

Como el camino recto de Granada a Sevilla es casi intransitable, tomé pasaje hasta Bailén en la diligencia que parte para Madrid,y llegué a la histórica ciudad a las cuatro de la mañana. Esperé una de las diligencias que pasan por allí para Sevilla procedentes de Madrid, y a la una de ese mismo día 19 de noviembre, volví a ponerme en marcha llegando a Córdoba a las cuatro de la madrugada también. Me acosté, a las seis me levanté: tomé asiento en el tren, y a las once del día llegué a la ciudad del Betis, yendo a hospedarme al Hotel de Madrid, en la calle del Naranjo.

Sevilla es infinitamente superior a Granada, por ser una verdadera ciudad. Sus calles que me habían ponderado de muy angostas, lo son menos que las de Valencia y Granada, y tiene muchas tan anchas como las de Lima. Son limpias y bien empedradas, y las aceras, aunque no sean muy anchas, llenan su objeto y no parecen meros rebordes o ribetes de los edificios como en Granada. Las

paredes y frontis están muy bien blanqueados, y las casas dispuestas como las de Lima, con puerta de calle grande y de dos hojas, y zaguán y patio, aunque mucho más pequeños que los de por acá. La población está alumbrada con gas, y con los varios carruajes, particulares y de alquiler que cruzan por sus calles, resulta una ciudad muy alegre y muy bonita. En todos los patios tienen jardines, y son cuadrados; y en el de la fonda en que me hospedé, que era muy hermoso, había hasta platanares. [...]

De Sevilla a Cádiz pasé por el Guadalquivir, río abajo, deliciosa navegación de ocho horas. Cádiz es una población lindísima, muy aseada y alegre, y junto con Sevilla constituye lo mejor de Andalucía, así como Andalucía misma fue lo que más me agradó de cuanto vi de España, siendo la gente andaluza muy amable y muy franca. Presencié el embarque de las tropas que iban a la guerra de África, con O'Donnell a la cabeza. De las iniciales reunidas de los generales expedicionarios salía la palabra PROEZA. Los generales eran: Prim, Ros de Olano, O'Donnell, Echagüe, Zavala y Alcalá Galiano. [...]

En Jerez, que es una población sumamente triste, pasamos una noche, charlando agradablemente tirados en dos catres de tijera en un cuarto muy modesto. En las bodegas fuimos muy atendidos; nos hacían recorrer las dilatadas hileras de pipas escanciándonos de cada una de ellas una copita, casi un traguito, y viendo el Jerez en todos sus matices, desde el casi blanco hasta el casi negro; y todo esto por grados, insensiblemente, que era como iba tiñéndose a nuestra vista el exquisito vino. La tarea era entretenida y gustosa... mas al dirigirnos al tren para volver a Cádiz, casi nos caíamos. Durante el trayecto, en

que por fortuna nos tocó un vagón solo, mi compañero se incorporaba de vez en cuando para manifestarme que no se conformaba con verme más entero, cuando juntos y por igual habíamos corrido el mismo temporal.

Pocos días después nos embarcábamos para Málaga en el vapor *Balear*, viniendo además entre los pasajeros un matrimonio de Cuba a quien conocí en Sevilla en el Hotel, y dos abates franceses compañeros de viaje del ecuatoriano, de Sevilla a Cádiz. Zarpamos a las ocho de la mañana; pasamos el estrecho de Gibraltar, viendo a un lado costa de África y al otro de España, y al día siguiente a la misma hora saltábamos a tierra en la ciudad ilustrada por las pasas. Dos compadres reñían en el muelle, y al pasar yo por entre el apiñado corrillo, uno de los contendientes amenazaba a otro en voz alta, con abrirle tamaño postigo en la barriga, siendo ésta la primera y la única andaluzada de que tengo conocimiento práctico, entre las muchas que refiere la leyenda.

Málaga no tiene nada de particular o notable, ni en conjunto ni en detalle, viniendo a ser como segunda edición de Granada. Aquí determiné seguir mi viaje hasta París por tierra y no por mar, tanto por el mal tiempo general que entonces reinaba, cuanto porque una larga serie de navegaciones no me había dado aún la propensión a preferir esta vía a cualquiera otra en un viaje medianamente largo. [...] Toda la gente del *Balear*, los dos abates franceses, el matrimonio cubano y mi compañero de excursión a las bodegas de Jerez, siguió para Granada esa misma noche. Yo lo hice a la siguiente, tomando pasaje hasta Granada, por no haber otro camino, y saliendo para dicho punto en la diligencia a las nueve de la noche.

El 21 de noviembre a las dos de la tarde me hallaba por segunda vez en Granada.

El 22 a las cinco de la mañana salí para Tembleque, siempre en diligencia. Mis compañeros de berlina fueron dos jóvenes mexicanos que conocí en Sevilla, miembros de la Legación de México en Roma y que respondían a los nombres de don Ulibarri y Daniel Vallarta. En el interior venían los dos abates franceses. Los cubanos y el ecuatoriano se quedaron en Granada. El 23 a las once de la noche nos apeamos en Tembleque y allí dormimos. Al otro día a las once de la mañana tomamos el tren para Valencia con los abates solamente, porque los mexicanos siguieron para Madrid. [...] Trece horas después de nuestra salida de Tembleque, o sea, a las once y media de la noche, llegamos a Valencia y fuimos a hospedarnos a la fonda de París.

[...] nos embarcamos el 26 de noviembre de 1859 a las dos de la tarde, a bordo del vapor *Monserrat*; y al día siguiente, domingo, poco más o menos a la misma hora, estábamos ya instalados en el hotel de las Cuatro Naciones en Barcelona. Barcelona es una ciudad muy activa, muy hermosa, muy progresista; pero mucho menos simpática que las otras capitales de España. La gente es áspera y no parece vivir sino para el negocio. Las mujeres no son bellas y choca la tosquedad de sus pies. Aun la más favorecida por la naturaleza no pasa de buena mozota por sus formas abultadas, y por su voz desapacible y bronca, porque aunque hablan castellano, cosa que hacen pocas veces, conservan siempre el dejo catalán; y por otras mil peculiaridades más propias del sexo fuerte, que de la «mitad preciosa del linaje humano». La planta de la ciudad es

ancha, grandiosa, teniendo más de Manchester que de España. Así como en las calles de Madrid llama la atención la importancia y el lujo de las Horchaterías, en Barcelona sorprende el de las Confiterías. Nuestros amigos y guías de esta ciudad fueron los señores catalaneses don Pedro Yuste y don Francisco Llausás. De Barcelona a Perpiñán nos llevó la diligencia, pasando por las estaciones de Gerona, la Junquera etc.

Emilio Castelar

Recuerdos de Elda o las fiestas de mi pueblo (1879)[114]

¿Será verdad? ¿Volveré a mi tranquilo valle y las campanas no resonarán como antes en mi corazón, y la luz encendida al pie del retablo antiguo no brillará como antes a mis ojos, y el campo no tendrá los mismos aromas, ni el horizonte los mismos destellos que en mi infancia, cuando las ilusiones se teñían en las florestas como las alitas de las mariposas, o la fe libaba esperanzas en la lejana estrella, como la abeja miel en la flor del cantueso y del romero? Si ha de suceder así, no me lo digas, y déjame que avive en la memoria, con toda la fuerza de mis recuerdos aquellos días en que no contábamos los años y en que no caían sobre nuestras cabezas las escarchas. Volver a mi pueblo y no sentir sus regocijos o sus dolores cuál los sentía en otro tiempo, será encontrar a la mujer amada y no abismarse en sus ojos, y no estremecerse al soplo de su aliento, y no caer de rodillas al crujido de sus vestiduras, y no experimentar el éxtasis y el arrobo de los primeros amores. Las montañas deben conservar los mismos cambiantes que las tornaban en piedras preciosas, con las laderas por facetas, o en masas aeriformes de azul celeste, como pedazos desprendidos del cielo a la tierra, sobre todo cuando los rayos verticales del sol poniente las herían y les daban sus variados arreboles. La salvia y el tomillo y el

---

[114] *Recuerdos de Elda o Las fiestas de mi pueblo, por Emilio Castelar* (Madrid ,1899).

espliego deben, cuando las plantas los huellen, mandar al cerebro aquellas esencias embriagadoras que lo hacían soñar con mil imaginaciones de la mente, como dicen que hacen soñar con las huríes del edén los bebedizos árabes. En la acequia, llena de guijas y de limo, deben todavía esconderse por las cintas de las hierbecillas las luciérnagas, cogidas a mano por nosotros y presentadas a las muchachas para que las prendiesen a sus trenzas a guisa de animados diamantes. El anís ha de blanquear en sus flores circulares; el granado se ha de enrojecer con sus adornos carmesíes; la palma ha de susurrar en la alta palmera, mecida por las brisas; el racimo ha de lucir sus uvas transparentes bajo los pámpanos; el espino ha de brotar sus guirnaldas, que envidiaría una novia; la retama ha de poner en sus flores amarillas juntamente con las pálidas florecitas de la zarzarrosa; el jilguero ha de correr por la enramada, mientras el riachuelo se deslice entre los cañaverales y los tarayes; la nube, allí bendecida y esperada como en la Arabia, se ha de prender a las cimas de las altas cordilleras, prometiendo su lluvia y su rocío; de suerte que todo estará lo mismo, todo permanecerá en su inmutable esencia y sólo habrá cambiado lo permanente, lo imperecedero, lo eterno: nuestra alma.

Felices, muy felices los que nunca salísteis de ese nido, ni atravesásteis las tempestades del mundo. Felices, muy felices los que consagrásteis todos los días a Dios vuestras plegarias en la misma iglesia, a la familia vuestro amor en el mismo hogar, al cielo vuestra mirada en el mismo horizonte, y casi supísteis desde la infancia el santo lugar donde habían de reposar en paz vuestros huesos. Nosotros cambiamos de hogares como de camisas, dejándolos sin

escrúpulo abandonados como los avestruces dejan sus crías en el desierto, y a lo mejor nos quedamos en un abrir y cerrar de ojos, hasta sin patria, desdichados náufragos. ¡Y nos creeréis felices porque oís resonar por ahí nombres antes oscuros, cuando los felices sois vosotros! Cierto que no habéis visto las obras maestras de arte, pero tampoco las profanaciones de la inspiración y la servidumbre del genio; cierto que no habéis probado el licor embriagante de la gloria, pero tampoco la amargura de la calumnia; cierto que no habéis subido a las cimas vertiginosas del poder, pero tampoco rodado a los ariales donde se clavan las espinas de la envidia. En el mar inmenso, en sus olas coronadas de férvidas espumas, no podéis apagar vuestra sed, mientras que la apagáis a vuestro sabor en el hilo de agua clara que despide la modesta y recatada fuente. Será que mi alma dolorida necesita bálsamo; que mis fuerzas fatigadas necesiten reposo; que mis combates diarios necesiten paz: a la continua convierto el pensamiento con amor hacia el hondo valle de mi infancia, y pido al aire que baja de sus montañas oxígeno para mi pecho, y a las oraciones que suben por sus torres y por sus campanarios, fe y esperanza para mi alma.

¿Te acuerdas? No quería separarme de ahí cuando me obligaban a ir al colegio. Un maestro en vez de una madre; los camaradas en vez de los hermanos; el pasante ceñudo que venía a despertarnos cuando estábamos acostumbrados a que nos despertara nuestra abuela; el régimen disciplinario sustituyendo a la libertad campestre, la ciudad indiferente en lugar del pueblo, tan conocido y tan amado como la propia familia; la oración murmurada como una consigna de cuartel, y no aquella salve dicha a la luz del

amanecer, al toque de la campana que saludaba al alba, entre el coro de las alondras y el grito agudo de los gallos, mezclados con el rumor de los instrumentos de la labranza que iban a fecundar los campos, y el despertar de toda la muchachería que cantaba en competencia con las aves, exhuberantes de vida y embriagados de luz.

Recuerdo mi partir, en que el corazón verdaderamente se partía en pedazos. Resistíme como el cordero al cuchillo. Bajé a las bodegas, subí a los desvanes, me encerré en los escondites del lagar y de la almazara, me enterré en los pajares, pues prefiriera convertirme en la piedra del suelo, deshacerme en la ceniza del hogar, evaporarme en el humo de la chimenea, a dejar aquellos sitios, ungidos con tantas lágrimas y consagrados con tantos recuerdos. Cada árbol de mi huertecito mereció un abrazo. Yo le recomendé al azofaifillo que siguiera creciendo para dar al viento con gallardía no usada sus hojas de áureo verde y sus frutas relucientes como granillos de pórfido. Yo les pedí perdón a los albaricoqueros por haberles mil veces arrancado sus albaricoques, antes de madurar, con desapoderada impaciencia. Yo le encargué al membrillero, entre cuyas hojas de color de las lilas brillaban los membrillos del color de los limones, que se apresurara a endulzar la aspereza de sus frutos con la jugosa savia. Yo me subí a la copa con la higuera, sólo para abrazar aquellas ramas, las cuales tantas veces me habían ofrecido sabroso almuerzo, sazonado con el rocío de la mañana. Yo le dije una palabra a cada cepa, a cada arbusto, a cada retoño, como si fueran una legión de amigos.

No lo olvidaré. En el rosal de rosas amarillas unos verderones tenían su nido de hierbas secas y motas de lana

blanca. Contra las naturales inclinaciones de los niños, habíamoslos respetado y vístolos crecer sin hurgarlos. Si piaban, creíame que hablaban algo, y seguía con ellos una conversación muy tirada, diciéndoles cosas tiernas de su madre y de la mía, y rogándoles pidieran por ella al cielo todas las mañanas en sus primeros píos, pues a mi madre debían, a su caridad inagotable por los seres racionales e irracionales, por los seres animados e inanimados, el haber podido criarse entre la opulencia propia de un rosal amarillo y fuera del alcance de nuestras manos y del torbellino de nuestros juegos. Se habían ido como yo me iba. No puedo decir cuánto me apenó su inesperada ausencia. ¡Pobrecillos! Plegue al cielo que haya sido su suerte superior a la suerte de su compañero. Plegue al cielo que no hayan visto lo infinito sin poder recorrerlo; que no hayan sentido el amor intenso sin poder apagarlo; que no hayan abrigado esperanzas e ilusiones sin poder realizarlas; que no hayan caído en la celada del cazador o en la traición del enemigo, ya que se entregan, como nosotros, a los giros del viento y a los caprichos de la suerte.

Partíme por fin; partíme, no sin haber llorado como si el mundo entero se acabase y la familia entera se muriese para mí, tanta era mi desolación, tan grande mi resistencia, casi invencible, a ser trasplantado de aquel suelo, en cuya savia creía yo que se alimentaba, como las raíces de los árboles y de las plantas, las raíces de mi propia vida. No volveré a ver otro paisaje como aquel que ví aquella tarde a través de mis lágrimas. Los olivares se blanqueaban y se oscurecían al soplo del aire, que rizaba sus hojas de doble color; los palmerales vibraban, como si cada una de sus palmas fuese verdadera lira pulsada por el viento;

serpenteaba el río entre los viñedos, dando toques argentados al oscuro follaje; los álamos se levantaban sobre los arbustos y las rotondas sobre los álamos, confundiéndose los signos de la religión y los seres de la naturaleza, cual en nuestro ser se confunden e identifican el cuerpo y el alma como si compusieran una sola sustancia. Muchos te habrán visto, tierra predilecta de mi corazón; muchos habrán recogido tu cal para sus huesos, tu fósforo para su cerebro, tu hierro para su sangre, tus moléculas para sus átomos; muchos habrán llorado en tu regazo y habrán nacido o muerto en tu seno; pero nadie te habrá amado como te he amado en mi vida, ni te habrá recordado como te he recordado en mis dolores.

Desde aquel punto, hora siniestra para mí, acabáronse las mayores alegrías para el corazón y perdieron su magia las festividades mayores del año. Si las campanas de la ciudad tañían a muerto o repicaban a regocijo, no acertaban a sacudirme con emociones tristes o alegres como las campanas de mi iglesia. Si el tamboril o la dulzaina salían por las calles, no resonaban como aquel tamboril y dulzaina de mi aldea, que en la fiesta de San Antón congregaban todo el pueblo en torno de las hogueras y hacían bailar las parejas a su compás moruno con gravedad que no excluía ni la ligereza ni la gracia. Si las máscaras bromeaban en el carnaval, no podían de ninguna suerte interesarme como aquellas máscaras de mi pueblo; porque, al fin y al cabo, resultaban sus propios rostros de carne y hueso como desconocidas caretas. No acertaría a decir lo que era un carnaval en aquellos tiempos de gozo, en que buscábamos para las comparsas y sus disfraces los arreos de nuestros antepasados, los tricornios mugrientos que habían corrido

la tuna, las casacas moradas que habían asistido al recibimiento de la reina María Luisa, las chupas de raso bordadas con guirnaldillas de rositas, los enormes relojes competidores de los que sonaban en las torres, los guardapiés de tisú, las pelucas empolvadas, los mil objetos con que hoy comerciaría un anticuario y que nosotros aderezábamos de pintoresca manera, sin otro consejo que el capricho de nuestra desenfrenada fantasía, ni más fin que divertirnos todos, viéndonos los unos a los otros por las calles en una broma continua. Y no digo nada de los moros y cristianos. La ilusión era completa. El tabernero de la esquina, el mojigato de la vecindad, el cristiano viejo sin un abuelo que oliera a hereje, el sacristán de amén, parecíanos Muza o Tarik, grandes sultanes de serrallo, incapaces de probar el torrezno y de respirar el vino así que vestían los pantalones bombachos de seda amarilla, las fajas multicolores, las chaquetas bordadas de lentejuelas, los turbantes de gasa llenos de alharacas, las babuchas de tunecino tafilete. Una vez disfrazados de esta suerte, ni advertíamos bajo el disfraz su propia condición, ni advertidos la creíamos, pues en la fuerza creadora de nuestra fantasía estaba el fingir, moros hechos y derechos, recién venidos de Mauritania, conquistadores de España, a los cristianos viejos que, por devoción al santo de la festividad, participaban con ardor infantil de aquella mogiganga. Los nuestros solían vestir, no como los caballeros de la Vega, cuyas estatuas vemos bajo las bóvedas de la catedral de Toledo, sino como petimetres del último siglo: que mis paisanos, como los pintores del Renacimiento, reparan poco en cualquier anacronismo. Nada de brocado, de malla, de cota, de pacete; al revés, calzón corto, zapato

con argénteas hebillas, medias de seda, casacón antiguo, sombrero apuntado, distinguían a los católicos de los mahometanos. Pero en lo que ambos ejércitos se confundían, era en el estruendo que armaban por cuarenta y ocho horas seguidas cerrando el uno contra el otro con mortal coraje. Diríase que estábamos en plena batalla, y no en sencilla fiesta: tal sonaban los arcabuces, las descargas, los cañonazos, las bombas, las tracas, los morteretes, los petardos, las mil explosiones de la pólvora. El castillo de cartón pintado, parecíanos real y efectiva fortaleza, en cuyos muros los enemigos de nuestra religión oprimían y vejaban a la patria. El embajador cristiano, que iba caballero en su alazán, precedido de heraldos y pajes, acompañado de pomposa comitiva, en requerimiento y demanda de la fortaleza, llevaba consigo nuestros votos, como si de real y no fingida embajada se tratase. El día primero de la fiesta, en que los moros ganaban la batalla, nos íbamos tristes a nuestra casa, como si volviéramos del mismo Guadalete y nos encontráramos la iglesia profanada por los ulemas, y ocupado el hogar por los guerreros, reducidos nosotros a las mazmorras y señaladas las mujeres al serrallo. Más en el día siguiente, cuando entre el humo rojizo de la pólvora, el relampagueo de los fogonazos y de los tiros, el estruendo de las descargas y la gritería universal de los combatientes, trepaban los nuestros por las escalas y combatían cuerpo a cuerpo en las almenas, arrojando moros muertos por los adarbes, y persistiendo hasta poner la bandera española en la más alta cima, el *Te Deum* que estallaba en nuestro pecho podía confundirse, por lo religioso y lo sincero, con el *Te Deum* inmortal de las Navas de Tolosa.

Yo de mí sé decir que estudiando en aquella sazón la historia patria, representábanse a mis ojos como en relieve los mapas de nuestras grandes batallas, y parecíanme como de carne y hueso los opuestos ejércitos. Sobre todo, dibujábanse a mi vista los incidentes de las Navas. Veía, pues, los altos de Almuradiel pintados de flores por los primaverales meses; el inmenso ejército africano, cuyos alquiceles y alfanjes, moviéndose sobre los lomos de los alazanes del desierto, aseméjanlos a nubes atravesadas por rayos, el Emir de los creyentes, sentado bajo su tienda de riquísimos colores, circuído de sus negros encadenados, que ofrecían viviente muro a su seguridad y resguardo, puesta la mano en la empuñadura de su sable, los ojos en los versículos de su Korán, y el pensamiento en su Alah; mientras de otro lado, reverberando el sol de Andalucía en sus petos y en sus cascos, la cruz al frente, los ejércitos cristianos; el buen don Lope de Haro en la vanguardia con sus fuertes montañeses, que parecían haber robado su vuelo a las águilas, según se movían por los agrios riscos y bajo el peso de las graves armaduras; el rey D. Alfonso VIII en el centro, asistido del arzobispo D. Rodrigo, que peleaba y escribía, soldado e historiador, en aquella hazaña; el rey D. Pedro II de Aragón a un lado, y a otro lado el rey D. Sancho *el Fuerte* de Navarra, ambos heroicos capitaneando ambos aquellas huestes, que habían vencido al infiel en cien batallas y reconquistado, con la reconquista del Pirineo los seguros eternos de la patria; las órdenes militares con sus hábitos y banderas y divisas de matices diversos; el horror de la batalla, a cuyos incidentes se libró la suerte de Europa; y la alegría de la victoria, cuando a la luz de los astros, después de tantos pro-

digiosos esfuerzos, teniendo por templo el espacio inmenso, por altar las cordilleras, entonaron los nuestros un *Te Deum* que debió resonar desde Covadonga hasta Granada, y conmover desde la vieja Asia hasta la desconocida América, llamadas a llevar más tarde marcado el sello de la nación inmortal que naciera en aquellos épicos e inolvidables combates.

¡Cuánta fuerza tiene la tradición! ¡Cómo avasalla las voluntades y los entendimientos! Seis siglos hace que acabaron las guerras de árabes y españoles en aquellas regiones intermedias entre Castilla, Valencia y Murcia, regiones fronterizas. Seis siglos hace que no ha vuelto a empeñarse ninguna acción ni a verse ningún encuentro. El infiel quedó sometido primero, y después, andando el tiempo, expulsado. Ni sus descendientes pudieron tener un hogar donde él había tenido un trono. Don Alfonso el Sabio, que volvía de tomar a Sevilla, al lado de su padre San Fernando y D. Jaime el Conquistador, que acaba de tomar a Mallorca y a Valencia, repartiéronse aquellas tierras y las poblaron el día que se vieron frente a frente sus mutuas reconquistas, el uno de catalanes, y de castellanos el otro. Desde entonces han corrido en quieta y pacífica posesión de aquellos territorios, sin más dificultades que las corrientes, así en todo estado feudal como en los comienzos y fundación de las monarquías modernas. No queda, pues, ni un átomo del polvo de aquellos combates en el aire, ni un dejo del amargor de aquellos recuerdos en los labios; y no obstante esto, las guerras se empeñan todavía en simulacros y pasan de generación en generación como un sacratísimo legado, sobreviviendo a la muerte de las ideas y de las costumbres y de las instituciones en cuya virtud na-

cieron y duraron. ¿Cómo puede ya extrañarnos ninguno de estos grandes y perdurables pensamientos, que corren de tiempo en tiempo y de gente en gente con fuerza capaz de dar calor a muchas sociedades y vida a muchos siglos?

La idea platónica del Verbo, casi prevista por los indios y formulada en la Academia, a la sombra de los plátanos del Pireo, al chirrido de las cigarras áticas, halla todavía altares en nuestro corazón y en nuestra Iglesia. El demonio persa, que ha brotado de la religión, mazdea, lucha aún, principio, o por lo menos, agente del mal, con nuestro Dios, no sólo según los sentimientos vulgares, sino también según las más sabias leyendas. Los sitios consagrados a Lucina por los antiguos griegos son los santuarios donde las mujeres en cinta piden hoy a los santos de su devoción un buen parto. Las fiestas de la Candelaria, dedicadas a bendecir los cirios, corresponden a las antiguas fiestas lupercales. Los solsticios de verano y de invierno tienen la velada de San Juan, la Noche Buena, La Misa del Gallo, como en la antigüedad tenían otros festejos, destinados en su mayor parte al dios Adonis. La fiesta de las flores se funda doscientos cuarenta años antes de Cristo, y se reproduce a nuestros ojos en el mes de Mayo, cuando las rosas llenan los altares divinos de María. Como Leandro pasa en las leyendas paganas a nado el Bósforo por recoger la mirada de Hero, un joven cristiano, allá en las leyendas de la Edad Media, pasa a nado el Ródano por recoger la palabra de Marta. El nombre de María de Magdala, que quiere decir "torre" en el antiguo hebreo, guarda tradiciones tales, que se extienden por los templos de Babilonia y por las tierras interiores del Asia. Las virtudes dadas por la Edad Media al número siete, como se ve por

los Siete Dolores, por las Siete Partidas, por las Siete Palabras, provienen de la religión sabeísta. Herodes degüella a los inocentes en Judea, como los degolló Cartago para desarmar a sus divinidades en el terrible asedio que le pusiera Agatócles. No acabaríamos nunca si hubiéramos de decir cuánto han perdurado las creencias y cómo se han unido a ellas los pueblos. Así, no extrañaremos que, viviendo todavía divinidades como las divinidades nacidas a las orillas del Ganges en los crepúsculos matutinos de la historia, vivan también las guerras de moros y cristianos en nuestras provincias meridionales.

Nosotros, que reproducimos y abreviamos en el compendio de nuestra vida el alma y la vida superior de los pueblos, nosotros tenemos que convertir por fuerza la vista hacia las fiestas de la infancia, dilatándonos cada vez más en los recuerdos, a medida que menos podemos dilatarnos ya en las esperanzas. Felices mil veces los que al fin de tantos combates como traen consigo las mundanas mudanzas, todavía guardan vivas en su corazón aquellas emociones perfumadas por la inocencia. ¡Malhadado el hombre a quien no le cautiva el hogar de su familia, el sepulcro de sus antepasados, el templo de sus primeras oraciones, el sitio bendecido por los primeros amores!

Yo recuerdo siempre un Miércoles Santo en la basílica de Roma. Bajo sus grandiosos arcos buscaba una emoción religiosa, oyendo las cadencias de Palestrina o de Allegri, y sólo pude encontrarla en el punto en que salmodiaban los sacerdotes el canto llano, oído tantas veces en la iglesia de mi valle de Elda.

¡Dios mío! ¡Cómo guardo grabada en mi memoria cada una de aquellas festividades, que constituían todo el es-

parcimiento y el recreo de una existencia compartida entre la religión y la naturaleza! Paréceme que oigo los trenos de Jeremías, cuyos acentos me daban el escalofrío de lo sublime, y que veo el santuario solitario, el ara desnuda, el velo del templo rasgado, las lámparas extintas en el luctuoso Viernes Santo. Paréceme que asisto aún a la mañana de Pascua, en que el alegre repique de los campanarios y el encuentro de la Virgen con su Divino Hijo, así como devolvían la paz al corazón lacerado, anunciaban que la yema iba a dar el brote, la larva el insecto, la semilla el tallo, y el capullo la flor. Paréceme que las letanías se difunden aún por los aires en las mañanas de Mayo, y que al levantarse la cruz de plata sobre los campos, inclínanse las espigas y alzan sus encendidos cálices las amapolas en señal de mística adoración. Paréceme que oigo las marchas de nuestra música popular, que veo las danzas de nuestros gigantones monstruosos, que asisto al espectáculo de vestir a los niños de ángeles con sus coronas de rosas y sus alitas de talco. Más entre todas las fiestas, ninguna ciertamente como la fiesta consagrada a la Virgen el día de su Natividad, el 8 de Septiembre.

Son aquellos días de verdadero reposo para el labrador. Los granos están ya recogidos y almacenados. Las cosechas de otoño, si maduras, no llegan aún al tiempo de la recolección. La mazorca ostenta su sedosa cabellera; la uva se endulza, como apercibiéndose a la vendimia; el higo ya gotea miel; la aceituna se ennegrece y se ablanda; la almendra cae de su encierro, perfumada por las olorosas gomas; el melocotón ofrece, tras la aterciopelada pelusilla, sus ricas carnes; el melón y la sandía convidan con su frescor, en tales términos, que bien puede llamarse el

campo, en semejante estación, el festín de los festines. Nada más natural que aquellos sencillos campesinos consagren un día de regocijo a la Virgen Madre, por cuya intercesión creen haberse preservado de los pedriscos y haber podido llegar en paz al día de la cosecha. Cuentan la aproximación de esta festividad con los dedos. Guardan para ella todo lo mejor que tienen: el vestido más rico y el más sabroso alimento. Abren de par en par las puertas a sus huéspedes, que llegan a henchir la casa. No recuerdo ninguna hora tan alegre como la hora conocida por ellos con el nombre pintoresco de *albada*, la media noche, en que suena el primer minuto de la víspera. Las campanas todas repican al vuelo, los cohetes serpentean por los aires; la población entera se regocija; las músicas suenan mezcladas con los vivas de entusiasmo y los alardes de alegría. Yo no he visto procesión como aquella al anochecer, con las calles enarenadas de salvia y de espliego; las casas ceñidas de follaje; las ventanas adornadas de colgaduras; los niños vestidos de ángeles o de santos; las jóvenes, envueltas en sus mantillas blancas, despidiendo de las manos flores y anises; las velas y los hachones dilatándose en dos largas hileras, como sartas de astros y moviéndose como enjambres de aerolitos; la bella efigie, vestida de brocado, reluciente de pedrería, con los rayos de su corona rnística en las sienes, con sus coros de querubines a los pies, reflejando las luminarias en las facetas de sus piedras preciosas, sonriendo con el amor divino, conducida entre nubes de inciensos, acordes de dulces melodías y susurros de místicas y suavísimas oraciones.

Así es la vida; como la planta pasa de semilla a raíz, de raíz a tallo, de tallo a flor, de flor a fruto, pasa el alma del

predominio del sentimiento al predominio de la fantasía, y del predominio de la fantasía al predominio de la inteligencia, y del predominio de la inteligencia al predominio de la razón y del juicio. Los símbolos de las primeras creencias quedan ahí en su inmaculada hermosura, como queda la doncella de los primeros amores en la mujer propia, en la hacendosa ama de casa, en la buena madre, en la próvida nodriza, en la prosaica, pero fecunda compañera de la vida, cuyos oídos no escuchan ya la serenata al pie de la reja ni el suspiro del amor confiado al aire de la noche, porque ha pasado de las ilusiones a las realidades y ha cumplido su destino anunciando en el crepúsculo de la juventud con albores teñidos de encantadora poesía. Toda obra grande aparece bañada en los sudores del trabajo; toda criatura humana cubierta con la sangre del parto, todo progreso envuelto en las ruinas de instituciones seculares, toda ciencia nueva cargada con las heridas abiertas a la fe antigua. ¡Cuánto se parecen y cuánto se diferencian la sociedad y la naturaleza! [...]

Edward Thomas
Sobre caminos y senderos (1913)[115]

Mucho se ha escrito sobre los viajes, pero mucho menos sobre el camino. Los escritores han tratado al camino como un medio pasivo para alcanzar un fin, y lo han respetado más cuando ha sido un obstáculo, trasmitiendo la impresión de que un camino es simplemente una conexión entre dos puntos que solo existe cuando el viajero está sobre él. Aunque en el Antiguo Testamento hay muchos viajes, *el camino* se usa principalmente como metáfora. *Abraham partió, yendo siempre en dirección sur*, dice el historiador, que habría usado las mismas palabras si el patriarca hubiera empleado alas. Sin embargo, para un pueblo nómada el camino era tan importante como lo que sucedía en él.

Los primeros caminos serpenteaban como ríos a través de la tierra, y tenían, como los ríos, la necesidad de mantenerse en movimiento. Todavía decimos que un camino *va* a Londres, al igual que también *vamos* nosotros. Señalamos una serpiente blanca en una ladera verde y le decimos a alguien, *esa va a Chichester*. En nuestra posada pensamos, rememorando el día, *ese camino debe dirigirse a Strata Florida*. No podríamos atribuirles más vida aun-

[115] *The Icknield Way* (London, 1913). Icknield Way, sendero público de origen romano situado al sur y al este de Inglaterra, de Norfolk a Wiltshire.

que tuviéramos caminos móviles con plataformas en las aceras.

Podemos irnos o quedarnos, pero el camino seguirá subiendo por las montañas hasta Llandovery, y luego subirá de nuevo a Tregaron. Es un compañero silencioso siempre a punto para nosotros, ya sea de noche o de día, con lluvia o sol, estemos tranquilos o desesperados, sanos o enfermos. Siempre está en movimiento, nunca se ha ido del todo, y nadie llega demasiado tarde. Solo un chistoso podría dudarlo, como el chico en un sendero al que le preguntaron: *¿A dónde va este camino, chico?* y respondió: *Llevo viviendo aquí dieciséis años y, que yo sepa, nunca se ha movido, que yo sepa*. Algunos caminos serpentean, algunos simplemente continúan, algunos avanzan majestuosos, algunos ascienden una colina en curvas como una gaviota en vuelo.

Igual que las ciudades se construyen cerca de ríos en lugar de dirigir los ríos hacia las ciudades, los primeros asentamientos surgieron junto a los caminos que ya antes existían como líneas naturales de viaje para las razas viajeras. Los caminos más antiguos a menudo tienen menos contacto con nuestros modernos pueblos, aldeas y casas aisladas. Se ha conjeturado que los primeros fueron originalmente las huellas de los animales. Hoy en día en la India se usa como camino el abierto por el elefante a través de la jungla, y en los primeros días los rebaños salvajes deben haber sido vitales para abrir camino a través del bosque, para mostrar las partes firmes de los pantanos y las marismas, para indicar vados. La manada seguiría el curso según las condiciones del terreno y según inclinaciones inexplicables, y la sinuosidad del camino no sería

una desventaja para los hombres que encontraban su sustento junto a la ruta, hombres para quienes el tiempo no era dinero. Los caminos que crecieron de esta manera, por la naturaleza y la necesidad, parecen ser casi tan duraderos como los ríos. Son adecuados para ser utilizados por muchas generaciones de hombres alejados de las ciudades, porque, aparte de las ciudades y sus necesidades, la vida cambia poco. Y si dejan de usarse, aún los podrá utilizar una civilización nueva o renovada, de hombres de costumbres más primitivas.

A lo largo de Inglaterra se pueden encontrar antiguos caminos llamados Gypsy Lane, Tinker's Lane o Smuggler's Lane; al este de Calne, en Wiltshire, hay un Juggler's Lane; y como si el desagradable sonido de *uggle* agradara a la buena y virtuosa gente del campo, tienen un Huggler's Hole al oeste de Semley y al sur de Sedgehill, en el mismo condado. También se encuentran Beggar's Lanes y caminos que pasan por lugares llamados Mock Beggar, que se dice que significa *Muchos Mendigos*. Estos caminos poco usados son conocidos por amantes, ladrones, contrabandistas y fantasmas. Incluso si han sido descuidados durante mucho tiempo, no se desvanecen con facilidad. En el terreno bastante uniforme y seco de las altas crestas, donde hombres y ganado podían desplegarse a lo ancho mientras viajaban, la tierra misma no ha cambiado en siglos de tráfico, salvo que la hierba se ha vuelto más fina, más corta, más pálida y con más margaritas. Pero en las laderas que bajan hacia una llanura o un vado, el camino adquiere su inmortalidad por la violencia, ya que se divide en dos o tres o más estrechos cursos excavados tan profundamente, que a menudo parecen ser obra más bien de alguna fe-

roz fuerza natural en lugar de la lenta marcha de hombres, ganado y caballos de carga. Por lo tanto, el nombre de Holloway, o Holwaу, es una señal probable de un camino antiguo, y también Sandy Lane, un nombre en el que apenas se esconde el poco afecto de la gente del campo por el camino que una carretera sólida ha reemplazado, y ahora poco usado excepto en los días de buscar nidos de pájaros o de cortejar. Estos caminos antiguos durarán tanto como las calles romanas, aunque hay una gran diferencia entre el camino sin pavimentar, tan tenue como un camino de viento en el mar, y la recta y elevada carretera romana que dio origen al proverbio *Llano como la carretera de Dunstable*, o *El agradable llano de Dunstable*, y la calle Watling sigue ancha y recta a través de esa ciudad. Walter Scott tiene uno de estos antiguos caminos fantasmales en *Guy Mannering*, situado sobre un páramo que tenía como telón de fondo Skiddaw y Saddleback, y lo llama camino ciego: «la huella está tan poco marcada por los pasos de los viajeros que sólo puede ser rastreada por una leve sombra de verdor respecto al brezo más oscuro que lo rodea, y, siendo visible sólo a la vista a cierta distancia, deja de distinguirse cuando el pie lo pisa».

La creación de tales carreteras parece ser una de las realizaciones más naturales del hombre, una en la que menos entra en conflicto con la naturaleza y los animales. Si hace carreteras directas y rápidas, para una actividad precisa, pueden desaparecer igual de rápido como las nuevas carreteras de iniciativa japonesa, mientras que sus antiguas predecesoras sobreviven sonriendo ante su ambición. Estas son las carreteras sinuosas que ahora prefieren

los versados. «Dame», dice Hazlitt,[116] «el cielo azul claro sobre mi cabeza, y la hierba verde debajo de mis pies, una carretera serpenteante delante de mí, y una caminata de tres horas hasta la cena, ¡y luego a pensar!». Estas sinuosidades son creadas por el terreno ondulado y por obstáculos como los de un río, curvas como las de High Street en Oxford, que Wordsworth[117] llamó «las sinuosidades de esa gloriosa calle, como las de un arroyo». El menor obstáculo podría provocar una curva, si no más, como incluso una carretera romana se curvó alrededor de Silbury Hill, y como el camino del salvaje australiano se retuerce arbusto tras arbusto como si disfrutara de la interrupción, aunque no pueda murmurar como el río en un meandro. Es posible que estas curvas, además de estar inconscientemente adaptadas a la topografía, fueran, como todavía lo son, agradables y placenteras para el errante con un amor

[116] William Hazlitt (1778-1830), ensayista, crítico, pintor y filósofo, uno de los más grandes ensayistas del idioma inglés.

[117] William Wordsworth (1770-1850), poeta de la naturaleza, ecos.
The day is come when I again repose
Here, under this dark sycamore, and view
These plots of cottage-ground, these orchard-tufts,
Which at this season, with their unripe fruits,
Are clad in one green hue, and lose themselves
'Mid groves and copses. Once again I see
These hedge-rows, hardly hedge-rows, little lines
Of sportive wood run wild: these pastoral farms,
Green to the very door; and wreaths of smoke
Sent up, in silence, from among the trees!
With some uncertain notice, as might seem
Of vagrant dwellers in the houseless woods,
Or of some Hermit's cave, where by his fire
The Hermit sits alone.

natural por viajar. ¿Entonces, por qué ir recto? No hay nada al final de cualquier carretera que sea mejor que lo que se puede encontrar a su lado, aunque no habría viajes si los hombres lo creyeran. La carretera recta, excepto sobre terreno llano y abierto, solo puede ser hecha por aquellos en quienes la prisa extrema y la previsión han destruido la energía del placer que se encuentra ya sea al final o en cualquier parte de su curso. Entonces, ¿por qué ir recto? El versado tenía algo del salvaje cuando exigía una carretera sinuosa.

Sin embargo, no es al hombre que camina por placer al que acudimos para entender el sentido de los caminos, sino a alguien como Bunyan.[118] El *Progreso del Peregrino* está lleno del sentido de los caminos. Vean a Cristian yendo a casa del señor Legality por un camino de montaña bajo una colina tan amenazante que tiene miedo de aventurarse más lejos, «por temor a que la colina caiga sobre su cabeza». Cuando Goodwill señala el camino estrecho, dice que fue «construido por los patriarcas, profetas, Cristo y sus apóstoles», es decir, dispuesto en un sendero elevado delimitado por zanjas de las que se sacó tierra para formar el terraplén. Cuando Cristian llega a *Hill Difficulty*, vemos al hombre humilde que decide subir recto, sin girar a la izquierda hacia el camino llamado *Danger* que lleva a un gran bosque, ni a la derecha hacia *Destruction* y el «ancho campo lleno de montañas oscuras». Qué lleno de lenguaje sencillo y común es el pasaje donde *Hopeful* y

---

[118] John Bunyan (1628-1688), en su famosa novela alegórica *The Pilgrim's Progress from this world to that which is to come, delivered under the similitude of a dream*, relata el viaje de Cristiano en un recorrido espiritual en busca de la salvación.

Cristian toman un camino a lo largo del río y luego, cuando se aleja del agua, ven el paso de una cerca que conduce a un camino que continua, como un camino lo haría, a lo largo de la orilla cruzando un prado, pero el río está inundado y deben regresar al paso de la cerca. Este hombre conocía los caminos, y una de sus tentaciones después de la conversión fue poner a prueba su fe pidiendo que los charcos en el camino entre su pueblo y Bedford se secaran.

Cervantes tenía sentido de los caminos. Comienza, de hecho, haciendo que Don Quijote «salga al campo» como cualquier hidalgo de la caballería, y tomando el camino elegido por su caballo porque así podrían lograr mejores aventuras, y es sobre un camino que viajan él y la mayoría de sus caballeros, damas y encantadores. El libro de Malory[119] tendría menos vitalidad en sus maravillas si no fuera por los caminos, por ejemplo, los tres principales, donde Sir Morgawse, Sir Gawain y Sir Agravain se separan para sus aventuras, cada uno con su dama. Y los caminos salvajes de Sir Lancelot, cuando «cabalgó muchos caminos salvajes, a través de fronteras», hasta que llegó a un valle, y allí un caballero con una espada desnuda perseguía a una dama. *Cymbeline*, y algunas de las obras históricas de Shakespeare, impresionan por las vastas extensiones de campo atravesadas por caminos de gran relieve y destino.

Con frecuencia en los libros nos movemos, como he dicho, de un lugar a otro como en un sueño. Pero es un sue-

---

[119] Thomas Malory (1416–1471), autor de *La mort d'Arthur*, versión de la historia del rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda, basada en leyendas inglesas y francesas.

ño que en el *Mabinogion*[120] ofrece una de las escenas más solemnes de viaje. Me refiero al sueño del emperador Macsen,[121] que soñó que viajaba por el valle de un río hacia su origen, y subía por la montaña más alta del mundo hasta que vio poderosos ríos descendiendo hacia el mar, y siguió uno de ellos hasta una gran ciudad en su desembocadura y un inmenso castillo en la ciudad. Al final de su viaje, el emperador soñador encontró una chica tan hermosa que cuando despertó no pudo pensar en otra cosa excepto en su belleza. A lo largo de los años envió a exploradores a descubrir el camino de su sueño, y finalmente lo llevaron al castillo y a la misma chica, llamada Helen, sentada en una estancia. Se convirtió en su novia, y le dio tres castillos: uno en Arvon, en el norte de Gales, uno en Caerleon y otro en Carmarthen, en el sur. Entonces, dice el cuento, «Helen pensó en hacer grandes carreteras de un castillo a otro a través de toda la isla de Gran Bretaña. Y se hicieron las carreteras. Y por esta razón se llaman las carreteras de Helen Luyddawc, porque era descendiente de un natural de esta isla, y los hombres de la isla de Gran Bretaña no habrían hecho estas grandes carreteras para nadie más que para ella».

Es normal relacionar con esta Helen las grandes carreteras antiguas que conducen hacia el norte y el sur a través de Gales, conocidas como Sarn Helen o Elen. Nada podría ser más noble como nombre de una carretera de

[120] Los *Mabinogion* son las primeras historias en prosa galesa, un conjunto de historias que se compilaron a mediados de los siglos XII y XIII a partir de tradiciones orales anteriores.

[121] *Breuddwyd Macsen Wledig*, historia novelesca acerca del emperador romano Magno Máximo.

montaña que Sarn Helen o el Camino de Helen. Sugiere a la mente ordinaria, fantasiosa y no histórica, a la británica Helena, madre del emperador Constantino, y que esto sugiriera hace mucho tiempo es evidente por la antigua identificación de Helen Luyddawc con el único hijo del rey Cole de Colchester. El nombre ha sido explicado más recientemente como Sam y Lleng, o sea el Camino de las Legiones. Sir John Rhys[122] insiste en Elen en lugar de Helen, y cree que es una de las diosas paganas del crepúsculo. «Hay», dice, «una cierta propiedad poética en asociar los caminos y carreteras primitivos del país con esta diosa vagabunda del amanecer y del crepúsculo».

Estos caminos errantes son para las firmes carreteras blancas lo que el crepúsculo es para el pleno esplendor del día. Tal vez primero los pisoteó la manada salvaje y ya sin su espanto, bien podrían estar protegidos por una especie de Artemisa, diosa de lo inhóspito y de los caminos que divergen, amable tanto con los cazadores humanos como con la presa salvaje. Pertenecen al ocaso del mundo. Sin duda, el sol no reluce más brillante al mediodía de lo que lo hizo entonces en una tierra perfectamente salvaje, con flores que nunca fueron recogidas, con plumajes brillantes que ningún hombre había codiciado. Pero todo el bosque y el pantano de la tierra primordial forman en la imaginación nieblas a las que la falta de historia añade otro velo.

A mi parecer, estas nieblas se extienden sobre el mundo exactamente como la niebla blanca del verano, convirtiendo en mar la mayor parte de lo que alguna vez fue ti-

[122] John Rhys, el primer profesor de estudios celtas en la Universidad de Oxford (1840-1915).

erra y convirtiendo en islas los bosques de las tierras empinadas y no cultivadas. Las islas que emergen de las nieblas del tiempo son las colinas y montañas, y a lo largo de sus crestas se encuentran los primeros caminos, y cerca de ellos la cuadrícula y los círculos de los primeros hogares, y los montículos de las primeras tumbas solemnes, a veces utilizadas, se cree, como guías para los viajeros. [...]

Incluso abandonados, estos caminos antiguos los recuerdan muchas señales, porque la hierba se niega a crecer en ambos lados del curso quieto del césped, una línea de árboles de espino sigue su curso, o la cerca o muro que divide dos campos. En general, sobreviven como testimonio importante como límites entre campos, entre fincas, parroquias, *hundreds*[123] y condados. Es uno de los placeres de los aventureros con un buen mapa seguir el posible curso de un camino antiguo ya conocido, o descubrir uno perdido. Una sucesión variada de los senderos, los caminos y las carreteras que cruzan el país, si se corresponden en parte de su trayecto con los límites, es probable que se trate de caminos antiguos. De esta manera, gran parte del trazado de un camino como el Icknield Way, no podría recuperarse si el documento y la tradición no lo hubieran preservado. Hoy, sin estas señales, pocos hombres podrían distinguir entre un camino antiguo y uno nuevo, aunque, de hecho, no hay muchas grandes extensiones de caminos completamente nuevos, excepto en ciudades nuevas y regiones recién drenadas; en otros lugares, los caminos nuevos se han hecho uniendo o mejorando los antiguos.

[123] Antigua división administrativa, en su origen el territorio que podía mantener cien hogares.

La vida de las ciudades ha destruido la necesidad y capacidad de juzgar la extensión de la tierra bajo nuestros ojos, y pocos, excepto los soldados, educan este arte para desarrollar estas habilidades. Si aprendemos a usar un mapa, es sin un conocimiento elemental, sin la comprensión del salvaje, del soldado o del viajero, deberíamos haber heredado destellos del viejo saber para ayudarnos a una apreciación estética del paisaje.



Edward Thomas por caminos ingleses, emoción del paisaje, poeta de la mirada, de lo que desaparece lento.

To the valley and the river small,
The cattle, the grass, the bare ash trees,
The chickens from the farmsteads, all
Elm-hidden, and the tributaries
Descending at equal interval.

Escribió, *Now all roads lead to France and heavy is the tread of the living; but the dead returning lightly dance*. Su último camino, que no escribió, muerte en la batalla de Arras, 1917, a los 39 años.

Documentación

En el camino con Darnius

Interpretación de capítulos de mi libro: Conde de Darnius. *Guia de los caminos mas principales del Principado de Cataluña, asi carreteros, como mas quebrados, por los quales pueden tran sitar exercitos, artilleria, carruajes y destacamentos. Hecho por el coronel conde de Darnius* (Mataró, 2022).

Seguir a Jouvin

Albert Jouvin de Rochefort. *Le voyageur d'Europe, ou sont le voyage d'Espagne et de Portugal.,* T.2 (Paris, 1672). Concepción Bernal Fernández. *Traducción al español de 'Le voyageur d'Europe où sont le voyage d'Espagne et de Portugal', de Albert Jouvin de Rochefort acompañada del correspondiente análisis traductológico* (Universidad de Murcia, 2016).

Indagando Alcocer

Martín de Viçiana. *Crónica de la ínclita y coronada ciudad de Valencia.* Volumen 4º, ff. f.196, 197, 203-205 (Barcelona, 1566).

Gaspar Escolano. *Segunda parte de la Década Primera de la historia de la insigne, y coronada ciudad y reyno de Valencia* (Valencia, 1611).

Damián Fonseca. *Justa expulsión de los moriscos de España: con la instrucción, apostasía, y traycion dellos* (Roma, 1612).

Archivo Histórico Nacional. Osuna. CT.149, D.15-16). «Carta del conde de Aranda a la duquesa del Infantado, y respuesta, año 1766».

«Cofradías y hermandades de los pueblos pertenecientes a la jurisdicción de la provincia de Valencia» (1771). Archivo Histórico Nacional. Consejos, 7105, Exp.63,N.2.

Pascual Madoz. *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar* (Madrid, 1845-1850).

Historia del rey de Aragón Don Jaime I, el Conquistador (Barcelona, 1848).

Miguel Bosch y Juliá. *Memoria sobre la inundación del Júcar en 1864* (Madrid, 1866).

Vicente Castañeda. «Relaciones geográficas, topográficas e históricas del Reino de Valencia. Hechas en el siglo XVIII, a ruego de don Tomás López». *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos* (Madrid, 1921).

Eugenio Ciscar Pallarés. «El endeudamiento del campesinado valenciano en el siglo XVII (el caso de las baronías de la zona de Alberique». *Estudis: Revista de historia moderna*, nº4 (Valencia, 1975).

Vicent Giménez Chornet. «Població a les baronies d'Alberic, Alcosser, Alasquer i Gavarda als segles XVII i XVIII». *Anàlisi local i història comarcal. La Ribera del Xúquer* (ss XIV-XX), (Valencia, 1990).

Eliseo Vidal Beltrán. «El cuaderno de un visitador de moriscos». *Estudis: Revista de historia moderna, nº8* (Valencia, 1979-80).

Joan Francesc Mateu Bellés. «Cambios seculares de la agradación aluvial y de la meandrización en la Ribera Alta del Xúquer». *Saitabi: Revista de la Facultad de Geografia i Història*, nº42 (Valencia, 1992).

Armando Alberola. «De desastres varios y epidemias. El abandono forzoso de poblaciones en el Mediterráneo español durante el siglo XVIII». *Migraciones y movilidad social en la época moderna*. Obra colectiva (Madrid, 2018).

Donde caerse muertos

Benito Jerónimo Feijoo. *Teatro crítico universal, o Discursos varios en todo género de materias para desengaño de errores comunes* (nueve volúmenes, de 1726 a 1740).

William Dalrymple. *Travels through Spain and Portugal in 1774* (London, 1777).

Henry Swinburne. *Travels through Spain in the years 1775 and 1776* (London, 1787).

James Murphy. *Travels in Portugal* [...] *in the years 1789 and 1790* (London, 1795).

Voyage en Portugal à travers les provinces d'Entre-Douro et Minho, de Beira, d'Estramadure et d'Alenteju, dans les annés 1789 et 1790. Tomo I (Paris, 1797), traducción del inglés de la obra de James Murphy.

Tableau de Lisbonne, en 1796; suivi de Lettres écrites de Portugal sur l'état ancien et actuel de ce royaume (Paris, 1797).

Pedro Antonio de Alarcón. *La Alpujarra: sesenta leguas a caballo precedidas de seis en diligencia* (Madrid, 1874).

David S. Landes. *The wealth and poverty of nations* (USA, 1998).

Samuel Johnson. *A journey to the western islands of Scotland* [1773] (Everyman's Library, 2002).

Viaje al absolutismo

Varios autores. *Diarios de viaje de Fernando VII (1823 Y 1827-1828)*. Universidad de Alicante, 2013.

Itinerario de nuestro viage de Sevilla en el año de 1823, precedido de las causas que lo motivaron. Archivo General de Palacio, Papeles reservados de Fernando VII, tomo 69.